

# PHILADELPHIA

ॐ



BIBLIOTECA  
VIT. 1  
EST. 4  
Nº 8951  
REG.  
TEOSOFICO

REVISTA MENSUAL

DE

## Estudios Teosóficos

---

TOMO VI.

---

1902

ENERO 7 — JUNIO 7

---

BUENOS AIRES

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

TUCUMAN 1517

CANJE Y CORRESPONDENCIA Á LA DIRECCIÓN

# ÍNDICE DEL TOMO VI

Enero - Junio de 1902

	PÁGS.
El Cristo histórico, mítico y místico .....	5
Los grandes Instructores de la Humanidad .....	29
Un Santuario Megalítico. La piedra movediza del Tandil (República Argentina) .....	49
Los pequeños usureros.....	57
El hipnotismo en la Medicina.....	65
Un caso de cerebración inconsciente .....	70
El bien y el mal.....	73
Cuarenta años (leyenda rusa) .....	77
El Buddhismo en Occidente.....	84
Los signos Zodiaco .....	120
Mahoma.....	130
El ocultismo científico.....	143
Una adivinación en el mar.....	149
Afinidades de las fuerzas espirituales.....	156
Principios sostenidos por la Sociedad Teosófica .....	175
El ocultismo en la Medicina .....	180
Desde las cuevas y selvas del Indostan .....	193
Movimiento teosófico .....	294
Un libro del Dr. García Piñeiro .....	297
La Dirección de Filadelfia .....	297

# PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MAS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas  
Está la vida de la eterna idea;  
Más allá de los mundos que perecen  
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

## EL CRISTO HISTÓRICO, MÍTICO Y MÍSTICO

Entre los numerosos cambios producidos en el mundo moderno por la facilidad, sin cesar creciente, de las comunicaciones, debemos mencionar, como uno de los más importantes, el que se refiere á las posiciones que ocupan las Religiones las unas con relación á las otras.

El antiguo exclusivismo que reclamaba para la religión Cristiana un rango único, considerándola como la sola revelación divina, y clasificando á las demás religiones en blok bajo el título de «paganismo», no se encuentra ya entre los láicos instruídos y hasta tiende á desaparecer del clero; pues ese exclusivismo tenía por base el hecho de que una parte del mundo conocía muy poco la manera de vivir del resto de los hombres y conocía todavía menos, si es posible, el modo cómo se había vivido en un remoto pasado. En la época en que las comunicaciones eran raras y difíciles y en que las naciones se encontraban separadas por barreras que muy contadas veces llegaban á franquearse, ellas no podían comprender que poseían una herencia relijiosa común, ni saber que la diversidad exterior de los aspectos no era más que un lijero velo que cubría la identidad de pensamiento y de tradición. Pero hoy, que esas vallas han caído, que se ha salvado los obstáculos que oponían el idioma y se ha reducido al minimum los provenientes de la distancia, las naciones han ido acer-

# PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MAS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas  
Está la vida de la eterna idea;  
Más allá de los mundos que perecen  
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

## EL CRISTO HISTÓRICO, MÍTICO Y MÍSTICO

Entre los numerosos cambios producidos en el mundo moderno por la facilidad, sin cesar creciente, de las comunicaciones, debemos mencionar, como uno de los más importantes, el que se refiere á las posiciones que ocupan las Religiones las unas con relación á las otras.

El antiguo exclusivismo que reclamaba para la religión Cristiana un rango único, considerándola como la sola revelación divina, y clasificando á las demás religiones en blok bajo el título de «paganismo», no se encuentra ya entre los laicos instruídos y hasta tiende á desaparecer del clero; pues ese exclusivismo tenía por base el hecho de que una parte del mundo conocía muy poco la manera de vivir del resto de los hombres y conocía todavía menos, si es posible, el modo cómo se había vivido en un remoto pasado. En la época en que las comunicaciones eran raras y difíciles y en que las naciones se encontraban separadas por barreras que muy contadas veces llegaban á franquearse, ellas no podían comprender que poseían una herencia religiosa común, ni saber que la diversidad exterior de los aspectos no era más que un ligero velo que cubría la identidad de pensamiento y de tradición. Pero hoy, que esas vallas han caído, que se ha salvado los obstáculos que oponían el idioma y se ha reducido al mínimum los provenientes de la distancia, las naciones han ido acer-

cándose cada vez más y su antigua historia entra en el programa del estudio de las religiones. Un hecho que esta facilidad de comunicaciones entre los pueblos ha conseguido hacer resaltar distintamente, es que todas las religiones tienen muchas cosas comunes; que su simbolismo, sus ritos y sus ceremonias se asemejan extraordinariamente; que las historias de sus Fundadores tienen puntos de identidad de lo más notables, y que las fiestas que se celebran como acontecimientos importantes en una religión, lo son también de igual modo en las otras.

Del estudio de semejantes identidades en las creencias, los simbolismos, los ritos, las ceremonias, las historias y las fiestas conmemorativas, ha nacido una escuela moderna que las relaciona todas á una fuente común: á la ignorancia humana y á una explicación primitiva de los fenómenos naturales. Esas identidades han suministrado argumentos para criticar á cada religión á su turno, habiéndose hecho conocer bajo el significativo nombre de *Mitología comparada*, y han servido de base, á uno de los ataques más serios dirigido contra el Cristianismo durante estos cien últimos años.

Puede decirse que la Mitología comparada data de un siglo poco más ó menos. Su aparición está muy bien indicada por la publicación de «*La historia abreviada de los diferentes cultos*» de Dulaure, el *Origen de todos los Cultos*, de Dupuis, *El Panteon Indio*, de Moor, y *El Anaculipsis*, de Godofredo Higgins; obras que fueron seguidas de un gran número de otras más científicas y más difíciles por la elección y comparación de los hechos, hasta que se hizo imposible á toda persona instruída recusar las identidades y las similitudes que existían en todas partes. Ya no hay hoy Cristianos que osen sostener que los símbolos, los ritos y las ceremonias de sus cultos son únicos, esceptuando á los ignorantes. Debemos, además, notar que la simplicidad de creencia marcha á la par con la ignorancia de los hechos; pero, fuera de esta clase de iletrados, los cristianos, aún los más devotos, reconocen que el Cristianismo tiene puntos comunes muy numerosos con creencias más antiguas que él.

Se sabe perfectamente que en los primeros siglos después del Cristo, esas semejanzas eran admitidas en todas partes. Por ejemplo, Justino Mártir llena las páginas de sus escritos con alusiones á las religiones de su tiempo, y si un crítico moderno del Cristianismo quisiese citar un gran número de casos en las cuales las enseñanzas de éste son idénticas á las

de las religiones más antiguas, no podría encontrar mejor guía que los apolojistas del segundo siglo. Estos, en efecto, citan las enseñanzas paganas, sus historias, sus símbolos, y afirman que la perfecta identidad de las enseñanzas cristianas con aquellas, debería impedir rechazarlas sin exámen como increíbles en sí mismas. Una razón muy curiosa se ha dado de tal identidad, razón que difícilmente encontrará muchos adherentes en nuestros días. Justino Mártir dice: «Aquéllos que trasmiten los mitos que los poetas han creado, no ofrecen ninguna prueba á los jóvenes que los aprenden; y nosotros demostramos que ellos han sido emitidos por la influencia de los malos demonios para engañar y perder á la raza humana; pues, habiendo oído proclamar por los profetas que el Cristo iba á venir y que los hombres ateos serían castigados por el fuego, esos Demonios han puesto por delante numerosos dioses, llamados los «hijos de Júpiter», con la impresión de que esos dioses serían capaces de hacer creer á los hombres que todo lo que se dijera del Cristo, no sería sino cuentos maravillosos, iguales á los que se han relatado por los poetas. Los demonios, en efecto, habiendo oído hablar de las abluciones indicadas por los profetas, comprometieron á aquellos que entraban en sus templos y que se aproximaban allí con libaciones y con ofrendas para ser quemadas, á rociarse también, haciéndolos lavar igualmente por entero antes de partir. Las malos demonios han imitado, del mismo modo, la Cena en los Misterios de Mitras, y ordenado que parecidas cosas fuesen practicadas. (1). Yo me he reído cuando he llegado á descubrir el perverso disfraz con que los espíritus del mal han envuelto á las divinas doctrinas de los Cristianos para impedir á los demás juntarse con éstos.»

Estas identidades fueron, pues, consideradas, en los primeros siglos de la era actual, en Occidente, como la obra de los demonios, como copias de los orijinales cristianos, que circulaban en gran número por el mundo, antes del Cristianismo, con el fin de impedir á la verdad manifestarse cuando ella se presentára. Sin embargo, habría que convenir en la dificultad que existe para aceptar las primitivas enseñanzas como copias y las últimas como orijinales. Sin discutir con Justino Mártir, para saber si las copias precedieron al orijinal ó éste á aquellas, nos sentimos felices al aceptar su testimonio de la existencia de esas identidades entre las creencias que

(1) Primera apolojía de Justino Mártir.

florecían en su tiempo en el imperio romano y la nueva religión que él se ocupó de defender.

No hay más que un medio por el cual podemos evitar las conclusiones de la Mitología comparada, de que todas las religiones son los productos del fértil suelo de la ignorancia humana y de que todas son igualmente falsas, y es el de seguir las paso á paso, remontando así á su común oríjen en las enseñanzas de hombres altamente evolucionados, y probar que todas son verdaderas. Algunos cristianos ortodoxos están á punto de admitir que hubo una «revelación primitiva» de la cual algunos rayos iluminaron á las religiones de la antigüedad, á lo que ya se adelantó el difunto Primado de Inglaterra, el Dr. Benson, cuando dijo que todas contenían una cierta cantidad de la revelación de Dios, no un rayo ilusorio de un fuego fátuo, sino del Único sol espiritual. Es este un paso hacia el verdadero camino, bien que no vaya muy lejos y muestre una apreciación informe é inexacta de la grandeza y de la sublimidad de las creencias tan ligeramente colocadas á un lado. Entretanto, es conveniente que sepamos que la ignorancia humana ha actuado en todas las religiones y ha introducido una gran confusión en ellas, mezclando y fundiendo elementos originariamente distintos, lo que ha hecho necesario, con frecuencia, el trabajo de desenredar la madeja á fin de que sea posible darnos cuenta de cuando los símbolos representan acontecimientos y cuando no son más que las alegorías; cosa que, tal vez, no es tan indispensable en parte alguna, como en la historia de Jesús, llamado el Cristo.

Actualmente hay dos escuelas, diametralmente opuestas una á la otra, que se disputan sobre la manera de juzgar la historia del gran Instructor Hebreo. Según una de ellas, no hay en las narraciones de la vida de éste sino mitos y leyendas dadas como explicación de ciertos fenómenos naturales, vestigios de una pintoresca enseñanza de algunos hechos de la Naturaleza destinados á inculcar en los espíritus simples ciertas grandes clasificaciones de acontecimientos importantes en sí mismos y que se prestaban á la instrucción moral. Los que admiten esta manera de ver, forman una escuela bien determinada, á la que pertenecen muchos hombres de una educación distinguida y de una gran inteligencia; alrededor de los cuales agrúpase una multitud de gente menos hinstruída que hace hincapié, con agresivo entusiasmo, en los elementos más destructivos de sus afirmaciones.

Esta escuela es combatida por la de los creyentes del Cristianismo orto-

doxo que declaran que toda la historia de Jesús es auténtica y ha sido dejada intacta por la leyenda ó por los mitos. Afirman que esa historia es la vida de un hombre nacido en Palestina, hace veinte siglos, hombre que pasó por todos los acontecimientos mencionados en los Evangelios; niegan, además, que ella tuviese alguna significación fuera de la de una vida divina ó humana. Ambas escuelas están, pues, en completo antagonismo, la una al afirmar que todo es leyenda y la otra declarando que todo es historia. Entre las dos se encuentran numerosos grados de la opinión generalmente conocida bajo el nombre de «libre pensamiento», que mira la historia de aquella vida como siendo en parte legendaria y en parte histórica, pero que no ofrece método alguno cierto y racional de interpretación ni explicación alguna convenientemente adecuada á este todo complejo.

Encontramos también, entre los partidarios serios de la Iglesia Cristiana, un número cada día creciente de cristianos fieles y devotos, de aguda inteligencia, hombres y mujeres sinceros en sus creencias y religiosos en sus aspiraciones, que ven en la narración de los Evangelios mucho más que la historia de un Hombre-Divino; pues sostienen, apoyándose en las mismas Escrituras, que la historia del Cristo tiene un sentido más profundo y más significativo que el que aparece en la superficie. Sin dejar de reconocer el carácter histórico de Jesús, declaran que el Cristo es más que el hombre Jesús y que tiene un significado místico; aserción para sostener la cual se apoyan en las palabras de San Pablo cuando decía: «mis pequeños hijos, por quienes vuelvo á sentir los dolores del alumbramiento hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gal. IV, 19). Evidentemente que aquí San Pablo no se refiere á un Jesús histórico, sino á alguna evolución del alma humana que consiste en formar el Cristo en ella. Además, el mismo instructor declara que, bien que haya conocido á Cristo según la carne, en adelante no lo conocerá más así (II, Cor. V, 16), queriendo decir, sin lugar á duda, que, al mismo tiempo de reconocer al Cristo de la carne,—Jesús,—existía una manera de ver más elevada aún, á la cual había alcanzado, y que relegaba á la sombra al Cristo histórico.

Esa manera de ver es la que buscan hoy muchas personas, quienes, en presencia de los hechos de la «religión comparada», sorprendidas ante las contradicciones de los Evangelios, y confundidas por los problemas que no les es posible resolver mientras permanezcan apegadas á la superficial significación de las Escrituras, comprenden que deben abandonar la letra que mata y

perseguir el espíritu que vivifica; y así tratan de encontrar una más grande y profunda significación dentro de aquella historia que es tan vieja como las religiones del mundo y que siempre ha servido de verdadero centro de vida á todas estas, en las cuales siempre reaparece. Esos valientes pensadores, demasiado aislados y demasiado vagos para que se hable de ellos como constituyendo por sí una escuela, parecen tender la mano, por un lado, á aquellos que piensan que todo es leyenda, á los que aconsejan aceptar una base histórica; mientras que, por otro lado, advierten á sus amigos cristianos el peligro, cada día mayor, que hay en aferrarse á una significación única y literal que no puede ser defendida ante la ciencia del día: el de perder por completo el sentido espiritual. Hay, efectivamente, el peligro de perder «la historia del Cristo», de perder este pensamiento del Cristo que, bajo ese ú otro nombre, ha sostenido é inspirado á millones de nobles existencias, en Oriente y en Occidente; el peligro de que tan inextimable perla se nos escape de las manos y quedemos más pobres que nunca por el efecto de nuestra propia obra.

Para evitarlo, es preciso desenredar los diferentes hilos de esa narración é ir colocándolos uno al lado del otro: el de la historia, el de la leyenda y el del misticismo. Esos hilos han sido empleados en una sola cuerda, para desgracia de los pensadores, y es desenlazándolos que veremos precisarse los hechos. Aquí, como en todo cuanto se basa en la verdad, cuanta mayor cantidad de luz arrojemos, más brillante y más grande será la belleza que se nos revele.

Estudiaremos, pues, primeramente al Cristo histórico, en seguida al mítico, y por fin, en tercer lugar, al místico, y veremos cómo los elementos suministrados para el estudio de estos tres aspectos, constituyen el Jesu-Cristo de las Iglesias. Todos entran en la composición de esta grandiosa figura, tan poética, que domina los pensamientos y los sentimientos de la Cristiandad, el Hombre de dolor, el Salvador, el Padre y el Señor de los hombres.

#### EL CRISTO HISTÓRICO Ó JESÚS EL SANADOR Y EL MAESTRO

El hilo de la narración histórica de la vida de Jesús puede desenredarse sin gran dificultad de los demás con que se halla entretreído. Para este estudio debemos utilizar la ayuda que pueden prestarnos esos anales del pasado que son capaces de comprobar las personas experimentadas en su averi-

guación, anales de los que se han extraído y publicado ciertos detalles relativos al Maestro hebreo, por H. P. Blavatsky y otros peritos en la investigación oculta. Ahora bien; esta palabra «perito», con relación al ocultismo, es á propósito para suscitar una recusación en el ánimo de muchos. Sin embargo, sólo indica una persona que por sus estudios especiales y por su especial educación, ha acumulado conocimientos especiales también y ha desarrollado facultades ó poderes que le permiten emitir una opinión, fundada en su propio conocimiento individual, sobre el asunto de que se trata. Así como calificamos á Huxley de perito en biología, al Mayor Wrangler de perito en matemáticas y á Lyell de perito en geología, así también, podremos muy bien llamar perito en Ocultismo al individuo que, por haber primero dominado intelectualmente ciertas teorías fundamentales de la constitución del hombre y del universo, y por haber después desarrollado en sí mismo ciertos poderes que están latentes en todos los hombres—y que pueden desenvolverse por los que se dedican á estudios apropiados,—adquiere facultades que le permiten examinar los procesos más oscuros de la Naturaleza. Así como un hombre puede nacer con disposiciones para las matemáticas, y, ejercitándolas año tras año, puede aumentar enormemente su aptitud, asimismo puede nacer un hombre con ciertas facultades que corresponden al Alma, las cuales le es dado desarrollar por medio de la educación y de la disciplina. Si después de desenvueltas, las aplica al estudio del mundo invisible, este individuo llega á ser perito en la Ciencia Oculta, y puede, á voluntad, pasar revista á los anales á que antes me he referido. Semejante revista se halla tan fuera del alcance del hombre vulgar, como lo está un libro escrito con los símbolos de las altas matemáticas respecto á los profanos en tales ciencias. Nada hay exclusivo en el conocimiento, salvo en lo que toda ciencia es exclusiva; los que nacen con una facultad y la educan, pueden dominar la ciencia que le sea apropiada, al paso que los que vienen á la vida sin facultad alguna ó los que, poseyéndola, no la desarrollan, tienen que contentarse con permanecer ignorantes. Estas son las reglas para obtener el conocimiento en todo: lo mismo en Ocultismo que en cualquier otra ciencia.

Los anales ocultos, en parte confirman la narración de los Evangelios y en parte nó; nos muestran la vida de Jesús, y de este modo nos facilitan el separarla de los mitos que con ella están entrelazados.

El niño, cuyo nombre judío se ha cambiado en el de Jesús, nació en Pa-

lestina 105 años antes de nuestra Era, siendo cónsules Publio Rutilio Rufo y Gnæo Mallio Máximo. Sus padres, de linaje distinguido, aunque pobres, le educaron en el conocimiento de las Escrituras hebreas. Más, su ferviente devoción y su gravedad, que no emparejaba con sus años, resolvieron á aquéllos á dedicarle á la vida religiosa y asceta; y como poco después, en una visita que hizo á Jerusalem, mostrase su extraordinaria inteligencia y su afán de saber, yendo en busca de los doctores del templo, le enviaron á adquirir la enseñanza de una comunidad de esenios que habitaba el desierto meridional de Judea. A la edad de diecinueve años entró en el monasterio esenio situado en las proximidades del Monte Serbal, instituto muy visitado por los sabios que desde Persia y la India iban á Egipto, y donde existía una magnífica biblioteca de obras ocultas, indias muchas de ellas, otras de las regiones más allá del Himalaya. Desde este lugar de místico saber, pasó más tarde á Egipto. Había sido plenamente instruido en las doctrinas secretas, que constituían entre los esenios la verdadera fuente de vida; y en Egipto fué iniciado como discípulo de esa sublime Lógia de donde salen los Fundadores de todas las grandes religiones, pues Egipto ha seguido siendo uno de los grandes centros que hay en el mundo, para la guarda de los Misterios verdaderos, de los cuales sólo son débiles y lejanos reflejos todos los Misterios semipúblicos. Los Misterios históricamente calificados de egipcios eran sombras de los asuntos de que realmente se trataba «en la Montaña», y allí fué consagrado el jóven hebreo de un modo solemne que le preparó para el Sacerdocio Regio, á que llegó más tarde. Era su pureza tan sobrehumana y tan grande su devoción, que en su edad viril, llena de gracia, aventajaba con mucho á los severos y algún tanto fanáticos ascetas con quienes se había educado, derramando entre los adustos judíos que le rodeaban la fragancia de una sabiduría suave y tierna, como rosal que plantado por modo extraño en un desierto, esparciera sus perfumes sobre la estéril llanura. La gracia majestuosa y la hermosura de su nítida pureza formaban en torno suyo radiante aureola, y sus cortas palabras, dulces y amorosas, despertaban aún en los más duros temporal gentileza, y en los más rígidos pasajera ternura. Así vivió veintinueve años de vida mortal, creciendo de gracia en gracia.

Con pureza y devoción tan sobrehumanas, estaba en condiciones para servir de templo á un Poder más elevado, para ser la morada de una Presencia poderosa. Había sonado la hora de que se realizase una de las ma-

nifestaciones Divinas que de tiempo en tiempo vienen en auxilio de la humanidad, cuando para apresurar la evolución espiritual se necesita un nuevo impulso, cuando la Aurora de una nueva civilización va á despuntar. Estaba entonces el mundo occidental en la matriz del tiempo, á punto de nacer, y estaba la sub-raza teutónica dispuesta á empuñar el cetro del imperio que se caía de las manos trémulas de Roma; pero antes que emprendiese su jornada, debía aparecer un Salvador del Mundo y colocarse junto á la cuna del Hércules niño y bendecirlo.

Un poderoso «Hijo de Dios» debía encarnar en la tierra, un Instructor supremo «lleno de gracia y de verdad» (1), que poseía la Sabiduría Divina en su más plena medida, que era en realidad la Palabras encarnada, Luz y Vida desbordadas, Fuente positiva de Aguas vivas. Señor de Compasión y de Sabiduría—éste era Su nombre, que desde Sus estancias en los Lugares Ocultos bajó al mundo de los hombres.

Necesitaba un tabernáculo terrestre, una forma humana, el cuerpo de un hombre. ¿Quién más á propósito para ceder su cuerpo con voluntad y alegría, en servicio de Uno ante el cual ángeles y hombres se humillaban con la más profunda reverencia, que este hebreo, el más noble y puro entre «los Perfectos», cuyo cuerpo y alma immaculados eran lo mejor que la humanidad podía ofrecer? El hombre Jesús se entregó voluntario al sacrificio «se ofreció sin manchas» al amante Señor, que tomó para sí aquella forma pura como tabernáculo, y vivió en ella tres años de vida mortal.

En las tradiciones contenidas en los Evangelios se encuentra esta época señalada por el Bautismo de Jesús, cuando se vió al Espíritu «que descendió del cielo como paloma y reposó sobre Él» (2), y una voz celestial le proclamó el Hijo muy amado á quien los hombres debían prestar oído. Y era él, en verdad, el Hijo amado en quien el Padre tiene contentamiento (3); y desde entonces «comenzó Jesús á predicar» (4), y fué aquel grande misterio: «Dios manifestado en carne» (5). Mas no fué único en ser Dios, porque, «¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, Dioses sois? Si dije Dioses á aquellos á los cuales fué hecha la palabra de Dios y la escritura no puede ser

(1) S. Juan I, 14.

(2) S. Juan I, 33.

(3) S. Mateo III, 17.

(4) *Ibid.* IV, 23.

(5) I. Timoteo III, 16.

quebrantada, ¿a mí, á quien el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: tú blasfemas, porque dices: Hijo de Dios soy?» (1). De cierto, todos los hombres son Dioses por el Espíritu que llevan dentro, pero no en todos está manifestado el Dios Supremo como lo estaba en aquel su muy amado Hijo.

Esta Presencia manifestada puede llamarse correctamente *«el Cristo»*. Ella fué quien vivió y anduvo por las colinas y llanuras de Palestina, bajo la forma del hombre Jesús, enseñando, curando enfermos y reuniendo en torno suyo como discípulos, algunas almas más desarrolladas. El encanto extraordinario de Su Amor Real, que irradiaba de Sí, como el Sol sus rayos, atraía á Su lado á los que sufrían, á los fatigados, á los oprimidos; y la magia tierna y penetrante de Su gentil sabiduría purificaba, dulcificaba y ennoblecía aquellas vidas que se ponían en contacto con la Suya. Enseñaba con parábolas y luminosas imágenes á las ignorantes multitudes que alrededor de Él se apiñaban y, haciendo uso de las facultades del Espíritu en libertad, sanaba muchos enfermos con la palabra y el tacto, multiplicando las energías magnéticas de Su cuerpo puro con la fuerza impulsiva de Su vida interna. Rechazáronle Sus hermanos esenios, entre los cuales trabajó al principio, porque comunicaba á las gentes la sabiduría espiritual—en la historia de la tentación están sintetizados los argumentos empleados en contra de Su vida dedicada á una obra de amor, la sabiduría espiritual que ellos guardaban con orgullo como su secreto tesoro, y porque su amor anchísimo, dirigido siempre al Yo Divino, presente así en los elevados como en los humildes, atraía dentro de Su esfera á los degradados y á los proscritos. Por esto vió muy pronto cómo se condensaban sobre Su cabeza las negras nubes de la sospecha y del odio. Los instructores y gobernantes de Su nación vinieron presto á mirarle con celos y rabia; Su espiritualidad era la constante censura de su materialismo; Su poder, la continua, aunque muda prueba de su impotencia. Tres años habían transcurrido apenas de Su bautismo, cuando estalló la tempestad que venía formándose, y el cuerpo humano de Jesús sufrió castigo por llevar en sí la gloriosa Presencia de un Instructor sobrehumano.

El pequeño círculo de discípulos escogidos que había elegido para guardadores de Su enseñanza, fueron privados así de la presencia física de su Maestro, antes que les fuese dado asimilarse Sus instrucciones; pero eran ellos almas avanzadas de elevado tipo, aparejados para el aprendizaje de la

(1) S. Juan X, 34—36.

Sabiduría y aptos para trasmitirla á hombres de menores vuelos. Entre todos, el más abierto á la enseñanza fué aquel «discípulo que Jesús amaba», joven, entusiasta, ferviente, profundamente devoto á su Maestro y copartícipe de Su espíritu de amor amplísimo. En la centuria que siguió á la desaparición de Cristo del mundo físico, fué el representante de la devoción mística que va tras del éxtasis, tras de la visión divina, tras de la unión con lo Supremo; entretanto, el gran Apóstol San Pablo representaba el aspecto de la Sabiduría de los Misterios.

El Maestro no olvidó la promesa que les hizo de venir á ellos después que el mundo hubiese dejado de verle (1), y por más de cincuenta años les estuvo visitando en Su cuerpo sutil, espiritual, prosiguiendo las enseñanzas que había comenzado cuando entre ellos vivía, y doctrinándoles en el conocimiento de las verdades ocultas. Ellos vivieron el mayor tiempo reunidos en un lugar apartado de los confines de Judea, sin llamar la atención entre las muchas comunidades aparentemente similares de aquel entonces. Estudiaban las profundas verdades que El les enseñaba, y adquirían «los dones del Espíritu».

Estas instrucciones íntimas, comenzadas en Su vida física y continuadas después de abandonado el cuerpo, constituyeron el fundamento de los «Misterios de Jesús», que hemos visto en la historia de la Iglesia primitiva, y que formaron su vida interna: núcleo á que se fueron adhiriendo los materiales heterogéneos que al cabo hicieron el Cristianismo eclesiástico.

En el notable fragmento, llamado *Pistis Sophia*, figura un documento del mayor interés, el cual se refiere á la enseñanza oculta, y está escrito por el famoso Valentino. En él se dice que las lecciones de Jesús á sus discípulos llegaron en los once años que siguieron á Su muerte, tan sólo á «las regiones de los primeros estatutos, al primer misterio, al misterio dentro del velo» (2). Hasta entonces no habían aprendido la distribución de los órdenes angélicos, de lo cual habla en parte Ignacio (3). Después Jesús, estando «en la Montaña» con Sus discípulos, que recibieron Su Vestidura mística, el conocimiento de todas las regiones y las Palabras de Poder que les declaró, enseñóles más aún, prometiéndoles: «Yo os perfeccionaré en toda perfección,

(1) S. Juan XIV, 18, 19.

(2) Valentino. Trad. por G. R. S. Mead, *Pistis Sophia*, lib. I, I.

(3) *Antes*, p. 205. *Sophia*. de Junio.

desde los misterios del interior á los misterios del exterior; yo os colmaré de Espiritu de suerte que seáis llamados espirituales, perfectos en todas las perfecciones» (1). Y los instruyó acerca de lo que era Sophia, la Sabiduría, y de su caída en la materia, en su intento de elevarse á lo más Alto, y de sus clamores á la Luz en quien había puesto su confianza, y del envío de Jesús para redimirla del caos, y de su coronación con la luz de Aquel, y de su liberación de la servidumbre. Y aún siguió más adelante, hablándoles del más elevado Misterio, el inefable, el más sencillo y claro de todos, aunque el más alto, el que sólo debía ser conocido de aquel que renunciare al mundo de un modo completo (2); por este conocimiento los hombres se convertían en Cristos, pues tales «hombres son yo mismo, y yo soy esos hombres», pues Cristo es ese Misterio más elevado (3). Conociendo que los hombres son «trasformados en pura luz y llevados dentro de la luz» (4). Y celebró para ellos la gran ceremonia de la Iniciación, el bautismo, «que conduce á la región de la verdad y á la región de la luz», y les mandó celebrarlo para otros que fuesen dignos: «Pero ocultad este misterio, no lo comuniquéis á todos, sino á aquellos solamente que hagan todas las cosas que os he señalado en mis mandamientos» (5).

Después de esto, los apóstoles, instruídos ya del todo, salieron á predicar, ayudados siempre de su Maestro.

Además, tanto ellos mismos como sus primitivos compañeros, trasladaron de su memoria á la escritura todos los discursos públicos y las parábolas que á su Maestro habían oído, y de igual modo, reuniendo con gran cuidado todas las noticias que pudieron haber, las pusieron por escrito y las hicieron circular entre los que se iban adhiriendo á su pequeña comunidad. Formáronse varias colecciones, escribiendo cada cual lo que recordaba, y añadiendo los más selectos de los relatos de los demás. Las enseñanzas íntimas dadas por Cristo á Sus elegidos no se escribieron, sino que fueron transmitidas oralmente á los dignos de recibirlas, á discípulos constituídos en pequeñas comunidades para hacer vida retirada, aunque siempre en contacto con el cuerpo central.

(1) *Ibid.*, 60.

(2) *Ibid.*, lib. II, 218.

(3) *Ibid.*, 230.

(4) *Ibid.*, 357.

(5) *Ibid.*, 377.

Es, pues, el Cristo histórico un Sér glorioso que forma parte de la gran gerarquía cuyo cometido es guiar la evolución espiritual de la humanidad; el cual ocupó por espacio de tres años el cuerpo de Jesús, discípulo, y pasó el último de estos tres años enseñando públicamente por toda Judea y Samaria, y curó enfermos, y llevó á cabo obras ocultas señaladas, y reunió en torno Suyo una pequeña agrupación de discípulos á quienes comunicó las verdades más profundas de la vida del espíritu, y con rara ternura y singular amor y preciosa sabiduría, conquistó los ánimos de las gentes, y acabó su carrera terrestre muerto por blasfemo, que tal fué considerado, por la profunda doctrina de la Divinidad, inherente á Sí mismo y á todos los hombres, que predicára. Vino á dar al mundo un nuevo impulso de vida espiritual, á resucitar las íntimas enseñanzas referentes á esta vida, á apuntar de nuevo al antiguo estrecho sendero, á proclamar la existencia del «Reino de los Cielos», de la Iniciación, que dá acceso al conocimiento de Dios que es vida eterna, y á dar entrada en este Reino á unos pocos capaces de ser maestros. Alrededor de esta Figura gloriosa se acumularon los mitos que la enlazaban con la larga série de Sus predecesores, mitos alegóricos de sus vidas, que simbolizan la obra del Logos en el Kosmos y la evolución superior del alma individual humana.

Mas no se crea que la labor del Cristo en pró de Sus seguidores, quedó terminada con el establecimiento de los Misterios, ni que se limitára á rara vez aparecer en ellos. Aquella Poderosa entidad que usó del cuerpo de Jesús como vehículo, y cuya solicitud tutelar abarca toda la evolución espiritual de la quinta raza humana, dejó á cargo del santo discípulo, que le había provisto de cuerpo, el cuidar de la Iglesia naciente. Jesús, dada cima á su evolución humana, llegó á ser uno de los Maestros de Sabiduría, y aceptado el encargo especial de la Cristiandad, procura siempre guiarla por derecha derrota y escudarla y protegerla y proveerla de alimento. El fué el Hierofante de los Misterios Cristianos, el Instructor directo de los Iniciados. Suya fué la inspiración que mantuvo viva la Gnósis en la Iglesia, hasta que la flotante masa de ignorancia llegó á tener tal pesadumbre, que ahogó la llama, aún aventada por Su poderoso aliento. Suya fué la paciente labor que reforzó una alma tras otra para resistir la lóbreguez de las tinieblas, y alimentar dentro de sí la chispa de la aspiración mística, el anhelo en buscar el Dios escondido. Suyo fué el continuo imprimir la verdad en todo cerebro para ella preparaba, de modo que la antorcha del conocimiento pasase

lo que respecta á los milagros, diremos que la mayor parte de los grandes Instructores han realizado también actos que sus contemporáneos consideraron siempre como milagros pero que los ocultistas saben muy bien que se producen por medio del ejercicio de poderes que todos los iniciados de cierto grado poseen; y, en cuanto á las enseñanzas, tachadas de falta de originalidad, agregaremos que, cuando el estudiante de aquella Mitología cree probar que no ha habido ninguna divinamente inspirada, por el hecho de que las mismas doctrinas salieron de labios de Manú, de Buddha y de Jesús, el ocultista, mientras tanto, afirma, á su vez, que el último tenía forzosamente que repetir lo que sus predecesores predicaron *desde que era un mensajero de la misma Lójia*. Los grandes principios relativos al Espíritu divino y humano, eran ya verdades veinte mil años antes del nacimiento de Jesús en Palestina, como lo han sido después. El mundo no careció nunca de esa enseñanza, ni el hombre fué abandonado á una obscuridad moral desde su origen hasta hace veinte siglos, poco más ó menos. Sostener semejante cosa sería lo mismo que afirmar que hubo una humanidad sin Instructor, hijos sin Padre, almas humanas debatiéndose desesperadas siglos enteros en las tinieblas sin alcanzar una luz que les era sin cesar negada; concepción que encierra una blasfemia y que está contradicha por la presencia de todos los sábios antiguos, por una literatura poderosa y por las nobles existencias que han aparecido en los millares de años que precedieron á la llegada del Cristo.

Reconociendo, entonces, en Jesús al gran Maestro de Occidente, al principal Mensajero de la Lójia que se envió al mundo Occidental, tenemos que considerar la cuestión que ha destruido esta creencia en el espíritu de muchas personas. ¿Por qué las fiestas que recuerdan los acontecimientos de la vida de Jesús se encuentran en las religiones pré-cristianas, y por qué representan acontecimientos idénticos en la vida de otros Instructores?

Para resolver esta dificultad, nos es necesario estudiar al Cristo mítico, al Cristo de los mitos solares y de las leyendas, siendo aquellos mitos las gráficas formas bajo las cuales ciertas verdades profundas se dieron al mundo. El héroe de los mitos es el Sol, representado como un Dios ó semi-Dios, y en la historia de su vida se describe su curso del solistício de invierno hasta que alcanza su zenit, en el verano.

Las grandes líneas de la historia del Dios-Sol están allí muy claras: es la vida misma del astro durante los seis primeros meses del año solar. Nace siempre en el solistício de invierno, después del día más corto del año, á me-

dia noche, en la del 24 al 25 de Diciembre, cuando el signo de la Virgen, se eleva encima del horizonte. Apareciendo en ese signo, nace, pues, constantemente de una Virgen, la cual permanece tal después de haber dado á luz á su Hijo-Sol; como la Virgen celeste queda sin mutación y sin mancha después que el Sol ha emergido de ella en los cielos. Él,—el Sol,—es débil y delicado, como lo es todo niño nacido en su signo, cuando los días son más cortos y las noches más largas, (para nosotros, los del hemisferio norte,) y se vé rodeado de peligros en su infancia, porque el reino de la obscuridad es mucho más largo que el suyo propio durante los primeros días. Viviendo en medio de los peligros que lo amenazan, los días van alargándose hacia el equinoccio de la primavera, hasta que llega el tiempo del pasaje, la travesía de la línea (1) por el Sol, figurada por la crucificación cuya fecha varía cada año.

Algunas veces se encuentra al Dios-Sol representado en el círculo del horizonte, con su cabeza y sus piés tocando al círculo, al norte y al sur, y sus brazos extendidos al este y al oeste, indicando así como «fué crucificado». Después de esto, se eleva triunfalmente,—el Sol,—y sube á los cielos, hace madurar el trigo y la viña, dándoles su propia vida para formar su substancia, y por medio de ellos, á sus adoradores. El Dios que nació el 25 de Diciembre es, pues, siempre crucificado en el equinoccio de primavera, y dá constantemente su vida en alimento á sus adoradores; tales son los signos más notables del Dios Sol. La invariabilidad de su día de nacimiento y la variabilidad de la fecha de su muerte son muy significativas, sobre todo si recordamos que la una es una posición solar, fija y la otra una posición solar variable. «Pascuas» es un acontecimiento que cambia de fecha y que está calculado por las posiciones relativas del Sol y de la Luna, lo que sería una manera absurda de fijar el aniversario anual de un acontecimiento histórico; mientras que, por el contrario, es un medio natural é inevitable de calcular una fiesta solar. Estos cambios de fechas no pueden, pues, indicar la historia de un hombre, sinó la del héroe del mito solar.

Por otra parte, se encuentran todos estos acontecimientos en las vidas de los diferentes Dioses-Soles y la antigüedad está llena de ejemplos típicos de aquellos. Como María de Bethleem es tomada por la señora Inmaculada de los Cristianos, así también sucedía con Isis en el Egipto. La Virgen

(1) La línea ecuatorial.

personaje histórico? Es que realmente ellas son las historias, no de Jesús, sino del Cristo, es decir, de un Hombre que simbolizaba una Persona Divina y que representaba una verdad fundamental en la naturaleza; de un Hombre que cumple una cierta función y ocupaba, con respecto á la humanidad, una determinada posición característica, conservando, en cuanto á ella, una relación especial renovada de edad en edad, á medida que una generación sucedía á otra generación, ó que una raza hacía lugar á otra raza. El Cristo del mito Solar es el Cristo de los Misterios, y encontramos el secreto de ese mito en lo que vá enseguida:

### EL CRISTO MÍSTICO

Aquí nos aproximamos al lado más profundo de la historia del Cristo, á aquel que le dá su real soberanía sobre el corazón de los hombres: á esa vida eterna que brota de una fuente invisible que baña á su representante con sus luminosas ondas en las que aspiran los corazones humanos á abrevarse, sintiéndose más bien dispuestos para rechazar los hechos aparentes de la historia que para negar lo que intuitivamente sienten ser una verdad esencial y vital. Al acercarnos, pues, al umbral sagrado de los Misterios, levantemos una punta del velo que nos oculta el santuario.

Tan lejos cuanto nos es posible remontarnos en la Antigüedad, en los principios de la raza Aria, y antes de esta, en la cuarta raza, la Atlante, encontramos por todas partes reconocida la existencia de una enseñanza oculta, de una doctrina secreta, revelada, bajo estrictas y precisas condiciones, á los candidatos aceptados por los Maestros de la Sabiduría. Dichos candidatos eran iniciados en los «Misterios», nombre que en la antigüedad se aplicaba á todo lo que había de más espiritual en la religión, de más profundo en la filosofía, de más precioso en la ciencia; y todos los grandes instructores de aquellos tiempos, á los más adelantados de los cuales se les llamaba los Hierofantes de los Misterios, pasaron por esas enseñanzas. Todos los que vinieron á la tierra para hablar de los mundos invisibles, han pasado sin excepción por la puerta de la Iniciación y han aprendido el secreto de las Grandes Almas de los propios labios de Ellas. Todos los Mensajeros que así vinieron, lo hicieron en las mismas condiciones, y los mitos solares no son sino versiones de semejante historia, versiones idénticas en sus rasgos esenciales y solo variadas por su color local. Esta histo-

ria es la del descenso del Logos en la materia del que el Dios Sol es el justo símbolo, puesto que el Sol es Su Cuerpo, y que Él, el Logos, es generalmente descrito como «Aquél que habita en el Sol». Bajo un aspecto, el Cristo de los Misterios es el Logos descendiendo á la materia, y el gran Mito Solar es la enseñanza popular de esta sublime verdad. Como en los casos precedentes, el Divino Instructor que, hacia el principio de nuestra era, trajo la sabiduría antigua y la esparció de nuevo en el mundo, fué mirado como una manifestación especial del Segundo Logos, y, poco á poco, se atribuyó al Cristo de las Iglesias las historias que pertenecían á ese Gran Sér. Llegó á ser así idéntico, en la terminología cristiana, á la Segunda Persona de la Trinidad, y los principales acontecimientos contados en el mito del Dios Sol, vinieron á ser los acontecimientos principales de la historia de la Deidad encarnada.

Lo mismo que, en el macrocosmo, el Cristo de los Misterios representa el Segundo Logos, así, en el microcosmo, representa el segundo aspecto del Espíritu Divino en el hombre, el principio *Buddhi* de la terminología teosófica. La vida del Cristo es de este modo considerada como la del Iniciado, la vida en la cual se entra en la primera Gran Iniciación. Para comprenderlo mejor, tenemos que considerar las condiciones impuestas al candidato de la Iniciación y la naturaleza del Espíritu en el hombre.

No se podía ser candidato á la Iniciación si no se era ya, desde un principio, bueno, á la manera ordinaria, es decir, según la medida estricta de la Ley. En seguida debía desenvolverse otras cualidades; puro, santo, sin mancha, exento de pecado, viviendo sin transgredir la ley; tales eran algunos de los calificativos reconocidos en los candidatos. Debían también ser inteligentes, de un espíritu cultivado y bien desenvuelto. El desenvolvimiento y el dominio de la mentalidad, de las emociones y del sentido moral, el conocimiento de las religiones exotéricas, la práctica del cumplimiento del deber, la de la ayuda y alivio de los otros, todo eso debería haber sido realizado, continuado, durante vidas sucesivas y pertenecer en propiedad á la vida ordinaria del candidato. Cuando todo esto se hallaba ya bien adquirido, recién el hombre era lo que los griegos llamaban *Chrestos*, reconocido verdaderamente apto ó «bueno» y en camino de llegar á ser *Cristos* ó el Ungido. Cumplidas tales obligaciones exteriores, se convertía en un candidato para las interiores, y entraba en el *sendero probatorio* de la-

Iniciación por el cumplimiento de las cuatro condiciones. (Viveka, Varaha, etc.) (1).

Por otra parte, el Espíritu en el hombre es el dón del Primer Logos, el Dios Supremo, y contiene en sí mismo los tres aspectos de la Vida Divina. A medida que el espíritu evoluciona, desenvuelve primeramente el aspecto de la inteligencia, es decir, el intelecto, y esta evolución se efectúa en la vida ordinaria del mundo. La alta realización de estas condiciones, acompañada del desarrollo moral, conduce al hombre que evoluciona a la condición de *condiscipulo aceptado*. El segundo aspecto del Espíritu es el del Amor y su evolución es la del Cristo.

En los verdaderos Misterios, dicha evolución tenía que ser vivida y la vida del discípulo era el drama misterioso del que las Grandes Iniciaciones señalan las etapas, mientras que, en su pintura ó figuración, que se cumplía, naturalmente, sobre el plano físico, las ceremonias representaban aquellas iniciaciones, siguiendo, en muchos puntos, «el modelo», siempre presente, de «la Montaña». Esas figuraciones no eran más que las sombras, en una época degenerada, de las potentes Realidades del mundo espiritual.

El Cristo Místico es, pues, de aspecto dual y corresponde al segundo Logos descendiendo en la materia ó al segundo aspecto del Espíritu Divino desenvolviéndose en el hombre. Uno de los aspectos representa el proceso Cósmico realizado en el pasado y es la raíz del Mito Solar; el otro señala el proceso que se persigue en el individuo, la etapa final de su evolución humana. Los dos han concurrido a la narración de los Evangelios, y forman unidos la trama del «Cristo Místico».

Consideremos primero el Cristo Cósmico, la Deidad que se envuelve en la materia, la encarnación del Segundo Logos, el revestimiento de Dios «en la carne» (2). Cuando la substancia física que debe formar nuestro sistema solar se encuentra separada del océano infinito de materia que llena el espacio, el Tercer Logos, el Espíritu-Santo, derrama su vida en esta materia para vivificarla á fin de que pueda tomar forma. La forma le es dada por el Segundo Logos que se sacrifica á Sí mismo dándose las limitaciones de la Materia, viniendo á ser el «Hombre-Celeste» en el Cuerpo del cual todas las formas existen y son partes constituyentes. Tal es la historia Cósmica, dramáticamente representada en los verdaderos Misterios en las

(1) Véase *Philadelphia*, Año II, pag. 508.

(2) Véase el *Sombra del Discipulo*. Publicación inédita por A. Bouan.

que era considerada tal como pasaba en el espacio, mientras que, en los Misterios del plano físico, era simplemente figurada por medios apropiados. En la elaboración de las cosas, el Segundo Logos, el Cristo Místico Cósmico, se reviste del traje de materia, entra verdaderamente en el seno de la Virgen, el seno de la Materia aún virgen, improductiva, la que, como se ha dicho, ha sido vivificada por el Tercer Logos, el Espíritu Santo, quién, proyectando su vida en ella la ha preparado así para recibir la vida del Segundo Logos y llegar á ser el vehículo de sus energías. Es esa la Encarnación del Cristo, la toma de la «carne», lo que expresa la frase: «Tu no debes despreciar el seno de la Virgen». El período de la infancia representa perfectamente las primeras obras del Logos en la Materia. Sus majestuosos poderes ceden también bajo la debilidad de la infancia, porque no tienen sino una débil acción sobre las tiernas formas que animan. La Materia aprisiona y parece amenazar la vida de su real hijo cuya gloria está velada por las limitaciones que Él se ha impuesto; pero lentamente Éste la arregla y la educa para los elevados fines de la humanidad, y entonces, Él, se extiende por Sí mismo sobre la Cruz de la materia para poder desde lo alto de esa cruz, derramar todos los poderes de Su vida ofrecida en sacrificio.

Tal es el Logos del que Platón decía que era figurado por una cruz sobre el universo; el Hombre celeste que se mantiene en el espacio con los brazos abiertos para bendecir; el Cristo crucificado cuya muerte sobre la cruz de la materia llena toda la materia de su vida. Parece muerto y enterrado, fuera del alcance de la vista, pero se levanta de nuevo, revestido de la misma materia en la cual parecía deber perecer, y transporta Su cuerpo, formado ya de materia radiosa, al cielo, donde recibe el efluvio de vida del Padre, el Primer Logos, y se hace con ello el vehículo de la vida inmortal del hombre. Pues es la vida del Segundo Logos lo que forma el cuerpo causal de los hombres, y se las dá, á fin de que puedan vivir á través de las edades y engrandecerse en la medida de Su propia estatura.

La crucifixión del Cristo hace también parte del gran sacrificio Cósmico; y su representación alegórica en los Misterios físicos, así como el símbolo sagrado del Hombre crucificado en el espacio, se materializan en una muerte real en la cruz y en un crucifijo que tiene una forma humana expirante. Es esta historia, transformada, la que fué atribuída al Divino Instructor, Jesús, y la que vino á ser la historia de su muerte física, al

sombrías se esfuerzan en seducirle con esos mismos poderes para desviarlo del sendero, tratándolo de hacerlo servirse de estos para ayudarse á sí mismo en lugar de reposar sobre su Padre con una dulce confianza. En las repentinas y rápidas transiciones que sufren su fuerza y su fé, el cuchicheo del tentador, revestido de un cuerpo, acompaña á la voz del Padre, y las ardientes arenas del desierto, queman los piés que acaban de ser lavados en las frescas aguas del santo río. Vencedor de esas tentaciones, entra en el mundo de los hombres para emplear, en socorrerlos, los poderes que no utilizará para sí mismo; y quien no levantaría un dedo para apaciguar su hambre, alimenta sin embargo «cinco mil hombres», sin contar á las mujeres y á los niños, con algunos panes.

En su vida, dedicada al incesante servicio de los demás, se presenta otro corto período de gloria, y es cuando asciende á «una alta y solitaria montaña», el Monte sagrado de la Iniciación. Allí se siente transfigurado y encuentra á algunos de sus grandes Precursores, las Grandes Almas de los tiempos pasados, que marcharon por donde Él pasa actualmente. Atraviesa así la tercera Gran Iniciación; la sombra de su Pasión futura cae entonces sobre él, y resueltamente se dirige hácia Jerusalém (Luc. IX, 57) donde lo espera el Bautismo del Espíritu y del Fuego. Después del nacimiento, el ataque de Herodes; después del bautismo, la tentación en el desierto; después de la transfiguración, la entrada en el Camino de la Cruz. Es así que el triunfo es seguido siempre por las pruebas, hasta que el fin sea alcanzado.

La vida de amor crece aún en él, cada vez con mayor abundancia y más perfecta; el Hijo del hombre resplandece en cada instante con más claridad hasta que haya llegado el momento de la batalla final; y la Cuarta Gran Iniciación lo conduce en triunfo á Jerusalem, donde lo esperan Gethsemani y el Calvario. Es entonces el Cristo pronto para ser ofrecido, pronto para el sacrificio de la Cruz. Vedlo en presencia de la amarga agonía del Jardín, donde hasta aquellos mismos á quienes ha escogido duermen, mientras él se extremece en su mortal angustia. Durante un instante implora, á fin de que la copa pueda pasar lejos de sus labios, pero su fuerza triunfa y extiende la mano para tomar aquella y beber. En su soledad, un ángel viene hácia él y lo reconforta, como tienen costumbre de hacerlo los ángeles cuando ven á un Hijo del Hombre doblegado bajo el peso de la agonía. A medida que avanza, vé acercarse ese amargo momento por el que debe pasar, de la traición, de la deserción, de la ingratitud, y, solo, en medio de sus burlones enemigos, marcha por

fin hacia su cruel y última prueba. Flagelado por el dolor físico, traspasado por las duras espinas de la envidia, despojado en público de sus hermosos vestidos de pureza, abandonado en mano de sus verdugos, *aparentemente* olvidado por Dios y por los hombres, soporta pacientemente todo lo que lo oprime, y busca con avidés su socorro en la última extremidad. Crucificado moralmente, perdiendo la vida de la forma que pertenece al mundo inferior, rodeado de enemigos triunfantes que se mofan de él, el último horror de las grandes tinieblas concluye por envolverlo, y en ellas encuentra todas las fuerzas del mal. Su visión interior se oscurece, se encuentra solo, absolutamente solo, y su invencible corazón, comprimido por la desesperación lanza un grito de angustia hacia su Padre que parece haberlo abandonado. Reacciona luego, sin embargo, y reuniendo todas las fuerzas «del espíritu invencible», ofrece su vida inferior, abraza voluntariamente la muerte, rechaza el cuerpo de deseo, y el Iniciado «desciende á los infiernos» á fin de que no haya rejión del Universo que no sea hollada por él, para ayudar y para amar. Elevándose encima de las tinieblas, vuelve á contemplar la luz, se reconoce de nuevo por el Hijo inseparable del Padre de quién procede, gravita hacia la vida eterna, vencedor de la muerte, fuerte para acordar su ayuda infinitamente á todo hijo del hombre y pronto para derramar su vida en toda alma que luche. Permanece todavía un poco de tiempo entre sus discípulos para instruirlos, les revela los misterios de los mundos espirituales, y los prepara de ese modo para marchar sobre el sendero que él ha recorrido, hasta que, terminado el tiempo de su vida terrestre, sube hacia su Padre y llega á ser el Maestro triunfante, el vínculo entre Dios y el hombre.

Tal es la historia (1) que se enseñaba en los Misterios y que era dramáticamente representada, cubierta con mayor ó menor número de velos, en símbolos, en los Misterios del plano físico. Tal es el Cristo de los Misterios, en su doble aspecto, Logos y hombre, Kósmico é individual. El Cristo del corazón humano no es, en efecto, para la mayor parte, sino el Jesús considerado como un hombre, el Cristo humano místico, que lucha, sufre, muere, y finalmente triunfa. Es el hombre en quien se puede ver á la humanidad crucificada y elevada, el hombre cuya victoria es la promesa de

(1) Historia tan simbólica como real, de lo que ha realizado el Cristo, en lo espiritual, y de lo que debe acontecer á todo hombre, en el curso de su evolución; en una palabra, «el peregrinaje del alma humana» es lo que se simplifica con lo que se ha llamado «la historia de la pasión».

de citarlos y de resumirlos, aunque no sea más que á título de hipótesis; se le juzgará por la luz que proyecten sobre aquellos oscuros problemas de las civilizaciones pasadas. Comparándolos con los documentos históricos ó mitológicos de los que tendré ocasión de hablar, se verá que reposan sobre una base sólida y que merecen ser tomados en seria consideración.



Veamos, pues, la gran cuestión que inmediatamente voy á examinar: ¿La humanidad fué asistida en sus primeros vagidos? ¿Séres Mayores rodearon su cuna para preservarla de los peligros que amenazan á todo recién nacido? ¿O bien ella ha venido al mundo sola, aislada, sin defensa, rebaño de hombres primitivos, salvajes, ignorantes, rodeados de una animalidad poderosa y temible?

La opinión de los hombres que se han dedicado al estudio del pasado, no es unánime; los unos dicen sí, los otros dicen nó; siendo esas opiniones contradictorias las que nos corresponde ahora iluminar.

Los que sostienen que la humanidad no ha sido ayudada, que se ha elevado por sus esfuerzos propios á la civilización actual, son, sobre todo, los mitolojistas. Su conclusión nada tiene que deba asombrarnos, y la razón es esta:

Han comprobado el rol inmenso que desempeñó la mitología en las primitivas civilizaciones,—entre los salvajes, por ejemplo, ocupa el lugar de todo, de ciencia, de filosofía, de religión y de historia,—pero no han sabido comprenderla, no han podido explicarse los extravagantes enigmas de que parece llena, y, como la presunción humana es sensiblemente proporcional á la humana ignorancia, han concluido inmediatamente por sostener que los mitos religiosos no podían tener valor sinó para los más rudimentarios cerebros.

«El hombre, se ha dicho, ha nacido ignaro, y las mitolojías no son, sinó una florescencia de su ignorancia.»

—«Pero,—responden otros investigadores,—la mitolojía no es solamente apreciada por los salvajes; todos los personajes distinguidos de la antigüedad la han tenido en gran consideración, y ella, por eso mismo, hacia parte de la instrucción, entonces dispensada por una selección intelectual, á un número reducido de estudiantes.»

¿Pero, qué son los actuales salvajes? Razas llegadas a un estado más o menos grande de degeneración, según la expresión de Max Müller. ¿A qué sabemos de los períodos que han precedido a tal decrepitud? ¿qué sabemos de sus primeros años? ¿de dónde han tomado sus sistemas mitológicos? Lo ignoramos.

¿Quién podría, pues, afirmar que el hombre primitivo era un salvaje semejante a los salvajes actuales? Como lo hemos de ver, aquel estaba dotado de mentalidad elevada, pero no tenía los crueles instintos de los salvajes de hoy.

Como lo he indicado, la mitología tiene necesidad de una clave, o, más bien dicho, de muchas claves para poder ser bien comprendida; tiene una clave cosmogónica, una clave antropogénica, una espiritual, y debe emplearse una y otra según el punto sobre el cual se la consulte.

¿Qué es, por ejemplo, el mito de Pausan que parece tan infantil y ridículo? Es la historia de los grandes acontecimientos que han separado dos períodos «glaciaros; el «dragón glacial» que dormía y que se despertó, es el Polo cuyos hielos se funden bajo la influencia de la elevación de temperatura que resulta de un cambio progresivo de inclinación en el eje terrestre; el Eridan, en que es precipitado Pausan, no es el Po, sino los mares del Norte, y para prueba de ello bastan las lágrimas de las hermanas del infortunado príncipe, lágrimas que se convierten en nieve, el cual no se encuentra, en efecto, sino en los mares polares.

Tomad en seguida a Castor y Polux, los mellizos de la Virgen Leda, quienes viven, el uno en el día, el otro en la noche. ¿Podemos suponer que los grandes Séres de aquellos tiempos hayan sido tan estúpidos como para componer mitos sin significación alguna? Uno de los aspectos de este mito de los dos gemelos es un aspecto antropogénico: Castor y Polux son los dos aspectos de la personalidad humana, Polux, el superior, —el alma en acción en el cuerpo físico,—Castor, el inferior, —el alma obrando en el cuerpo físico. Castor vive en el día de la vida física, de la vida de la encarnación; Polux vive de noche, la vida superior del hombre que duerme o de hombre desencarnado. Y en efecto, cuando el hombre muere, es Polux quien persiste, —el mellizo que vive en el más allá.

¿Pero, qué es Proteo, ese ser fabuloso que constantemente cambia de forma y no manifiesta la verdad sino cuando se ha conseguido aprehenderlo y paralizarlo? Proteo simboliza la materia superior y vital, modelada con la

mayor facilidad por el pensamiento y revistiendo formas nuevas en todo momento; formas que son semejantes á los fantasmas de nuestros semi-sueños, que pasan de una imagen á otra, del ángel al horroroso mónstruo, del hombre al animal, bajo el más débil esfuerzo del pensamiento. He aquí porqué Proteo miente, porque no nos podemos apoderar de la forma cambiante que se manifiesta sobre esos planos de modo tan sutil. Pero, si lo logramos paralizarlo, Proteo dice la verdad, es decir, que si el hombre calma las olas de ese océano, sin cesar agitado, de su propia mentalidad, puede apercibir algo de neto, de elevado; las imágenes, los pensamientos, los consejos, las inspiraciones de su alma en acción en el cuerpo mental, pueden reflejarse en el lago cuyas aguas se encuentren ya tranquilas.

Así pués, sin que me sea preciso insistir mucho, es fácil ver que en la mitología puede haber y hay un elemento serio y verdadero.

Pero la mitología no es la única en dar testimonio del génio de los grandes Iniciadores de la humanidad; tenemos, además, como lo he dicho, la historia, la leyenda, la tradición y los diversos anales que se han transmitido hasta nosotros; tenemos el espectáculo imponente de las religiones primitivas, tan grandes ya en sus comienzos como hoy lo son; tenemos las filosofías de los grandes instructores que no han sido jamás sobrepasadas; tenemos, en fin, los monumentos, las ciencias, las artes, mil cosas todavía, muy palpables, de las que hablaré luego y que dan prueba de la presencia y de la intervención de grandes séres desde el principio de la humanidad.

#### RAZAS PREHISTÓRICAS

Permítaseme decir, ante todo, una palabra respecto de estas humanidades primitivas.

Una humanidad es un sér colectivo, en todo semejante á un individuo; como éste, aquélla desarrolla primeramente el cuerpo, el instrumento que sirve para la manifestación de las facultades del alma, del espíritu; es este un proceso evolutivo muy lento y muy laborioso, pero en todo correspondiente y similar al proceso evolutivo del hombre. Antes de que un cuerpo humano se encuentre definitivamente revestido de la *forma* humana, le ha sido necesario vivir y crecer durante siete meses; antes de que una humanidad esté completamente desenvuelta, le es preciso pasar por siete estados —las siete razas.

Aristófanes habla también de ellas en su teatro, y las «ruedas» de la visión de Ezequiel pueden relacionarse parcialmente al mismo hecho.

La segunda raza había tomado un principio de forma, y la tercera tuvo una forma humana. Sin embargo, en las primeras sub-razas de esta tercera raza, la sexualidad no existía todavía, y he aquí porque se encuentra siempre la idea de lo andrógino cuando uno se entrega al estudio de las humanidades de esas remotas épocas. En la Kabbala, el rabí Simeón dice á sus compañeros iniciados: «Oh, compañeros, compañeros, el hombre como emanación es á la vez macho y hembra; es el hombre doble». El *Pimandro* egipcio, añade: «Tal es el misterio oculto hasta este día... el Hombre celeste ha hecho una cosa maravillosa... ha creado siete hombres, todos macho-hembras...» Los estudiantes del Hermetismo han sido de tal modo desconcertados por estas citas y por muchas otras análogas, que han tenido que admitir que el Hombre primordial, el Adam Kadmon era andrógino.

La *Doctrina Secreta* (1) nos enseña que las dos primeras razas no tenían, por así decir, sexo; que en la tercera, se hizo la separación: primera mente una granulación, una ovulación exterior al cuerpo, análoga á la que existe actualmente entre los peces, y después una ovulación interna, verdadera gestación dando formas, no sexuadas al principio, andróginas más tarde y finalmente unisexuadas.

El androginato existe aún en una inmensa parte de la naturaleza,—entre muchas plantas y animales elementarios,—y la fisiología reconoce en el hombre los órganos rudimentarios que representan todavía hoy al andrógino primitivo.

Todo está también confirmado por las antiguas Escrituras. La Kabala dice: «Hay cuatro Adam»; —el Adam es una raza, así pues hay cuatro razas. Hay «el Adam santo y perfecto, una sombra que pasa.» La primera raza no podía ser sino «santa y perfecta» bajo el punto de vista moral, al menos; no tenía mental y no podía pues pecar; «la sombra que pasa» es una alusión á la sutileza de la materia que componía el cuerpo en esa época.

El segundo Adam, es «el Adam andrógino protoplástico» cuya ténue materia podía ser modelada con la mayor facilidad.

El tercero es «el Adam de tierra» cuya materia se hizo física. La materia, como el cuerpo, evoluciona y se hace cada vez más densa hasta la cuarta

(1) De H. P. Blavatsky.

raza, aquella que se encuentra en el punto más bajo del arco evolutivo, en el punto de vuelta hacia arriba, en el recodo de la fuerza. La Biblia, simbolizando el mismo proceso, reviste á Adam y á Eva de pieles de bestias después de la «caída» (que simboliza la separación de los sexos, el cambio de método en la procreación); — tal es, al menos, este, uno de los múltiples aspectos de la «caída».

La cuarta raza, de que habla la Kabala, es «el Adam de pecado», — aquella que peca después de la «separación».

A su turno, la Biblia dice la misma cosa. Ella tiene también cuatro «Adam» fáciles de reconocer estudiando con cuidado sus diferentes capítulos y tratando de comprender la historia de Caín y Abel, y de Esaú y Jacob. La primera raza, es «el Adam Solus», — solo; — luego viene «el Adam Eva», — macho hembra; desgraciadamente los traductores de la Biblia no la han comprendido siempre y han querido, en este caso, corregirla, pues aquí han puesto Adam y Eva, mientras que en la Biblia hebráica no interpolada no se encuentra sino Adam-Eva; en seguida, es «Adam y Eva», la tercera raza después de la separación de los sexos, — Dios, durante el sueño de Adam, tomó una de sus costillas y formó á Eva; y por último, es Caín y Abel, — permutaciones de Adam y Eva, como dicen los estudiantes de la Biblia, quienes representan una faz particular de la tercera raza, aquella en la cual los sexos están separados y donde el método de procreación vino á ser lo que es hoy. La cuarta raza aparece más tarde en el mito de Esaú y de Jacob, — Esaú, rojo y velludo como los Atlantes, Jacob glabro y blanco como los Arios. Desde el seno de la madre nos dicen, se batían: historia de las luchas entre la cuarta y la quinta raza. No veáis nada de contradictorio en que la quinta raza haya nacido mientras existía todavía la anterior, pues las razas se interpenetran; cuando la una está en plena etlorescencia, la otra ha comenzado ya á aparecer, y allí nos encontramos en presencia de la historia de las grandes guerras relatadas en muchas obras mitológicas entre las dos razas, entre los dos hermanos.

La Biblia leída bajo el punto de vista oculto, es fértil en revelaciones. El «sueño» de Adam representa el estado de mentalidad rudimentario, por no decir ausente, que ha precedido al nacimiento de la humanidad de la segunda mitad de la tercera raza. El mental entonces estaba ausente como lo está hoy en el feto, y no se manifiesta en la raza sino á medida de la organización más completa de los cuerpos, á medida de la construcción de

volvimiento de los cuerpos físicos de las razas, y los seres que pertenecen á esta división de la Gran Fraternidad, se ocupan de la dirección, de la evolución de los cuerpos. Cada raza, en efecto, debe poseer, bajo el punto de vista físico, una característica apropiada á la cualidad que debe evolucionar. Así, la tercera, evidentemente psíquica, tenía que desarrollar el lado sensacional, emocional; la cuarta, debía evolucionar el lado intelectual inferior,—la inteligencia analítica; —la quinta, la nuestra, perfecciona, termina esa evolución de la inteligencia inferior y desenvuelve ámpliamente también la superior,—la que sintetiza y concibe la unidad.

A cada una de estas modalidades de las cualidades corresponde una modalidad de construcción del cerebro; y es esa modalidad particular que está dirigida por el trabajo de los Manús, los que pertenecen al «Arbol de vida» de la Gran Fraternidad. Hablaré de uno de ellos, con más detalles en mi próxima conferencia.

Lo que se ha llamado el «Arbol de la Ciencia», preside al desarrollo de las cualidades mismas, á la instrucción de la humanidad. El instrumento está constraído y se trata de ponerlo en obra; hay ciertos métodos que facilitan la evolución; los grandes Seres están encargados de aplicarlos.

Se cuenta, ordinariamente, un gran instructor por sub-raza,—cada raza se divide en siete sub razas,—teniendo cada una de estas últimas que evolucionar tal ó cual cualidad siguiendo un cierto órden que se repite en cada raza. Como nuestras almas, por la reencarnación, pasan sucesivamente por todas las sub-razas, aprendemos así, poco á poco, todo lo que debemos saber.

Son estos siete grandes instructores de cada raza los que encontramos en todas las tradiciones; se les denomina los Reyes, los Dioses, los semi-dioses, los señores de Sabiduría, los señores de Compasión, los divinos Héroes, los Regentes, los Poderosos, las Serpientes también, pues la Serpiente es un símbolo de la Iniciación. «¡Sed sábios como serpiente!» decía Jesús. Se ha traducido «prudentes», lo que es un error. Esos grandes Instructores presiden á la instrucción de las razas; han descubierto el fuego, establecido las lenguas, enseñado á nuestros lejanos antepasados el arte de las construcciones y la agricultura; hasta les han traído el trigo, planta que no crece al estado salvaje y de la cual el centeno y la cebada no son más que *variaciones*. En fin, les han enseñado las ciencias y las artes de las que vamos á hablar.

Esos grandes seres hieren una nota fundamental, dejando luego á sus discípulos el cuidado de ponerla en su justo valor en sus detalles; vuelven después, de tiempo en tiempo, para hacer vibrar la misma cuerda é impresionar el oído de la humanidad; y es por esto que sus nombres forman, por así decirlo, dinastías. Los egiptólogos reconocen cinco *Hermés*; hay siete *Manús* y una larga serie de *Enoch*; los *Zoroastros* eran catorce, poco más ó menos, se dice; y en todo caso, aquel de que habla *Aristóteles*, era el séptimo; *Apolo* ha aparecido diez veces, según las tradiciones; cuatro veces como divinidad y seis como Rey divino; *Cicerón* dice que ha habido cinco *Bacos*, *Baco* era un símbolo de la divinidad; era el nombre que se daba entonces á los grandes Instructores que la representan. Todos esos seres son los inventores de las letras, de las artes y de las ciencias; todos son los Iniciadores en los Misterios.

¿Pero se desea todavía algunas pruebas lejanas ó tradicionales de la existencia de esos grandes Instructores? En el *Genesis de Enoch*, libro de una antigüedad fabulosa, se ven sus huellas muy claras; se las encuentra también en el *Pimandro* egipcio; *Panodoro* habla de siete Reyes divinos que han precedido á la evolución de las razas. Los patriarcas bíblicos son tipos de los mismos grandes instructores. El principal es *Enoch* á quien se designa como el «divino gigante»; en el *Celepas Geraldinus*, obra bastante rara (1), se dice que, «después de haber establecido las ceremonias y los ritos del culto primitivo, se dirigió hacia el Este, fundó 140 ciudades, y luego volvió á Egipto para ser rey». Las tradiciones islamitas hablan también de él. En la *Historia antislámica*, por *Eduardo Fisher*, *Abul Feda* dice que aquél inventó la «lengua sabeana» (la astronomía), y el *Kordn* lo llama un *Edris*, uno de los Sabios, uno de los Grandes Seres. Si *Enoch* representa tal rol, no solo en la religión hebráica sino, además, en las religiones vecinas, es porque él es el séptimo patriarca. El número 7 es el símbolo común á todos los iniciadores: *Orfeo* tiene una lira con siete cuerdas, *Toth* tiene sobre la cabeza un disco solar con siete rayos. *Enoch* corresponde, bajo el punto de vista astrológico, al signo zodiacal de la *Balanza*; representa al gran Instruc-

(1) Citada por de Mirville, *Pneumatologie* III, 29.

tor que ha conducido la tercera raza hasta la cuarta, hasta el diluvio, legando á Noé, según la tradición, toda la ciencia del pasado.

¿Pero, preguntareis, por qué Enoch está simbolizado por la Balanza? Porque la Balanza representa ocultamente el proceso de la transformación de los sexos de que acabo de hablar. Antes de él está la *Virgen*, la creación pura, divina; después de él el *Escorpión*, la procreación carnal; cosas que todos los astrólogos saben. La *Balanza* es el punto medio, el intervalo que separa los dos procedimientos creadores; sus dos platillos indican la separación de los sexos.

La mitología viene á agregar su parte de confirmación á las tradiciones sobre los Grandes Instructores. A las tres primeras razas, las Preadamitas, les fueron dados como guías particulares, los Reyes de Edom, según la Kabala. Urano, Saturno y Júpiter son los tipos especiales de los instructores de las segunda, tercera y cuarta; y aquí se debe notar una alegoría admirable cuando se posee su clave. Saturno ó Crono mutila á su padre Urano, lo que significa que en la época de la tercera raza, la creación cesó de ser pura, cesó de ser el resultado de la voluntad para producirse por el método ordinario. Crono no tenía necesidad del método de creación de Urano,—método que no era ya posible,—y es por eso que la alegoría habla de la mutilación de este último.

Con la cuarta raza aparece Júpiter, que se llama también Neptuno, rey de las aguas, quien recuerda á los Atlantes, pueblo esencialmente marítimo. Júpiter era, además, Poseidón, cuyo recuerdo se encuentra en el nombre de Poseidonis, la última isla de la Atlántida que desapareció como consecuencia de fenómenos volcánicos terribles y de la que tenemos la descripción suficientemente detallada en un escrito descifrado por el abate Brasseur de Bourbourg y por el Dr. le Plongéon: el *Troano* encontrado en la América Central por un español que le dió su nombre.

Conocemos igualmente una tradición que dá una nueva confirmación á este punto, y es la de la isla de Delos que Plinio denomina *Osericta*, nombre que, según Rudbeck, quiere decir, en las lenguas del Norte, «La Isla de los reyes-dioses». Esta isla hace parte del grupo descubierto por Nordenskjöld y es uno de los vestigios de aquella cintura polar del continente hiperbóreo que habitaba la segunda raza. Diodoro de Sicilia la nombra *basilea* (real), la isla de los Dioses-reyes.

Pero, dejen estas dinastías para pasar á otra s erie de pruebas. Estas ser an más concretas y por ellas nos encontraremos menos obligados á creer ciegamente, bien que la f e no es ciega cuando los testimonios son tan unánimes y tan concordantes y son, además, como en el presente caso, suministrados por hombres de tanta elevación como los historiadores antes mencionados.

Las artes perdidas: el acero de Damasco, las espadas cuya punta se juntaba con la empuñadura sin que aquellas se quebr aran; la púrpura de Tiro; el vermellón de Luxor; el vidrio maleable que podía ser martillado como un plomo; la piedra de M emfis, anestésico superficial y profundo que no intoxicaba al sistema nervioso; el cemento antiguo cuyo secreto se ha perdido; las piedras preciosas artificiales, como la esmeralda falsa del vaso de la catedral de Ginebra presentado al Instituto por Napoleón y que fué reconocida como una piedra preciosa artificial de composición ignorada; el papiro tan sólido y tan fino que una sola hoja, encerrada en una c asaca de nuez, contenía   la Iliada entera:  las hemos vuelto á encontrar? No lo creo.

En medicina y en cosmetología hallamos sorprendentes recetas en el papiro de Ebers.

El fuego es una prueba concreta de la influencia de los grandes Séres, y su descubrimiento permanece todavía siendo un misterio.  La domesticación de los animales, no es un hecho notable? No sé si en los tiempos históricos se ha domesticado uno solo, pues todos nuestros servidores actuales han sido reducidos   la domesticidad en los tiempos prehistóricos, y los iniciados dicen que muchos animales estaban en vías de esa transformación cuando la Atlántida se hundió bajo las aguas, entre otros algunos que se asemejaban   grandes gatos.

En cuanto á las ciencias, la astronomía antigua era de una perfección admirable, lo que tanto más sorprende   los sábios modernos cuanto sus lejanos predecesores no tenían   su disposición sino medios rudimentarios de observación.  Como ha podido suceder que, con instrumentos tan simples como los de los astrónomos de aquella época, Hiparco haya podido calcular la precesión equinoccial con tal precisión que sus cálculos no difieran de los nuestros más que de 2' ?  Y aún, quién osar a decir que en el movimiento de la tierra al rededor del sol, no se haya producido desde entonces un cambio de tal naturaleza como para explicar esa diferencia?  Como comprender el antiguo desenvolvimiento de esta ciencia si nos rehusamos   admitir la ayuda eficaz de grandes Séres que acompañaban   la humanidad primitiva?

Epigeno, citado por Plinio, decía que los Asirios habían hecho observaciones durante 720.000 años; Hiparco, reduce esa cifra á 270.000 años, lo que fué confirmado por Jámblico quien se expresa así:

«Los Asirios no solamente han conservado el recuerdo de 27 miriadas de años, como lo manifiesta Hiparco, sino el de todas las apocatastaces y períodos de los 7 Regentes del mundo».

Se encuentra en una obra babilónica, *Las observaciones de Bel*, la comprobación de una larga série de eclipses, y la prueba de que el sol en el equinoccio de primavera se levantaba entonces, no en los Peces, como hoy, sino en el Toro: es el Profesor Sayce quien lo indica en sus *Conferencias sobre el desenvolvimiento de las religiones*, 1887.

Mackey, fundándose en pruebas que no puedo discutir, pretende, en la *Sphynxiade*, tener la demostración evidente de que los Indios habían hecho observaciones durante 7 á 8 millones de años, y la *Doctrina Secreta* confirma su acerto.

El Zodiaco tenía para los antiguos un gran interés. Volney dice que el zodiaco griego data de cerca de 17.000 años. Schlegel asigna á la esfera astronómica china 18.000 años de existencia; Bailly, en el siglo último, afirmaba que el zodiaco indio es el más antiguo, y él es sobre este punto confirmado también por la *Doctrina Secreta* que asegura que dicho zodiaco viene de los grandes Instructores de la tercera raza, los Hijos de la Yoga, y ha sido trasmitido tradicionalmente de iniciado á iniciado, mientras que los zodiacos egipcios vienen de los Atlantes de la gran isla de Ruta, y han sido traídos con la segunda emigración de Atlantes, es decir, hace próximamente 75 á 80.000 años.

Los zodiacos pueden iluminarnos bajo otro punto de vista. La ciencia oficial pretende que la inclinación de la eclíptica sobre el Ecuador no varía sino de algunos grados, mientras que, por lo contrario, las tradiciones afirman que el eje polar ha cambiado completamente. Ciertos zodiacos egipcios parecen dar la prueba de ello, y así Mackey sostiene en la *Astronomía mitológica de los antiguos*, que, en dos zodiacos egipcios ha encontrado el Capricornio al Norte y el Cáncer cortado en dos en el polo Sud, lo que probaría una inversión completa del eje. A Herodoto le dieron los sacerdotes de Egipto la seguridad de que en otro tiempo el Ecuador estaba cortado en ángulo recto por la eclíptica, y Solón recibió de ellos el mismo testimonio; nuestros antepasados han observado durante un largísimo período

le dijeron esos sacerdotes, que dos veces el sol se ha puesto donde hoy se levanta, y dos veces se ha levantado donde actualmente se pone. (1) La *Doctrina Secreta*, confirma una vez más estos datos. La ciencia moderna no tiene de ello la prueba por lo que prefiere creer que esas indicaciones zodiacales son de naturaleza astrológica y se relacionan á los horóscopos de los reyes de la época, pero yo estoy persuadido que antes de mucho tiempo los nuevos descubrimientos permitirán comprobar el hecho de que, realmente, en los tiempos antiguos, ha habido una inversión completa de los polos, inversión que se producirá nuevamente en el porvenir.

¿Y qué diremos de la geometría? El profesor Smyth asegura que «la geometría de los constructores antiguos comenzaba allí donde concluía la de Euclides»; y es á Peebles (*Around the World*) á quien cita Smyth.

Esto me lleva á decir algo sobre esas construcciones gigantescas que atestiguan todavía la existencia de una ciencia maravillosa. Ved las Pirámides, en las que se han elevado inmensos blocs á 150 metros de altura. ¿Como se ha podido transportar esas moles que pesan hasta 1500 toneladas, y que se encuentran en las ruinas de Baalbeck?

La ciencia invoca el desprecio que se hacía de la vida humana gastada en esos trabajos prodigiosos, y los explica haciendo intervenir inmensos planos inclinados sobre los cuales enormes cabrias operaban la tracción: cosa que me obliga á mantenerme escéptico, tanto más cuanto me han confesado, por otra parte, algunos ingenieros, que no creen que tal cuestión haya sido resuelta.

La *Doctrina Secreta*, á su vez, habla de fuerzas actualmente desconocidas y que serán nuevamente descubiertas, análogas á aquellas que Bulwer Lytton ha inmortalizado en *The Coming Race*, bajo el nombre de Vril, y que, según los Iniciados de la Gran Fraternidad, eran enseñadas en las escuelas de la Atlántida. (2).

(1) ¿Se explicaria de otro modo la existencia comprobada, de minas de carbón de piedra en las regiones polares, como las que se encuentran en las tierras de Graham, por ejemplo? Sin un cambio en la inclinación del eje, ¿cómo pudieron existir, durante los siglos necesarios, los grandes bosques que dieron origen á tal mina? N. de la D. de P.

(2) Aquí conviene recordar el descubrimiento de una nueva fuerza denominada *inter-atómica*, hecho no hace muchos años en los Estados Unidos por J. W. Kelly, de Filadelfia, y del cual se ocuparon los principales diarios de la Unión, los que dieron detalles interesantísimos á su respecto.

La vibración que se produce en los vidrios de las ventanas y en los cristales, respondiendo á ciertos acordes musicales, llevó á Mr. Kelly á la primer idea de su teoría de la fuerza vibratoria, y puesto á la obra inventó el aparato que fué conocido con el nombre de *motor Kelly*, que funciona haciendo resonar por medio

Y aquí me ocurre decir algo sobre las *pedras movedizas*, para mostrar cuán profundo conocimiento de la estática tenía la antigüedad. Esas «pedras locas», «pedras de verdad», «pedras oscilantes», se encuentran por todas partes, en Africa, en Europa, en Irlanda—en Bretaña, especialmente;—esos bloques de 300.000 kilogramos son acostados tan habilmente sobre uno de sus ángulos, que la simple fuerza del dedo basta para moverlas, mientras que el empuje de 200 hombres sería incapaz de darlas vuelta. Geológicamente, dichas piedras no pertenecen al suelo sobre el cual se encuentran; han sido transportadas de muy lejos, por lo general, por procedimientos desconocidos. (1)

Plinio cuenta que en Persia se les llamaba *Olizol* y que servían á los sacerdotes para la elección de los soberanos; Olaus Magnus y Vormius indican el mismo uso á propósito de los reyes escandinavos; Apolonio de Rodas pretende que se las colocaba sobre las tumbas y que el pensamiento

de un arco de volán algunos diapasones ó varillas de acero colocadas en aquel, y que desarrolla una potencia tal, que, hecho el ensayo en el cuarzo de los montes Cankill, se horadó esta piedra en diez y ocho segundos en una profundidad de 6 metros y un diámetro de 1.50. La experiencia fué realizada en presencia de varios ingenieros de minas y de ella se ocupó *The British Mercantile Gazette*, de 15 de febrero de 1837. Los ingenieros Mr. W. Bernot Le Van y, Mr. J. H. Laville, miembros del instituto Franklin, publicaron la siguiente relación sobre el mencionado descubrimiento:

«Habiendo observado varias veces las experiencias de Mr. Kelly, relativas á la producción de la fuerza motriz habiendo examinado en detalle el aparato que llama *librador*, y cuyas diversas partes fueron ajustadas y colocadas inmediatamente después de nuestro examen; habiendo visto unir el aparato al receptor, y estando convencidos de que la máquina entera no contenía más que aire atmosférico á la presión normal, declaramos haber visto producir la fuerza que ejercía una presión de más de 20.000 libras por pulgada cuadrada, sin que existiera á este efecto otro agente que la vibración de otros diapasones de horquilla. No había comunicación entre el aparato generador y un origen exterior de fuerza. No hubo cambios termométricos apreciables, ya en el momento del desarrollo instantáneo de la fuerza, ya en el momento de su instantánea disipación en la sala.»

«Obligados á eliminar como factores, en la producción de esta fuerza, á todos los agentes conocidos, tales como el calor, la electricidad, la combustión química, etc., es forzoso que hagamos la conclusión de que la fuerza se desarrolla en la forma indicada por Mr. Kelly; es decir, que resulta de la desintegración del aire contenido en el aparato, y que este cambio producido por la vibración, determina la vibración de un vapor ó éter de una tenacidad extrema.»

«Es absurdo suponer que Mr. Kelly emplea aire comprimido ó cualquier otra fuerza acumulada.»

«Nosotros hemos visto en diferentes épocas los ensayos de Mr. Kelly para utilizar esta fuerza motriz, y después de nuestras observaciones con este objeto, creemos que los obstáculos que impiden aún un éxito práctico con las locomotoras, serán allanados por el inventor.»

Desgraciadamente, esta aplicación no ha podido hasta ahora hacerse, y el conocido millonario norteamericano, Arton, que compró con este objeto el invento de Mr. Kelly, no ha sabido después utilizarlo. N. de la Dirección.

(1) Véase el artículo que sigue, titulado «Un Santuario Megalítico—La Piedra Movediza del Tando». N. de la Dirección.

## UN SANTUARIO MEGALHÍTICO

LA PIEDRA MOVEDIZA DEL TANDIL (REPÚBLICA ARGENTINA) (1)

En 1897 nuestra atención fué detenida por una ilustración que representaba una piedra móvil en el Río de la Plata. Llegamos, después de algunas diligencias en París y en Londres, á saber que este grabado había sido sacado de una obra del Sr. Montes, profesor en la Facultad de Ginebra. A nuestro pedido de datos, el Sr. Montes, con la más amable cortesía, nos puso en relación con el Dr. G. Oltramare, de Buenos Aires.

Solicitado este último por nosotros en 1897, para procurarnos informaciones precisas sobre la piedra movediza del Tandil, el Sr. Oltramare tuvo la amabilidad de emprender un viaje á ese punto con el propósito de sacar fotografías y recoger datos.

Son esos documentos de alto valor científico, los que publicamos hoy, acompañándolos de comentarios mucho menos importantes.

La cuestión de las piedras movedizas, como las de todas las adaptaciones primordiales de la piedra á un culto, levanta invariablemente las denegaciones de los geólogos, á quienes nunca faltan las teorías *soi disant* positivas para oponer á las teorías tradicionales de los arqueólogos. Muchas veces, hasta la evidencia no les parece bastante convincente.

Hasta ahora, como lo afirma el Dr. Oltramare, de Buenos Aires, nadie en la República Argentina tiene la menor idea de que puede ser la piedra del Tandil una piedra sagrada. Por el contrario, todos los sábios que hasta el día se han ocupado de ella, están unánimes en declarar que es un *ludus naturae* más fácil de catalogar que de explicar claramente.

Sin embargo, la piedra movediza del Tandil forma parte de un santuario solar de una importancia excepcional, como lo vamos á demostrar.

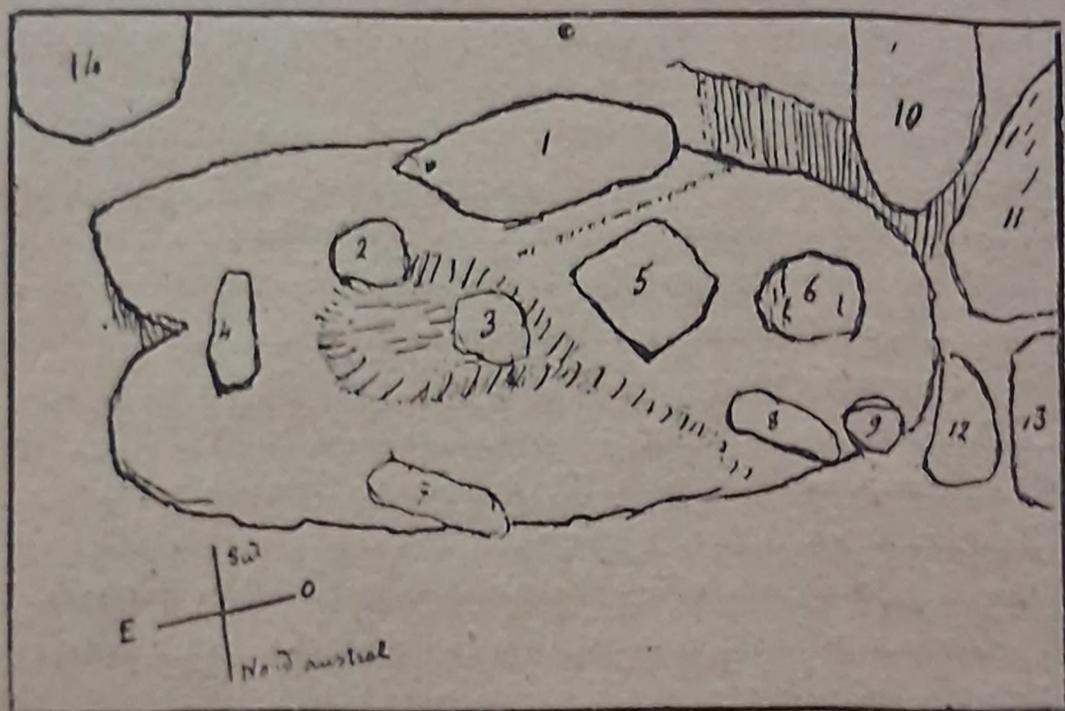
Examinados el *esquema* de la plataforma del monumento y las fotografías comunicadas por el Dr. Oltramare, nos encontramos primero con que la plataforma es elíptica, disposición esencialmente astronómica, al mismo tiempo que sobre la fotografía del conjunto, vemos á la izquierda un grupo de cuatro blocs (10, 11, 12 y 13,) acolados, los dos extremos más bajos que

(1) Véase el trabajo anterior, titulado «Los Grandes Instructores de la Humanidad—N. de la D.

los dos del centro. Los más altos presentan una superficie plana, lo que hace suponer que esos blocs fueron *menhirs* porta-fuego. El bloc siguiente, N.º 10, que hace recordar la forma cónica de uno de los aspectos de la Piedra Movediza, no parece estar en su situación original, sino mas bien haber resbalado de la cumbre donde estaba sin duda en equilibrio inestable, inmovilizándose después.

Es preciso saber que esta cima es tan expuesta á la caída de los rayos, que «la municipalidad del Tandil hubo de hacer colocar encima de la piedra movediza un para-rayos para preservarla del fluído eléctrico». (Dr. Oltramare.)

Llegamos ahora á la piedra movediza en sí misma (N.º 1.) Este bloc enorme parece tener diez metros de longitud sobre tres de alto. En su parte más larga está orientada de Este á Oeste, mientras que el eje de oscilación se dirige del Norte al Sud.



«La faz Sud de la roca movediza, dice el Dr. Oltramare, por su orientación y su inclinación al Sud, (el Norte del hemisferio boreal) queda siempre en la sombra; la piedra cubierta de *lichens* es gris, mientras que la roca es relativamente pulida: el efecto es sorprendente. Desde lejos el bloc móvil destaca su mole oscura sobre un zócalo deslumbrante de luz.

Este efecto de luz parece haber sido calculado y tiene analogía con los conseguidos por los arquitectos de Syéne. Se sabe, en efecto, que las murallas de esta ciudad eran construídas de modo tal que á las doce en punto el disco del sol se reflejaba en su superficie.

« En cuanto al movimiento de oscilación—dice el Dr. Oltramare—no pasa de algunos centímetros (es la amplitud habitual) y acaba en un estremecimiento de la piedra que dura bastante tiempo y que el viento solo puede producir. Los visitantes deslizan una botella cerca del eje; el movimiento dado á la piedra á aquella quiebra y el ruido de los trozos de vidrio lentamente hecho pedazos indica, durante un espacio de tiempo bastante largo, que el movimiento oscilatorio no ha cesado. »

La forma general del bloc visto por su faz mayor es la de una pirámide, lo que permite afirmar que era consagrada al Sol, siendo la pirámide el símbolo de la acción solar, según Soldi.

Su adaptación al culto no es dudosa.



« En efecto, dice el Dr. Oltramare, aún admitiendo que la piedra movediza sea un simple accidente de la naturaleza, es difícil no admitir la hipótesis de que debe de haber sido un objeto de sorpresa y, por consiguiente, un objeto de culto por parte de las tribus vecinas. »

Estas juiciosas notas se encuentran apoyadas con una autoridad indiscutible por Prosper Leblanc: «Se llaman piedras movedizas, dice este autor, enormes piedras ó rocas brutas que están posadas sobre otras rocas en tales condiciones de equilibrio que el menor esfuerzo les imprime un movimiento oscilatorio, el que tiene lugar generalmente del N. al S., (lo que es precisamente

el caso de la piedra del Tandil.) Dicho movimiento dá á esas piedras una apariencia de vida y las hace propias para simbolizar al Diós Mundo y Esfera que totaliza los *cabires* machos inclinándose hácia el Norte y los *cabires* hembras inclinándose al Sud.

Si echamos de nuevo la vista sobre el *esquema* de la plataforma, notamos al Este un bloc cilíndrico acostado, que es, según toda verosimilitud, un *menhir* volcado, así como dos blocs análogos acostados sobre la parte S. de la plataforma. Se sabe que el *menhir* es también un emblema solar.

Trás de la piedra movediza se encuentran dos fragmentos que el rayo ha separado. No dejaremos tampoco de notar, á más del terraplén, una vasta depresión en el granito con desagüe al Sud y que tiene relación con el elemento complementario é inseparable del culto del fuego, es decir el agua.

Después vemos un vasto bloc, N.º 5, el más considerable después de la piedra movediza, trabajado en forma de paralelepípedo, con una regularidad que llama la atención. Es bien cierto que este bloc ofrece todos los caracteres típicos del altar primitivo. ¿Qué dicen, en efecto, los libros sagrados y cuáles son las enseñanzas que dán con este motivo? Veámoslo:

En un lugar descubierto, dice el Veda, de donde se puede cómodamente observar los movimientos de las estrellas, del sol y de la luna, á menudo sobre una colina, se circunscribe un espacio que se rodea de palizadas: es el recinto sagrado. En este lugar está construído un macizo de tierra *chato arriba y de forma cuadrada*—ó bien, dice la Biblia—una piedra de ancha base. Era el altar. Le daban los Aryas el nombre de trono de Agni ú hogar de Ilā. Las cuatro fases del altar estaban orientadas de manera que miraban los cuatro puntos cardinales. El sacerdote oficiante miraba al Este cuando el sacrificio se hacía á la madrugada, y á las otras horas del día se volvía de modo á mirar siempre del lado del sol.

A la derecha del altar, es decir, al Sur, se encontraba otro punto determinado que era como un segundo altar. A la izquierda había otro. Este llevaba el nombre de Trivedí, los tres altares.

Si ahora comparamos estos textos con las disposiciones del monumento del Tandil, vemos trás la piedra movediza, un vasto cubo de granito rigurosamente orientado, flanqueado á la izquierda por otro bloc cúbico de la forma presentada en los ritos mejicanos. N.º 6. Y si prosiguiendo nuestra exploración, nos dirigimos hácia la derecha de la piedra móvil, es decir, al Este, comprobamos allí de un modo irrefutable la intervención del hombre en la orde-

nación del santuario. Aunque este hecho haya sido contestado por los geólogos, creemos poderlo afirmar y dar la prueba de ello.

En efecto, mirando al Norte, si se examinan los dos blocs acolados que se levantan á la derecha (14 y 15), se nota sobre el primero la figuración de una cabeza de león esculpida en el granito representando la cima del bloc el cráneo; aunque sensiblemente destrozados por el tiempo, los ojos en relieve, el hocico, los labios, son todavía perfectamente fáciles de reconocer. Además, esta figura, que había escapado á nuestro exámen sobre la fotografía, nos ha sido enseñada y explicada por Soldi. No hay, pues, que discutir. Puestos entonces sobre aviso por esta revelación, creemos haber reconocido en otro bloc abajo de la piedra movediza, una segunda cabeza de león, mucho más clara aún, y más bien conservada. Se sabe que el león era un animal sagrado, consagrado á *Hephaistos*, el dios *Pha* del Nilo. En Egypto se desdobra en los gemelos *Si-Kou* y *Tefnout*. (Soldi vol. 2. p. 184)

¿Los dos leones del Tandil serían estos gemelos? ¿Por qué no?

Examinando con cuidado esta segunda cabeza de león hemos creído ver detrás de la oreja izquierda y grabado en la roca una *swastika*.

Si esta interpretación fuera justa, tendríamos ahí la firma y la síntesis del monumento, pues todo el mundo sabe que la *swastika* es el signo del fuego por excelencia.

Pero no son estas las únicas indicaciones de la consagración al sol de este monumento.

En efecto, el Dr. Oltramare nos dá otras observaciones de un alto interés y que vienen á apoyar nuestra demostración.

« He asistido, dice, á la puesta del sol en estos parajes el 20 de Febrero último, algún tiempo, por consiguiente, antes del equinoccio. El sol en dicho momento se encontraba justamente en la mitad del espacio ocupado en la fotografía adjunta por un individuo y al centro del corredor formado por los dos blocs más considerables; la piedra movediza y la gran roca cúbica N.º. 5. El efecto era sorprendente y notable ».

Si se examina la superficie de la roca en esa parte, se nota en ella una ranura perfectamente recta y regular que se orienta con exactitud del Este al poniente no puede figurar sino la línea de los equinoccios. ¿Se quiere ahora saber por qué raza de hombres ha sido construido este monumento?

Escuchemos á Saint Ives de Alveidre:

—«La antigua maldición de los Druidas contra toda civilización política

*Rez de Sol* en Auvernia con las cabezas de ciervo y otros animales. En lo que se refiere á los ritos del sacrificio sangriento los datos abundan.

Todo el mundo, dice Saint Ives, tiene presente en el espíritu los horriblos sacrificios humanos con los cuales los Druidas han ensangrentado no sólo la Europa, sino también el África Asia y hasta la India. *Desde Islandia misma van sus nombres atroces pasando los mares á ir á implantarse en la nueva raza roja.*

En las primitivas épocas del culto entre los Celtas, dice P. Leblanc, cuando ocurría una calamidad pública, se elegía un hombre de nacimiento distinguido ó, en su defecto, un hombre pobre, pero libre, para ser sacrificado.

Se le alimentaba con esmero durante un año, emblema de un cielo com-



pleto; se le vestía luego con los adornos sagrados para que fuera la representación del diós; se le coronaba con flores y verbena, se le hacía recorrer la ciudad como el sol recorre el universo y después de haberlo hecho sufrir todas las maldiciones del pueblo se le llevaba al lugar del sacrificio, donde era degollado ó quemado, ó crucificado y acerbillado de flechas, ó precipitado al abismo. A los prisioneros de guerra se les sacrificaba de varios modos: algunas veces los Druidas los alzaban encima de sus calderas mágicas, los herían en la garganta y auguraban al recibir su sangre en las copas sagradas, mientras sus compañeras se repartían los miembros de las víctimas.

En Méjico se observaron iguales costumbres.

—«La fiesta de la penitencia se celebraba el quinto mes. El más hermoso de los prisioneros de guerra servía de víctima expiatoria para todo el mundo, debiendo la sangre humana correr en todas las solemnidades religiosas. En el año que precedía al día del sacrificio, todas las alegrías, todas las voluptuosidades, todos los placeres, eran prodigados al prisionero. Cuatro de las más hermosas mujeres del *anahuac* eran puesta á su servicio; sus menores deseos eran satisfechos; lo vestían magníficamente, los manjares más exquisitos figuraban sobre su mesa y cuando llegaba la hora fatal el gran sacrificador se le acercaba con todas las consideraciones posibles y lo mataba respetuosamente. Los señores de la aristocracia mejicana *reservaban para su mesa los brazos y los dedos de la víctima.*» (1)

Como es fácil convencerse de ello por esos extractos, la religión solar era idéntica en el mundo entero, salvo alguna variaciones debidas al tiempo y á la raza.

Hecha la comparación de los dos textos compararemos ahora dos santuarios, ó mejor dicho, dos colinas sagradas.

Pero escuchemos primero á Vienes á propósito del culto solar del Perú.

«Sobre la montaña más alta de *Pachacamac*, de cuyo alto se domina por un lado el mar y por el otro la llanura, el fundador ha colocado el templo del sol. Luego *ha transformado la montaña en monumento arquitectónico*: trabajos de terraplén le han dado las formas regulares que caracterizan la obra del hombre.»

Si examinamos una vista de conjunto del *Rez de Sol*, la célebre montaña de Auvernia, y una vista de conjunto del Tandil, encontraremos que su orientación es la misma.

Y si consideramos el perfil de cada una de las colinas, veremos:

- 1.º Al Norte una especie de *dolmen* abierto del lado del sol.
- 2.º En la cima del Tandil la piedra movediza y en la cima del *Rez de Sol* un bioc de forma cónica y piramidal.
- 3.º En los dos santuarios la arista mediana núm. 5. está cortada por una brecha orientada del Este al Oeste, hecho que tiene seguramente un sentido astronómico.
- 4.º La una y la otra colina terminan como un promontorio encima de una inmensa extensión de llanuras.

(1) Bunsen p. 105.

5.º Una y otra, vistas desde el Este, presentan un aspecto regularmente piramidal.

Por fin, de estos dos templos consagrados al sol, la montaña de Auvernia ha conservado el nombre del astro.

Sería de desear que el estudio que hemos bosquejado fuera hecho nuevamente por alguien que tuviese una competencia indiscutible.

En cuanto á nosotros, el solo objeto que nos ha guiado ha sido el de llamar la atención del mundo sabio sobre el santuario todavía inexplicado (1) donde se levanta la piedra móvil del Tandil y de propender á que se asegure su conservación.

Roanne, Enero 1.º de 1901.

G. GAGNIER.

---

## LOS PEQUEÑOS USUREROS

---

Al publicar, como lo he hecho, una série de estudios sobre diversas fases del mundo de los niños, he tenido por principal objeto hacer ver todo el partido que se puede sacar de tales exploraciones y observaciones para la educación de las jóvenes generaciones, víctimas generalmente de la ignorancia fisio-psicológica de sus mayores, como puede verse en el bello libro de Nicolay, *Los niños mal educados*. Continuando en aquellos trabajos, quiero ocuparme esta vez, apoyado sobre hechos recojidos en número bastante, de una de las formas más perniciosas del egoismo infantil, que se manifiesta extrínsecamente por una avaricia aguda, de donde, lójicamente, deriva enseguida la usura.

Recordaré, primeramente, que, en general, el *struggle for life* ha determinado en las familias una corriente de educación que procede del egoismo. En el niño, como en todos los seres débiles, ese sentimiento es ya poderoso por sí mismo, incita á los actos antisociales, y llega á acusar estados mórbidos como la avaricia, que se acentúan, cada vez más, á causa precisamente de esa educación al revés estigmatizada por Barrau cuando escribió

(1) No para los teosofistas. N. de la D.

en la *Moral práctica*: «No es bueno para cosa alguna, el que no es bueno sino para sí», y por Barone quien tan admirablemente fotografió al egoísta diciendo: «Pondría fuego á la casa del vecino, solo por hacer cocer sus huevos». Una educación sin base de altruismo, invita al egoísmo del niño á mirarse en el espejo de avaricia que tiene bajo los ojos, y entonces tenemos en el hombre en miniatura el gérmen de un futuro Shylock, de los Saccard y de los La Méchain, del inmortal Harpagon de Moliere, quien, por boca de La Flèche, nos hace conocer ese carácter, pintándolo con el magnífico pincel artístico psicológico del maestro: «Jamás dice yo os *doy*, sino os *presto* los buenos días».

Estudemos ahora sobre lo vivo á esos minúsculos Harpagones que, casi todos, maman de un modo cualquiera una falsa educación y ponen enseguida al desnudo esos vicios que según la expresión de Ségur, forman una cadena, cuyo primer eslabón es el egoísmo. De allá á la avaricia la distancia es corta, y lo es aún más de ésta á la usura, resumiendo esta última todos los elementos odiosos característicos del egoísmo que al apoderarse del alma humana apaga en ella todas las saludables energías que podrían conducirla al altruismo. Antístenes decía que «el avaro jamás puede ser virtuoso», y Plutarco nos advierte que «la avaricia es una grave y cruel tiranía que nos incita á ganar é impide hacer uso de la ganancia, excita el apetito y quita el placer».

Cuando el medio ambiente de la familia está saturado de egoísmo, cuando ella tiene por jefes padres á los cuales hay el derecho de decirles con Dante (*Infierno*, XIX), «os habeis hecho un diós de oro y de plata», los niños crecen bajo esa influencia ya directa, ya indirecta, y llegan á ser naturalmente hombres «de bolsillo abotonado», como dice Goethe; su corazón está cerrado para todo ideal noble y humanitario. La riqueza, considerada como fin supremo de la vida, destruye en el pequeñuelo todo sentimiento afectivo, y lentamente hace el vacío á su alrededor. Podrá mucho con el dinero, pero no obtendrá nada del amor porque vivirá ignorado por este. Sus funciones psíquicas se ejercerán en una esfera estrecha, árida, donde no habrá culto más que para un solo ídolo: el dinero, y, por consiguiente, todas sus acciones se armonizarán con esta religión que atrofia al sentimiento.

Será el avaro, ese protagonista de los dramas de dolor y de sangre que cada día se desarrollan funestamente sobre el escenario de la vida social;

será el feróz enemigo de la fraternidad humana, el Caln que no respira sino el ódio y no siembra más que el ódio; pués, como dijo Petit-Senn, «el avaro deja todo á sus herederos, con excepción de su pesar».

El avaro es antropológicamente un anormal; las funciones de la vida social no son por él consideradas sino bajo el siniestro aspecto unilateral del lucro, del goce que se agota así mismo. Su aporte á la sociedad tiene una marca criminal, desde que solo está gobernado y guiado por lo que he llamado en uno de mis libros de psicología criminal «una inversión moral». Es este el pensamiento de Salustio cuando escribió: *Avaritia fidem, probitatem, coeteras que artes bonas subvertit*.

Así, es un espectáculo doblemente doloroso y digno de seria meditación, el que presenta un niño cuando apenas iluminado por los rayos del sol de la vida matinal, y cuando todo debería llevarle á prodigar á su alrededor los tesoros de su pequeño corazón mostrándose caritativo hácia los pobres de su edad, los desgraciados, los maltratados, los hambrientos, lo vemos por el contrario mantenerse separado, encerrarse en sí mismo, y, con el ojo alerta, espiar, estudiar á su camarada para saber el provecho que pueda sacarle y entregarse de esa suerte á un trabajo de selección que procede del interés personal. Y he ahí al pequeño hombre que no busca ya á su camarada bueno, gentil, paciente, en los ojos del cual se leen las miserias de la familia, sino que vá solamente hácia aquellos que pueden serle más útiles. Comienza comercialmente á preguntarse cuanto vale el uno, cuanto puede costar el otro,—como hace el papá cuando habla en su casa,—y escoje á aquel que, de un modo ó de otro, puede dar un alimento á su egoismo.

En ese mundo de actividad psicológica, donde el niño despliega una habilidad que los observadores superficiales son los únicos en negar, aquél tiene agasajos para los de su edad que son poderosos, sonrisas para los fuertes, se muestra altanero con el débil ó benévolo á su respecto si vé que con zalamerias puede explotarlo mejor. Así pués,—es bueno establecerlo, y es una observación que he tenido oportunidad de hacer muchas veces estudiando desde hace años el mundo de los niños normales y anormales, al que sirve de base una naturaleza egoísta,—dado el gérmen de la avaricia, y enseguida, la floración usurera, se encuentran niños usureros, no solo en el sentido estricto del término financiero, sino usureros morales, es decir, niños que saben hacer un acto de cortesía porque saben también que

él les reportará cien por cien, y en fin tener una atención porque conocen también que ella les reportará cien por cien.

Por ejemplo, un determinado muchacho tomará la defensa de un débil, porque sabe que ese débil, que es generoso, le dejará diez ó veinte veces copiar su tema bien hecho. Es esta una forma de usura moral que es propia del Shylock de pantalones cortos, y de esos pequeños usureros convertidos en adultos el mundo está lleno; se les encuentra en todas las antesalas de los poderosos. Son estos, precisamente, gentes que colocan la curva de su flexible espinazo á ciento por ciento, y cuando se les estudia en su primera infancia, se encuentra casi siempre que no son más que los frutos engendrados por una educación falsa, basada únicamente sobre el egoísmo. Es así, igualmente, que se ve á ciertos filántropos de parada ofrecer el público espectáculo de su humanidad decorativa y que simple y comercialmente colocan en la Bolsa de la *Feria de las vanidades* su interés personal á una taza elevada. Exorción peor que la de Shylock, pero que, gracias á la evolución de la civilización, es más astuta que la del mercader de Venecia, porque sus exacciones no reciben condenación alguna, no promueven indignación sino obtienen los aplausos de la multitud que los admira. *Sic itur ad astra*, diría un Virgilio moderno, pero en otro sentido.

## II

Hay, lo repito, en el niño un sentido innato del egoísmo, que solo puede reprimir una recta educación basada en el amor, mientras que por el contrario, se fortifica y toma la vía de la avaricia allí donde los padres tarifan los sentimientos según las anotaciones de la Bolsa y clasifican á los hombres y las cosas según su utilidad en el gran libro de las cuentas corrientes. Existe, en verdad, en muchas familias enriquecidas de pronto y á quienes devora la fiebre del dinero, un diccionario en el cual las palabras amor, caridad cristiana, fraternidad, altruismo están completamente suprimidas. En el lugar de esas expresiones no se lee sino dinero, interés, lucro, utilidad, de donde resulta un lenguaje familiar, rico en frases como estas: «Cada uno para sí y Dios para todos». «No hay sino una potencia en el mundo: la plata». «Con la plata se obtiene todo.» Los padres de este género no conocen en toda la literatura más que la melancólica observación del Rey Lear: «A través de los harapos del vestido

se ve hasta los pequeños defectos; los trajes hermosos y los mantos forrados ocultan todo.»

La condenación de esta educación, que no adora más que el vellocino de oro la encuentro en las respuestas dadas por cien niños, estudiados para documentar este artículo. Para ser más exacto, añadiré que mis observaciones son precisamente el resultado del exámen de los hechos.

Esos cien niños pertenecen todos á la clase ilustrada y acomodada, no siendo por casualidad que he limitado mi estudio á esta categoría de observaciones: los niños que carecen de pan, que están llenos de privaciones, que no reciben ningun rayo bienhechor de la luz de la educación, tienen *forzosamente* una falsa idea del dinero, de lo que resulta generalmente su envidia al rico. Así, en los cuadros que he hecho, no se encuentra sino muy raros casos de niños pobres, mientras que los ricos que he observado, sirviéndome además de otros documentos tomados directamente y suministrados en parte por institutores diligentes, constituyen poco más ó menos el 15 % del total.

Esos cien niños se subdividen en tres categorías. Notemos que todos ignoran las miserias de muchos de los de su edad, miserias que les sería fácil, al menos en parte, conocer yendo á la escuela:

Esos cien niños se subdividen en tres categorías, que abrazan:

- 1.º 70 niños que saben que cuando se es rico se es el dueño del mundo.
- 2.º 20 niños que saben que con el dinero se obtiene todo.
- 3.º 10 niños que saben que para ser verdaderamente feliz es preciso poseer mucho dinero.

De todos estos cien niños, además de la noción común que tienen de la potencia soberana del dinero, no hay sino siete que no ignoran que con la plata se *puede* (observad que digo *se puede* y no *se debe*) hacer el bien. Tomaseo tiene razón al exclamar: «Cuando la educación no es sino un oficio, es el último de todos.»

Entre esos cien niños se cuentan doce usureros, de los que hablaré más adelante. Por el momento los clasifico psicológicamente así:

Egoístas en un débil grado, 35.

Egoístas en un grado acentuado, 48.

Indiferentes, sin caracteres especiales de egoísmo, 17.

De estos, son:

Avaros, 88.

Usureros, 12.

Las niñas, en el dominio del egoísmo, representan 52 %; en el de la avaricia, 3 %; en el de la usura, 1 %.

Reuniendo y estudiando estas cifras, recordaré á los padres lo que dijo á propósito de las mujeres egoístas Mme. de l'Espinasse: «La mujer egoísta es un monstruo; la naturaleza no la hecho sino para otro.» Y esto es verdad, particularmente en una época como la nuestra en la que la civilización impone á las mujeres cultas y acomodadas deberes sociales rigurosos que son los elementos mismos de su misión, sobre todo respecto de la infancia desgraciada.

\*  
\* \* \*

Entre las respuestas dadas por los niños sobre el sujeto de que aquí me ocupo, reproduzco quince que son las más características y que mejor pintan la fisonomía moral del medio de la familia. Nueve de esas repuestas son de niñas, y las trascibo con tanto mayor cuidado cuanto ellas son otras tantas contribuciones al estudio de la psicología de la infancia en sus relaciones con el egoísmo.

Estas diversas contestaciones se refieren al dinero.

- 1 (niña).—*Con el dinero se es feliz, porque uno se puede divertir.*
- 2 (niño).—*Con el dinero se puede todo.*
- 2 (niño).—*Mi papá es muy rico y hace todo lo que quiere. Manda, ordena, y todo el mundo le obedece. ¡Que vida tan linda!*
- 4 (niña).—*Para gozar es necesario ser rica.*
- 5 (niño).—*Yo soy rico, pero cuando sea grande seré millonario, porque mi abuelo me ha hecho su heredero.*
- 6 (niña).—*Cuando mi tío, que está enfermo, muera, no habrá nadie que tenga una dote como la mía, y mamá dice que me casará con un príncipe.*
- 7 (niño).—*Siempre me ha dicho mamá que con los billetes de mil se consigue todo.*
- 8 (niña).—*Si me quedase pobre y no pudiese divertirme como las de X., me moriría de disgusto.*
- 9 (niño).—*Papá dice que para ser fuerte y no tener necesidad de nadie, es preciso tener muchos pesos.*
- 10 (niño).—*La plata hace la felicidad, porque con la plata se compra todo lo que se quiere.*
- 11 (niño).—*Sin muchos pesos no se puede tener un buen cocinero, muchos sirvientes, un palco en el teatro y caballos en la cuadra.*

12 (niña).—*No comprendo que se pueda vivir sin dinero. Los pobres deben ser muy desgraciados.*

13 (niña).—*¡Que cosa tan hermosa es la riqueza! con ella se puede tener lindos trajes, caballos y alhajas. Cuando yo sea grande, todas mis amigas de ahora me han de envidiar y han de llorar de rabia.*

14 (niña).—*Con muchos pesos una está segura de no tener disgustos en el mundo.*

15 (niña).—*Yo sé que tendré una linda dote cuando me case, y sé que me casaré con un hombre muy rico. Si no es noble, poco me importa; y entonces haré todo lo que quiera, porque con el dinero una se hace obedecer de todo el mundo.*

Todo esto es triste, infelizmente, pero escrupulosamente histórico, y las verdades amargas, como San Agustín lo enseña, es preciso decirlas para hacerlas servir en la corrección de las costumbres; sobretudo euando éstas están en oposición con las injustas miserias sociales.

Esas repuestas, y las demás que he recojido, son como fotografías instantáneas del alma ávida de aquellos niños dominados por la vanidad, por la insensata idea de que con el dinero todo lo pueden. Niños que esperan la muerte de un pariente para hacerse ricos, niñas que mientras juegan con las muñecas, no ven ya en el matrimonio más que la cuestión del dinero y hablan de su dote en términos,—¡ay! aprendidos en la casa,—de comerciante que compra buenos títulos de renta. Se diría que han tenido por preceptor á Mefistófeles dirijiéndo himnos al Diós del oro, tan privadas de afectuosidad aparecen ya sus almas todavía tan tiernas.

### III

Veámos ahora los usureros. Ellos son doce. De estos, 4 lo son moralmente, y los 8 restantes son pequeños Harpagones en el verdadero sentido. Los primeros pertenecen, como ya lo he dicho, á la categoría de aquellos que colocan á 100 por 100 su bondad, su protección, sus pequeños favores, sus gentilesas; los otros, por el contrario, hacen la usura á base de pesos.

He aquí el cuadro que nos muestra, con la ayuda de hechos materiales, la figura del pequeño usurero en el odioso ejercicio de sus funciones:

1 (niña).—*Daba, de tiempo en tiempo,—pero rara vez, siéndo más pródiga de promesas,—una fruta á una chica pobre de su clase, con la condi-*

ción de que ésta le hiciera todos sus problemas de aritmética de los que ella no podía encontrar la solución.

Los otros «son muchachos».

- 3.—Tomaba algunas veces la defensa de un pobre chiquillo, medio jorobado, que servía de blanco á las burlas de los otras camaradas, porque la *Eminencia*, como se le llamaba, era buen alumno, estudioso, muy inteligente y le recompensaba dejándole copiar sus deberes de composición.
- 4.—Este, rico, noble, orgulloso, recibía en su jardín al hijo de su portero y jugaba con él, porque ese camarada le ayudaba en sus deberes de gramática.
- 5.—Proteja con ostentación á uno de sus compañeros de escuela cuya fealdad era un motivo de burla continuo, (en algunos casos la crueldad de los niños es sin piedad), bajo el *compromiso* de que le ayudaría siempre en sus lecciones de aritmética.

Estos son los cuatro niños típicos que encarnan la usura moral, y si la educación, las amarguras de la vida, las desilusiones, no concurren á modificar sus almas, llegarán á ser ciertamente un día odiosos explotadores de sus semejantes, y serán tanto más terribles cuanto representarán la comedia de la piedad y el rol de defensores del débil.

Veámos ahora ocho pequeños Shylock:

- 1.—Vendía á sus compañeros cuadernos que no le costaban nada, por un precio superior al corriente, y no solo practicaba ese comercio, sino que tenía el arte de quitar á cada cuaderno una hoja doble y hacer así con todas esas extracciones uno ó muchos cuadernos más.
- 2.—Prestaba centavos á su hermano menor, pero le exigía un interés de 60 %.
- 3.—Contaba que recibía plumas de un tío que vivía en el extranjero, y hacía un pequeño comercio que le daba un beneficio de 50 por %.
- 4.—Vendía frutas que hurtaba en el jardín de su casa y las hacía pagar dos veces más caras que lo que realmente valían.
- 5.—Compraba, por ejemplo, como diez centavos de caramelos, los parte por el medio con la más exacta precisión y los vendía ganando otros diez centavos.
- 6.—Hacía pequeños negocios de préstamos: una pluma, 5 centavos; un libro, 10 centavos; un lápiz, 5. Tenía su tarifa, al más al menos que se le

ente profesional que hace pagar al cliente las diversas cosas que le presta.

1.—Prestada comida a sus compañeros a razón de 100 %.

2.—Vendió la mitad de su almuerzo y prestada el dinero así ganado, á razón de 20 % por semana. Este último ejemplo es tanto más sorprendente cuanto nos muestra la avaricia gobernando á la gula, tal vez al hambre misma, y acostumbrándose tan plenamente que la avidia por el dinero empuja al robo.

Las cifras y los hechos hablan. Es un lenguaje brutal, pero contiene advertencias que deben ejercer su influencia sobre aquellos que tienen cargo educacional, á fin de que pongan en obra toda su energía para desarraigat del alma del niño al egoísmo, fuente de graves enfermedades morales, y empleen todos sus esfuerzos para dar como principio á los niños las sanas leyes del amor cristiano.

LINO FERRIANI,  
Procurador del rey en Como.

## EL HIPNOTISMO EN LA MEDICINA

La historia del hipnotismo se remonta á los tiempos más remotos, sin que sea posible presentar pueblo alguno en el que floreciera una civilización cualquiera, que no lo cuente entre sus anales, ya como elemento inherente á las ceremonias religiosas, ya como medio curativo empleado en los propios templos por los sacerdotes de los diferentes cultos, que, como es sabido, fueron en la antigüedad los depositarios del mayor saber, y, fuera de ellos, por aquellos individuos que, como Empédocles, Pitágoras, Apolonio de Tyana, Elias y tantos otros, conquistaron el amor y la admiración de las multitudes, que los rodearon siempre de una aureola especial, sorprendidas ante el poder que esos hombres revelaban, y agradecidas, al mismo tiempo, por la benéfica aplicación que hacían de ese poder, invariablemente atribuido á una intersección divina.

En la India lo ejercieron los sabios Brahamanes y los antiguos como los modernos Yoguis, y muchos de los fenómenos extraños que tanto llaman hoy la atención del mundo entero, llevados á cabo por los fakires, no son sino hechos que entran en el cuadro de la sugestión, de la auto-sugestión y del hipnotismo. En la Caldea, en la Persia, cuna de los antiguos magos, y en el Egipto,—donde, al decir de Estrabón, «los enfermos iban á dormir al templo de Serapis para recobrar la salud»,—como en la Grecia, en Roma y en los pueblos galo-germanos, el hipnotismo alcanzó un gran desenvolvimiento, como puede verse en las obras especiales que se ocupan del asunto, siéndo hoy averiguado, por los pacientes estudios de muchos sabios distinguidos, que las Pithias y Sibilas eran previamente dormidas y llevadas al estado sonambúlico para obtener la inspiración y producir sus célebres oráculos.

En épocas posteriores, vemos ocuparse de él á eminencias del saber en su tiempo como, por ejemplo, Teophrasto Paracelso, Glacenus, Van Helmont, Roberto Fludd, el Padre Kircher, Maswell, el célebre médico del rey de Inglaterra, predecesor de Mesmer, el marqués de Pueysegur, quien operaba curaciones admirables entre los aldeanos de su estado de Busancy, las que, hechas públicas, indujeron á la Academia de Medicina de Paris á hacer una investigación sobre la realidad de los hechos, para lo cual nombró una comisión especial compuesta de *once médicos* que se expidió en un minucioso é interesante informe en el que terminaba declarando «que los hechos son tan extraordinarios que cree muy difícil que la Academia quiera admitir su realidad»; y por último, Deleuze, el abate Faría y el barón du Potet; muchos de los cuales vieron discutidas y negadas como falsas sus notables experiencias,—á pesar de los numerosos é irrecusables testimonios que tenían á su favor,—por ese curioso fanatismo que suele invadir hasta el campo de la investigación científica, y que, por desgracia, ha perturbado sin cesar, con su ciega obstinación, la marcha siempre ascendente del movimiento intelectual en el mundo.

Las obras que al respecto se publicaron á fines del siglo XVIII y principios del siglo pasado, en favor del magnetismo como hecho cierto y de resultados maravillosos, fueron numerosísimas, y muchas interesantes por más de un concepto, siéndo digna de notarse, entre ellas, el «Essai sur la théorie du sonambulisme magnetique», de Tardy de Montravel, reputada por Deleuze como lo mejor que se había escrito sobre el asunto. Dicho

para el hombre sabio, cuyos importantes obras han contribuido no poco al adelantamiento de sus ciencias, los dos tribunales á los que tuvo que comparecer con motivo de su arresto, ordenaron su inmediata libertad.

Antes de esa época ya, en 1819, había aparecido en París y llamado la atención por su manera de proceder en la producción de los fenómenos magnéticos un sacerdote portugués recientemente llegado de la India, el abate Paria. Él, puede decirse, dio origen con sus trabajos, á la fundación de la escuela de Nancy, é hizo conocer en aquella gran capital á hipnotismo en la forma que hoy se practica.

A pesar de todas estas lecturas, y á pesar de haberse ocupado de ellas, reconocidas como verdaderas, no sólo los sabios nombrados y médicos notables, entre los que no podemos olvidar á Pigeaire, autor de la «*Physique de Métrine animale*», á Ricard, director del «*Journal du magnétisme animal*» y autor también de diversas obras sobre este asunto, á Guinier, á Charpignon, á Balzer, al doctor Ellonon, fundador de un hospital de hipnotismo en Inglaterra cuando Braid fundaba su Instituto de Manchester, así también á colegas y discípulos como Lacaze, el abate Louper, Lennet, Nassau—autor del «*Traité de philosophie psyché-physiologique*»—Rozet, Coypoux, y Sacca como Reichertsch, Sousselier de la Tour, Chauvet y el doctor Toussin, así como muchos otros cuya enumeración sería demasiado extensa y pesada, apellidos no hicieron camino en el sentido de conseguir carta de introducción en el mundo médico oficial, hasta que, en 1843, los doctores Azam y Bouca, partidarios del método creado por James Braid en 1841, pusieron en logs con sus trabajos las experiencias y las ideas de este, sustentadas, por su parte, y probando prácticamente sus afirmaciones, que el hipnotismo podía remplazar con ventaja el uso del éter en las operaciones quirúrgicas. El célebre Velpeau fue, precisamente, quien primero hizo conocer del Instituto el caso obtenido por Bouca en un enfermo á quien anestesió hipotáticamente y operó después con un feliz resultado, hechos que practicaron también Azam y Verneuil de igual manera. Braid, que había trabajado mucho tiempo bajo la dirección del magnetizador Lafontaine, producía el sueño provocando por medio de un objeto colocado cerca y algo encima de los ojos,—objeto que el sujeto debía mirar,—el cruzamiento convergente, y á este sistema se le dió el nombre de hipnotismo con que se le ha bautizado en seguida á todos los fenómenos magnéticos; pero, aquí debemos agregar que semejante método

ha sido abandonado ya, no sólo porque es menos eficaz y saludable, sino también porque es peligroso.

En 1860, Liebaux, en su ilustrada obra: «Del sueño y de los estados análogos» apoyó las doctrinas de la sugestión, que Hraid también sostenía y de las que fue el introductor en Europa el abate Maria, y promovió el establecimiento de la escuela de Nancy, de cuyas tendencias puede decirse que el doctor Heuanié fue el representante científico, como Liégeois fue el representante jurídico. Es á esa escuela á la que pertenece, tal vez ocupando el primer puesto en ella, el doctor Bernheim, mientras que al frente de la de París vemos levantarse la figura del reputado Director de la Salpêtrière, del doctor Charcot, al rededor del cual se agrupan inteligencias como las de Regnard, Paul Richer, Babinsky, Binet y Féré, Magnin y Berillon, Charles Richet y Pierre Janet, entre otras.

Conocidos como son los trabajos realizados en los últimos tiempos por los adeptos de una y otra escuela, así como las diversas obras que se han publicado con motivo de ellos, creo inútil detenerme en su enumeración. Uno y otras nos están revelando el triunfo conquistado por los sostenedores del hipnotismo, cualquiera que sea el nombre que se emplee para designar el grupo de fenómenos que con él se obtiene, y el método usado para producirlos, y nos están diciendo, con la autoridad que les prestan sus autores, que la humanidad tiene en adelante un recurso eficaz y poderoso para combatir gran parte de los males que la afligen y evitarse muchos inútiles dolores.

Como en la aplicación de todo método científico, la práctica del profesional será la que indique á éste el procedimiento á seguir en cada caso. En esta materia, menos que en ninguna, es posible fijar reglas precisas para el tratamiento, el que debe ajustarse á la experiencia adquirida, variando según las circunstancias y el estado psico-fisiológico del enfermo.

OSVALDO GARCÍA PIREIRO:

## UN CASO DE CEREBRACIÓN INCONSCIENTE

Nadie ignora que existen casos bien positivos, en que el espíritu ha podido entregarse inconscientemente á un árduo trabajo de raciocinio, y resolver de ese modo problemas que habían resistido ya al exámen consciente. Carpenter ha dado cierto número de ejemplos al respecto, en su *Mental Physiology*, en el capítulo consagrado á la cerebración inconsciente, y muchas personas han tenido experiencias análogas. El caso que sigue, cuyos antecedentes los tomamos del *American Naturalist*, no es de los menos interesantes.

Durante el invierno de 1892-93, M. Hilprecht trabajaba con Mr. F. Delitzsch, preparando un estudio sobre el texto, la transliteración y la traducción de una inscripción del tiempo de Nabucodonosor 1º. En aquella época aceptaba la interpretación dada por M. Delitzsch del nombre del monarca babilónico; para él, *Nabu Kudurru usur* significaba «Nebo, protege mi artesa de albañil», es decir, «mi obra en tanto que constructor». Una mañana en que se había acostado después de trabajar hasta muy tarde, Mr. Hilprecht, tras un sueño agitado, se despertó con el espíritu absorbido por la idea de que la traducción no debía ser la indicada, sinó esta otra: «Nebo, protege mi frontera». Tenía una vaga conciencia de haber durante el sueño trabajado en su escritorio, pero no recordaba el detalle de los procedimientos por los cuales había llegado á semejante conclusión. Reflexionando sobre el asunto, en el estado de vigilia, vió, además, que *Kudurru*, frontera, podía derivar del verbo *kudará*, cercar, rodear. Poco después publicó esta interpretación, que ha sido generalmente aceptada.

Sin embargo, este no es más que un hecho preliminar. Mr. Hilprecht ha observado y presentado otro que es más interesante todavía, y para relatar el cual le dejamos la palabra:

«Un sábado á la noche, hacia mediados de Marzo de 1892, inútilmente me había fatigado, como venía sucediéndome desde algunas semanas antes, por descifrar la inscripción contenida sobre dos fragmentos de ágata que se suponía haber pertenecido á anillos de un babilonio. El trabajo había resultado mucho más pesado por el hecho de que los fragmentos no presentaban sinó restos de caracteres y de líneas, que docenas de otros fragmentos de

este género habían sido descubiertas en el templo de Bel, en Nippur, de los que nada se había podido sacar, y que, además, en mi caso yo nunca había tenido los originales a la vista, sino solo un bosquejo rápido hecho por uno de los miembros de la expedición enviada por la Universidad de Pensilvania a Babilonia. Todo cuanto podía decir, era que los fragmentos, dado el sitio en que fueron encontrados y considerando las características particulares de los caracteres cuneiformes que llevaban, debían relacionarse al período cuneíta de la historia de Babilonia (de 1700 á 1140 antes de J. C., poco más ó menos), y todavía, como el primer carácter de la tercera línea del primero de aquellos parecía ser *Án*, atribuí ese fragmento, manteniendo sin embargo un punto interrogante, al rey Kurigalsu, y coloqué al otro fragmento, como imposible de ser clasificado, con diversos de la misma época, sobre la página en que inserbía los que no podía identificar.

A pesar de tener pruebas á la vista, no había quedado en manera alguna satisfecho hasta esa noche de marzo, en que todo el problema se me representó.

Hacia media noche, fatigado, agotado, me acosté quedando bien pronto profundamente dormido. Entonces tuve el curioso sueño que sigue. Un sacerdote de la religión pre cristiana de Nippur, Baco, de elevada estatura, de cuarenta años de edad, poco más ó menos, vestido con un simple *abba*, me condujo á la sala del tesoro del templo, hacia el lado que daba sobre la fachada sudeste, y una vez allí me introdujo en un cuarto pequeño y bajo, sin ventanas, en el que se encontraba un gran cofre de madera; el suelo estaba sembrado de chipsax de ágata y de lapisláulí. En seguida me dijo: «Los dos fragmentos que habeis publicado separadamente, van juntos; no son anillos, y he aquí su historia: El rey Kurigalsu (1100 antes de J. C., próximamente), envió una vez al templo de Bel, entre otros objetos de ágata y de lapisláulí, un cilindro rotivo de ágata con inscripciones. En esa época se nos dió repentinamente orden á los sacerdotes de hacer para la estatua del dios Ninib un par de aros de ágata para las orejas, lo que nos desconcertó sobre manera por no tener en nuestro poder la materia en la cual debíamos trabajar. Para ejecutar la orden nos vimos obligados entonces á cortar en tres partes el cilindro rotivo y hacer tres anillos, cada uno de los cuales llevaba una parte de la inscripción original. Los dos primeros sirvieron de aro para la estatua del dios y los dos fragmentos que os han dado tantas preocupaciones hicieron parte de ellos. Acercad el uno al otro y vereis que

digo la verdad. Pero, por lo que respecta al tercer anillo no lo habeis aun descubierto en vuestras excavaciones y no lo encontrareis jamás.» Dichas estas palabras, el sacerdote desapareció.

Me desperté inmediatamente y, para no olvidarlo, conté en el acto el sueño á mi mujer; á la mañana siguiente, domingo, examiné de nuevo los fragmentos, recordando lo que me había sido contado, y con verdadera sorpresa comprobé que todos los detalles de mi sueño resultaban ciertos, por lo menos tanto cuanto yo tenía el medio de verificarlo. La inscripción sobre el cilindro votivo se leía como sigue: «Al Dios Ninilu, hijo de Bel su Señor Kurigalzu, pontífice de Bel, ofrece este dón.»

El problema quedó por fin de este modo resuelto, y M. Hilprecht dió la solución en el prefacio de su obra, para no rehacer su trabajo.

Algunas semanas más tarde, sin embargo M. Hilprecht hizo una observación que no dejó de turbarlo: según las notas relativas á los dos fragmentos, éstos eran de diferente color; ¿cómo, pues, podían haber pertenecido á un solo y mismo trozo de ágata? La solución no se obtuvo sinó en 1893.

«En Agosto de 1893, dice M. Hilprecht, fuí enviado á Constantinopla, por el Comité de la Expedición babilónica, para hacer el catálogo y el estudio de los objetos provenientes de Nippur y conservados en el Museo Imperial. Tenía gran interés en ver por mi mismo los objetos que, según mi sueño, debieron estar unidos, para cerciorarme de si realmente pudieron formar parte de un mismo cilindro votivo. Halil Bey, el director del Museo á quien conté mi sueño y á quien pedí permiso para ver aquellos, se interesó á tal punto en el asunto que inmediatamente me abrió todas las vitrinas de la sección babilónica y me comprometió á que las examinára. El P. Scheil, un asiriólogo de París, que había examinado y arreglado los objetos retirados por nosotros de las excavaciones, antes que yo, no se había apercibido del hecho de que los dos fragmentos se relacionaban, y en consecuencia, los encontré en dos vitrinas muy alejadas la una de la otra.

Inmediatamente de haberlos hallado los coloqué uno junto al otro, y mi sueño se vió confirmado de una manera evidente: eran efectivamente dos partes de un solo y mismo cilindro votivo. Como este era originariamente de una ágata con venas finas, la sierra del serrador de piedra había accidentalmente dividido el objeto de tal manera que la vena blanquecina no se veía sino sobre uno solo de los fragmentos, y la superficie gris más es-

tendida, sobre el otro. Pude, de este modo, explicarme la discordancia en las descripciones hechas de los dos fragmentos por M. Peters.

La aventura es curiosa seguramente. No hace mucho todavía el caso se hubiese explicado como producido por una revelación sobrenatural.

M. Hilprecht no se ve en él nada que no sea muy natural, y lo considera como un trabajo de raciocinio inconsciente que se ha efectuado en su inteligencia. Un punto misterioso en apariencia,—la parte del sueño que se refiere á la sala del tesoro,—es fácil de explicar: M. Peters, desde 1891, había hablado á M. Hilprecht del descubrimiento de un cuarto donde se encontraron los restos de una caja de madera, con fragmentos de ágatas y lápiz lázuli esparcidos por el suelo. Es necesario observar, además, que los cilindros votivos no son una invención de M. Hilprecht; ellos existen y aquél conocía dos por haberlos visto y examinado.

Sea como sea, aún despojado de todo pretexto para lo sobrenatural,—ó, para decirlo mejor, porque está despojado de este,—el caso de M. Hilprecht nos ha parecido sumamente interesante como para citarlo aquí.

V.

---

## EL BIEN Y EL MAL

---

El sacrificio es el equilibrio entre el bien y el mal. Es el gran arcano del todo poder.

Sed como el acróbata de vuestras pasiones, guardad siempre y en todas partes el centro de gravedad de la sana razón y lo demás os vendrá como un agregado.

El sonámbulo que trepa sobre los techos y marcha sobre los precipicios cumple milagros de equilibrio. El hombre que sabe apoderarse del centro de gravedad de sus pasiones puede cumplir prodigios de voluntad.

La verdad es inmutable como la luz. Difanidos y los rayos de la luz de la verdad os penetrarán sin dejar huellas de sombra ó de error detrás de

vosotros. La luz es benefactora y generadora; imitadla en la naturaleza ayudando á los demás y os hareis transparentes como el cristal.

El Cristo es el prisma á través del cual se refleja el esplendor de Dios Padre. Abrid las ventanas de vuestra casa si quereis ver á Dios. Jamás lo percibireis á través de los muros del egoismo. Todo cuanto es opaco y denso sufre invariablemente las leyes de la gravedad; lo que es sutil y volátil se eleva, sin trabas, á despecho de todo.

El hombre es como la gota de agua. Que se transforme en vapor, y aumentará su fuerza sin que nada sea capaz de comprimirlo.

El espíritu que reviste una forma para descender á la materia es como la nieve que se cristaliza para caer. Al contacto del suelo se ensucia, pero, así como esta se eleva sin manchas á las nubes, igualmente el espíritu debe volver á su fuente regenerado por el amor, la caridad y el sacrificio. El calor evapora al agua, el frío la condensa. El bien eleva el alma, el mal la rebaja. Todo en la naturaleza nos enseña que es necesario hacer el bien para subir. Vuestra alma es una gota de agua descendida del cielo por el sufrimiento, y debe ascender á él por el calor y el amor. Hacer el bien, es elevarse á la superficie del océano—humanidad y el sol—Dios aspira siempre las gotas de agua que se mantienen en la superficie.

¿La luz causa la obscuridad? ¿El mal nace del bien? No; no es Dios la causa de Satanás, sino Satanás la causa del mal. Son los cuerpos refractarios á la luz los que producen la sombra. Penetramos de los rayos divinos, hacedos transparentes á la mirada de Dios, y seréis buenos y el mal no os perseguirá más.

La luz y el bien son lo que son y no varían; su ausencia es lo que produce por un instante la noche y el mal. Los contrarios jamás se unen sin confundirse. Es el eterno combate entre los antagonismos lo que constituye la vida, el perfeccionamiento.

El sol no cambia su naturaleza ni cesa de irradiar en el espacio porque una parte de la tierra, á causa de su opacidad, esté constantemente envuelta en las tinieblas. El espíritu no puede entrever la luz divina á través de la materia. Sin embargo y á pesar de todo, la luz existe del otro lado, y el día sucede siempre á la noche.

El mal es tan necesario al bien como la humedad es indispensable á la sequedad. Un sol permanente sería un mal. Largo tiempo hace ya que la tierra no sería habitable sin la humedad y el agua, sin el invierno y la noche.

en luz inmediatamente que desaparece la opacidad. Es lo que ocurre con el frío que se hace caliente al contacto del calor. Lo negro se hace blanco cuando se le mezcla con cuidado á una gran cantidad de blanco. El veneno deja de ser deletereo cuando se le toma en pequeña cantidad y mezclado á otras substancias. El agua contiene minerales y tierra en disolución. El aire se impregna de humedad porque esa es su naturaleza. El fuego atrae al aire.

Es la diversidad de los mixtos lo que constituye el progreso, el movimiento, pues lo que es bueno debe ayudar á lo que es malo. Los buenos son los redentores de los malos. Todo sol debe resplandecer.

Y es con razón que Eliphaz Levi previene al neófito que una vez en el camino no debe ya retroceder.

Sí, una vez desprendido el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, el hombre se encuentra en presencia de su Dios, y el camino está allí todo sembrado de espinas, semejante á la luz que, para alumbrar las quebradas y las anfractuosidades de la naturaleza, se sacrifica hasta el punto de lamer y penetrar todas las inmundicias que se encuentran á su paso.

Es esa la obra del mago en su propio mundo. Su sol, es su razón, y ese sol debe continuamente enviar sus rayos sobre la obscuridad y las inmundicias de su ser. Sin cesar debe recomenzar la operación, pues el progreso no tiene límite. La perfección no existe ni aún en Dios.

ONÉSIMO THIBAUT.

---

## CUARENTA AÑOS

(LEYENDA RUSA)

---

En la aldea de Manduki, vivía, á fines del siglo XVIII, un paisano muy rico llamado Dionisio Shpak, padre de una rubia y encantadora muchacha,

(1) Esta leyenda, escrita por el célebre historiador ruso Kostomarov, fué publicada en el «Journal de Gatzouk» y agradó tanto al conde Tolstoi, que la retocó, la abrevió y escribió enteramente el último capítulo. Publicamos aquí, tomándola de la *Revue*, un resumen de ella según la versión de Kostomarov é íntegramente el final inédito que es del gran escritor.

Vassa de nombre; y en casa de ambos trabajaba Trokím Iachnik, jóven que nunca llegó á conocer á sus padres y que no contaba con más pariente que la viuda de un soldado, pobre vieja sostenida por la caridad pública.

A los trece años de edad, Iachnik se ocupaba de cuidar cerdos, pero habiendo crecido y siendo ya un diestro y lindo muchacho, Shpak, que había notado en él esas condiciones, lo llevó consigo tomándolo á su servicio. Sucedió que un día, Vassa se enamoró de aquél, pero Shpak, que lo supo, no quiso ni oír hablar de una posible unión entre ambos. Un pobre diablo, sin un sueldo, como Trokím, no era un partido para su hija. Sin embargo, ante las lágrimas de Vassa, declaró que despediría á Iachnik, pero consentiría en el matrimonio, sí el muchacho volvía vestido con un traje nuevo y equipado convenientemente.

Trokím, viéndose en la imposibilidad de cumplir la condición impuesta, y enamorado, á su vez, de Vassa, resolvió suicidarse arrojándose al agua. Cuando se dirigía ya á realizar semejante propósito, vió aparecer ante él un extraño hombrecillo, cuyo talle ceñía una correa. Era el jardinero en jefe del señor de la aldea, Cridebalka, quien condujo á Trokím á la taberna y se hizo allí narrar por el jóven las penas que lo amargaban.

Una vez que Iachnik terminó su relación, Cridebalka le dijo: «Eso es nada, y puede arreglarse fácilmente; en este momento, se encuentra en la aldea un comerciante muy rico, que lleva muchas mercaderías; quedará aquí hasta la noche y después partirá, teniendo forzosamente que atravesar el bosque, donde hay una quebrada, delante de la cual debe parar. Espéralo y cuando haya llegado á ese sitio, sal del escondite donde puedes emboscarte y, con un rebenque, hiere al mercader en la cabeza; en seguida haz lo mismo con el cochero y toma después el paño y el dinero que necesites, teniendo cuidado de dejar el resto de la mercadería y aún un poco de dinero. Luego, tumba el coche en el barranco y nadie sabrá nada. Se creará que ambos han muerto á causa de una caída en el precipicio, y si después te preguntan dónde has tomado el dinero para comprar lo que te era necesario, dí que yo te lo he prestado.»

Y todo sucedió como lo habían proyectado.

Trokím mató al comerciante y al cochero, tomó una cantidad de paño y 8.000 rublos, y Cridebalka le hizo hacer un hermoso traje, le compró un caballo y un carruaje y encontró dos hombres que consintieron en servirle con su testimonio.

Pero Trokím tenía remordimientos, y resolvió contar el hecho á Vassa,

quien, toda turbada, le aconsejó ir al sitio del crimen, asegurándole que allí, á la media noche, Dios le comunicaría el castigo que le estaba reservado. Trokím aceptó el consejo y, á la media noche, una voz le dijo: «Yo te castigaré dentro de cuarenta años.»

Volvió cerca de Vassa, le contó lo que había oído y, como tenían cuarenta años por delante, se casaron. Después del matrimonio, fueron á establecerse en una gran ciudad, donde Trokím se dedicó al comercio, adquirió una gran fortuna y tomó los nombres de Trofine Sémionovitch Iachinkov. Su mujer, que estaba empeñada en hacer un peregrinaje á Kiev para pedir á Dios el perdón de su marido, fué dejando su viaje de día en día hasta que por fin murió sin realizarlo.

Trofine volvió á casarse, y su fortuna siguió aumentando de año en año.

Veinte habian ya pasado, durante los cuales los remordimientos llegaron á torturarlo con tanta frecuencia, que resolvió confesarse con el arzobispo, á quien contó por fin todo. El arzobispo lo tranquilizó diciéndole que, á pesar de la enormidad del crimen, este había sido rescatado con veinte años de trabajo y de probidad y que, si hacía edificar una linda iglesia, Dios lo perdonaría. Trofine construyó el templo.

Sus negocios continuaron siempre prósperos; poseía casas y minas de oro; su hija se casó con un príncipe; su hijo, Alejandro, hizo una brillante carrera en la diplomacia, y él parecía el más feliz de los hombres.

Pero el fatal cuarentenario había llegado, y Trofine esperaba con espanto el castigo que debía herirle. Para olvidar, se confesó con sus amigos y aún estuvo á punto de contar todo á su hijo. Pero éste no quiso saber nada, declarando á su padre, cuando llegó á hablarle del castigo de Dios, que no había Dios. Por último, el terrible cuadragésimo aniversario pasó sin incidente alguno, y el anciano se creyó libre de todo castigo.

(Veamos cómo el conde Tolstoy acaba de terminar esta narración.)

## I.

En esa misma noche del 12 al 13 de Agosto, cuando después de la conversación con su hijo, Trofine se retiró solo á su dormitorio, el castigo comenzó:

«¡No hay Dios!» ¡No hay alma! ¡No hay castigo! ¡Que bueno es esto!  
¡Cómo es de tranquilizador y cuánto me he atormentado en vano tanto

tiempo! Todos nosotros, lo pasamos luchando sin cesar, nos matamos unos á otros para vivir, como dice Alejandro. La lucha por la existencia, tal es la ley. Y no hay otra! Dios me ha permitido ser vencedor! Dios me ha permitido: ¡Siempre esta estúpida costumbre de invocar á Dios! No es un Dios cualquiera quien me lo ha permitido, soy yo que he sabido ser vencedor: he ahí la verdad. Cada uno debe luchar, y el vencedor aprovecha de la victoria. He vencido y aprovecho. Esto es muy agradable para mí, y sólo tengo que lamentar que el remordimiento haya emponzoñado mi vida. Comprendo que los demás me envidien. Cada cual quiere poseer: pero si lo quiere, que luche. Lucha tú mismo y no esperes ayuda. Por ejemplo, Alejandro...» Y, al decir esto, recordó que, el mismo día, Alejandro le había declarado no tener bastante con los veinte mil rublos al año que recibía de él y que le había pedido diez mil más. «... Y cuando yo he rehusado, pensó, él se ha mostrado descontento. Supongamos que cuenta tener todo cuando yo muera...» De pronto, Trofine se dijo que su hijo debía desear su muerte. «Lucha para ser vencedor; yo he luchado, he muerto al mercader; su muerte me era necesaria y he tomado su vida. ¿Y para él, para mi hijo, cuál muerte es la necesaria?» Se detuvo y se incorporó sobre su lecho: «¿Cuál muerte? ¡La mía! Sí, yo le cierro el camino. Cualquier suma que le dé, no le dejará satisfecho hasta que yo muera y él sea dueño de todo.» Y Trofine Iachnikov recordando las miradas y las palabras de su hijo, y el acento de su voz, vió que deseaba su muerte. «Y él no puede no desearla. Si la desea, él, un hombre instruído, sin prejuicios, debe entonces matarme. Supongamos que no quiere perderse, tiene el veneno...» Repentinamente se acordó de una conversación que una vez tuvo con su hijo sobre los venenos antiguos que mataban sin dejar vestigios. «¿Y si se procura un veneno semejante, por qué no me lo daría? Debe dármele. Ya él ha dicho que yo conduzco mal los negocios, y que se puede hacer mucho más... Sí, una taza de té y todo queda concluido ¿Comprar los sirvientes, el cocinero? Todos son propios para venderse. . Y su pensamiento se dirigió entonces hacia su ayuda de cámara tan elegante. «Alejandro no tiene más que darle mil rubros y hará todo. Y el cocinero también...» Trofine, conmovido por estas reflexiones, quiso beber un vaso de agua para calmarse; tomó el vaso que estaba preparado cerca de su lecho, sobre la mesa de noche, y en el fondo del recipiente notó algo blanco. «¿Qué es esto! No, no me embromarán», se dijo, y se levantó, arrojó el agua, se

aproximó al lavatorio y bebió de la que allí había. «Sí, la lucha de todos contra todos. Pues bien, luchemos. Seré más prudente, y no tomaré otros alimentos que los que tome mi mujer. Sí, y ella también! Ella sabe que heredará una séptima parte, y sus parientes pobres la asedian hace mucho tiempo. En la guerra, como en la guerra. Debo proceder de tal modo que ellos no tenga ventaja alguna con mi muerte. Debo hacer un testamento que los prive de todo, y que mi muerte sea una pérdida para ellos. Mañana haré, pues, esto, y se los diré después».

## II.

Habría querido dormir, pero sus pensamientos se lo impidieron. Decidió entonces escribir su última voluntad. Tomó su *robe de chambre* y sus zapatillas, se aproximó á la mesa y se puso á escribir el borrador del documento por el cual legaba toda su fortuna para obras de beneficencia. Hecho esto quiso volverse á acostar, pero en ese momento se acordó de su ayuda de cámara y del portero. Con este motivo, se transportó con el pensamiento dentro del alma del sirviente y se preguntó: «Si yo fuese un pobre sirviente, que recibe por mes quince rublos de sueldo, y si separado de mí por cinco cuartos, se encontrara un hombre rico, dormido, rodeado de dinero, sabiendo firmemente como lo sé ahora, que no hay Dios, ni juez supremo, qué haría? Haría lo que hice con el mercader». Y Trofine Semionovitch se sintió invadido por el miedo; se levantó y trató de cerrar bien su puerta, pero como el cerrojo no corría, la apretó con un sillón, que ató después por medio de servilletas al pestillo. Sobre el sillón puso una silla que, al caer, debía producir un ruido capaz de despertarlo, y después de tomadas todas estas precauciones se acostó y apagó la vela. Sin embargo, no pudo conciliar el sueño sino á la madrugada, y durmió hasta tarde del día, por lo que su mujer, inquieta, abrió la puerta, haciendo caer la silla que produjo con este motivo un gran estrépito. Trofine Sémionovitch despertó espantado de terror y gritó: «¿Quién? ¿qué! ¡Al asesino! permaneciendo largo tiempo sin poder recuperar la posesión de sí mismo. Al abrir los ojos se había imaginado que iban á matarlo. Cuando se repuso explicó que había atrincherado su puerta por prudencia, esforzándose por ocultar su temor. Pero, á pesar de sus esfuerzos, á datar de ese día su familia y sus sirvientes empezaron á notar en él un gran cambio. Antes era un individuo

alegre, que solía también encolerizarse; era bueno, y aunque algunas veces se mostraba triste, esto era solo cuando recordaba su crimen; no amaba á ciertas personas, pero se sentía atraído hacia otras, especialmente hacia los niños, sus nietos; mientras que al presente, desde aquella horrible noche, su humor se mantenía invariable, viéndosele siempre silencioso, desconfiado; todo le era sospechoso, y con todos, aun con sus hijos, se mostraba frío y reservado.

## III

Testar fué en adelante su principal preocupación. Durante largo tiempo no pudo hacer un testamento tal como deseaba; ninguno de los notarios llamados á ese efecto, lo satisfacía; y escribía, volvía á copiar, y corregía continuamente.

Con respecto al alimento se había hecho también singularmente exigente. Algunas veces, dejaba sin tocar los mejores platos, aquellos que en otras ocasiones fueron su delicia, y por lo general rehusaba comer, ó llegaba á la mitad del desayuno ó de la cena, tomaba el plato de su hijo, de su hija ó de su mujer y se servía de él. Compraba por sí mismo su vino y le encerraba en el ropero de su dormitorio. Descuidaba sus negocios y cuando se ocupaba de ellos ocultaba á los suyos sus ganancias y sus gastos.

La fortuna, el dinero, que en otra época le producía tanta alegría, no le causaba ya sino preocupaciones. Trataba de ponerla al abrigo de la codicia de los demás, pero sabía perfectamente que es imposible defender un tesoro contra hombres sin Diós, como era él mismo.

Se daba cuenta bien de que si todos los hombres supiesen como él y su hijo, que no existe ni Diós, ni juicio, ninguna precaución lo garantizaría, que se le mataría, que se le envenenaría, que se le arrancaría su fortuna por la astucia ó por la fuerza, y por ello, veía su salvación en no demostrar á los otros ese conocimiento que había adquirido, y que trataba de ocultar, esforzándose por hacer creer á los demás todo lo contrario de lo que él creía. Por eso, y este fué otro de los cambios notados en él después del 12 de Agosto, Trofine se mostró extraordinariamente piadoso, más de lo que lo había sido toda su vida. No dejaba pasar un solo ayuno del miércoles y del viernes; jamás faltaba á misa, y nunca desperdió la ocasión de inculcar en su familia, en sus relaciones y en sus sirvientes, la idea de la existencia de un Diós cuya sabia ley debe ser

observada estrictamente por todos, so pena de perecer y de incurrir en crueles castigos en la vida futura. Y hablaba de tal manera hasta cuando se dirigía á su hijo, fingiendo haber olvidado las conversaciones sobre el mismo sujeto que ambos tuvieron.

## IV

El miedo al asesinato, al envenenamiento, al engaño, á los crímenes más horribles que podían ser cometidos en su familia, ó por las personas de su familia no lo abandonaba. Suponía á todos los que lo rodeaban, urdiendo los más negros complots; temía y detestaba á todos los hombres, incluso á su mujer, á su hijo y á su hija; á todos; hasta sus nietecillos, á quienes antes amaba tanto, le parecían pequeños y crueles animales. Se imaginaba que se le odiaba del mismo modo que él odiaba á los otros.

Para calmar sus angustias, hacía sin cesar dos cosas: en primer lugar, se ocultaba de todos, engañaba á todo el mundo, adoptaba medidas de precaución contra quien quiera que fuese, aun cuando nadie soñara en complotarse contra él; su otro cuidado era el de hacerse el hipócrita, predicando á todo el mundo la creencia en Dios, en la virtud, en el juicio de Dios, pues consideraba que su salvación no era posible sino persuadiendo á los hombres de lo que él no creía. Su fortuna, que crecía sin cesar, en vez de regocijarlo lo asustaba. Sus parientes, eran sus enemigos. Los goces simples como comer, beber, dormir, ya no existían para él. Siempre se veía el objeto de las más terribles maquinaciones.

El desgraciado Trofine Semionovitch vivió así más de diez años. Aquellos que lo rodeaban eran testigos de sus extravagancias y de sus originalidades, pero nadie supuso jamás sus sufrimientos. Y estos fueron grandes, sobre todo porque no podía esperar alivio ni en la muerte. Se atormentaba, sufría sin saber porqué, y tenía miedo de morir á pesar de su convicción de que después de muerto no hay nada, y de que con la vida todo ha concluido. Así, pues, no podía rescatar su vida, ni en este mundo ni en el otro.

Arrastró esa vida durante trece años. Un día, volviendo de misa después de haberse desayunado en su cuarto y bebido del vino que tenía encerrado en su armario particular, se acostó para dormir y no despertó más.

La muerte súbita, inesperada, es sin duda la menos cruel. El rico féretro de Trofine Semionovitch fué conducido al cementerio de San Alejandro Nevsky, y una multitud de ociosos, asíduos de las suntuosas comidas del anciano rico, siguió al cortejo. Un predicador, que en San Petersburgo gozaba por ese tiempo de gran reputación de elocuencia, pronunció la oración fúnebre, y se extendió en largas consideraciones sobre la virtud, la piedad y la vida feliz del difunto.

Nadie, salvo Dios, conocía el crimen de Trofine, ni el castigo que le había alcanzado desde el día en que de su alma arrojó á Aquél.

L. N. TOLSTOI.

---

## EL BUDDHISMO EN OCCIDENTE

---

Los orígenes de las cosas son siempre difíciles de descubrir porque las más de las veces se pierden en el infinito; resulta de ahí que aquellas parecen venir al mundo ya arregladas y como por arte de encantamiento. A este respecto un gran poeta indio decía: «Los principios de toda cosa nos escapan, como su fin nos escapa también, no pudiendo nosotros comprender más que el medio.» Pero alguna vez podemos remontarnos á los orígenes y vislumbrarlos con toda verosimilitud. Es cuestión de método. Para tratar el problema de los orígenes religiosos, tenemos dos métodos: el histórico, que basado en documentos ciertos ó probables, remonta el curso de los siglos, siguiendo de país en país las huellas trazadas por el objeto; y el comparativo que pone en contacto las religiones entre sí, las aclara, las unas por medio de las otras, y constituye la ciencia comparada de las religiones. Esta ciencia dá frecuentemente la clave de ciertas instituciones ó de ciertas prácticas religiosas inexplicables y restituye los símbolos á su primitiva significación. Tomemos por ejemplo el viril del Santo Sacramento; se coloca en él una hóstia, disco circular de pan ázimo, que figura el cuerpo de Cristo; á su alrededor emanan rayos dorados en todas direcciones. Por los documentos relativos á la Persia, sabemos que el viril figura también en

Mara se confesó vencido y le adoró. En ese momento Sakyamuni se convirtió en budha, quedando purificado y transfigurado.

Empezó, como consecuencia, á predicar esas verdades trascendentales que permiten al hombre escapar á la ignorancia, á la miseria, á las alternativas de la muerte, y alcanzar el Nirvana. La parte negativa de su moral consistía en cinco mandamientos; no matar, no robar, no cometer ni concebir el adulterio, no mentir, no beber líquidos capaces de embriagar. A estos preceptos añadía, como virtudes activas, la investigación de la verdad, la caridad para todos los hombres, aún para los enemigos, el secreto de la buena obra, la pureza en las acciones, palabras y pensamientos, el desprendimiento de las riquezas, la visita á los enfermos, el rescate de los encarcelados, la enseñanza. Para facilitar la práctica de las virtudes, la regla búddhica añadía algunos medios apropiados á cada una de ellas. Así para la humildad, que es una forma de renunciación, instituyó la confesión pública, la tonsura, el vestido sencillo y de color uniforme, el quitasol de hojas de palmera, el andar á pié ó descalzo, la mendicidad á lo estrictamente necesario; para la meditación, fundó los monasterios y el retiro en el desierto, el rosario, los *stupas* ó edificios conmemorativos del maestro, las reliquias de los santos, las lecturas en común, las campanas para reunir los fieles. Buddha iba de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, enseñando la ley y atrayendo á millares de oyentes. Dirigíase principalmente á los pobres, á los laicos y á las mujeres. No disputaba jamás, y confirmaba sus enseñanzas por medio de una reprensión, una curación ó un milagro. Para darse á comprender, empleaba el lenguaje popular, el *pali* de Magadha y no el sanscrito de los brahmanes. Cuando se dirigía á los sudras, la más infima de las castas, se valía de parábolas expresadas en los términos más sencillos y apropiados á su inteligencia. Sakyamouni llegó á ser Buddha á la edad de treinta y cinco años, enseñó durante más de cuarenta, y alcanzada la hora del Nirvana, murió á los ochenta años de edad. Agregaré que la idea de la *nada* es absolutamente extraña á la India; que el objeto de Buddha fué sustraer la humanidad á las miserias de la vida terrestre y á sus retornos alternados, y que finalmente pasó su dilatada existencia luchando contra Mara y sus ángeles, llamados por él la Muerte y el ejército de la Muerte. Pienso que el *nirvana* no es otra cosa que ese *requies aterna*, esa *luz perpetua* que los cristianos piden también para sus difuntos. En este sentido es como se entiende en el texto birmano publicado hace algunos años en Rangoon, en inglés, por el reverendo Bigandet.

Buddha hizo un número inmenso de conversiones.

Las muchedumbres corrian hacia él considerándole como el autor de la regeneración y de su salvación. Sus convertidos de ambos sexos estaban distribuidos en cuatro órdenes según sus capacidades ó sus buenas disposiciones. Un grupo de discípulos escogidos le acompañaba á todas partes; otros de ellos eran enviados como apóstoles para anunciar la doctrina y preparar á los hombres para recibirla. De suerte que ya en vida de Sakyamuni llegó á formarse una comunidad de fieles, una verdadera iglesia, término que traduce exactamente la palabra *Sangha* de la fórmula búddhica.

Los religiosos buddistas no son Sacerdotes, propiamente hablando. Según nuestras ideas, el sacerdote tiene por misión ofrecer el Santo Sacrificio, y ser por lo tanto un mediador entre Dios y los fieles. Trasmite á Dios la ofrenda y la adoración del fiel; Dios dá en retorno sus gracias y auxilios durante la vida; y en el día de la muerte, recibe al fiel entre sus elegidos. Para que ese cambio ó comercio sea posible, es preciso concebir á Dios como sér individual, como una persona, en cierto modo como el rey del Universo, distribuyendo sus favores según su voluntad, y sin duda también según la justicia. Así es cómo concebían á sus dioses los antiguos Griegos y Romanos. De igual suerte pensaban los Judíos y los otros Semitas. Por esta razón es que en todo el Occidente, el sacerdote ha sido y es actualmente el intermediario entre Dios y el hombre y esto es precisamente lo que reviste sus funciones de un carácter sagrado. En esto los brahmanes no diferian de los restantes sacerdotes. Nada de esto hay en el buddhismo. Como no existe dios personal, no existe tampoco el santo sacrificio, ni intermediario alguno. El templo búddhico no es ningún santuario, es un *stúpa* ó edificio terminado en punta, hecho á imitación del que fué erigido sobre las cenizas de Sakyamuni; edificio que no es «la casa de Dios» sino, sencillamente, una construcción honorífica, una especie de cenotafio dedicado á la memoria del fundador de la religión.

Cuando un neófito quiere formar parte de la comunidad ó Asamblea de fieles no dice: «Yo creo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, un solo Dios en tres personas», sino: «En Buddha me refugio, en la Ley me refugio, en la Asamblea me refugio». Este buddha no es un dios á quien se implora, sino un hombre que alcanzó el supremo grado de la sabiduría y de la virtud. El buddhista no le ruega; medita sobre la tumba del maestro, deposita alguna flor ante su imagen. Tal es el culto búddhico en toda su sencillez. Ver-

dad es que en el transcurso del tiempo, dicho culto ha adquirido un desarrollo, un esplendor, una solemnidad que ningún otro tiene pero no ha perdido por eso su carácter honorífico. En cuanto á la naturaleza del principio absoluto de las cosas, que las otras religiones llaman Dios, la metafísica búddhica la concibe de una manera completamente distinta y no hace de este un Sér separado del universo.

Cuando Sakya concibió el plan de una organización religiosa, encontró algunos modelos á su alrededor, en medio de la sociedad brahmánica. En el país donde vivía, país en el cual el saber y la civilización rayaban á una envidiable altura, estaban en rigor los diversos sistemas de filosofía metafísica y moral de los tiempos anteriores así como la práctica frecuentemente extremada del ascetismo. Pero el reformador enseñó unas teorías nuevas y algunos principios de moral que le pusieron en lucha con los usos establecidos y esas novedades son precisamente las que mayor fuerza dieron á su enseñanza, haciéndole fuerte á él mismo, y colocándole á un nivel superior al de los grandes santos del brahmanismo. El cuerpo de religiosos buddhistas fué desde su principio y se ha conservado después tan superior á los brahmanes, como los sacerdotes de la Iglesia cristiana lo fueron respecto á los sacerdotes paganos. El espíritu de moderación, de sencillez y de conveniencia de los buddhistas, ofrecía un marcado contraste con el orgullo, la inmodestia y la exageración en todo, propios de la casta y sobre todo del asceta brahmánico. Sus virtudes prácticas son atestiguadas con una laudable sinceridad por el reverendo Bigandet en su *Life of Gaudama* y esto en un país todavía bastante bárbaro, la Birmania.

En segundo lugar, Buddha abrió su iglesia á todo el mundo, sin distinción de origen, de casta, de patria, de color, de sexo: «Miley, decía, es una ley de gracia para todos». Por primera vez aparecía en el mundo una religión universal. Hasta entonces cada país había tenido la suya, de la cual eran excluidos los extranjeros. Puede afirmarse que durante los primeros años de su predicación, el reformador no tuvo en cuenta la destrucción de las castas, puesto que admitía como un derecho legítimo la potencia real y no intentaba luchar contra la misma. Pero la igualdad natural de los hombres fué uno de los fundamentos de su doctrina; los textos búddhicos están atestados de disertaciones, de pasajes y de parábolas que tienden á demostrarla. No citaré más que una de estas como muestra.

Un día, un gran rey, de quien se hablará luego, encontrando en la calle

á un mendigo buddhista, se detuvo y le saludó humildemente. Su ministro le hizo observar que con semejante acto se rebajaba la majestad real. El rey no contestó una palabra, pero una vez dentro de su palacio llamó á su ministro y ordenóle vender en el mercado público una cabeza de carnero. Obedeció el ministro, y luego con el precio de la venta regresó. El rey volvió á ordenarle que regresára al mercado y vendiese la cabeza de un criminal que acababa de ser ejecutado; acatando las órdenes del rey, el ministro fué al mercado y regresó nuevamente diciendo que nadie había querido comprar una cabeza que carecía de todo valor. «Pues bien, dícele el rey, si yo mandase tu cabeza al mercado, ¿crees que alguien la compraría? El ministro temblando de miedo, le contestó: «Nó, porque mi cabeza no tiene más valor que la del ajusticiado.»—«Y si se vendiese la mía, replicó el rey, ¿no se pagaría á buen precio? «El ministro no se atrevía á dar una contestación, por lo cual el rey añadió:

«Responde francamente y sin temor; te doy mi palabra de no hacerte daño alguno y de no darme por ofendido». Entonces el ministro le contestó: «No, príncipe, nadie la compraría, porque no tendría más valor que las otras.»—¿Por qué, pues, dijo el rey, no puedo yo bajar mi cabeza sin valor delante de un justo que vale más que yo por su ciencia y por su virtud?» Y dicho esto, empezó un discurso donde desarrolló ámpliamente la doctrina de la igualdad natural de los hombres. La libertad era la consecuencia de esta igualdad. Ningún miembro de la iglesia podía imponer á otro que permaneciese en ella á pesar suyo. Admitíanse ciertas reglas, fórmulas muy latas, por otra parte, para entrar en ella, pero cualquiera podía salir siempre que lo tuviese por conveniente, para volver á la sociedad láica. El caracter que se había aceptado al entrar en aquella, no era indeleble; no existía ninguna fuerza hereditaria, y no se transmitía de padres á hijos. El que nacía de un padre brahman y de una madre brahmani, era brahman quieras que no, por el solo hecho de la generación. Pero nadie nacía buddhista; se llegaba á serlo por elección voluntaria y después de una especie de prueba, á que debía someterse todo pretendiente. Una vez miembro de la Asamblea, no se distinguía ya de los demás hermanos; la única superioridad que uno podía adquirir era la de la ciencia y de la virtud.

Se podía pasar toda la vida en la categoría inferior, la de los *cravakas* ó *Auditores*; siendo este seguramente el lote del mayor número. Una vez franqueado el primer grado, el religioso profeso tenía que pasar todavía por

otros dos grados antes de alcanzar el cuarto, que era el de *arhat* ó venerable. Eran contados los religiosos que llegaban á él. Hubo así en los budhistas una especie de ruptura entre «el mundo», como se decía desde entonces, y la vida religiosa. A los vicios de la riqueza, á sus peligros, á su desproporcionada distribución se opuso, no el reparto de los bienes, sinó la pobreza voluntaria; á los placeres mundanos, la sumisión de los deseos; á la sensualidad el celibato; al orgullo de casta, á la discordia, y á la guerra, la humanidad, la paciencia inalterable y la caridad universal. Ese amor mútuo, esa fraternidad, hacíanse extensivas á las mujeres y hacían de la Asamblea una especie de familia. Hallándose Buddha próximo á la muerte, su discípulo predilecto, Ananda, le preguntó cómo debían ser tratadas las mujeres si alguna se presentase á los religiosos: «Si es jóven, respondió Sakyamuni, la llamareis mi hermana; si es anciana, la llamareis mi madre».

Así, pues, ese amor supremo, universal, y puro, llamado caridad, comprendía á todos los miembros de la Asamblea, cualquiera que fuese su edad ó sexo. Extendíase también á todos los hombres. En efecto, antes de predicar su doctrina, Buddha tuvo un momento de vacilación. Unos de los grandes brahmas, dirigiéndose á él, le dijo que desde el momento en que poseía las cuatro sublimes verdades, no tenía el derecho de retenerlas para él solo; y por lo tanto debía comunicarlas á todo el género humano. Sakya dirigió su pensamiento hacia las cuatro regiones de la tierra, y vió, en efecto, que en todas partes los hombres ignoraban esas verdades saludables, é inmediatamente dió principio á su enseñanza.

## II

La enseñanza directa del maestro, la cual duró cerca de cincuenta años, traspasó los límites del país donde aquél había nacido, de esa parte media del valle del Ganges señalada por los historiadores de Alejandro, y que se extiende alrededor de Benarés. Pero fué secundado por algunos hombres superiores, entre los cuales se distinguía el gran Cariputra, Maudgalyayana y Ananda. Sesenta y un discípulos experimentados fueron comisionados por él para diseminarse en todas direcciones, enseñar la nueva Ley á los pueblos de la India, agrupar la gente de buena voluntad bajo la fórmula «El Buddha, la Ley, la Asamblea», y crear así iglesias locales, comunidades dependientes de la comunidad central que presidía él en persona.

Desde la muerte de Sakyamouni hasta los tiempos de Alejandro el Grande,

transcurrieron unos dos siglos. Durante este tiempo el buddhismo quedó establecido en un gran número de localidades de la península india, principalmente hacia el norte; sin embargo, no era la religión dominante. A la llegada de los Griegos, los valles del Indo y sus afluentes estaban ocupados por los brahmanes. Es esa la región hoy día llamada Pendjab, es decir, los Cinco-Ríos; allí es donde los cantores del Veda hablan compuesto la mayor parte de sus himnos, y donde se había organizado, con el sistema de las castas, la sociedad brahmánica. Los historiadores de Alejandro no dejan ninguna duda sobre el predominio de ese sistema social, en aquella dilatada y fértil comarca. Al Este de esa región se encuentra un hermoso río, el Saraswati, frecuentemente mencionado en el Veda; desciende del Himalaya y sus aguas se pierden hacia el Sud, entre las arenas del desierto. Después llega al Yamuna y al Ganges }

Alejandro, en sus campañas, no llevó su ejército más allá del Hyphases, el último de los cinco ríos; no vió el Saraswati, pero supo que en las inmediaciones del Ganges estaban reunidos 600.000 hombres acaudillados por un gran rey llamado por Plutarco, Androcottos, y Sandracottos por otros historiadores; rey conocido actualmente bajo el nombre de Chandragupta. La capital de su pueblo era Pataliputra, la Palibothra de los Griegos, la moderna ciudad de Patna. Nanda, su padre, había reinado hacia 350 antes de J. C. Amitragatha, llamado Amita en las monedas de su tiempo y Amyntas por los Griegos, fué su hijo; su nieto fué el grande Acoka. Esta línea de príncipes, pertenecía á la familia de los Muryas, salida de la clase popular y llegada al trono á despecho de las castas privilegiadas.

Alejandro había dicho: «yo abriré todas las naciones de la tierra que la naturaleza ha tenido separadas». En Susa, casó á sus amigos con mujeres persas, asignando á los más distinguidos las mujeres más distinguidas». El mismo, tomó por esposa á Statira, hija de Darío. Para mezclar las civilizaciones escogió entre los persas 30.000 niños á quienes mandó instruir en las letras griegas. Su expedición al Pendjab fué seguida de la fundación del reino griego de Bactriana, cuyo territorio se extendía hacia el valle del Indo y descendía hasta Guzzarate, es decir, hasta el mar.

Después de la muerte de Alejandro, sus generales convertidos en reyes, siguieron sus mismas huellas, cumpliendo hasta cierto punto su testamento. Seleuco conservó un embajador, Megasthenes, en la corte de Chandragupta quien le ofreció 500 elefantes. Este enviado escribió sobre la India un

parábolas, la disciplina y la metafísica. Cien ó ciento diez años más tarde, á consecuencia de haberse deslizado algunos puntos oscuros ó ciertas divergencias en la disciplina, se reunió un segundo concilio en Patna nueva capital del mismo país. Bajo los príncipes Mauryas, esta ciudad había llegado á la categoría de capital de la India entera.

Acoka convocó en ella el tercer concilio, en el año 250, décimo séptimo de su reinado, y se declaró budhista, pronunció la fórmula sacramental *budda dharma tangha*: el Buddha, la Ley, la Iglesia, y dió un edicto que, difundido por toda la península, se ha conservado hasta nosotros grabado sobre piedra; es conocido bajo el nombre de edicto de Bhabra. En este concilio quedó fijado el cánón de las Escrituras, que ha venido á ser lo que se ha llamado la *tradición del Sud*. Después se organizó la Iglesia en vista de su propagación. Bajo el nombre de *dharma mahamatra*, Acoka creó un ministerio de cultos y de misiones exteriores. Desde el año siguiente, diez y ocho misioneros partieron para países extranjeros. Sus imágenes se ven en todos los grandes templos de la China. Las misiones budhistas irradiáronse en todos sentidos: y Mahendra, hijo de Acoka predicó entre 250 y 230 en la isla de Ceylan, á donde llevó el texto de las Escrituras conforme había decretado el Concilio. Ese texto pali es el que se ha difundido, ya en original, ya en traducción, en todo el extremo Oriente, donde lo encontramos nosotros.

Otra misión se encaminó hacia al Oeste á un pueblo que el texto pali llama Pansays ó Parthos; en el país de los Yonakas, es decir, en la región conquistada por los Jonios ó Griegos de Alejandro.

Houen-Tsang, que visitó Balk, la antigua Bactres (1) á principios del siglo VII, encontró esta misión todavía floreciente allí. Se ramificó hasta el Asia Menor. Después de Alejandro y sus inmediatos sucesores las razas tártaras, que ocupan el nor-este de la India, adoptaron calurosamente el budhismo, y por conducto de ellas llegó á ser la religión dominante en el centro del Asia. Recordamos, solo como dato histórico, que en tiempo de Jesucristo, el rey de Cachemira, Kanishka, llamado Kanerkis por los historiadores, convocó un cuarto concilio, que fijó la tradición del Norte. Los habitantes de Cachemira pertenecían á la raza ária, pero el rey era probablemente tártaro. El imperio de los Parthos, fundado por Arsaces, en 250, el año

(1) Esta ciudad llamada también Zariaspa por Estrabon y Plinio, es la que dió su nombre á la antigua provincia de Bactrian—(N. del T.)

mismo del concilio de Patka y del edicto de Acoka, se extendió por esta dilatada comarca llegando por una parte hasta el Indo y por otra hasta el Asia Central. Este imperio duró quinientos años, hizo frente á los Romanos, y desafió á sus mejores generales.

Por esta época el politeísmo greco-romano se defendía en todas partes contra la invasión de ideas de origen extranjero, contra el monoteísmo de los semitas y contra el dualismo panteístico de la Persia. La lucha se parecía á la que el politeísmo de los brahmanes sostenía en Oriente contra el Buddhismo, porque las divinidades brahmánicas son análogas y muchas de ellas idénticas á los dioses greco-romanos. Las misiones budhistas, al penetrar en el imperio de los Parthos, encontraron á los magos, cuya metafísica moral é instituciones tenían la más exacta analogía con las suyas. Ormuzd y Ahriman representaban los principios del bien y del mal, como el Buddha y Mara.

El sacerdocio de los magos comprendía tres grados y un noviciado como el de los budhistas. El ascetismo era igual en ambas partes. Los seres ideales ó Potencias celestes, que fueron esos buenos y malos ángeles conocidos con los nombres de amshaspands y de darvans, eran análogos á los nathas ó ángeles guardianes y al ejército de Mara.

En cuanto á un Sér único y supremo, era para unos y otros una expresión abstracta y elevada que no era objeto de culto alguno.

La fusión del Buddhismo y del Masdeísmo pudo operarse, por decirlo así, espontáneamente. El primero, sin embargo, era portador de dos ideas, que la religión de Zoroastro no había tenido, ó no había dilucidado: la caridad como base de la sociedad humana, el catolicismo ó universalidad como carácter de la fé. En el sud-oeste, el mundo semítico luchaba contra los dioses greco-romanos y contra los del Egipto. Pero es preciso observar que, desde la apertura del valle del Nilo por Psammétick y sobre todo desde Darío y Cambises, la tierra de los Faraones había decaído mucho; que los Ptolomeos adoptando las modas del Egipto, no habían por esto adoptado sus dioses; que los asirios habían corrido una suerte parecida; y que los Seléucidas habían helenizado más Semitas que semitizado Helenos. Toda la fuerza vital del mundo semítico se había concentrado en el pueblo judío, y contra él los romanos dirigieron su principal esfuerzo. Como nación independiente, acabó por sucumbir; como raza fué dispersado,

pero no destruido. Tocante á su idea religiosa, ésta tuvo un destino diferente y menos simple.

En efecto, cuando se estudian sin opinión preconcebida los libros hebreos, se comprueba la ausencia de toda idea ária en los escritos auténticos anteriores al Cautiverio. Los sabios que conocen el Oriente, están de acuerdo sobre este punto. Después del cautiverio se ven aparecer entre los Judíos doctrinas persas, como también algunas instituciones calcadas sobre las de los magos. Tal es, por ejemplo, la institución rabbinica. Algún tiempo después se introducen algunas ideas budhistas, entre las cuales se distingue la del Mesias, que se presenta bajo dos formas: para los puros israelitas, el Mesias será un rey temporal, que establecerá sobre la tierra la dominación del pueblo judío; para los otros, es un angel enviado por Dios, que debe venir como rey ideal á procurar la salvación del género humano. Este ángel se encarnará, nacerá entre los hombres, y será el bendito de las naciones. Llamará á todos á su ley, que será una ley de gracia; su culto no será el de un solo pueblo, sino el de todos los pueblos, y su iglesia será universal.

Puede atribuirse también á la influencia de las doctrinas indias la teoría de la encarnación, absolutamente extraña á los dogmas hebraicos y aun á los de la Persia. He relatado ya cómo se operó en el seno de la Virgen Maya la encarnación de Buddha. Esta teoría no era nueva en los tiempos de Sakyamuni, por cuanto los numerosos avatares de Vishnú eran otras tantas encarnaciones. Solamente el budhismo dió un nuevo desarrollo á esta idea aplicándola, no ya á seres imaginarios, sino á un hombre, Siddharta, hijo de Suddhodana.

Desde la época de los primeros reyes de Persia, los judios estaban diseminados en el Asia, según se vé por el libro de Esther, que en quince días hizo matar 70.000 de sus adversarios en todo el imperio de Dario. Los judios se establecieron principalmente en las ciudades, donde se dedicaban á ejercer sus aptitudes comerciales. En los centros populosos es donde se discutían las doctrinas, y donde podía operarse la fusión de las ideas.

A pesar de ese pretendido «odio del género humano» de que habla Tácito, se cometería un error si se considerase al pueblo judio como refractario á las doctrinas de los otros pueblos. Pocas naciones, por el contrario, han aceptado un número tan grande de ellas. Moisés y los hebreos habían tomado mucho del Egipto. El cautiverio de Babilonia, suministró á los ju-

dios otro elemento durante los setenta años que estuvieron en contacto con los sectarios de Zoroastro. Cuando el imperio de los Partos hubo, por decirlo así, echado un puente del Indo al Eúfrates, cuando se hubieron establecido continuas relaciones entre las costas de la India y el Egipto, en fin, cuando las misiones budhistas regulares ejercitaron su ardiente proselitismo por esas dos vías, ¿es creíble que los judíos medio helinizados, se hubieran sustraído á estas influencias orientales hasta el punto de olvidarlas por completo? ¿Acaso no eran judíos los apóstoles de Jesucristo? Cien años después de la fundación del Imperio de los Partos, cien años también después del Concilio de Patna, y la creación de las misiones budhistas, ó sea hacia el año 150 antes de J. C. encontramos entre los judíos algunas comunidades cuyos dogmas representan la fusión. Los Macabeos organizaron entonces un cuerpo de asideos ó santos, que los críticos identificaron con los esenios. Estos últimos existían, con efecto, seguramente en 148 y probablemente antes. En esta misma época se comprueba la existencia de los therapeutas ó curanderos en los alrededores de Alejandría. Esta secta, que se puede llamar los esenios del Egipto, fué más tarde asimilada por Josefo á los neoplatónicos. Los gnósticos se adherían también á las ideas orientales; siendo la palabra griega *gnósis* la traducción exacta del vocablo indio *bódi*.

En la Judea, opuestamente al Templo, existía la Sinagoga, centro intelectual de una grande actividad. Compuesta de tres órdenes ó grados, los rabs, los rabbis, y los rabbans, reproducía la organización de los magos. De otra manera, ella comprendía los saduceos, los fariseos y los escribas; estas dos últimas sectas iban al templo; los saduceos se abstentían. Además, estos impedían á los fariseos publicar la tradición secreta, es decir, operar inmediatamente y revelar la fusión de las doctrinas: La sinagoga profesaba el sacerdocio universal, en contra de la casta de los levitas, la responsabilidad personal de las obras, la abolición de los sacrificios cruentos, opuestamente á la inmolación pascual de los corderos. Se considera á los esenios como formando el lazo y el punto de encuentro entre los rabinos, los gnósticos judíos, los platónicos ó pitagóricos por una parte, el parsismo y el buddhismo por otra. Sus dogmas nos son conocidos por Filón, que era therapeuta, y por otros autores antiguos. Profesaban el dualismo del mundo, ligado á la astronomía, á la moral y á la psicología de los Orientales. Tenían tres órdenes de adherentes, como la sinagoga, los budhistas y los magos, con

tres grados de iniciación. Practicaban el baño sagrado ó bautismo, como los brahmanes y los budhistas; su nombre mismo significa «bautizadores». Condenaban los sacrificios sangrientos, como Buddha y la Sinagoga, y los reemplazaban por la meditación y por el sacrificio de las pasiones. Prestaban el juramento sagrado, como los magos; vivían en el retiro y se abstentían de la carne y del vino.

Los esenios, los therapeutas, los magos y los budhistas practicaban la comunidad de bienes, la limosna, el amor de la verdad, la pureza en las obras, en las palabras y en los pensamientos. Proclamaban la igualdad de los hombres, proscribían la esclavitud, sustituían la discordia por la caridad. Todos ellos, finalmente, bajo uno ú otro nombre, esperaban un Mesías, revelador y salvador, en quien sería encarnada la Palabra. ¿Por qué se hace de los esenios, más bien que de cualquiera otra secta, el canal por donde las ideas indo-persa pasaron al cristianismo? No es solamente porque su secta fuese más numerosa que las restantes y tuviese un conjunto de dogmas y de instituciones más completo. Es principalmente porque los primeros cristianos eran esenios y llevaban el nombre de tales; porque su residencia principal era la Galilea, en oposición con Jerusalem; finalmente, porque Juan Bautista era esenio. Jesús mismo era llamado Galileo, y por el hecho de recibir el bautismo de manos de Juan, se afilió á la secta de los bautizadores ó esenios. No fué sinó hasta la época del martirio de San Pablo en Roma, que se empezó á dar el nombre de cristianos á los que antes se llamaban jeseenos, escenos, es decir, esenios ó therapeutas. Esta identidad está plenamente demostrada por Eusebio; también lo está, si bien con menos claridad, por Filón y Josefo. Sin embargo, aunque no existiese testimonio alguno de ese género, la identidad de los dogmas, de las instituciones y de las costumbres, demostraría la filiación oriental del cristianismo, tal como lo han restablecido las investigaciones de estos últimos treinta años.

Considerando como demostrada esta trasmisión de los dogmas, actualmente me sorprende menos las analogías que las divergencias entre el cristianismo y las religiones orientales. Es lo que ha sucedido tocante á la lingüística: cuando se ha conocido el sanscrito, todo el mundo ha exclamado: «He aquí la fuente del griego, del latín y de nuestras propias lenguas». Más tarde se ha visto las diferencias y se ha buscado el origen del sanscrito y las causas de esta diversidad. Que el cristianismo ha salido de las regiones del

Asia y principalmente del buddhismo, se puede considerar como un hecho demostrado. Pero el problema de los orígenes del buddhismo, está lejos de ser resuelto, y por consiguiente, la diferencia entre la religión de Buddha y la de los cristianos, exige un estudio particular. No puedo hacer más que trazar aquí los rasgos principales. Compárese, una con otra, la vida de Buddha y la de Jesús, y hágase de ellas un resumen. Se verá que se dividen en dos: la leyenda ideal y los hechos reales. No siempre es fácil señalar dónde acaba la leyenda y dónde empieza la realidad. Mas prescindamos un momento de los detalles de una fisonomía dudosa y se tendrá que reconocer entonces, que ambas leyendas se confunden en una sola, pero que las dos historias son muy distintas. Además, la leyenda está basada sobre una teoría metafísica mucho más antigua que Sakyamuni y que se encuentra ya en el Veda. El dualismo del bien y del mal, personificados en Buddha y Mara, aunque preexistiendo en la rivalidad de los Arias y Dasyous, de los dioses y asuras, se muestra mucho más claramente en los dos principios persas de Ormuzd y Ahriman, de los buenos y malos ángeles. Así pues, la teoría sobre la cual se apoya la leyenda de Buddha no es más original que la de los cristianos. Estos últimos adoptaron el dualismo indo-persa: Cristo fué á Satán lo que Buddha había sido á Mara; el mismo nombre Maranatha, que significa ángel de Satán, ángel de la Muerte, termina la primera Epístola á los Corintos. Pero el buddhismo del Sud, el que había sido formulado por el concilio de Patna ó propagado por las misiones, no había hecho de Dios una persona separada del mundo; no había reconocido nada de superior en los que, como Sakyamuni, habían alcanzado el Nirvana. Jesús, por el contrario había frecuentemente hablado del Padre celestial, de un Dios supremo, autor y señor del universo. Lo que sobre este punto se lee en los tres primeros evangelios, carece de precisión metafísica; pero el evangelio según San Juan, las epístolas y sobre todo las decisiones de los concilios y los escritos de los padres de la iglesia, definieron con la mayor claridad la doctrina de un Dios personal y creador. Esta doctrina no existía en el Veda, donde Vicwarkarman no es otra cosa que el Fuego haciendo emanar todas las cosas de las tinieblas por su luz. Estaba también excluida del Buddhismo, y no se encuentra tampoco en el Avesta. Por el contrario, el Dios único, concreto, personal, señor del mundo, rey omnipotente, se encuentra en toda la Biblia, y forma el punto central del judaísmo. Es preciso admitir, pues, que en la

hecha de las doctrinas, los Israelitas aportaron este elemento, que pasó íntegro á la teología cristiana donde existe todavía. En cuanto á la vida de Sakya y á la de Jesús, ofrecen el más chocante contraste. No hablo de sus procedimientos, de enseñanzas, que son las mismas, ni de los milagros que uno y otro realizaron. Pero tanto como fué tranquila y dilatada la existencia del príncipe Siddhartha, así fué corta y tumultuosa la del «Hijo de David». El rey Suddhodana, padre del primero, vivió aún mucho tiempo después del retiro de su hijo. Los brahmanes no sospechaban todavía que la nueva doctrina se volvería contra ellos; el poder real era respetado por esta; las clásicas heresías solamente eran levantadas de su estado de abatimiento; en fin, por la ciencia y la virtud, que no herían á nadie, todos los hombres podían aspirar al reposo eterno del éxito en el Nirvana. La predicación de Buddha tuvo, pues, un éxito no interrumpido en un medio que le era favorable. A los ochenta años, sin haber sufrido los achaques de la vejez, rodeado de sus discípulos predilectos, al aire libre, se recostó tranquilamente sobre el lado derecho, y durmió en el sueño de la muerte. Antes de entrar de esta suerte en el Nirvana, le preguntaron de qué manera quería ser sepultado, y respondió como más tarde Porro á Alejandro: «Como rey». Los honores funerarios que se le tributaron fueron sin ejemplo.

Jesús había también predicado la caridad y la mansedumbre; pero no encontró en cambio más que odios, conspiraciones, traición y el último suplicio. Unos magos fueron, se dice, á prestarle homenaje cuando nació, unas pastores le adoraron; Simeón había reconocido en él al Mesías; un asceta cenita le dió el baño de iniciación. No obstante, predicó una doctrina «siempre combatida» por los Indios; los sacerdotes de Jerusalén, los príncipes de Israel, las mujeres de la corte, los mismos fariseos, cuyas doctrinas tanto se relacionaban con la suya, y, finalmente, el pueblo judío, no vieron en él más que un blasfemo y enemigo. Su vida fué corta, su predicación no duró más que tres años, pasados los cuales sucumbió. El buddhismo predicó en país amigo una reforma moral, cuyo carácter social no se mostró inmediatamente. La carrera de Jesús tiene todos los caracteres de un apostolado en un país enemigo. No puedo, sin traspasar los límites de este trabajo, decir de una manera detallada cómo la leyenda buddhista fué aplicada á Jesús. Lo fué durante su vida y después de su muerte. Lo era ya, por lo menos en parte, antes de su nacimiento. Comprende bien que nada había más fácil ni más natural, después de un suceso

reconocido que la idea budhista respondía mejor á la realidad, porque de hecho, Jesucristo era el segundo Salvador, tal vez ese *Maitreya*, cuyo nombre significa *Caridad*, anunciado en otro tiempo por Buddha.

Es de notar que el *Credo* enuncia la encarnación del Hijo de Dios, pero nada dice del hijo de David, idea puramente hebráica. Analizada artículo por artículo la obra de Nicea, se comprueba que nada tiene de judía, á no ser la personalidad divina y la creación.

La pasión y la muerte de Jesús son el hecho histórico, puesto en su fecha por el nombre de Poncio Pilatos. Todo lo demás es como el desarrollo de la fórmula: «el Buddha, la Ley, la Iglesia». En lo que sigue se verá que consecuencias tuvo para la sociedad religiosa del Occidente el elemento israelita que acabó de prevalecer en la fé cristiana.

### III

La iglesia de Cristo no había absorbido toda la secta de los esenios. Estos eran todavía numerosos en tiempo del historiador Josefo. San Epifanio, á fines del siglo IV, nos dice que en su tiempo existían intactos en su antiguo retiro, al este del Mar Muerto y Cirilio, de Jerusalem, habla de un cierto *Scythianus*, que Suidas y otros han confundido erróneamente con Manes, jefe de los maniqueos, y de quien han hecho un brahman.

Estos autores confundían á brahmanes y á budhistas casi del mismo modo que nosotros confundimos á judíos y cristianos. En-Nedim, autor árabe, dá á propósito de Scythiano algunos datos, de los cuales resulta su identidad con Elkesai, que fundó la secta de los mandeos y que vivió á últimos del siglo primero, poco tiempo después de los apóstoles. Este Elkesai, de origen incierto, fué educado en el norte de Arabia, en los límites con la baja Mesopotamia, fué después á Alejandria, donde estudió los libros de los pitagóricos ejerció el comercio con la India, y adquirió grandes riquezas. Compuso cuatro libros, cuyos títulos nos dá Cirilo, siendo el cuarto de ellos el *Tesoro*. Desde Egipto, donde reunió numerosos discípulos, fué á Jerusalem, profesando la doctrina de los dos Principios. En Judea encontró nuevamente á los esenios de Palestina ó nazarenos, entre los cuales gozó de indiscutible autoridad.

Scythiano era un sobrenombre que le dieron, indudablemente á causa de

sus relaciones con la Scythia, país lindero con la Judea y el Imperio de los Parthos.

En cuanto á los mandeos ó gnósticos de la Mesopotamia, derivaban su nombre místico de *manda*, la Palabra, pero su nombre público era *saba*, sabeos; su libro era el *Ginsa* ó *Tesoro*. En el siglo XIII, Marco Polo encontró todavía dicho libro el que era tenido en gran veneración, en el Africa central. Los sabeos practicaban el bautismo y se tenían por discípulos de Juan Baustista. Su fundador no era pués brahman, sino esenio. San Hipólito, á mediados del siglo III, atestigua la existencia de elkesaitas en Roma. Unas veces se les daba el nombre de *mogtasilah*, palabra que significa bañadores, y otras veces el de *samans*, es decir, sramanas ó ascetas budhistas. Pero el nombre que prevaleció luego fué el de *maniqueos*.

El sucesor inmediato de Scythiano nos es conocido igualmente por San Cirilo, que le llama Terebinto, nombre que nada tiene que ver indudablemente con el del pistachero; su forma es persa. Heredero del oro, de los libros y de las doctrinas de Elkesai, Terebintho no pudo permanecer en la Judea, donde debió estar en lucha con el judaísmo. Pasó á la Persia, tomando el nombre de *Buddha*. Cirilo añade que Terebintho tuvo allí por adversarios á los sacerdotes del Sol; y agrega que, perseguido por ellos, se refugió en la casa de una viuda y que después de subir hasta la parte más elevada de ella se puso á invocar los demonios del aire, cuando herido por Dios, fué precipitado, muriendo en la caída. Durante la reacción zoroastrina es probable que los sacerdotes del Sol, es decir, de Mithra hayan perseguido de esa suerte á un hombre que ellos podían muy bien haber confundido con los cristianos; pero un jefe de escuela que se daba á sí mismo el título de buddha no invoca ciertamente á los «demonios del aire.»

Sea de ello lo que fuere, la viuda, mencionada teniendo en su poder los libros tradicionales de Elkesai y de Terebintho el buddha, los guardó piadosamente hasta encontrar á un hombre á quien pudiese confiar el depósito. Este hombre, dice Cirilo, fué un esclavo llamado *Curbico*, á quien adoptó é hizo instruir en los dogmas persas. Muerta aquella Curbico tomó el nombre de Manés, y la secta recibió de él el nombre de *maniqueos*.

He descendido en éstos pequeños detalles para demostrar que la secta de los maniqueos procedía de los esenios de Galilea; de igual manera que estos últimos procedían del buddismo. Existía pues, un parentesco de ori-

gen entre los maniqueos y los cristianos. Estos aguzaron su ingenio con motivo de la palabra Manes que en latín significa las sombras de los muertos, y recuerda el término «manía», nombre griego de la locura. «Si Manés y Maniqueos son voces indo-iránias, parecen significar «El Sabio» (en sancristo *manishin*) y ser sinónimas de buddha. Se ha dicho que Manés tomaba también el nombre de Paráclito, haciéndose pasar por el espíritu consolador, cuya venida había sido anunciada por Cristo. Todo cuanto sabemos respecto á los detalles de su vida es por conducto de Cirilo y de Epifanio, pero uno y otro autor seguramente los tomaron de Arquelaos, obispo de Caschara el cual sostuvo calurosas discusiones con Manés; es por lo tanto, un testimonio sospechoso. Cirilo añade que Manés había excitado el furor del pueblo, y apelaba á la fuga, cuando el rey de Persia (Barham 1.<sup>o</sup>) le hizo prender por sus satélites y desollar vivo; su cuerpo fué arrojado á los animales y su piel fué henchida de aire y colgada á las puertas como un odre; suerte parecida á la que tuvo también el emperador Valerio. El primero y principal dogma de Manés fué el de los dos principios, el bueno y el malo. Sobre este punto estaba de acuerdo con los buddhistas, los persas y los cristianos. Pero hacía remontar la lucha al origen de las cosas y no admitía que el mundo hubiese sido formado de la nada. Según él, una materia eterna había sido puesta en acción por el principio bueno, siéndole constantemente disputada por el malo.

El mundo había de este modo caído bajo el imperio del mal; el restablecimiento de las cosas era procurado por el Cristo, es decir, por la esencia divina infundida en las criaturas. En el transcurso de los tiempos la victoria del bien tenía que ser completa, debiendo ser purificadas todas las cosas.

Esta última doctrina es precisamente la de Zoroastro, concerniente á la victoria final de Ormuzd sobre Ahriman. Es también la de Sakyamuni, puesto que, según él, los seres pensadores se encaminan hácia el Nirvana, lo cual implica la derrota definitiva de Mara. Finalmente, esta misma doctrina existe entre los cristianos; nuestro Oficio de difuntos contiene esta fórmula sacada de la primera epístola á los Corintios: *Novissima inimica destruetur Mors*, al fin la enemiga, la Muerte, será destruída. La palabra latina *Mors* es idéntica á la sanscrita *Mara*.

Según Manés, los dos principios se encuentran en todos los hombres, y están representados por dos almas luchando la una contra la otra. Por la

palabra alma, es sabido que los antiguos no entendían tan solo el ser pensador, sino más bien el principio de la vida y el pensamiento; los maniqueos no estaban, pues, distantes de la verdad fisiológica. San Agustín ha disertado mucho y bastante mal sobre esta cuestión contra los discípulos de Manés. En cuanto á la metempsícosis pitagórica que ellos profesaban, no era otra cosa que la reproducción de la doctrina buddhista, que hacía pasar las almas por una serie de vidas sucesivas, en las cuales se va operando gradualmente su purificación. Los cristianos cierran con la muerte nuestra existencia corporal, sometiéndonos después á un juicio único, del cual salimos elegidos ó condenados; y, sin embargo, no han podido menos de ver que tal opinión era demasiado absoluta, porque han introducido el purgatorio, que, por sus efectos, equivale á la transmigración.

Aunque Manés no fué cristiano, admitía el Cristo; sin embargo, no creía que se hubiese revestido de carne humana, que hubiese nacido y que hubiese padecido. Además, según dice San Hilario, negaba que la substancia de Cristo fuese la misma que la del Padre. ¿Como podía haber pensado de otro modo, cuando rechazaba la idea de la Creación y no admitía nada más allá de los dos principios? Se inclinaba lógicamente al docetismo, que negaba la realidad material del Salvador. Por esto es que Theodoredó dice, con mucha razón, que los maniqueos llamaban á Cristo el Sol de este mundo, y que para ellos el Cristo no era el cuerpo del Sol, sino que estaba en el Sol como padre de la luz inaccesible; y esto es precisamente lo que también nos enseña San Agustín. En este punto los maniqueos eran puros Zoroastrianos, y podían admitir en un sentido místico el culto, entonces muy generalizado, de Mithra. Así mismo estaban de acuerdo con los cristianos, quienes, en el viril del Santo Sacramento, presentan el cuerpo del Salvador, en un disco radiante. Este aparato simbólico era, como he dicho ya, anterior á los unos y á los otros. Quinto Curcio cuenta que en las fiestas del rey de Persia, el objeto que figuraba en primer término era una imagen del Sol radiante colocada bajo vidrio.

Manés tenía en poca estima á los profetas de los Judíos; encontraba en ellos una multitud de errores. Dirigía contra los antiguos patriarcas diversas acusaciones, y hasta encontraba en el Decálogo el culto, no de un solo Dios, sino de varios y aún de muchos. En lo que sobre el particular refieren los padres hay alguna confusión; Manés que conocía las lenguas semíticas, había encontrado con seguridad, como nuestros propios sabios, el

... de la ...

nadie podía averiguar. En revancha San Agustín declara que era cosa muy difícil el convertir á la iglesia cristiana las personas iniciadas en la religión de Manés.

Los maniqueos fueron perseguidos con el rigor más extremado, tan pronto como el cristianismo tuvo poder para perseguirlos.

Los emperadores paganos dieron el ejemplo. En tiempo de Diocleciano y de Maximiano la secta había adquirido vigor, y penetraba en la provincia de Africa, donde muy pronto echó hondas raíces. Confundiéndolos con los cristianos, aquellos dos emperadores ordenaron que sus doctores y sus libros fuesen quemados, que fuesen castigados sus sectarios, que los más caracterizados de entre estos últimos, fuesen condenados á las minas, y que los bienes de todos ellos fuesen confiscados. Valentiniano, emperador cristiano, publicó un edicto, que puede verse en el Código teodosiano, prohibiendo las reuniones de los maniqueos, imponiendo multas á sus doctores, y confiscando las casas donde se reunían. Parece que la principal de estas casas era la de un tal Constancio, hombre muy rico, y cuya propiedad podía ser motivo de envidia. Graciano hizo cesar á su vez las reuniones de los maniqueos. Teodosio II les quitó el derecho de testar, les persiguió en Roma y en todo el resto del imperio, y ordenó que fuesen expulsados de cualquier parte donde se encontrasen. Por esta época, Prixiliano fundó una secta anexa á la de Manés; secta que profesaba con poca diferencia las mismas doctrinas, y se relacionaba hasta cierto punto con los cristianos, cuyas iglesias frecuentaba. El obispo Ignacio entregó á Prixiliano á los jueces seculares y á los eclesiásticos.

Imperando Valentiniano III, el papa San León empezó, en 443, á perseguir á los maniqueos ocultos en Roma, y quemó sus libros. Exhortó al pueblo á descubrirlos y delatarlos al tribunal eclesiástico. Pronunció contra ellos un discurso en el cual revelaba sus dogmas criminales, diciendo que «su ley era la mentira, su religión el diablo, y su culto una torpeza». Era esto el reverso de la verdad, puesto que, como budhistas, ellos luchaban con armas corteses contra la ignorancia y la mentira, contra Mara y contra la idolatría. En virtud de las delaciones de aquellos que fueron detenidos en la ciudad, se vino en conocimiento de los doctores, obispos y sacerdotes que existían en las provincias y en las ciudades. Entonces San León reunió en Roma un concilio en el cual fueron estos condenados según las leyes imperiales; concilio á que asistieron, á más de los obispos y sacerdotes, mu-

nadie podía averiguar. En revancha San Agustín declara que era cosa muy difícil el convertir á la iglesia cristiana las personas iniciadas en la religión de Manés.

Los maníqueos fueron perseguidos con el rigor más extremado, tan pronto como el cristianismo tuvo poder para perseguirlos.

Los emperadores paganos dieron el ejemplo. En tiempo de Diocleciano y de Maximiano la secta había adquirido vigor, y penetraba en la provincia de Africa, donde muy pronto echó hondas raíces. Confundiéndolos con los cristianos, aquellos dos emperadores ordenaron que sus doctores y sus libros fuesen quemados, que fuesen castigados sus sectarios, que los más caracterizados de entre estos últimos, fuesen condenados á las minas, y que los bienes de todos ellos fuesen confiscados. Valentiniano, emperador cristiano, publicó un edicto, que puede verse en el Código teodosiano, prohibiendo las reuniones de los maníqueos, imponiendo multas á sus doctores, y confiscando las casas donde se reunían. Parece que la principal de estas casas era la de un tal Constancio, hombre muy rico, y cuya propiedad podía ser motivo de envidia. Graciano hizo cesar á su vez las reuniones de los maníqueos. Teodosio II les quitó el derecho de testar, les persiguió en Roma y en todo el resto del imperio, y ordenó que fuesen expulsados de cualquier parte donde se encontrasen. Por esta época, Prixiliano fundó una secta anexa á la de Manés; secta que profesaba con poca diferencia las mismas doctrinas, y se relacionaba hasta cierto punto con los cristianos, cuyas iglesias frecuentaba. El obispo Ignacio entregó á Prixiliano á los jueces seculares y á los eclesiásticos.

Imperando Valentiniano III, el papa San León empezó, en 443, á perseguir á los maníqueos ocultos en Roma, y quemó sus libros. Exhortó al pueblo á descubrirlos y delatarlos al tribunal eclesiástico. Pronunció contra ellos un discurso en el cual revelaba sus dogmas criminales, diciendo que «su ley era la mentira, su religión el diablo, y su culto una torpeza». Era esto el reverso de la verdad, puesto que, como budhistas, ellos luchaban con armas corteses contra la ignorancia y la mentira, contra Mara y contra la idolatría. En virtud de las delaciones de aquellos que fueron detenidos en la ciudad, se vino en conocimiento de los doctores, obispos y sacerdotes que existían en las provincias y en las ciudades. Entonces San León reunió en Roma un concilio en el cual fueron estos condenados según las leyes imperiales; concilio á que asistieron, á más de los obispos y sacerdotes, mu-

chos senadores y personas notables y una parte del pueblo. El papa escribió á todos los obispos de Italia encargándoles que persiguiesen «á estos herejes» y los inquietasen por todos conceptos. Valentiniano III, instigado por el mismo pontífice, castigó como sacrílegos á los maniqueos y á sus fautores, y permitió á todo el mundo acusarles como criminales de estado. Otro emperador bárbaro, del Norte, llamado Oupraoda, que no sabía leer ni escribir, se permitió muchas veces tomar parte en las discusiones religiosas, y castigó de muerte, entre otros, á los maniqueos, muchos de los cuales fueron llevados al suplicio. Este Oupraoda es el que la historia llama Justino, padre del emperador legista Justiniano.

Por lo demás, la persecución se hizo general. En Persia, el rey Sassánide Cabad hizo una horrible matanza de maniqueos, pereciendo muchos miles con su obispo, no importando que fuesen originarios del reino. No era escrupuloso tocante á los procedimientos para destruirlos. Había en Armenia un tal Constantino que, viendo á los maniqueos perseguidos en todas partes, se puso de improviso á su cabeza, haciéndose pasar, según se dice, por Silvano, que en otros tiempos el apóstol San Pablo había enviado á Macedonia. Para desembarazarse de él, el emperador Constancio comisionó á un palatino llamado Simeón, que le hizo matar de una pedrada por uno de sus discípulos más estimados. Pero á su vez, este Simeón se hizo maniqueo, convirtió á mucha gente, y la secta no pareció destruída sino hasta el tiempo de Justiniano II, que entregó los adherentes á las llamas, sin embargo de lo cual estos llegaron otra vez á ser muy numerosos en tiempos de León el Isaurio; expulsados de las ciudades de Armenia, se retiraron á las montañas, donde el emperador mandó darles una batida.

En medio de persecuciones inauditas, la iglesia maniquea iba engrandeciéndose. Extendíase por el imperio de Oriente y por los estados del Occidente. Se había en algún modo fraccionado, tomando nombres diversos, especialmente los de *paulicianos* y *atínganos*, y tuvo una especie de tregua en tiempos de Nicéforo, emperador contemporáneo de Carlomagno, que la protegía visiblemente, hasta 812, en que su sucesor, Miguel Curopalato, emprendió de nuevo las persecuciones contra ellos, y los hizo acuchillar hasta dentro de Constantinopla. En 845, Miguel III, por insinuación de la emperatriz Teodora, apeló á un medio decisivo contra los paulicianos. Habían estos adquirido una preponderancia tal que no podía pensarse en reducirlos sino levantando un ejército. Así se hizo,

y se mandó contra ellos muchos generales, que «hicieron la cosa muy guapamente», y mataron á unos cien mil. A últimos de aquel siglo, Basilio el Macedonio acabó de exterminarlos, quedando de tal manera abatidos, que su masa, entonces inmensa, «se disipó como humo».

El imperio de Oriente había, pués, exterminado á los budhistas maniqueos, descendientes del esenio Elkesai allá por el tiempo de los apóstoles, pero se aparecieron en Occidente bajo otros nombres. No hablo de los paulicianos, que, establecidos en Alemania, fueron uno de los orígenes de la reforma protestante; su suerte fué mucho menos miserable. Hablo de los sectarios que en el siglo IX aparecieron por vez primera en Orleans. Sus doctrinas, traídas, según se dice, por una mujer llegada de Italia, eran calificadas de heregia maniquea. El piadoso rey Roberto se dirigió apresuradamente á la ciudad referida, convocó un buen número de obispos y de abates convictos de ser fautores de la heregia, y los mandó quemar vivos. Otros sectarios de las mismas doctrinas fueron encontrados en España, en Toledo, y condenados á la hoguera. Me refiero especialmente á los que eran designados en el mediodía de Francia por los nombres de *catharos*, *de patarinos*, *de publicanos*, *de buenos hombres* y que han sido comprendidos bajo la denominación común de *albigenses*.

Su historia es sobrado conocida, y ha sido contada demasiadas veces para que sea útil repetirla en este lugar. Representan la última rama de los maniqueos en Occidente. Numerosos intereses y las pasiones más diversas se pusieron en juego en la espantosa y larga guerra que se les hizo. La iglesia romana vió sobre todo la divergencia de las doctrinas y persiguió la extinción de una heregia. Los reyes y señores franceses fueron, indudablemente, inspirados por motivos políticos. La política superior de la corte pontificia, que dirigió los acontecimientos y armó el brazo seglar, defendía la integridad de la autoridad soberana del papa. En Roma se sabía muy bien que por la heregia, los espíritus se separan del poder central, se desprenden del mismo y lo debilitan proporcionalmente. Creyeron obrar cuerdamente, para destruir la heregia, destruyendo á los hereges; de la misma manera que por matar la enfermedad, los médicos de antaño mataban al enfermo. La iglesia Romana advirtió más tarde su error, por cuanto su conducta con los *albigenses* contribuyó no poco al éxito del protestantismo. Los hechos que acabo de resumir vienen consignados y extensamente relatados en los *Anales eclesidásticos* del cardenal Baronio. No los he mencionado con la idea de atacar á la iglesia

católica, que seguramente ha cambiado de espíritu desde el siglo XII acá, si no he tenido que seguir durante un millar de años el destino extraño y lamentable de una secta siempre «combatida», y que, sin embargo, tenía su origen en las mismas fuentes que el cristianismo. ¿Por qué este último la ha perseguido de ese modo, destruido por el hierro y el fuego, y lo que es aún peor, deshonrado por medio de las más espantosas acusaciones? La lucha ha comenzado desde su origen, cuando la autoridad romana estaba en su cuna y aspiraba ella misma á la existencia; ha ido generalizándose, y se ha propagado lo mismo en el Oriente que en el Occidente. En todas sus peripecias no se encontrarán en juego ni las mismas pasiones, ni idénticos intereses, más que en tiempos de Simón de Monforte y de los condes de Tolosa. Ha habido, pues, una causa más general, más profunda, que ha motivado que las potencias rechazasen en todas partes y en todo tiempo ciertos dogmas acogidos por el pueblo. Esta causa se puede dilucidar por el análisis.

Las religiones son grandes asociaciones humanas, más extendidas que los estados y que las naciones. Cada una de ellas está basada en un modo de concebir el principio de las cosas. Esta concepción tiene consecuencias necesarias que se manifiestan, no solamente en el culto, sino también en la conducta de la vida! Así es que cada una de las religiones tiene su moral y su política, y se interesa en todos los asuntos humanos; porque cada cual se modela sobre su Dios. Buddha había desechado la idea de un Dios personal y aun la de un Sér supremo, cualquiera que fuese. Había comprendido que si concedía la individualidad al principio de las cosas, sucedería una de dos: ó lo haría múltiple y caería nuevamente en el politeísmo brahamánico, ó haría de él un señor único, una especie de monarca absoluto, cuya iniciativa se substituiría á la de todos los demás séres. En este supuesto, la ciencia de una parte, y la virtud de otra, serían vanas, puesto que el capricho de Aquél ó su gracia producirían todo el mérito de cada uno de nosotros. El esfuerzo de la voluntad, sobre el cual se apoyaba toda la moral de Buddha, sería una quimera y dejaría de ser la vía que conduce al Nirvana, á la perfección y al reposo. Además, ese Dios supremo de tal modo constituido, se encontraría en lucha con todos los dioses de las otras religiones, originaría entre ellas un estado de guerra, y haría la caridad imposible. Por esto es que Buddha, y después de él sus sectarios, aceptaron todas las religiones, proclamaron la tolerancia universal, y no pidieron á los hombres otra cosa que el amor mútuo y sincero, la caridad. Los

misioneros cristianos que han permanecido en países budhistas reconocen unánimemente la tolerancia de esta religión hacia los ministros de los demás cultos. Allí donde ha prevalecido el budhismo puro, jamás se ha mostrado perseguidor.

Cuando Jesucristo murió en la cruz, sus discípulos no tardaron en constituirse en iglesia, afirmarse y discutir los problemas relativos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. La mayor parte de los primitivos cristianos eran Judíos, los demás eran casi todos Griegos, salidos del politeísmo; todos ellos vivían en un medio social en el cual la personalidad divina era la doctrina corriente. Cuando la religión cristiana definió sus dogmas, hizo hincapié sobre este punto, aun más de lo que habían hecho las escuelas filosóficas de Grecia. Tomó los libros hebraicos por sus libros santos, y proclamó á Dios, no sólo único, sino separado del mundo y Creador del Universo. San Agustín (Confes. 5, II) escribe lo siguiente: «Los libros del nuevo Testamento, nos decían los maniqueos, han sido falsificados por no sabemos qué gentes, que han querido introducir la ley de los Judíos en la fé de los cristianos, y ellos mismos no tienen más que unos ejemplos alterados.» Este fué, pues, el origen del conflicto. Nacida en gran parte de la predicación búddhica, y agrupando en su unidad algunos elementos tomados de las religiones árias, la fe de la iglesia se hizo judía por su cúspide, es decir, por la teología.

Desde entonces sus jefes no fueron más que simples religiosos, cultivando la ciencia y practicando la caridad. Fueron sacerdotes, en la antigua acepción de la palabra, levitas, intermediarios entre Dios y los hombres, entre el Rey supremo y sus súbditos. La asamblea de los fieles tuvo fuera de ella misma un clero que vino á ser por sí solo la iglesia, órgano complejo sin el cual los fieles no podían comunicar con su Creador.

Esta iglesia gerarquizada tuvo jefes escalonados los unos debajo de los otros, como los de un ejército, con un jefe supremo que daba la fórmula de la verdad, de la virtud y del combate. Desde entonces también la caridad budhista fué reemplazada por la obediencia á la iglesia. La iglesia, organizada de intento para la lucha por la existencia, hallábase en estado de guerra con todas las religiones, con las comunidades disidentes y las opiniones privadas. Hé aquí porqué en virtud de una doctrina de teología trascendental el cristianismo latino y griego trató tan duramente á los herejes. Sus golpes hirieron más á los maniqueos que á todos los demás, porque dichos

religiosos no eran, como los herejes ordinarios, miembros que hubiesen pertenecido ó perteneciesen todavía al cuerpo de la cristianidad. Procedían exclusivamente del buddhismo, rechazaban la Creación y no reconocían á los profetas hebreros. Existió, pues, entre ellos y los cristianos, una lucha de principios, y es precisamente la idea israelita la que armó contra ellos el brazo seglar de los segundos.

#### [IV

Al echar una mirada retrospectiva, se vé que la idea buddhista, pura en su origen, ha sufrido mezclas y alteraciones más y más profundas á medida que se ha ido alejando geográficamente de dicho origen, adiciones que han sido hijas de su misma tolerancia; los buddhistas creían escapar á la lucha, si rehusaban tomar parte en ella. Este estado de paz ha podido prolongarse durante algunos siglos en la India, y sin embargo, á la larga, el viejo politeísmo brahamánico se ha convertido en perseguidor y ha recobrado su preeminencia, tanto que en el siglo V de nuestra era no existía un solo buddhista en toda la India.

Las misiones occidentales tuvieron otro destino. Llegaban á ese reino de los Arsácides recientemente imbuído de las ideas humanitarias de Alejandro y de sus sucesores; encontraban allí una religión fundada, como la suya, sobre la teoría de los dos principios, y podían entenderse con sus representantes. Pero las antiguas tradiciones semíticas de Asiria, Babilonia, Fenicia y Judea no se habían borrado por completo. El buddhismo debió capitular, por decirlo así, y no rechazar abiertamente la idea de un Dios personal. Con esta condición, y muy ideal en apariencia, es como pudo dar nacimiento á la comunidad de los esenios. Esta última no era, pues, simplemente buddhista, y aunque lo fué prácticamente, abría la puerta á un elemento semítico. Cuando, á su vez, producía á modo de renuevo la fé cristiana, ésta se semitizó más todavía, pues amalgamó la doctrina de un Dios creador y Señor, con los elementos indispensables del buddhismo, ó sea la caridad, la renunciación al mundo y á sí mismo.

Poco después otra rama esenia surgió del tronco primitivo con el nombre de maniqueísmo, é intentó desprenderse de ese ingerto israelita que los cristianos habían arraigado. Tuvo éxito en las poblaciones, llamadas nuevamente á la libertad, pero fué mutilada y al fin destruída por la doble fuerza de las iglesias y de las autoridades láicas. En su última faz, en la guerra

de los albigenses, el historiador no encuentra más que un éco lejano, débil y alterado, de la India. La otra rama, la de los paulicianos ha suministrado algunos elementos á la reforma protestante; pero ¿quién sería capaz de reconocerla allí?

El análisis nos presenta dos puntos esenciales en nuestra sociedad contemporánea: la idea de un Dios personal en los creyentes y filósofos, y la desaparición casi completa de la caridad. El elemento judío ha recobrado la superioridad, y el elemento budhista del cristianismo se ha eclipsado.

Así, pues, no deja de ser un fenómeno de los más interesantes, si nó de los más inesperados en nuestros días, la tentativa, llevada á cabo en este momento, de suscitar y constituir en el mundo una nueva Sociedad, apoyada en las mismas bases que el buddhismo. A pesar de que se halla solamente en sus albores, su crecimiento es tan rápido que nuestros lectores tendrán frecuentes ocasiones de sentir su atención atraída hacia esta materia. Esta sociedad está todavía, en cierto modo, en estado de misión, y la propagación de sus ideas se verifica sin ruido y sin violencia alguna. El nombre general debajo del cual se agrupan sus miembros es el de *Sociedad Teosófica*.

Muy jóven aún, sin embargo tiene ya toda una historia. Fué fundada en 1875, en Nueva York, por un reducido grupo de personas, preocupadas con la rápida decadencia de las ideas morales en la edad presente; grupo que se intituló «Sociedad Teosófica ária de Nueva York». El epíteto de ária indicaba con bastante claridad que la Sociedad se apartaba del mundo semítico, y especialmente de los dogmas judíos; la parte judía del cristianismo debía ser reformada, sea por una simple amputación, sea, como con efecto ha sucedido, por vía de interpretación. Sin embargo, uno de los principios de la Sociedad era la neutralidad en materia de secta, y la libertad del esfuerzo personal hacia la ciencia y la virtud.

El primitivo grupo fué desarrollándose y formó un tronco al cual debían adherirse varias ramas, de igual modo que cada miembro debería adherirse á su rama particular. Actualmente el centro de la Sociedad está en la India, en Madrás, en el arrabal de Adyar. En este punto, la Sociedad ha hecho levantar un hermoso edificio, terminado en 1880, y en el cual hay una valiosa biblioteca especial para los estudios relativos á las religiones y á la teosofía, un vasto vestibulo donde celebra sus reuniones, y una dependencia para los retratos de los Maestros, bienhechores de la humanidad.

Al inaugurarse el edificio, recibieronse felicitaciones de todas partes del mundo, y hasta en sanscrito, en pali, en zend, de parte de los sacerdotes y pandits.

La biblioteca creció á favor de sucesivas donaciones. Muy pronto la Sociedad publicará en diversas lenguas algunos manuales populares sobre artes, ciencias, filosofía, religión, á la manera de las sociedades protestantes. A fines del año 1885 había presentado ya veinte y una publicaciones, llegando estas á veinte y ocho á últimos del año 1886. Citaremos entre otras el *Catecismo buddhista*, redactado por su actual presidente M. Olcott, y el antiguo drama metafísico sanscrito *La Luna naciente de la inteligencia*, con una traducción en alemán.

La Sociedad no tiene dinero, ni protectores; no cuenta más que con sus recursos eventuales. Nada tiene de mundano; tampoco tiene espíritu alguno de secta. No halaga ningún interés. Se ha propuesto un ideal moral muy elevado, y combate el vicio y el egoísmo. Tiende á la unificación de las religiones considerándolas idénticas en su origen filosófico, y reconociendo la supremacía de la verdad; y ha tomado por divisa la de los Maharajás de Benarés. «*Satyat nasti paro dharmah*, no hay religión más elevada que la verdad.»

Con estos principios y con los tiempos que corremos, la Sociedad no podía casi imponerse peores condiciones de existencia. Pero, á pesar de todo, ella ha ido progresando con una asombrosa rapidez. En 1876 no tenía más que una sola Rama ó centro secundario; tenía dos en 1879, y once el año siguiente. En 1881 empezó á adquirir mayor desarrollo y contaba veinte y siete Centros y un año después, cincuenta y uno ciento cuatro en 1884, ciento veintiuno en 1885 y ciento treinta y cuatro en 1886, contando actualmente hasta ciento cincuenta y ocho. (1). De los ciento treinta y cuatro Centros de 1886, que son como otras tantas sucursales, noventa y seis están en la India. Los restantes se hallan diseminados en toda la superficie del globo, en Ceilán, Birmania, Australia, Africa, Estados Unidos, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Grecia, Alemania, Francia. (2) Aunque de fecha reciente, la Rama francesa *Isis* cuenta ya con algunos personajes distinguidos, cuyos nombres es inútil consignar aquí. Entre los centros más activos debe mencionarse los de Bombay y de Barhampur (Bengala).

(1) En el momento presente cuenta con seiscientas Ramas activas. N. de la D.

(2) Y América del Sud, existiendo cuatro en la República Argentina, N. de la D.

Esta inesperada expansión de la Sociedad Teosófica por toda la tierra, ha hecho necesarias algunas reformas en su organización. De la misma suerte que la sociedad cristiana tomó una forma republicana en Grecia y una forma imperial entre los latinos, la Sociedad Teosófica ha tomado una forma parlamentaria y en algún modo representativa, á la manera de los gobiernos y de las compañías financieras. Cada Rama está regida por un Consejo electivo, los presidentes de los cuales constituyen un Consejo General que dá cuenta de las gestiones á la asamblea anual de los electores. Como consecuencia de esta unidad de organización, se ha creado un Centro General, un presupuesto, bienes muebles é inmuebles y una librería. En América del Norte, la Sociedad ha tomado un gran vuelo en estos últimos tiempos; sus Ramas se han ido multiplicando, y después se han federalizado, en cierto modo, alrededor de una de ellas, la rama de Cincinnati.

Tal es, en resúmen, la historia y la organización material de la Sociedad Teosófica. ¿De qué espíritu está animada? Para dar cuenta de eso á nuestros lectores, lo mejor que podemos hacer es reproducir los mismos términos de que ella se sirve. «Han opinado sus fundadores que para contrarrestar la invasión de un materialismo ya demasiado grosero y para consolidar el sentimiento religioso, que tiende á desaparecer, era necesario crear una sociedad absolutamente agena á todo espíritu de secta, reuniendo en un terreno de conciliación á los hombres instruídos de todas las razas, á fin de trabajar con celo é inteligencia en la investigación desinteresada de la verdad y su propagación entre nuestros semejantes. Su objeto es, pues, «formar el núcleo de una Fraternidad universal de la humanidad, sin distinción de raza, de *Credo*, de sexo ó de color; no se pregunta á ningún adherente cuales son sus opiniones religiosas. Se le pide que prometa á sus compañeros la tolerancia que él reclama para sí mismo. La Sociedad es completamente agena á la política y á todas las cuestiones que no están dentro de su esfera de acción; y prohíbe formalmente á sus miembros comprometer su estricta neutralidad en semejantes materias.

Siendo el segundo objeto que se propone la Asociación, el estudio de las literaturas, religiones y ciencias orientales y dedicándose una parte de sus miembros á la interpretación de los antiguos dogmas místicos y de las leyes inexplicadas de la naturaleza, podría verse en aquella una especie de academia hermética, bastante extraña á las cosas de la vida. Pero se vuelve al terreno de la realidad con solo atender á la naturaleza de las publica

Lo que caracteriza al buddhismo, es precisamente no tener nada de hermético, poco de simbólico, y presentar á los hombres, en su lenguaje usual, la verdad sin velo alguno. Esto es lo que pretendían los doctores maniqueos, y esto es lo que repite la Sociedad Teosófica. Cuando ella fomenta el estudio de los símbolos religiosos y de las teorías herméticas, no tiene otras miras que la de facilitar la aproximación de los hombres pertenecientes á cultos diversos, mostrándoles que ellos están de acuerdo; ó bien satisfacer una necesidad del espíritu. No pretende con esto sacar de allí un nuevo simbolismo, un hermetismo también nuevo, que nuestro tiempo no aceptaría en manera alguna. Se coloca así precisamente en las mismas condiciones en que se colocaron Sakyamuni con respecto á los símbolos brahmánicos, y más tarde los misioneros de Acoka tocante á las supersticiones de la China y al simbolismo iranio. Si á estos caracteres propios de la Sociedad Teosófica se añade sus publicaciones buddhistas ó inspiradas por el buddhismo, podemos deducir de esto, con toda seguridad, que ella tiene todos los caracteres de un buddhismo modernizado.

Muchos exclamarán: esto es una empresa quimérica; no tendrá otro porvenir que el que tuvo la *nueva Jerusalém* de la calle de Thouin, ni más razón de ser que el *Ejército de Salvación*. Es posible; sin embargo, haré observar que estos dos grupos de personas son sociedades bíblicas que conservan todo el aparato de las religiones. La Sociedad Teosófica es todo lo contrario; suprime las figuras, las desatiende ó relega á un plano secundario; establece en el primer plano la ciencia, tal como la comprendemos hoy día y la reforma moral, de que tan necesitado se halla nuestro viejo mundo. ¿Cuales son, pues, en la actualidad, los elementos sociales que pueden obrar en contra ó en favor de la misma? Voy á decirlo con toda sinceridad.

El principal obstáculo que la Sociedad encontrará es la indiferencia. La indiferencia es hija del cansancio. Estamos cansados, disgustados de la ineficacia de las religiones para mejorar la vida social; nos fastidia el interminable espectáculo de símbolos y ceremonias que el laico no entiende, y de los cuales el sacerdote no le dá nunca la menor explicación. En un período de ciencia como el que estamos atravesando, lo que necesitamos son, no figuras sagradas ni ceremonias simbólicas inteligibles solo para los iniciados del último grado, sino fórmulas científicas enunciando las leyes de la naturaleza, sea física, sea moral. Por este motivo es que el pueblo que antes asistía á aquellas ceremonias con el ánimo compungido y dominado por un

terror saludable, pasa ahora indiferente y busca en otra parte la regla de vida. La reforma teosófica tropezará contra este primer obstáculo. Su mismo título acrecentará la dificultad y abultará el escollo: porque la palabra *teosofía* carece de sentido para el vulgo; aún para los Griegos modernos, y hasta para los sabios tiene un sentido muy vago. Si se atiende á su valor etimológico, parece prejuzgar la cuestión del principio de las cosas y colocar á un Dios personal en su origen; y quien dice dios personal dice Creación y milagro, y por lo tanto se cae de nuevo en las antiguas religiones ó sus modernos derivados. Parece, pues, que debe ser francamente budhista ó dejar de serlo.

En uno y otro caso, la nueva Sociedad tendrá contra ella á los cristianos convencidos, á los que se creen tales, y á los que tienen algún interes en parecerlo. La lucha podrá llegar á ser encarnizada, y sucederá, salvo la diferencia de los tiempos y de las costumbres, lo que sucedió antes en la India entre los budhistas, y los brahmanes. La Sociedad deberá entonces adoptar un partido, formular sus dogmas, consolidar sus vínculos y buscar alianzas. ¿Las encontrará?

Las costumbres de nuestros tiempos no son rígidas; tienden cada vez más á suavizarse, pero también á relajarse. El resorte moral de la gente de hoy es muy débil. Tal vez no se ha obscurecido del todo la idea del bien y del mal, pero su voluntad de obrar bien carece de energía. Lo que los hombres se afanan en buscar principalmente es el placer y este estado soñoliento de la existencia que se llama bienestar. ¡Id, pues, á predicarles el sacrificio de su haber y aún el de sí mismo á unos hombres así metidos en esa vida de egoísmo! A buen seguro que á muy pocos convertireis. ¿Acaso no vemos aplicar á todas las funciones de la humana vida la doctrina de «la lucha por la existencia?» Esta fórmula ha venido á ser para nuestros contemporáneos una especie de revelación, á cuyos pontífices siguen y glorifican ciegamente. En vano será que se les diga que deben compartir con el hambriento su último pedazo de pan; se echarán á reír y os contestarán por la fórmula de la lucha por la existencia. Irán aun más lejos, os dirán que proponiendo una teoría contraria, vosotros mismos luchais por vuestra propia existencia y que en esto ya no sois desinteresados. ¿Cómo salir entonces de ese sofisma en el cual hoy día todos se inspiran? La caridad universal pasará como una cosa rancia y anticuada, los opulentos continuarán guardando sus riquezas y seguirán en su afán de enriquecerse; los pobres

irán empobreciéndose más y más, hasta el día en que, hostigados por el hambre, pedirán el pan, no á la teosofía, sino á la revolución. La teosofía se verá arrollada por el huracán.

El mejor adversario de la Sociedad es seguramente esta doctrina, que tan rápida popularidad ha alcanzado por ser la fórmula más perfecta del egoísmo. Parece fundarse en las observaciones de la ciencia, y de la expresión compendiada de las tendencias morales de nuestros días. La supremacía concedida á la fuerza sobre el derecho, es una variante de la misma. Los que la admiten é invocan la justicia están en contradicción con ellos mismos; los que la practican y ponen á Dios de su parte son unos blasfemos. Pero los que van más allá y predicán la caridad son tenidos por pobres de espíritu, que incurren en la mayor de las tonterías, llevados de su buen corazón. Si la Sociedad Teosófica logra refutar la pretendida ley de la lucha por la existencia y consigue extirparla, habrá hecho en nuestros días un milagro superior á los de Sakyamuni y de Jesús.

La Sociedad tendrá aliados, si sabe tomar posición en el mundo civilizado actual. Como sea que tenga contra ella todos los cultos positivos, salvo tal vez algunos sacerdotes disidentes ó resueltos, no le queda otro recurso que ponerse de acuerdo con los sabios. Si su dogma de la caridad es un complemento que ella aporta á la ciencia, es preciso que lo apoye en datos científicos, so pena de quedar circunscrita á las regiones del sentimiento. La fórmula tantas veces repetida del combate por la vida es verdadera, pero no universal; es verdadera para las plantas; lo es cada vez menos para los animales, conforme se van elevando en la escala, porque entonces se ve aparecer y brillar la ley del sacrificio; en el hombre, estas dos leyes se compensan, la ley del sacrificio, que es la de la caridad, tiende á sobreponerse, gracias al dominio de la razón. Es la razón la que en nuestras sociedades, dá origen al derecho, á la justicia y á la caridad; es por la razón que nosotros escapamos á la fatalidad de la lucha por la existencia, á la servidumbre moral, al egoísmo y á la barbarie; en una palabra, á lo que Sakyamuni llamaba poéticamente el ejército de Mara.

Si la Sociedad Teosófica entra en este orden de ideas y sabe hacer de él su punto de apoyo, entonces saldrá de sus nebulosidades y encontrará su lugar en el mundo moderno; no dejará por eso de permanecer fiel á su origen indio y á sus principios. Podrá adquirir alianzas, porque si la gente está cansada ya de cultos simbólicos, que ni sus mismos doctores entienden, las personas

de corazón (que son muchas), están cansadas también y alarmadas por el egoísmo y la corrupción, que tienden á absorber nuestra civilización y á reemplazarla por una barbarie ilustrada. El buddhismo puro tiene todo el alcance que se puede exigir de una doctrina á la vez religiosa y científica. Su tolerancia es causa de que no pueda infundir recelos á nadie. En el fondo no es más que la proclamación de la superioridad de la razón y de su imperio sobre los instintos animales, de los cuales es el regulador y el freno. Finalmente se ha resumido á sí mismo en dos palabras que enuncian exelentemente la ley humana: Ciencia y Virtud.

E. BURNOUF.

---

## LOS SIGNOS ZODIACO

---

El Zodíaco es una zona de la bóveda celeste que se extiende poco más ó menos 8 grados de cada lado de la trayectoria aparente del sol. Se le llama Zodíaco (círculo animal), porque sobre los mapas celestes se han dibujado las constelaciones que en él se encuentran con fantásticas figuras de animales. En el interior de esa cintura se mueven el sol, la luna y los grandes planetas. La eclíptica pasa por el centro del Zodíaco, y el ecuador forma un mismo ángulo con ambos.

Se ha dividido el Zodíaco, como la eclíptica, en 360 grados y en doce partes que comprenden 30 grados cada una. Cada una de esas partes forma un signo del zodíaco y lleva el nombre de la constelación que está en ella situada. Los signos empiezan en el equinóxio de primavera, el día en que hay doce horas de noche y doce horas de día, en el momento en que el sol atraviesa el ecuador en el hemisferio norte. Como los puntos del equinóxio retroceden gradualmente, el sol no entra en la *constelación* del Carnero sino un mes después del día en que se dice que entra en el mismo *signo* Zodiacal; de donde resulta que los signos de la eclíptica adelantan de un grado sobre los del Zodíaco.

El Zodíaco, ó círculo animal, es pues la cintura celeste en la cual el sol nos parece moverse durante el curso de un año y que es recorrido también por la tierra y los demás planetas. La opinión de que sus signos llevan nom-

bres de animales porque la reunión de estrellas que los designan tienen semejanza con formas animales, es una de las más candidas teorías imaginadas por la superstición científica de nuestro siglo.

Para el fabricante de almanaques, el Zodíaco no es otra cosa que la esfera de estrellas sobre la cual el sol avanza de mes en mes, mientras que para la mirada penetrante del discípulo de las Ciencias Ocultas, los doce signos del Zodíaco tienen otra muy diversa y muy mística significación; él lee en ellos la historia de la evolución del Universo y del hombre.

¿Que se entiende por Ciencias Ocultas?

Aquel que nunca haya habitado más que los valles, podrá, tal vez, con la ayuda de descripciones y de imágenes, hacerse una idea del espectáculo de que se goza desde la cumbre de una montaña; pero esa idea no le suministrará jamás sino una construcción de su imaginación. No puede saber realmente lo que se ve desde la cima de la montaña, sino trasladándose a ella, y para conocerlo bien no tiene entonces necesidad de descripción ni de explicación alguna; lo que allí se ve permanece oculto o escondido, á despecho de todas las descripciones, para el que jamás se ha molestado yendo personalmente al sitio indicado. De igual manera, podemos imaginarnos toda clase de teorías sobre cualquier sujeta, pero no se obtiene realmente el conocimiento sino de lo que se aprende por la experiencia personal.

Para quien no vive sino en el mundo que le es revelado por los sentidos, todo cuanto es superior y espiritual permanece en secreto; la percepción trascendente es para él un misterio durante todo el tiempo en que no haya podido obtenerla, mientras que el ideal se hace una realidad, y hasta la única realidad, para quien llega á percibirlo. La Ciencia Oculta es el conocimiento de los hechos que no se pueden percibir sino elevando el alma á las regiones superiores de la existencia.

En su más alta significación, los doce signos del Zodíaco representan los doce períodos de la evolución y de la involución del Universo. Seis de aquellos designan el descenso en la materia, y los otros seis la ascensión de la materia purificada hacia el Espíritu.

El Carnero  $\gamma$ , el Toro  $\tau$ , los Gemelos  $\text{♊}$ , el Cáncer  $\text{♋}$ , el León  $\text{♌}$  y la Virgen  $\text{♍}$ , son los signos que indican la ascensión.

La Balanza  $\text{♎}$ , el Escorpión  $\text{♏}$ , el Sagitario  $\text{♐}$ , el Capricornio  $\text{♑}$ , el Acuario  $\text{♒}$ , los Peces  $\text{♓}$ , son los del descenso en la materia.

«En esta división de los signos,—se dice en *Istis sin Velo*,—se encuentra

la explicación del cambio sufrido por el mundo, pasando de su forma espiritual ó subjetiva á su forma de dualidad ó de estado terrestre (1). Los seis primeros son ascendentes y forman la línea del Macrocosmo, del gran mundo espiritual; los seis últimos son descendentes y forman la línea del Microcosmo, del pequeño mundo subordinado, que no es más que una imágen del grande, su reflejo. La rueda de Exequiel comprendía los primeros, Carnero, Toro, Gemelos, Cáncer, Leon, y terminaba con la Virgen-Escorpión. En seguida venía el punto de vuelta, la Balanza, á partir del cual se doblaba el signo Virgen-Escorpión que comenzando la línea descendente terminaba en los peces. En otros términos, el signo Virgen-Escorpión vino á ser la Virgen y su doble, el Escorpión, fué colocado después de la Balanza, el séptimo signo. La Virgen-Escorpión vino á ser pues el Escorpión ó Caín (hermano de Abel), que condujo á la humanidad á su perdición; pero elevándose al conocimiento de la Verdad, demuestra la marcha del mundo evolucionando de lo Subjetivo á lo Objetivo.

«Se piensa que la Balanza es una invención posterior de los Griegos; pero lo que no es generalmente conocido es que los Iniciados designaban con ese signo un simple cambio de nombre. Querían indicar con él que cuando en el curso de la Evolución los mundos han alcanzado el grado inferior de la materialidad y han llegado al punto de vuelta, las dos fuerzas opuestas se encuentran en equilibrio. En el punto más bajo del descenso, la chispa divina no dá la impulsión que hace remontar hacia el Espíritu.

Goethe decía:

Si quieres comprender el Todo, necesitas ver todo en el átomo.

E igualmente Ruckert, refiriéndose al sabio indio, exclamaba:

Tiene la facultad de ver las cosas separadas. Pero la de comprender también cada cosa separada como siendo el Todo.

No es posible comprender la significación de los doce signos del Zodíaco sino considerándolos en su conjunto. *El átomo es la Unidad, el átomo es el Espacio.* El hombre considerado como un todo, es el Universo; subjetivamente está en todas partes, objetivamente está en un sitio determinado. En el hombre universal están contenidos el mundo entero, el sol, la luna, las estrellas, el cielo y la tierra; lo que pasa en cada individualidad ocurre también en el todo. El órden eterno del Universo se desenvuelve en las

(1) El mundo y el hombre, tales como los conocemos hoy, no son ni completamente subjetivos, ni completamente objetivos, sino ambas cosas á la vez.

cosas particulares, como dicen los Vedas, la Biblia y los libros de todas las grandes religiones; hecho que está expresado en alegorias y en símbolos, porque el Todo es demasiado grande para ser cojido por la inteligencia humana y poder ser expresado en las palabras que ella emplea. (1)

De igual modo que el hombre individual vá de la noche á las luz, que adquiere el conocimiento (demasiado tarde, de ordinario, para servirse de él en la misma vida), por medio de la experiencia y de las desilusiones, el Universo está también sometido á la «caída», sin la cual el conocimiento no podría aparecer en él. Si se permaneciera siempre en la luz, no podría conocer su diferencia con las tinieblas y no sería capaz de estimarla en su valor. El Universo subjetivo, lo mismo que el hombre subjetivo (espiritual), se proyecta objetivamente en manifestación. A causa de ello, el hombre es colocado en situación de aprender á conocerse objetivamente, pues allí donde el Conocedor y el Conocido no hacen más que uno, no hay Conocimiento. El hombre identificándose con su manifestación, está expuesto al peligro de perderse en su objetividad, lo que sucedería sin la energía de la chispa divina (el Escorpión ó el Conocimiento), que lo coloca encima de la Ilusión para adquirir el conocimiento de la Verdad. Esta chispa divina reposa en la Balanza, es decir, en el sitio donde se encuentran el reposo completo, el equilibrio, la armonía, la rectitud, la ponderación, el dominio sobre sí, la distinción entre lo eterno y lo temporal.

La Creación no ha tenido lugar en seis de nuestros días; comprende los seis períodos inmensos del descenso del Espíritu en la Materia y los seis semejantes de la ascensión de la Materia á la Iluminación, al verdadero Saber. Durante el periodo de descenso, el hombre se hace cada vez más material y objetivo, y durante el periodo contrario se espiritualiza de más en más hasta el punto de adquirir conciencia de su existencia subjetiva y objetiva; y no es el hombre solamente, sinó el Universo, quien recorre la espiral de la Evolución. Al principio de un nuevo período del mundo, las almas astrales de los animales vuelven á la existencia objetiva para entrar en la existencia humana.

No es fácil fijar la edad del Zodíaco; Volney indica la de 16.984 años. Según Solón, los Egipcios afirmaban que sus astrónomos habían observado

(1) Los doce signos de Zodíaco están descritos en el Antiguo Testamento como las doce tribus de Israel lo que prueba que los libros de Moisés fueron escritos después que los Griegos hubieron introducido el signo de la Balanza. *Leer sin Velo II.* pag. 459.



esta luz es llamada *Daiviprakriti* (la substancia de los Dioses), *Mahachaitanya* (la gran conciencia del Cosmos); es una energía consciente, que es la fuente de la vida sobre todos los planetas.

VII. *La Balanza* es el punto de retorno entre los signos del norte y los del sur. Es un signo misterioso cuya significación es difícil de dar. La Doctrina Secreta dice al respecto: «Cuando la Mujer fué formada de la Costilla del segundo Adam, la Virgen pura se separó de él y cayó en la generación ó en la línea descendente. Por ese hecho, la Virgen (*Buddhi-Manas*) vino á ser el Escorpión (*Kama-Manas*), el signo del pecado y de la materialidad. La línea ascendente simboliza las razas puramente espirituales; los Prajapatis y los Sefiroth son conducidos por la divinidad creadora, que es Adam Kadmon ó Jod-Eva, Jehova. La línea descendente es la de las razas terrestres dirigidas por Enoch ó la Balanza, el séptimo signo, del que se ha dicho, á causa de su naturaleza mitad divina, mitad terrestre, que fué llevado vivo al cielo».

La Balanza designa también el punto en que *Manas* (la mente) alcanza el conocimiento de la Sabiduría por la distinción de lo verdadero y de lo falso.

«Enoch, (Hermés ó la Balanza) es aquél que cambia de forma permaneciendo al mismo tiempo el mismo. Es aquél que no tiene nombre y que tiene muchos nombres, y cuyo nombre y esencia son por consecuencia desconocidos. Es la gran víctima. Está sentado sobre el umbral de la Luz, desde donde contempla la esfera de Tinieblas de la que no quiere salir».

He aquí lo que nos dice la *Bhagavah Gita*, XIV, 23-26:

«Aquél que contempla las cosas como si no le concernieran, que no se deja perturbar en la tranquilidad por las tres fuerzas de la Naturaleza, que se mantiene como un espectador tranquilo é indiferente, que no se siente conmovido ni indeciso, y se dice: «esas fuerzas obedecen á sus leyes»; aquél para quien el placer y el dolor son de igual importancia, y que no tiene afección por cosa alguna, que se mantiene dueño de sí, sin preocuparse del elogio ni del insulto, es el que se llama el vencedor de su naturaleza; se ha libertado de las tres cualidades (*gunas*) y posee su parte del ser de Brahma».

Se ve que el hombre no ha llegado á la conciencia individual sino sobre la línea de descenso. En el Carnero, era solamente una idea contenida en

la Divinidad; en el Toro, entró á la existencia, como ser universal; en los Gemelos, adquirió la voluntad y la concepción; en el Cáncer, se aproximó á la materialidad, á fin de probar el fruto del árbol del Conocimiento del bien y del mal; en el León, adquirió su cuerpo material y una fuerza personal; el fin fué alcanzado; en la Balanza, la conciencia de su individualidad espiritual podía despertarse ya.

Como un sér celeste, pero sin conciencia, salió del estado espiritual, se hizo terrestre y ahora remonta hacia Dios como sér consciente de su individualidad, para entrar en el estado de diós en la Divinidad y venir á ser poseedor consciente de lo que lo fué antes sin saberlo.

¿Como se ha hecho esta vuelta á la Divinidad? ¿Por qué es ella condicional? Es lo que nos enseña la segunda sección del Zodíaco.

VIII. *El Escorpión* es el símbolo de la materialidad, *Kama*, la pasión, el deseo, que dirijido hacia abajo se llama concupiscencia, y, dirijido hacia arriba, amor.

IX. *El Sagitario*, cuyo ojo está dirijido hacia un solo fin, la realización del ideal transcendente, es el símbolo de la voluntad divina despertada en el hombre. Quien comprenda el sentido de ese signo, no puede sino desear que la humanidad entre bien pronto en su dominio, á fin de que la haga vivir mejor sobre la tierra.

X. *El Capricornio* simboliza, entre otras cosas, la perseverancia que no detiene ningún obstáculo para llegar á su objeto. En otro sentido, es el signo de la elevación; es el animal que mora sobre las cumbres de las más altas montañas y que no se ocupa para nada de lo que pasa en los valles inferiores; ó en otros términos, es el alma en Devakán.

XI. *El Acuario* significa, según Subba Rao, las catorce *lokas* ó esferas espirituales, moradas de los hombres convertidos en dioses. «Hay muchas habitaciones en la casa de mi Padre».

XII. *Los peces*. «Los cielos, aún los Cielos de los Cielos, no pueden contener á Diós» (I *Reyes*, VIII, 27). El más alto estado de existencia sometido aún á la limitación no puede bastar al alma que aspira á la perfección y á la que solo el infinito puede llenar. La felicidad suprema no es alcanzada sino cuando la ilusión de la personalidad ha sido sacrificada sobre el Gólgotha, cuando el sér aparente se funde en el Sér universal, como una chispa se funde en la llama, cuando el alma entra en Nirvana; entonces el hombre se encuentra en su elemento natal, como un pez en el agua.

Repetimos aquí que lo que precede tiene por objeto, más que la construcción de una teoría, el mostrar en los símbolos del Zodíaco otra cosa que un memorandum de los movimientos de los astros considerados como masas de materia. El universo tiene también su lado espiritual. Que los planetas sean ó nó poblados por séres semejantes al hombre, es, en el fondo, una fútil cuestión; todos los séres, cualquiera que sea su forma, son manifestaciones de la Vida universal que vibra en todas partes. Los planetas mismos, en el sentido místico, no son los cuerpos aparentes que vemos por medio de los telescopios, sinó los siete principios ó estados del Universo, de los que los siete planetas no son sino los símbolos que la ciencia exotérica explica así:

1. *Atma*, el Espíritu universal, simbolizado por el Sol, el principio dominador cuando se encuentra en Aries ó el Carnero.

2. *Buddhi*, la Luna, el alma, la fuerza que reina en el Toro.

3. *Manas*, Mercurio, la inteligencia que habita en los Gemelos, porque ella tiene dos géneros, es decir, que se encuentra atraída en dos direcciones contrarias.

4. *Kama*, Marte, el deseo de la existencia material y de los placeres terrestres simbolizados por el Cáncer.

5. *Prana*, Júpiter, la vida, el poder, simbolizados por el León.

6. *Linga*, Vénus, la atracción, la luz astral, el cuerpo astral en la Virgen.

7. *El cuerpo*, (*rupa*) Saturno, la realización y el reposo, la detención del movimiento, la vida también, y, en otro sentido, la muerte, la Balanza.

Durante la ascensión, los siete planetas obran sobre el hombre, el Microcosmo, á través del Zodíaco. Para ir del Escorpión al Sagitario, es necesario que la inteligencia y el amor, (Mercurio y Venus) gobiernen á la voluntad (Marte) infundiéndose en ella. Lo que es verdad para el hombre individual es verdad también para la humanidad; cada individuo tiene su Zodíaco particular, su própia zona de evolución, en la cual se mueven su vida, sus sentimientos, sus pensamientos, su voluntad y sus actos; cada uno de nosotros desciende á la materia para remontar hácia el ideal, y toda la humanidad hace otro tanto, durante un ciclo cuyos períodos son inmensos.

Según las enseñanzas de la India, los períodos de ese ciclo son en número de cuatro:

1. El *Krita-yuga*, ó la edad de oro, que dura 1.728.000 años, en la cual la Sabiduría gobierna al mundo.

3. El Treta-yuga, la Edad de plata, de 1.296.000 años.
2. Duaparayuga, 864.000 años.
4. El Kali-yuga, la Edad negra, que dura 432.000 años y en la cual nos encontramos actualmente.

El pasaje de un período á otro no tiene lugar bruscamente; cada uno de ellos tiene su aurora y su crepúsculo (*Sandhya*).

Los Yugas están entre ellos en la relación 8:6:4:2, es decir, que el Krita-yuga contiene 80 precesiones de equinoccios de 25.920 años, el Treta-yuga 60, el Duaparayuga 40 y el Kali-yuga 20 (1).

Así el mundo obedece en su desenvolvimiento á leyes; hay un orden que dirige su evolución, y, cuando se encuentre en un signo superior del Zodíaco, un espíritu nuevo le será infundido, nuevas fuerzas actuarán en él. No debe concluirse de esto que el hombre para cumplir su destino, no tiene más que cruzarse de brazos y esperar que la ola de la evolución lo arrastre con el mundo á un estado superior de existencia. Lo que distingue al hombre de las otras criaturas, es su libre voluntad, en virtud de la cual puede reinar sobre sus propios planetas y moverse en su propio Zodíaco. La Eternidad está por todas partes y el Séptimo día, el del reposo, está siempre presente para aquellos que se encuentran prontos para celebrarlo. Para que el hombre pueda ponerse en estado de hacer uso de sus energías divinas, no tiene ninguna necesidad del conocimiento de las ciencias contemporáneas, ni de las teorías elucubradas por nuestros académicos, lo que le es indispensable, si, es el sentimiento religioso y el Divino Conocimiento al cual aquél conduce.

Estamos en el presente en el Kali-yuga, es decir, en el período de la sensualidad, en el que no se piensa más que en los gozes del cuerpo y en la comprensión del mundo físico. Más de uno sentirá, tal vez, vivir en un tiempo en el que tantos obstáculos se oponen en el camino del progreso, pero esos obstáculos permiten al que posee la fuerza de vencerlos, el elevarse en la Espiritualidad más arriba de lo que lo hubiese podido hacer durante los períodos en los que no hay que librar combate alguno para seguir la vía del desenvolvimiento.

El combate de que aquí se trata no es la lucha por la existencia sobre la tierra, sino la lucha por la Existencia Divina, el combate en el cual se debe

(1) S. G. P. Cozyng. *The Zodiac*. Londres 1891.

vencer á la materia; y, para darlo, los conocimientos científicos de nuestra época no son de ninguna ayuda; es preciso la Iluminación, la facultad de distinguir las vanas apariencias de la Realidad.

Es esto lo que dice Ruckert en la *Sabiduría de los Brahmas*:

«Filosofía es una palabra que no tiene ni sentido ni poder;

El más elevado reflejo de la Sabiduría es la ciencia de lo Divino.

La filosofía debe, para adquirir sentido,

Contemplar la sabiduría de Dios en la imagen que le ofrece el mundo.»

FRANZ HARTMANN.

---

## MAHOMA

---

Si únicamente escribiese para mis amigos de la Sociedad Teosófica, podría dispensarme muy bien de combatir aquí las acusaciones de impostura, lanzadas y sostenidas, todavía en nuestro tiempo, contra el Profeta del Islam; no siendo menos cierta para nosotros su misión providencial que la del Cristo ó la del Buddha. Desgraciadamente, nuestra convicción está lejos de ser compartida por gran número de correligionarios cristianos, quienes, no conociendo el Korán se lo imaginan como un tejido de fábulas y de imágenes llenas de voluptuosas promesas.

En un libro notable, *El Islam: impresiones y estudios*, el conde de Castries atribuye á nuestra literatura de la Edad Media el descrédito en el cual el Occidente tuvo, hasta principios del siglo XIX, á los musulmanes y á su religión. Citando allí numerosos textos, nos muestra la faz odiosa ó ridícula bajo la cual nos lo presentan los autores de las canciones de gesta, crónicas, etc. Por mi parte, creo que el escritor de *El Islam* olvida con frecuencia el carácter particularmente satírico de los poemas de nuestros trovadores y cancioneros. El legendario Rey Arturo, el poderoso Carlomagno y gran número de otros gloriosos señores, fueron el blanco, no menos que los sectarios del *Koran*, de los sarcasmos de la Gesta; y si en *Huan de Barbeas*, por ejemplo, los sonidos del cuerno de Oberón hacen

danzar grotescamente á la corte del Soldán de la ciudad de Tourmont, recordemos que, cerca del Bosque encantado, había ya arrastrado, precedentemente, en una ronda análoga, á la procesión de los franciscanos y hermanas clarisas, mientras que el rey de los Hechiceros decía al duque Huon, único exepto del vértigo general: «Si esos frailes, esas monjas, y tú mismo amigo Gerasmo, tuviesen una conciencia tan pura como la tuya, mi cuerno no los haría bailar; ¿pero, cuál es el fraile ó la monja que pueda dejar de escuchar la voz del tentador?, y Gerasmo, en el desierto, ha dudado, á menudo, del poder de la providencia».

Por otra parte, el narrador de las hazañas de los *Amadis*, contando los trabajos del joven Esplandián, acuerda, en muchas ocasiones, á los príncipes Sarracenos, un rol de los más nobles. No es, pues, de ese lado que debe buscarse la fuente de los malos sentimientos mantenidos, entre nosotros, contra los musulmanes.

El carácter, el desenvolvimiento tan rápido como extraordinario de la obra de Mohammed (1), habrían debido bastar, en mi opinión, como prueba de su misión divina. El, nada representaba entre los de su raza, en los primeros tiempos de su apostolado, contra el que vió levantarse escépticos hasta en su propia familia. Para comprender lo que fué esa predicación, por la palabra primero y por la espada después, es necesario hacer primero un rápido esbozo del estado de la Arabia antes de la llegada del Profeta. Sobre aquella vasta península de arena donde el desierto parece disputar al hombre todo derecho á la vida, vestigios de habitaciones antiguas, de necrópolis, de inscripciones numerosas, atestiguaban existencia de una civilización que la tradición hace contemporánea de Salomón: la narración de la visita de la reina de Saba á este príncipe, confirma, por otro lado, esa tradición conforme á la promesa de Dios, cuando bendijo á la descendencia de Agar al igual de la de Sara, los hijos de Ismael, sobre la árida tierra donde la Ley los arrojó, formaron el tronco de un gran pueblo. Al terminar ese período que denominamos la Antigüedad, los reinos de Himyar y de Saba desaparecieron; pero, entre las tribus errantes ó sedentarias, restos de los esplendores pasados, una incomparable vitalidad, un ardimiento indomable subsistían. Las caravanas iban hasta Siria á llevar los perfumes del Yemen; y la necesidad de defenderse contra frecuentes

(1) Escribo Mohammed y no Mahoma porque esta palabra es una alteración cristiana del nombre del Profeta.

alguna forma de aquellos indios primitivos guiteros. Más adelante, todo por cada día, se halla á cada paso: una alta esfera, una granada coronada de flores después de una más sencilla, á una alta columna, el capitel de jónica, siempre constantemente á las tribus en aquel país contra sí. Sin embargo, también había, en cambio, también por un lado de grandezas y con nombres entre los cuales que eran sobre los y ciertos, se mantenían evidentemente avanzadas por la cultura y la poesía. Si todo lo acerca de poesía para combato, todo igualmente muestra la trama de alta poesía: la misma era, con la guerra, el objeto más frecuente de rimas acrobáticas, de canciones patrias.

En que, para el Arabe de entonces, era una alta de asuntos y de ideas, y toda la literatura está basada después, establece la prueba frecuente de esta poesía. Se celebraban también asambleas poéticas, fiestas de poesía, en las que se honraba al vencedor suspendida en las muras de la kashah, en una tienda con letras de oro sobre largas bandas de seda. Eran numerosas con partes gloriosas, con inspiradas de la naturaleza que con sus voces llevaban el espíritu á las salvajes tierras de las tribus vagabundas de la Arabia, que á la noche tocaban sus timas suaves, cantando á la plaza luz de la luna, entre los círculos de sus guiteros: celebrando sus himnos el éxito de la batalla ó del pillaje, cantando sus canciones á las jóvenes y á las mujeres reunidas á su alrededor, á menudo también sus canciones á sus quejas en las sendas del desierto, á sus canciones de jónica. Si, en esa postrada inhospitable y en todo tiempo habitada, entre las planicies de Saba, en las castillas de Hamaida ó Sana, bajo el perfume exhalado por las hojas de las palmeras de Medina, en el desierto de aquellas áreas de arena, lejos de las playas abruptas del Jordán, de Chabon y de mar Périca, en todos esos espacios en que el Arabe con su camello, libre respiraba entre la inmensidad de las arenas y de la inmensidad del cielo, allá, las poesías nacían por todas partes, lo mismo bajo la tienda del rey de la tribu ó de la del noble guitero, que entre la tapaca del templo paño, del castro, del degustado, del bandido, y así sobre la senda solitaria como sobre el lecho de arena del impudico abandonado por los otros. (1) A desigual fuesen sobre esta alta cultura literaria de los Arabes

(1) Véase, sobre esto, véase el capítulo 14. p. 141.

para dejar bien demostrado delante de qué jueces Mohammed, notoriamente incapaz de rimar un verso, fué á llevar la magnífica poesía de *El Korán*.

En el tiempo en que nació el Profeta, hacia el año 569 de nuestra era, el norte de la Arabia Petrea, lo mismo que la Siria, la Palestina y el Egipto, estaba en poder de los emperadores de Constantinopla; las costas del golfo Pérsico y las comarcas bañadas por el Tigris y el Eúfrates sufrían el yugo de los Sasánides; los reyes de Etiopía reinaban sobre una parte de las tierras colocadas á lo largo del mar Rojo, quedando el sud de la Meca como la casi única región independiente. Por su situación y su comercio, esta ciudad era la primera de la Arabia, y lo era, sobre todo, por la ventaja de servir de recinto á la *Kaabah*, ó *Casa Cuadrada*, construida en ese sitio, dice la leyenda, por Seth, hijo de Adam, y, después, al aproximarse el Diluvio, alzada por los ángeles y colocada en el cielo perpendicularmente al sitio donde la reedificaron más tarde Abraham y su hijo Ismaél (1).

Mientras ciertas poblaciones de la Arabia habían abrazado unas el parsismo y otras el judaísmo ó el cristianismo, el resto de los habitantes de la península se había dejado arrastrar hasta la más grosera idolatría, entregándose á las prácticas de una tenebrosa májia de la que la Meca era, naturalmente, la metrópoli. La Kaabah, en otro tiempo santuario de la religión teista de los poetas que proclamaron en nobles versos la bondad, la justicia, el poder y la presencia universal de Alláh, ofrecía, entónces, el más mediocre espectáculo. Encima del monumento á la luna y á la piedra negra, símbolo de Saturno, se colocaba toda clase de figuras; siendo libre cada tribu, cada aldea, cada familia, de la elección de su culto, se había divinizado todo, de manera que se encontraba en la Casa cuadrada todos los espécimens posibles de los objetos de adoración, desde el fetichismo informe hasta la astrolatría. A estos interceptores se les pedía riquezas, poderes sobre los elementos y sobre los seres, la revelación de cosas futuras; y las ofrendas abundaban, mientras los sacrificadores no titubeaban en imolar hasta víctimas humanas. El endurecimiento de los corazones llegó á tal punto que se hizo casi general la costumbre de matar, desde su nacimiento, á los niños del sexo femenino, ya porque se les considerase entre los pobres como una carga demasiado pesada, ó ya que se pretendiese así, entre otros motivos, sustraerlos á los inconvenientes de una vida sin gloria. Entre esas razas violentas se codea-

(1) El simbolismo de esta leyenda no escapará á los estudiantes de Teosofía y, por ello me limito solo á señalarlo.



al PROFETA. Con una rápida mirada, Mohammed abarcó toda la extensión de la obra á realizar. No fué solo sobre los individuos de su tribu, los Koreichitas, sobre el Yemen y el Hedjaz, que debía ejercer su apostolado: el gran principio de unidad, hacia el cual se encamina lentamente la especie humana, se le apareció en toda su soberbia majestad. Una sola lengua, una sola creencia para todos los hombres, quienes desde entonces no debían formar sinó una sola nación, he ahí lo que entrevió el espíritu claro y justo del nuevo profeta, escudriñando las más lejanas edades del porvenir. Para el servicio de un sueño tal, dos maravillosos instrumentos se ofrecían: la lengua árabe, que no tiene otro rival, en sonoridad como en riqueza, que el sanscrito, y la indomable independencia de las hordas beduinas, siempre prontas á llevar más léjos la línea incierta de sus tiendas vagabundas. Además, un Maestro incomparable había elegido al humilde camellero para el cumplimiento de los designios de Lo Alto y Mohammed se había sometido sin reserva (1). En todas las circunstancias, se proclamó el apóstol de Dios, el intérprete de su revelación, su Profeta y nada más. Con verdadera simplicidad se declaró iletrado é ignorante, haciendo recaer espontáneamente todo el beneficio de su palabra y de sus actos en su magnánimo inspirador.

Lleno de entusiasmo por su misión, Mohammed se consumía en incesantes esfuerzos por llevar á sus conciudadanos á la creencia de un Dios único, y así se le veía por las calles de la Meca, sobre las plazas, en los mercados, recitando al pueblo admirado los versículos recibidos en frecuentes éxtasis por intermedio del Anunciador, y operaba de ese modo conversiones, milagrosas á veces, como la de Omar, quién, primeramente encarnizado adversario de la nueva doctrina, concluyó por ser uno de sus más ardientes partidarios después de la lectura de uno de esos versículos.

Los escépticos, sin embargo, continuaban siendo numerosos y permanecían indiferentes ante las exhortaciones del apóstol, ó bien invitaban á éste á realizar algún prodigio, al igual de Moisés y de Jesús: «Que el Angel Gabriel nos haga deliciosos jardines en medio del desierto», decían los unos, «que las potencias celestes nos transporten en un instante, con nuestras mercaderías, á la fêria de Siria», agregaban otros; pero Mohammed conocía bastante bien el corazón humano para creer en la posibilidad de despertar por medio de Milagros la conciencia dormida, y por toda respuesta

(1) La palabra *Islam* no tiene otro sentido que: resignación á la voluntad de Dios. *Muru/man* tiene la misma raíz: ser musulman es ser resignado.

repetía este versículo: «Aun cuando el *Koran* hiciera mover las montañas, aun cuando dividiese la tierra en dos é hiciera hablar á los muertos, ellos no creerían; pero Dios ordena en todo.» (Surata XIII, 30). Para él, por lo demás,—y no cesaba de proclamarlo,—el mayor de todos los milagros era la revelación misma, y aquellos á quienes ésta no conmovía, eran ciegos incurables.

No podemos hacernos una idea, ni aun aproximada, de la magnificencia de lenguaje de *El Koran*, cuya excepcional belleza es conocida por la mayor parte de nuestros arabistas. No solo es necesario haber sido, desde la infancia, arrullado con sus ritmos, con su música armoniosa, para poder apreciar el genio de él, sino además una iniciación prévia solo puede hacer comprender por qué virtud de la disposición de las palabras y de las frases, cada versículo venía á ser un verdadero *mantram* en el tiempo en que la versión original no había sufrido la acción deletérea de la mano inepta de los escribas. Una anédocta contada por d'Herbelot, en su *Biblioteca Oriental* va á mostrarnos cuál fué, á este respecto la opinión de uno de los hombres más competentes entre los contemporáneos de Mohammed, Abu Akil Ben Rablat, ó mas corriente, Lebid, solo era considerado cuando comenzó la publicación de *El Koran*, como uno de los mas notables poetas de la Arabia. Frecuentemente sus poemas recibieron los honores de la Kaabah. Habiendo sido colocado en la puerta del templo uno de ellos, que empezaba con estos versos:

«Toda alabanza que no es dirigida á Dios es vana,  
Y todo bien que no venga de él, no es más que una sombra de bien.»

no encontró ningún otro poeta que osase poner nada en concurrencia con dicha obra. Pero la segunda Surata (Capítulo) de *El Koran*, inscripta también, poco después, sobre la misma puerta, llenó á Lebid de tal admiración que luego de haber leído los primeros versículos de ella, declaró que palabras semejantes no podían salir sino de la boca de un inspirado de Dios; agregando la historia que, inmediatamente, se hizo musulmán y que, á data de ese día, no compuso más poemas, salvo para dar las gracias por su conversión al Señor todopoderoso.

Parece que en el orden de las cosas está el que los elegidos de Dios sean desconocidos y perseguidos siempre. Los ódios acumulados en el corazón celoso de los *Koreichitas* estallaron desde que los protectores de

la vida y de la libertad de Mahommedino estuvieron ya presentes para defenderlo. El noble Abud-Talib había muerto, así como la dulce Khadídjah. El resentimiento de los adversarios de la nueva doctrina aumentaba á causa del peligro en que ésta colocaba sus prerrogativas en el servicio de la Kaabah. Decretado por ellos el asesinato del Profeta, éste y los suyos escaparon á él por medio de la famosa fuga á Medina—(*la hegira*) que señala el punto de partida de la era musulmana (622 de J. C.). A datar de esta época memorable, todo cambio en la vida de Mohammed. Tanto como la Meca se había mostrado hostil á sus proyectos, otro tanto Medina los acogió con entusiasmo; numerosos discípulos se agruparon en seguida al rededor del Profeta cuyo apostolado, entró así, repentinamente, en aquella faz de rápida realización que le confirió, en algunos años, el poder supremo. Nadie podría negar que él agotó todos los recursos de su incomparable elocuencia, de su dulzura persuasiva, con el fin de hacer abrazar su fé á los habitantes de la Meca; siendo esta ciudad la verdadera capital de la Arabia y su Kaabah un centro de reunión para todos los hijos del desierto. Renunciar á la Meca, era faltar á su misión providencial. Lo que la palabra no pudo hacer, iba pues á ser realizado por la fuerza: La guerra santa comenzó, tímida al principio, pero bien pronto implacable.

Nuestro moderno sentimentalismo se siente conmovido ante el espectáculo de la guerra, que tantos furros desencadena, tantos sufrimientos ocasiona, tantas existencias brutalmente sacrifica en aras de un interés mercantil cualquiera, y, frecuentemente, de una ambición por mayor territorio. Sin tener la idea de hacer una apología de esas desastrosas hecatombes que llamamos batallas, de esos combates patricidas de los cuales, casi siempre, el corazón sale lleno de orgullo y de ódios, creo que ese temor á la muerte, al sufrimiento sobre todo, denota en nuestras razas occidentales, un lamentable aflojamiento de la fibra, del valor y de la energía. Sintiendo que la historia de la humanidad esté demasiado ilustrada con páginas sangrientas, no me atrevo, sin embargo á acordar á nuestro débil juicio la crítica de los medios puestos en juego por la ley de evolución á la cual todas las cosas están sometidas en la tierra. Para el estudiante de Teosofía, el sufrimiento no es cosa vana; él sabe que únicamente después de haber chillado bajo la lima del obrero, el bronce adquiere el aspecto del oro; sabe que si no se arrojara candente y derretido en el molde del fundidor, el precioso metal, no se presentaría bajo la forma de hermosas joyas,

y que, sin el largo tormento que le inflige el paciente lapidario, la gema nos ocultaría siempre el reflejo maravilloso de su luz. La vida está llena de símbolos ofrecidos á nuestra meditación, pero el hombre, por lo general, se rehusa á comprenderlos. Todas las crisis sociales, las guerras, los trastornos que nos turban y nos conmueven, no son otra cosa que el gigantesco trabajo del Manú conduciendo hacia la perfección las razas juveniles. Y á pesar del espectáculo poco noble que ofrece á sus miradas el caos de nuestras luchas presentes, el estudiante de Teosofía, debe permanecer tranquilo, persuadido que asiste á alguna gran gestación cuya comprensión nuestras inteligencias no pueden todavía alcanzar.

En su hermoso trabajo sobre el *Dharma*, la señora Annie Besant dice lo siguiente: «Al dar nacimiento sucesivamente á cada una de las naciones de la tierra, Dios les ha dado al mismo tiempo una palabra particular, — la palabra que cada uno debe decir al mundo». ¡Y bien, para el pueblo árabe, esa palabra fué Fé! Todo, así en el pensamiento como en los actos del profeta del Islám, concurrió á la construcción de esa formidable palanca á la cual debió, sin ninguna duda, el pleno éxito de su audaz proyecto. Supongo que no se me opondrá la fe católica de la Edad Media que se vé estallar en todo un pueblo á mediados del siglo XI en el entusiasta «Dios lo quiere!» levantado como un éco del mundo nuevo cuya expansión había sido vista de cerca por el monje Pedro el Hermitaño. La exaltación de la Fe fué para Mohammed el instrumento de un prodigio del cual, aun en nuestros días, la fuerza está lejos de estar agotada. Así de ninguna manera pueden ser causa de admiración las palabras que lanzó á los creyentes con [el fin de precipitarlos contra los idólatras: «la espada es la llave del cielo y del infierno; una gota de sangre derramada por la causa de Dios, ó una noche pasada bajo las armas, tiene más mérito á sus ojos que dos meses de ayuno y de oración. Los pecados de todo el que muera en los combates, serán perdonados; en el día del juicio sus heridas serán tan resplandecientes como el vermellón y tan perfumadas como el almizcle, y la pérdida de sus miembros será reemplazada por alas de ángeles y de querubines. (1)

Algunos historiadores poco cuidadosos de la verdad han tratado de rodear con una aureola de crueldad la memoria de Mohammed; nada menos justificado que semejante cosa. En la victoria, siempre se mostró clemente con

(1) Charles Mills, *Historia del Mahometismo*, pág. 25, y Simón Ockley'tus, *tory of the sarrázing*.

los vencidos; y, cuando fué dueño de la Meca cuyos habitantes habían sido para su apostolado una causa de amargas preocupaciones, y donde hasta el puñal del asesino se había dirigido contra su pecho, su conducta con los Koreichitas prosternados en su presencia fué noble y generosa.

—«¿Qué podeis esperar del hombre á quien habeis ofendido?», les dijo.

—«Nos confiamos á la magnanimidad de nuestro pariente», respondieron los suplicantes.

—«Y no os confiareis en vano», contestó el apóstol del Dios de misericordia. «Idos, estais en seguridad, pues quedais libres».

En momentos de salir una expedición que inandaba contra el emperador Heráclius, dijo á sus tropas llenas de ardor: «Al vengar mis injurias, no persigais á los pacíficos amigos de la vida doméstica. Escusad la debilidad del más dulce de los sexos, perdonad á los niños de pecho y á aquellos que, siguiendo el curso de la naturaleza, se avanzan fuera de esta escena de mortalidad. Guardaos de demoler las moradas de los habitantes que no opongan resistencia, no destruyais sus medios de alimentarse, respetad los frutos de sus árboles y no toqueis á las palmeras tan útiles á los Sirios por su sombra y tan deliciosas por sus verdes hojas». (1) Podría multiplicar las citas en apoyo de esa mansedumbre del Profeta; pero pienso que con lo dicho basta.

El reproche de ambición no es más fundado tampoco; siendo la sola que alimentó Mohammed la de llevar las almas extraviadas á la fe unitaria. Sometido sin reserva á la voluntad divina, no trabajó sino para el Dios único del que se declaró apóstol. Dotado de una majestuosa al par que dulce fisonomía, inspiró, á la vez, el respeto y el amor; humildes y grandes, débiles y fuertes, todos fueron subyugados por el encanto como por la autoridad de su génio, estando confirmado que no hizo, sin embargo, ningún uso personal de ese incomparable poder. Dueño de la Arabia y de sus tesoros, se le vió siempre, simple en sus acciones, conducir él mismo á los rebaños, encender el fuego, barrer el hogar, remendar sus calzados y sus groseros vestidos de lana. Todo el lujo de sus comidas, habitualmente compuestas de dátiles y de agua pura, consistía en un poco de miel y de leche. Era pobre, y la sinceridad de sus exhortaciones á la beneficencia fué probada á su muerte, con el agotamiento de sus cofres. Libre de orgullo; no trataba de ocultar los desfallecimientos de su corazón cuando un pariente ó un amigo le era

(1) *Id.*, pág. 30

## EL OCULTISMO CIENTÍFICO

Una de las cosas más curiosas y también más significativas de este tiempo, es el hecho que nos presenta actualmente la *Ciencia Maldita*, en tren de conquistar, en medio de nuestro mundo civilizado, su pleno derecho de ciudad.

Antes, el nigromante heresiarca, anatematizado por una iglesia intolerante, vivía en el continuo temor de la hoguera donde, de tiempo en tiempo, para librarse del espanto que les inspiraba su sapiencia de iniciado, bárbaros tribunales lo enviaban sin escrúpulo, para mayor vergüenza del Diablo, convencido así éste de defender muy mal á sus mejores amigos.

Desde entonces, las costumbres han sufrido una completa evolución.

Ya no se cree más en el hechicero, y los espíritus ilustrados ó que se pretenden tales, se contentan simplemente con sonreirse irónicamente cuando se les habla de la ciencia de los *Magos*. (1)

Estos, á su turno, sin preocuparse un solo instante del desdeñoso silencio con que se les mira, prosiguen gravemente sus estudios, y en presencia del repertorio de los conocimientos oficiales, edifican á su vez una ciencia abstracta para el vulgo, aunque simple para el practicante á quien han sido develados los misteriosos arcanos.

Sabios clasificados, y ocultistas, elevan simultáneamente dos altares donde unos y otros buscan la Verdad; solo los medios de inquisición difieren.

Pero, por diferentes que sean los métodos empleados por ambos, siendo el fin que se proponen alcanzar el mismo, se produce entre ellos acercamientos de tiempo en tiempo.

A despecho de su desprecio, más aparente que real, los sabios oficiales no desdeñan, cuando la ocasión se ofrece, pedir á sus colegas ocultistas la explicación de ciertos fenómenos, y, en cambio, los últimos se esfuerzan por demostrar espontáneamente que su ciencia esotérica no está en manera alguna en contradicción con las enseñanzas ortodoxas, sino que, por el contrario, complementa á éstas y algunas veces presenta la solución simple y rigurosa.

(1) No debe confundirse el nigromante, hechicero ó mago negro, con el tipo del verdadero mago su opuesto. N. de la D.

«No hay religión más elevada que la verdad», es la divisa que adoptan y, sin renunciar á creencias que estiman justas y buenas, trabajan con ardor por demostrar que su método es en realidad más perfecto, más sintético, más filosófico sobre todo, que los procedimientos analíticos de los sabios reconocidos. Por otra parte, jamas niegan el valor ni la importancia de los trabajos de estos; pero piensan y declaran firmemente que al lado de los hechos dados á luz por esos trabajos, hay otra cosa de esencia superior, de la cual no sabrán dar una racional explicación solo las prácticas positivas, del laboratorio.

Además, pretenden que la ciencia no es tan buena como se cree, y que los antiguos iniciados conocían las fórmulas de muchas leyes hoy perdidas para la multitud; leyes que la enseñanza esotérica permite volver á encontrar.

Sea como sea, parece que el período de las amargas luchas entre las dos escuelas ha pasado para siempre.

Es cierto que la unión no se ha realizado todavía, y no está ni aun próxima á hacerse, al menos de una manera extensa; pero, como síntoma importante en favor de ella, podemos presentar el hecho de que los adversarios de ayer no se rehusan ya, caprichosamente, á prestarse un mútuo concurso.

Químicos, médicos, físicos, matemáticos y fisiólogos se encuentran «en el umbral del misterio» con los ocultistas, y los métodos de investigación se funden.

Desde entonces ¿cuál es el fruto que el hombre ha sacado de tal alianza? Es lo que vamos á esforzarnos á determinar.

## I

«Nuestro fin es simple y evidente; consiste en demostrar, por una vía científica nueva, aunque muy conexas con las ideas antiguas, que el fundamento de los dogmas religiosos tiene su base, no en fábulas populares inventadas no se sabe bajo la influencia de qué desconocida pesadilla, sino seguramente en doctrinas matemáticas y físicas cuyas huellas se han perdido.» (1)

(1) Luis Lucas, *La Química Nueva*. París, 1854, pág. 82.

Así se expresa en un libro poco conocido hoy, á pesar de su alto valor filosófico, Luis Lucas, quien, el primero en nuestro siglo, se ha ocupado, de una manera realmente científica al menos, en conciliar los datos de los conocimientos oficiales con las enseñanzas esotéricas, ó, por decirlo con más exactitud, aplicar éstas á aquellos.

La *Química nueva*, en la cual, especialmente, aplica su método á las ciencias físicas y naturales, es, á este respecto, con particularidad instructiva.

Pero, veamos cómo procede.

Los antiguos maestros en la ciencia hermética, con el único fin de hacer á un lado el vulgo, tenían costumbre de encerrar las fórmulas de su *Obra* dentro de un lenguaje mítico y alegórico que solo los *Iniciados* sabían interpretar.

Procediendo con sagacidad, y á despecho de su aparente,—aparente para el profano,—falta de lójica experimental, tenían gran cuidado de respetar ciertas leyes generales de las que los sabios de nuestros días poco ó nada se preocupan.

La *analogía* era su método favorito, y la *ley del ternario* su regla dominante.

«Habiendo observado los antiguos Magos que el equilibrio es en física la ley universal y que él resulta de la oposición aparente de dos fuerzas, pasando del equilibrio físico al metafísico, declararon que en Dios, es decir, en la primera causa viva y activa, se debía reconocer dos propiedades necesarias la una á la otra, la estabilidad y el movimiento, equilibrados por la corona, la fuerza suprema». (1)

Entre *dos contrarios*, en una palabra, hay siempre un *término medio* resultante de la acción de los dos opuestos el uno sobre el otro, que participa de su doble manera de ser.

Es de ese principio que partía Luis Lucas para explicar una teoría del Universo completamente dinámica.

«Podemos decir, escribe, que *utilmente, científicamente*, la materia es nada y el movimiento es todo». (2)

Pero ese movimiento, «soplo de Dios en acción entre las cosas creadas» (3) se hace á sí mismo equilibrio por un antagonismo que le es propio,

(1) Eliphas Lévi. *Dogma y Ritual de la Alta Máfía*. pág. 79.

(2) Luis Lucas. *Química nueva*.

(3) *Id. id.*

«constituyendo grupos diversamente contraídos y dilatados de los que encontramos el tipo supremo en la luz, en el calor, en la electricidad y aún en la jerarquía de los cuerpos materiales que componen la nomenclatura química.

Este antagonismo progresivo, jerárquico, no tiene necesidad de salir de hipótesis más ó menos felices; lo vemos manifestarse en la naturaleza por todas partes y en toda hora, sin que haya un fenómeno general que no lo reproduzca. De la diferencia de sus condensaciones y las ulteriores combinaciones que han podido formarse, ha nacido lo que llamamos la *materia*, mal definida hoy todavía, que no presenta y no debe presentar, como acabamos de demostrarlo, sino una resistencia relativa por antagonismo, una resistencia... es decir una FUERZA.

«Pues solo las fuerzas son capaces de resistencia y, por esta consideración, la *materia* divulga su origen unitario, idéntico con el movimiento inicial y el elemental.»

«La palabra *materia* expresa la pasividad del movimiento, como la palabra *fuerza* designa la actividad» (1).

Como lo vemos por las anteriores líneas tomadas al sabio ocultista, la *materia* no sería más que una *modalidad* del movimiento, y lo mismo la *fuerza*.

La *materia*, entonces, es una cosa *una*, como lo pretendían los antiguos alquimistas, justificándose por ello mismo la lógica de sus trabajos encaminados á encontrar la piedra filosofal, y también como están al presente muy inclinados á admitirlo algunos de nuestros sabios químicos modernos, y no de los de menor valor. (2).

Por otra parte, esta doble ley de los contrarios y del ternario, que Lucas llama la *Ley de la serie* ¿no encuentra su aplicación continua fácilmente perceptible para todos?

Los dos opuestos *luz* y *sombra* dan, actuando una sobre la otra, la *penumbra*, estado mixto que procede de ambas; igualmente la reacción química del opuesto *ácido* sobre el opuesto *base* es un producto *neutro*, la *sal*, etc.

«Si se estudia con cuidado las propiedades de monocordio, se nota que en toda jerarquía resonante, no existe, en realidad, más que tres puntos de

(1) Luis Lucas. *La química nueva*.

(2) Berthelot, especialmente «He encontrado, escribiera este sabio en su libro los *Orígenes de la Alquimia*, no solo la filiación de las ideas que condujeron á los alquimistas á perseguir la trasmutación de los metales (piedra filosofal), sino también la filosofía de la naturaleza que les sirvió de guía, *teoría fundada en la hipótesis de la unidad de la materia* y tan plausible en el fondo como las teorías modernas más refutadas en la actualidad». (Stanislas de Guaitas. *En el Umbral del Misterio*).

primera importancia, la tónica, la quinta y la tercia, siendo la octava reproducción de ellas á diversa altura, permaneciendo en las tres resonancias la tónica como punto de apoyo, siendo la quinta su antagonista y la tercia un punto indiferente, pronto á seguir á aquel de los dos antagonistas que adquiera superioridad.»

«Es esto también lo que podemos encontrar en tres cuerpos simples, cuya importancia relativa no tiene de ninguna manera necesidad de ser recordada: el hidrógeno, el ázoe y el oxígeno. El primero, por su negativismo absoluto, en presencia de los otros metaloides; por sus propiedades esencialmente básicas, toma el sitio de la tónica ó reposo relativo; el oxígeno, por sus propiedades antagónicas, ocupa el lugar de la quinta; y por fin, la indiferencia bien conocida del ázoe, le asigna el rol de la tercia.» (1)

Y así podemos decir de otros . . .

Pero todo esto, no es más que una teoría, en realidad, y toda teoría, como se sabe, es esencialmente contestable.

Por eso, M. de Guaita, químico distinguido, no se ha contentado con la especulación pura, y deseando apoyar su convicción sobre una base experimental cierta, pidió á la precisa balanza del laboratorio, su enseñanza al respecto.

Primeramente, y como todos sus colegas en ocultismo, sienta en sus trabajos este doble axioma fundamental: «*Lo sobrenatural no existe, la casualidad no existe*», y con el Marqués de Saint Ives d'Alvidre repite: «*No hay ciencia oculta; no hay más que ciencias ocultadas.*»

Claudio Bernard, el ilustre fisiólogo, no usaba tampoco otro lenguaje, cuando hablaba de la *causa próxima*, de las afecciones más ó menos patológicas que atacan á los organismos.

¿La *causa próxima*, en efecto, no es la parte ocultada de la ciencia, su parte *esotérica*, si se permite emplear tal vocablo, hablando de doctrinas oficiales?

Según M. de Guaita, los maestros de las Universidades tienen el grave defecto de desconocer, prejuzgando, la realidad de ciertas causas próximas, cuya existencia sobrepasa su lógica corta de vista.

(Stanislas de Guaita, *En el umbral del misterio*.)

Tal ocurre, por ejemplo, con el famoso axioma: *Nada se pierde, nada se*

(1) Luis Lucas, *La Química nueva*.

apreciables, de todos esos cuerpos físicos que no preexistían en las sustancias escogidas al principio de la operación?

*Nada se pierde, nada se crea*, declara la fórmula consagrada, y he aquí que nos hace admitir una creación é inclinar nuestra ignorancia ante el hecho patente!

¿Es esto decir, sin embargo, que nos encontramos en presencia de una acción sobrenatural? No, como hubiese dicho Claudio Bernard, hay allí solamente de nuestra parte, ignorancia de la *causa próxima* del fenómeno; *causa oculta*, afirma á su turno con los ocultistas M. de Guaita, pero *real y cierta* sin embargo, á pesar de nuestra incertidumbre á su respecto.

En el caso en cuestión, el vegetal, nos dice, se ha alimentado con los efluvios de esta *substancia primera* que los antiguos llamaban *Alma del mundo*. «¿Qué hace la planta? El latente querer de su *Yo* biológico hace el oficio de imán. Su organismo hace papel de alambique ó de *Atanor*, tan bien que, elaborando los fluidos hiperfísicos, según las exigencias de sus funciones naturales, los reduce de *potencia en acto*; y que, su *substancia eterna y absoluta*, el *Aur*, se especifica en *materia transitoria y contingente*». (1)

Es esta una teoría alquímica que nos lleva naturalmente á la hipótesis de la unidad de la materia.

Y, sobre este punto, como lo hemos visto, ocultistas y sabios están muy cerca de entenderse, encontrándose, en suma, divididos, más bien por una terminología vaga, que por hechos precisos.

Pero ¡cuán terrible barrera es esa, levantada solo con palabras!

---

## UNA ADJURACIÓN EN EL MAR

---

La siguiente narración está sacada de mis recuerdos personales de marino, apoyadas no obstante en las notas de mi *Diario de abordo*.

Se podría, pues, volver á encontrar la corroboración de los mismos hechos en los Archivos de nuestra marina.

(1) *Id id.*

Me encontraba embarcado en 1882, como teniente de Navío, segundo Comandante, en la fragata mixta la *Garonne*, comandada por el Capitan de Fragata Gâtier. Este era un oficial de gran mérito á quien la marina hubiera debido llevar hasta las estrellas, es decir, hacerlo llegar al grado de almirante, porque reunía las más bellas calidades del hombre y del jefe, inteligencia, carácter y valor moral. Conocía al comandante Gâtier desde mi entrada en la marina; él había sido mi primer oficial de cuarto, en los largos cruceros de los mares del Sud; fué en su misma biblioteca, de abordó, rica y eléctrica, en la que encontré la primer obra sobre lo Oculto, la que me causó una verdadera impresión. En fin, debía más tarde, navegar todavía con él, en los mares de China, en el Mediterraneo, etc. Digo esto como un simple homenaje tributado á la amistad ó á la verdad, pues mi antiguo jefe no tiene rol especial en la narración que sigue.

La fragata la *Garonne* se armó en Tolon, con el fin de visitar y proveer á nuestros establecimientos del Oceano Indico. Habiendo partido el 1º de Abril de dicho año, pasamos el 11 el Canal de Suez é hicimos escala en Aden el 23. Nuestro primer puerto de destino era, después de este, la isla de la Reunión, situada como se sabe, en el hemisferio Austral.

Nuestro buque, á causa de la poca fuerza de su máquina, tenía que navegar casi exclusivamente á vela: debíamos, pues, desde luego, dirijirnos lo más posible hacia el Sud Este para que los vientos alisios de esta zona nos hicieran llegar directamente á Borbon.

En esta época del año, no sopla más el monzón del Nordeste á la altura de Socatora, y el del Sudeste no reina todavía allí, pero se puede contar con una zona de brisas del Oeste al norte del Ecuador, y esto nos era bastante. Fué así, que doblamos el cabo Guardasú, el 26, y que pensábamos continuar lo mismo, cuando la brisa ya débil, desde hacia algunos días, cesó completamente y nos dejó en calma chicha, por el noveno grado de latitud Norte y los 50º de longitud Oriental.

En el momento en que empieza la escena que voy á describir, el 27 de Abril de 1882, la fragata se mantenía inmóvil, bajo sus gávias, en medio de un lago tranquilo, la plena mar, con su horizonte circular, vasta napa de agua que ningún soplo rizaba.

Había empezado mi guardia á las 4 de la mañana. El día no había decaído todavía, y mientras que mis marinos acostados en cubierta, charlaban entre ellos ó descansaban todavía, listos sin embargo para la maniobra, yo

me paseaba en el puente de proa del buque, dividiendo mi atención, como era mi deber, entre el horizonte, el velámen del buque, y la brújula.

Pero no había nada á la vista, las velas zapateaban á lo largo de los mástiles y la fragata apenas gobernaba. Me preguntaba cuánto tiempo todavía se mantendría tal situación por que no podíamos utilizar nuestra débil máquina sino en las entradas de puertos y estábamos desde luego sometidos á los caprichos de los vientos, desde que las calmas ecuatoriales suelen durar numerosos días. Se han visto buques á vela en esos parages, consumir sus provisiones en el mismo sitio, sin avanzar, y de ahí les viene el nombre de *Horse's latitudes* dado á esos ¶paralelos por los ingleses, quienes han perdido en ellos, en otro tiempo, innumerables caballos destinados á la Australia, caballos á los que no podían dar más de beber viéndose obligados á arrojarlos al mar.

Nosotros no nos encontrábamos en ese caso, pero la inmovilidad fatiga más en el mar que el mismo movimiento, y con este motivo, hacía fervientes votos porque una brisa cualquiera hinchara nuestras velas y nos hiciera andar.

Como en esa circunstancia habían cesado mis atenciones, podía entregarme libremente á mis pensamientos.

Recordaba entonces que los marinos creían que no es imposible llamar á la brisa y verla responder al llamado. De ello existía la tradición, al menos en la antigua marina, y no quedan hoy tal vez muchas personas que la hayan visto realizar. En las numerosas travesías á vela, al principio de mi carrera, fui testigo de un hecho de ese género, á bordo de la corbeta la *Cordelière*, en la cual el viejo contramaestre de la bodega aseguraba saber «*silvar á la brisa*». En efecto, algunas veces le oí modular ciertos sonidos, con el pito de plata que usan los de su grado, y esos sonidos emitidos en calma chicha, habían rizado efectivamente la superficie del agua, en forma de segmentos, cuya flecha era paralela á la dirección del silvido y la curvatura contraria, algo como la *respuesta del silvido* al lobo de mar,—en suma, una reacción. Pero me apresuro á decir que esas rizas del agua, ese «frescor», como se llamaba á ese soplo de viento, bastaba apenas para hinchar el paño de las gávias y cesaba casi inmediatamente después. No conocía la ciencia oculta en aquella época; pues á no ser así, me hubiese dado mayor cuenta de las posibilidades que habían en modulaciones vibratorias capaces de despertar y hacer actuar á los *Elementarios del aire*.

Es lo que se llama *Mantrams* y cosas reales, por sus efectos. Sentado en mi banco de cuarto en la *Garonne*, el 27 de Abril de 1882, estaba más al corriente que en otro tiempo de estas cosas, sin ser, sin embargo, muy experto; y como no sabía hacer uso en esa forma del pito, me vino la idea de servirme de la palabra.

Lo principal en esto reside en el modo de las vibraciones emitidas más bien que en su fuerza. Bastaba, pues, que modulase á media voz, pero en el tono requerido, las palabras que creía aptas para producir el efecto buscado. Luego, recordaba también haber leído en un viejo formulario mágico el nombre dado á una de las potencias del aire, el nombre del mismo príncipe de los vientos del Norte! Tal vez ese dato del formulario era imaginario ó tan lejano del verdadero vocablo, que era trabajo perdido el contar con él; pero tal vez también se aproximaba al verdadero nombre, si hay uno en verdad que sintetize los poderes del aire, y entonces la pronunciación de esa palabra, las vibraciones que resultarían de proferirlas del modo requerido, podría despertar la entidad ó entidades implicadas y hacerlas manifestarse en el plano físico. Ignoraba naturalmente también el modo en cuestión, sabiendo, sí, que era necesario poner en el asunto *toda el alma*; y es así como en el silencio de la noche, en una calma perfecta, sin contar con obtener nada, y como por pasatiempo más bien que con un propósito determinado, resolví llamar «al viento del Norte», puesto que era el que podía responder al vocablo que yo poseía.

Es cierto que el viento del Norte no es frecuente, en esos parajes, en esta época del año, pero era seguramente favorable á nuestra ruta, puesto que la Reunión se encontraba al Sud de nuestra posición, y además, no podía elegir.

Me dí vuelta, pues, hacia el septentrión. El cielo estaba admirablemente puro por todas partes; la luna se había ocultado, y aún cuando el alba estaba próxima, las estrellas centelleaban todavía. La Osa menor inclinaba sobre el horizonte sus astros empalidecidos de los cuales el más brillante, la estrella polar, eje aparente de nuestro mundo, se elevaba de algunos grados apenas por encima de las brumas del mar.

A mis piés, el silencio, la inmovilidad. Toda actividad parecía suspendida abordo, salvo los vigías apostados en las serviolas y á popa, los timoneles en sus puestos y el oficial de guardia, es decir, yo mismo, en el suyo, sin nadie á mi lado.

cerrados, sin causas exteriores; algo análogo á la combustión espontánea de las pilas de pasto.

Por esta causa, la colonia de la Reunión habia pedido y obtenido del Ministro de la Marina, transportar esa peligrosa encomienda en un buque de guerra, y tocó al nuestro el conducirla. Habíamos pensado disminuir el peligro colocando los cajones al exterior del buque, en la tabla de jarcia, en condiciones de ser arrojados al mar al menor peligro; pero no habíamos contado con una repentina descarga de electricidad celeste sobreviniendo aun antes de haber echado al agua los hilos del para-rayos, y el hecho que temíamos acababa de realizarse.

Los dos primeros truenos que se produjeron con corto intervalo habían

pegado en el buque: el primero en el palo mayor, fundiendo el platino del para-rayos, y el segundo en el palo mesana cuya cadena quedó de tal modo cargada de electricidad, que el timonel que la tocó fué derribado al suelo.

¿Había acertado con el sortilegio hecho en la noche? Reconocí al instante la gravedad de la situación; la imprudencia que sin duda había cometido.

Nuevamente tuve en ese instante un rayo de luz, y los dos truenos me parecieron ser la gran voz del mismo Boréas, diciéndome:

— *Heme aquí!*

Y con el rayo y sus peligros, en medio de las pólvoras que nos rodeaba . . . .

*Dios mío, exclamé, en un rápido pensamiento, en esta falta soy solo yo el culpable; librad de ella á los demás ¡que el herido sea yo!*

Retumbó un tercer trueno, acompañado de múltiples detonaciones, semejantes á la explosión de muchos obuses cargados,—pero á cien metros de la popa del buque.

Nos habíamos salvado.

En ese mismo instante gritó el contra maestre de guardia:

— *Deriba!*

Era que la brisa se había levantado y daba sobre las velas por delante en lugar de hincharlas por detrás. Era necesario maniobrar con la mayor prontitud.

— *A las brazas de estribor á popa!*

Felizmente las velas bajas, los juanetes y la cangreja de mesana estaban también cargados.

Bajo el efecto de la maniobra ordenada, tomaron pronto viento las velas, el buque navegó rápidamente entrando en su ruta, y ¿que es lo que vimos entónces?—La fragata con viento de un largo babor amuras rumbo al Sud 45° Este.

Teníamos pues viento del Norte! Pronto se largó todo el paño.

El timonel derribado por la conmoción y que había sido enviado á la enfermería, había recobrado sus sentidos, sin que el hecho tuviera consecuencias para él. Los cajones de fuegos artificiales no habían sufrido nada. Todo pues, había terminado bien.

La brisa del Norte refrescaba progresivamente, y en el curso del día hacíamos un camino de 6 á 7 nudos. Y esto duró así ocho días, hasta que

hubimos alcanzado, casi sin interrupción el alisio del Sudeste el que reinaba constantemente abajo de la línea y el que debía conducirnos á la Reunión con viento al través; donde llegamos en efecto el 14 de Mayo.

Lo más extraño de la historia, para los marinos, es que en esos parages y en esa época del año, *no se encuentran jamás*, por decirlo así, *vientos del Norte*.

Las cartas de Maury levantadas por las notas de millares de «Libros de Bitácora» de todas las naciones, confirman absolutamente el principio.

El caso de la *Garonne* á fin de Abril de 1882, era pues una excepción á la regla. ¿Cuál era la causa de ello?

Es á lo que no pretendo responder, teniendo personalmente en poca cosa el ensayo de adjuración de un simple estudiante como lo era en esa época, de la ciencia oculta.

Así es que me parece más propio terminar esta narración verídica, repitiendo simplemente la frase que Shakespeare pone en la boca de Hamlet:

*Hay efectivamente más cosas bajo del cielo que las que explica la filosofía ordinaria.* (1)

J. D. COURMES.

---

## AFINIDADES DE LAS FUERZAS ESPIRITUALES

---

Antes de procurar ocuparnos racionalmente en la indagación de los efectos recíprocos y afinidades de unas fuerzas cualesquiera, físicas, psíquicas ó de otra especie, se presenta ante todo la pregunta: ¿qué es la «fuerza»?

La observación y la experiencia, tanto externa como interna, enseñan que la «fuerza» es un atributo ó función de algo que se llama «substancia» ó «materia»; á saber, un movimiento que, por su naturaleza, no puede ser más que la expresión de una energía, ya que la substancia inanimada no puede moverse por sí misma. A la verdad, no está demostrada la existencia de cualquiera materia, y contradice á toda filosofía sana, á menos que por «materia» entendamos la «substancia» (de *sub-debajo*, y *isto-estar*)

(1) Traducido por Lolo-Nor.

es decir, aquel principio que es la base de toda existencia. Este principio, sin embargo, no puede ser por sí mismo otra cosa que una energía, porque, sin causa eficiente, nada absolutamente puede existir. La «materia» no puede ser su propia causa: ha de tener una causa por la cual existe, y esta causa no podría producir nada, si no fuera una fuerza operativa. Según este aspecto, lo que llamamos «substancia» ó «materia» no ha de ser otra cosa que el fenómeno que existe producido por la acción de una energía convertida en fuerza, cuya energía ha de ser por sí misma de naturaleza substancial, porque un movimiento de nada, sin base alguna para su existencia, es quimérico é inimaginable.

Esta fuerza universal que los antiguos llamaban «materia prima», y que Schopenhauer describe como la «voluntad», corresponde á lo que, en sánscrito se llama «Akasa», y que quizá se designará mejor como el «espacio» ó fuerza universal», por lo cual, sin embargo, no hemos de representarnos al espacio como una «nada vacía» ó como una vejiga llena de éter universal, sino como la extensión de la fuerza universal infinita de que se trata, y cuya causa está en ella misma como algo que nos es desconocido, lo cual no podemos abarcar precisamente porque es infinitamente más grande que nosotros mismos, y que designamos como «Dios» ó «Voluntad de Dios», sin aproximarnos por ello á la comprensión intelectual. Considerado desde el punto de vista espiritual, nos aparece el universo como una manifestación del poder y de la gloria del Uno Eterno é Innominado; «la materia» como energía acumulada y convertida en fenómeno; la «fuerza», en cualquiera forma que aparezca, como una expresión de esta energía que se puede designar como la voluntad universal regida por una ley natural, cuya voluntad en su propia «substancia» ó esencia, por sí misma, en todos los planos de existencia, en los planos físico, psíquico y espiritual, puede producir formas corpóreas, ya visibles, ya invisibles para nosotros. Esto concuerda también con las doctrinas religiosas de varios pueblos, pues por ejemplo, la Biblia enseña que todo se hace por el Verbo (Logos). El «Verbo» significa la vida que obra de dentro afuera, y la doctrina de los indios concuerda por tanto con la de los cristianos, afirmando que todo lo que existe no es otra cosa que una manifestación de la actividad de un principio vital en el universo, cuya fuente es *Atma*, el Espíritu, es decir, la «Conciencia». La «materia» es un fenómeno, y como tal, un atributo de este principio universal. Lo que llamamos «forma» no tiene en sí misma ninguna existencia absoluta,

simó que es una suma de cualidades; pero el poder que produce estas formas, es eterno é inmutable, por más que se manifieste en formas y fenómenos innumerables y diversos.

«Es esta «ciencia exacta» — Depende de lo que se entiende por esta expresión. Por «ciencia exacta» muchos entienden aquel saber aparente que se obtiene apallando toda emoción y aprehensión superior, rechazando toda percepción espiritual como fantasía, no queriendo saber nada de cosa alguna que no se puede tocar con las manos y percibir con los sentidos corpóreos; aquel pretendido saber que resulta del tener al fenómeno de una cosa por lo esencial, y la esencia misma por una casualidad.

Parece que ha pasado el tiempo de esta «ciencia exacta» que se llama ciego materialismo, y no vale la pena hablar más de ella. Por todas partes la necesidad es un obstáculo para sí misma; no puede, por tanto, ver nada, y no se le puede probar nada porque no puede comprender la prueba.

Hay por el contrario otra ciencia verdaderamente exacta, la cual consiste en que conoce no sólo la apariencia, sino también la verdad, y por cierto, este conocimiento no procede solo de las impresiones percibidas por medio de los sentidos corpóreos, sino de la capacidad para percibir lo más elevado y lo más noble en la naturaleza, de la posesión de una mirada espiritual libre y de la facultad de juzgar claramente; pero especialmente de la observación de las fuerzas que dominan en el alma propia, después de que éstas se han despertado á la vida y han llegado á la conciencia en nosotros. Las observaciones exteriores y superficiales explican tan sólo las cosas superficiales. El que quiere hallar la perla oculta en el lecho del mar, tiene que sumergirse donde está más profunda el agua. Lo es preciso obtener un saber de la fuente de la Verdad, y no de las fantasías y teorías humanas.

Uno de los astrónomos más famosos de nuestra época, Camille Flammarion, dice:

«(Infinidad)» «(Eternidad)» — El estudio de la astronomía nos aumete en ella. — ¿Con qué vara hemos de medirla? — Si pudiéramos andar con la velocidad del rayo, necesitaríamos millones de años para alcanzar las regiones donde se vislumbran los mundos más lejanos; pero, llegados allí encontraríamos que no hablamos dado un solo paso hacia el límite del espacio, pues, el espacio es ilimitado, lo infinito sin límites, y por todas partes y en todas direcciones hay tantos mundos, tantas soles que se siguen unos á otros, que, si se expusiera bastante tiempo una placa fotográfica, se encontraría más

mente cubierta de tantos puntos brillantes que el todo no presentaría ya sino un solo cielo radiante porque por todas partes, doquiera que miramos hay innumerables soles los unos detrás de los otros.

«Y vivimos en uno de estos mundos, y á la verdad, es uno de los más insignificantes, en algún punto de la infinidad sin límites, el cual es alumbrado por uno de esos innumerables soles, dentro de un horizonte limitado, como orugas de sus capullos. Nada sabemos de todas las causas de estos fenómenos: somos criaturas del momento, que volvemos á desaparecer, cuyo saber no va más allá de la mera apariencia y cuyo horizonte es proporcionalmente lo mismo que nada, pero á pesar de eso, bastante grande para poder imaginarnos que sabemos algo; y aun nos lisonjamos y nos llenamos de un sentimiento de arrogancia, creyendo que gobernamos la naturaleza; no somos poco presumidos acerca de lo que tenemos por realidad, y que sin embargo, no es nada sino una apariencia vacía».

Pero, así como es en lo exterior, así es también en lo interior. Allí también se halla la apariencia en la superficie, y la realidad en la profundidad. Ningún hombre todavía ha sondeado con su inteligencia terrestre su propia naturaleza. Allí también halla la infinidad, si penetra bastante en sí mismo; allí también hay innumerables mundos en el espacio infinito: Tampoco hay allí fin alguno,—ningún fin! En el mundo pequeño que llamamos nuestro, lo mismo que el mundo grande que nos rodea, hallamos las mismas fuerzas y las mismas cualidades, estados conscientes é inconscientes de nuestro yo propio, y llegamos finalmente á aquella profundidad donde cesa todo concepto de la personalidad y comienza la Omnicciencia de Dios.

Espacio, fuerza, materia, energía y cualidad, son palabras que, después de todo significan lo mismo, por más que se refieran á diversos aspectos ó conceptos que nos formamos de esta Unidad. El «espacio» es la extensión de la energía universal; la «fuerza», su expresión; la «materia», su fenómeno; las cualidades son las manifestaciones de fuerzas, energías encadenadas que se convierten en fuerza cuando engran en actividad. Así, por ejemplo, la conciencia es un estado, una cualidad, pero también, una fuerza y un espacio. Puede limitarse en un solo punto, ó extenderse en la infinidad. La pureza del corazón es una cualidad, pero al mismo tiempo, un estado que da al alma la fuerza de tener alzado todo lo que es impuro y contrario á su naturaleza. El saber es una fuerza que da al hombre la capacidad de hacer obras que son tanto más grandes cuanto más grande es este saber. La re-

cedad es una fuerza que domina al mundo y cierra la entrada al conocimiento; la presunción es una fuerza que impide al hombre ver la Verdad; el egoísmo, la superstición, la mala devoción, la malevolencia, la envidia, la cobardía, etc. son cualidades, pero también fuerzas, porque dan al hombre el poder de hacer daño á los demás y así mismo. El calor, la luz, son cualidades, pero son también fuerzas, pues el calor calienta los cuerpos y la luz les hace lucir; y si los cuerpos no poseyeran estas fuerzas, no existirían en ellos estas cualidades. Cuanto más se manifiesta en un cuerpo la cualidad de un principio general, tanto más alcanza este cuerpo el poder de practicar esa cualidad, consciente o inconscientemente. Todas las fuerzas no son finalmente otra cosa que formas de la actividad del Espíritu universal en la Naturaleza, el cual se manifiesta bajo diversas condiciones y da á la individualidad sus cualidades y, por tanto, sus fuerzas individuales también. En una bellota, se manifiesta la fuerza, por la cual puede crecer un roble, sin que lo sepa la bellota; pero el hombre que se ha despertado á la conciencia de sí, puede emplear de un modo inteligente las fuerzas que la naturaleza le ha prestado, para repetir las condiciones bajo las cuales, fuerzas espirituales siempre más elevadas, pueden manifestarse en él, y así, prestando cualidades más elevadas y más nobles.

La más grande de todas las fuerzas espirituales que ejerce al hombre muy por encima de su propia naturaleza animal y de toda ilusión, es el conocimiento de la Verdad. Esto no quiere decir la comprensión de alguna teoría, sino la realización de la Verdad en el hombre mismo, sin ninguna referencia á sus opiniones, teorías, su fantasía y su presunción. Lo que somos nosotros mismos, lo sabemos luego que lo reconocemos realmente, y no necesitamos para ello ninguna explicación. Todas las explicaciones y las teorías sirven tan sólo para librarnos de los errores que nos impiden conocer la Verdad; el conocimiento verdadero no se ha de obtener por el mero saber, sino por el *llegar á ser*. Nadie puede revelar la verdad á otro hombre; sólo la Verdad misma hace esto. Así como en el reino animal, un animal se alimenta con otro, así también en el plano intelectual, se alimenta el hombre de los frutos que otro ha producido en el jardín de sus pensamientos; pero el Espíritu de Dios es libre, y el hombre en quien ha llegado á la conciencia este Espíritu del Conocimiento de sí, vive en el Conocimiento de la Verdad, superior á todas las opiniones y teorías transitorias, en su Yo propio infinito é inmortal; en cuyo estado no puede uno colocarse por medio de la fantasía.

sino que se puede alcanzar tan sólo por la manifestación de esta fuerza espiritual interiormente. La obscuridad no puede por sí misma producir luz alguna. Si se manifiesta la luz, desaparece la obscuridad. Del mismo modo no puede proceder de la presunción del hombre ninguna sabiduría; si la Sabiduría se manifiesta, desaparecen la presunción y las opiniones necias. Por tanto, la Sabiduría es una fuerza que vence á la necesidad.

Una seguridad presuntuosa de que sea verdadera tal ó cual cosa, aunque descansa en las mejores bases, no es de ningún modo el conocimiento propio de la Verdad. La Verdad no es conocida del hombre, sino cuando se realiza en él mismo, es decir, cuando se revela en su auto-conciencia como fuerza viva, y él se ha armonizado con Ella, de modo que puede decir en verdad no sólo: «Yo reconozco lo que es verdadero», sino también «Yo soy la Verdad misma». Esto no quiere decir que no se deba escuchar ninguna teoría ni que sea preciso rechazar ciegamente la opinión de otro. La teoría verdadera es el medio para la práctica verdadera, mas no es el Conocimiento mismo.

La primera condición para el conocimiento de la esencia de cualquier fuerza ó cualidad, es la posesión de la misma. Reconocemos los efectos de las fuerzas exteriores que nosotros mismos no poseemos, mas no su esencia. Para conocer la esencia de una cosa, es preciso que sea una parte de nuestra propia esencia que percibimos; pues una cosa puede reconocer tan sólo aquello que le es semejante; nadie puede tener conciencia propia de cosa alguna sino de sí mismo y de lo que incluye en sí misma. Nadie puede saber qué es el hambre, sino la ha sentido nunca; nadie conoce al amor sino aquel que lo posee; lo inconsciente no puede conocer á la conciencia, ni la muerte á la vida. Es inútil argüir acerca de la posibilidad de que existe una forma de conciencia superior á la ordinaria, con aquellos que no la conocen, porque no existe para ellos en tanto que no poseen ni perciben cosa alguna superior.

Todo lo que hay más allá de nuestra experiencia, es para nosotros misterioso y «oculto». Considerado como animal intelectual, el hombre no sabe nada de las fuerzas espirituales. Maspero, cuando en la conciencia del hombre, nace una fuerza espiritual, ésta entra en él poderosamente; él la reconoce y ella cesa de ser para él una cosa desconocida, no necesita, pues, ninguna otra prueba científica de su existencia, ella es un elemento de su propio ser y es reconocida como tal. No existe para nosotros ningún dios personal

mientras no lo percibimos; mas si penetra en nosotros la percepción de la Divinidad en nuestra conciencia, nada nos impide reconocer la revelación de esta fuerza espiritual como una parte de nuestra propia naturaleza. Si, por el contrario, negamos la posibilidad de que se realice el ideal divino en el hombre personal, nos impedimos á nosotros mismos llegar á un estado divino. Los ignorantes piden á gritos pruebas de la existencia de Dios; pero no necesita prueba alguna el sabio en quien el fuego del Amor divino reduce á cenizas la ilusión del yo, y en quien se ha revelado la Luz de la Sabiduría que viene de arriba. El mismo es un dios luego que Dios ha dominado y aniquilado á lo animal en él.

El primer paso para alcanzar este fin, consiste en obtener la *Pureza*. El espíritu del hombre reúne y combina ideas y con ellas levanta un edificio artificial de ciencia aparente, «edificado en la arena,» una obra imperfecta compuesta de muchos fragmentos, entre los cuales quizá se encuentre acá y allá una vislumbre de verdad; pero el verdadero conocimiento se efectúa, cuando la Luz de la Verdad eterna se refleja en el alma del hombre y la llena completamente, del mismo modo que lo hace el sol en un cristal perfecto. Este conocimiento no es como el saber exterior, un saber de lo aparente, un producto de la ideación propia; no pertenece de ningún modo al hombre exterior, sino al Hombre divino renacido en él, cuya luz puede reflejarse en la conciencia del hombre personal. El mero «presentir» en sí mismo lo divino es ya poseer la semilla de ello, porque solo la sensación divina en el hombre puede percibir la presencia de Dios en el universo; mientras que, por otra parte, el poseer las más elevadas capacidades espirituales no nos sirve de nada en tanto que no las conocemos, y no las conocemos mientras no han desarrollado sus fuerzas, ni llegado á nuestra conciencia. Pero si estas cualidades se han convertido en nosotros en fuerzas vivas, podemos observar su naturaleza y su acción en nosotros mismos, tan bien, y aún mejor de lo que lo hace el físico los fenómenos exteriores del calor ó de la electricidad. Quizá hallamos entonces que las fuerzas espirituales que también no son otra cosa que modificaciones de una Fuerza espiritual única, y que ellas, por lo tanto, son afines entre sí, reaccionan las unas sobre las otras y se limitan mutuamente.

La pureza es la libertad. Si estuviéramos puros de toda personalidad y presunción, seríamos libres y reconoceríamos que no somos criaturas limitadas, sino omnipresentes, omnipenetrantes y omniscientes en nuestra natura-

piritual, etéreo, que lleva una envoltura material y animal, la cual toma por «su yo,» cuando alcanza en el conocimiento de su *constitución verdadera*, queda libre de esta envoltura, su «personalidad» (*persona-máscara*). Este libramiento de la ilusión del «yo» es el sacrificio que no es tal «sacrificio», sino un libramiento que, sin embargo, no puede efectuarse por a-nor á el «yo» porque no puede dominar el yo al yo, la ilusión á la ilusión. Este libramiento se efectúa por la fuerza del conocimiento del *Yo* divino en nosotros, el cual, desde el punto de vista material, en nuestro No Yo, pero, desde el punto de vista espiritual, es el yo el único verdadero de la humanidad entera. Aquí no se trata de ninguna «absorción en la nada,» sino de una elevación en la Divinidad. Un hurte se forma en el océano; es diferente del agua tan sólo por la forma, pero no en su naturaleza; se derrite y entonces es lo que *era antes*. En la conciencia universal se forma la ilusión de la personalidad á consecuencia del deseo de existir personalmente. Nada se gana con la desaparición de la forma, porque existe todavía la personalidad con sus consecuencias. Pero si se llega á dominarla, entonces el hombre vuelve á ser uno con el Hombre divino, así como la chispa se eleva en la llama, y viene á ser una con la luz. La clave del gran misterio es la distinción entre lo eterno y lo transitorio. ¡Procura apoderarte de ella y abre la puerta de la inmortalidad! Puro es lo verdadero, pues está libre de la mentira; puro es lo real, pues está libre de lo falso; puro es lo inocente, pues está libre del pecado; puro es el amor, si está libre del egoísmo; pura la renuncia, si no la acompaña la esperanza de alguna recompensa. El conocimiento es puro cuando está libre de error; de él procede la Paz, y en la Paz está la satisfacción, y en ésta la felicidad, pues la felicidad consiste en la ausencia de todos los deseos, y esperanzas no cumplidas. La Paz es la condición para la manifestación de la Sabiduría, porque sólo en la mente que ninguna pasión perturba, puede la Verdad reflejarse en su claridad, y la imagen de Dios tomar forma en el hombre.

La pureza es la libertad, porque aquel que es puro de todo deseo, está libre de la ilusión de la personalidad, y así viene á ser señor del yo propio. Donde cesa la personalidad, no hay ya nada que subordinar, nada que gobernar. El que está libre del yo, es uno con la Ley, la cual es superior á todo. La libertad es la ley hacia la cual la humanidad entera, y la naturaleza por medio de la humanidad, dirige todos sus esfuerzos. La libertad es la vida verdadera, pues es aquel estado superior en el cual no hay muerte.

piritual, etéreo, que lleva una envoltura material y animal, la cual toma por «su yo,» cuando alcanza en el conocimiento de su constitución verdadera, queda libre de esta envoltura, su «personalidad» (*persona-máscara*). Este libramiento de la ilusión del «yo» es el sacrificio que no es tal «sacrificio», sino un libramiento que, sin embargo, no puede efectuarse por amor á el «yo» porque no puede dominar el yo al yo, la ilusión á la ilusión. Este libramiento se efectúa por la fuerza del conocimiento del Yo divino en nosotros, el cual, desde el punto de vista material, en nuestro No-Yo, pero, desde el punto de vista espiritual, es el yo el único verdadero de la humanidad entera. Aquí no se trata de ninguna «absorción en la nada,» sino de una elevación en la Divinidad. Un lurte se forma en el océano; es diferente del agua tan sólo por la forma, pero no en su naturaleza; se derrite y entonces es lo que *era antes*. En la conciencia universal se forma la ilusión de la personalidad á consecuencia del deseo de existir personalmente. Nada se gana con la desaparición de la forma, porque existe todavía la personalidad con sus consecuencias. Pero si se llega á dominarla, entonces el hombre vuelve á ser uno con el Hombre divino, así como la chispa se eleva en la llama, y viene á ser una con la luz. La clave del gran misterio es la distinción entre lo eterno y lo transitorio. ¡Procura apoderarte de ella y abre la puerta de la inmortalidad! Puro es lo verdadero, pues está libre de la mentira: puro es lo real, pues está libre de lo falso; puro es lo inocente, pues está libre del pecado; puro es el amor, si está libre del egoísmo; pura la renuncia, si no la acompaña la esperanza de alguna recompensa. El conocimiento es puro cuando está libre de error; de él procede la Paz, y en la Paz está la satisfacción, y en ésta la felicidad, pues la felicidad consiste en la ausencia de todos los deseos, y esperanzas no cumplidas. La Paz es la condición para la manifestación de la Sabiduría, porque sólo en la mente que ninguna pasión perturba, puede la Verdad reflejarse en su claridad, y la imagen de Dios tomar forma en el hombre.

La pureza es la libertad, porque aquel que es puro de todo deseo, está libre de la ilusión de la personalidad, y así viene á ser señor del yo propio. Donde cesa la personalidad, no hay ya nada que subordinar, nada que gobernar. El que está libre del yo, es uno con la Ley, la cual es superior á todo. La libertad es la ley hacia la cual la humanidad entera, y la naturaleza por medio de la humanidad, dirige todos sus esfuerzos. La libertad es la vida verdadera, pues es aquel estado superior en el cual no hay muerte.

La forma muere; en ella cesa la actividad de la vida; mas la vida misma no muere. La libertad verdadera consiste en la obediencia á la Ley de Dios, cuya ley es Su Voluntad; la Voluntad de Dios es el Amor; y el Amor, la fuerza del Conocimiento. Dios no quiere otra cosa que manifestarse por sí mismo, y solo aquel que se esfuerza en obedecer á la Ley, y así hacer posible la manifestación de Dios en su propia persona, solo aquel ama á Dios, y no aquel que le expone sus deseos personales con lamentos y gritos ó procura moverle con tambores y pífanos á que le haga su voluntad. La voluntad se vuelve libre por el Conocimiento de la Verdad; la libertad de la voluntad tiene la misma extensión que el Conocimiento mismo. La Voluntad de Dios es libre. Cuando la voluntad del hombre ha llegado á la verdadera libertad, entonces es una con la Voluntad de Dios, y la Voluntad divina misma. No hay diferencia entre dos fuerzas que son idénticas una con otra. La libertad es la consumación del amor, la unión del amor del hombre con su verdadero Yo divino por el Amor de Dios con su manifestación en el hombre. Este Amor es el Conocimiento mismo. El que crece en el poder del conocimiento espiritual, crece en el amor. El conocimiento meramente intelectual no produce ningún amor verdadero, ni la inclinación de los sentidos conocimiento verdadero alguno; pero el amor verdadero procede del conocimiento de la Unidad del Todo, y por medio de este amor se conoce la esencia divina en todas las cosas.

Con las fuerzas espirituales sucede lo que con el pollo y el huevo. Si no existiera la gallina no habría huevo, y sin el huevo no habría pollo. El uno depende del otro y el uno procede del otro; en la eternidad no hay «primero» ni «último». Si reconozco á mi propio Yo verdadero como Dios, solo sacrifico á mí mismo todo lo que sacrifico. Abandonando las apariencias, llego al conocimiento del verdadero Ser; pero para que yo pueda renunciar á las apariencias, es preciso que exista ya en mí cierto grado de conocimiento. El que dá todo está libre y no está ya ligado á cosa alguna; mas el que lo da, á fin de alcanzar la Libertad, no gana nada, porque se halla todavía impulsado por el deseo de alcanzar algo para sí mismo; solo la percepción de la santidad de la Libertad da al hombre el poder de renunciar á todo, y esta libertad es una fuerza que de otro modo no se podría percibiría. El atributo se convierte en fuerza, la cual puede percibirse llegando á la conciencia en nosotros. Un rey que no percibe nada de su reino, no es capaz de gobernar; un hombre que no conoce su dignidad como tal, es un

animal. La conciencia del estado en el cual se encuentra uno da la fuerza para el desarrollo del atributo.

La Libertad no está limitada á lugar alguno; el Espíritu libre está en todas partes y puede actuar en cualquier lugar en que trasponga su conciencia. El cuerpo no puede participar esta libertad; está ligado á un lugar y á un tiempo; el Espíritu que ha obtenido la libertad, está libre. Por la conciencia de la Libertad se manifiesta la justicia. Mientras el alma está presa de afecciones personales, no puede comprender la justicia que reconoce el derecho de todas las criaturas; mas el que es superior á todo, no está ligado á nada individual; reconoce la Realidad en una mosca lo mismo que en un elefante. El alimento de la Libertad es el amor porque éste fortalece al conocimiento. El símbolo de la libertad se representa con la cruz, la cual significa el sacrificio de sí mismo, la muerte de lo material y el libramiento del espíritu por medio de la unión con la Divinidad. Encadenada por medio de los sentidos, presa de la ilusión del yo, duerme y sueña el alma que ha olvidado su origen divino, su patria celestial; está sujeta á un cambio constante de vida y de muerte, hasta que, por el dominio de la ilusión, vuelve á despertarse á la conciencia de la Realidad, y desecha la envoltura que le ocultaba la libertad.

En la percepción del presentimiento de esta libertad, el cual aparece cuando empieza á moverse la fuerza del conocimiento, consiste la Fe, la que es como la percepción fija de un rayo de luz que penetra á través de la niebla, y cuyo manantial es el Sol central del universo. No es todavía el Conocimiento perfecto, sino el principio del mismo. Si el alma se eleva en el poder de esta fe, la niebla retrocede y el sol aparece en toda su gloria. La fantasía no tiene nada que ver con la fe; es impotente y no es fe, aun cuando por ella se deriven las opiniones aceptadas de las autoridades fidedignas. Ningún hombre ha alcanzado jamás al verdadero Conocimiento con fundar su «fe» en la convicción de la respetabilidad y amor á la Verdad de alguna persona. En semejante base descansa la «Teosofistería,» mas no el Conocimiento divino (Teosofía). En la aceptación de teorías, sean verdaderas ó falsas, no hay ningún conocimiento. La verdadera Fe no consiste en dogmas y opiniones, sino que es el Sendero de la Luz que conduce al Conocimiento, y se puede poseer la verdadera Fe aún sin haber sido educado científicamente y sin ser versado en la teología. El principio de este camino es la luz; el medio el *verbo*, el cual procede de la

por medio de éstas; es el conocimiento de Sí que no descansa en nada sinó en sí mismo. La naturaleza es una manifestación de la Verdad, cuya madre es la Sabiduría. Aun cuando se aniquilara la naturaleza entera, y el cielo y la tierra desaparecieran, la Sabiduría de Dios subsistiría, aunque en lo inmanifestado, y su Voluntad traería á la existencia un nuevo universo.

Sin embargo, por hábil y erudito que sea un hombre, no hay en él ninguna sabiduría, mientras no llega á manifestarse en él el verdadero Conocimiento de Sí. La posesión de este Conocimiento de Sí, distingue al verdadero sábio del traficante en erudición. La verdadera sabiduría no puede aprenderse en los libros. Estos pueden tan sólo enseñarnos dónde encontrarla. Ella no se comunica por medio de alguna persona, sinó por sí misma. Todas las cosas que vemos, son símbolos y representaciones de la realidad, mas no la realidad misma. Si interpretamos erróneamente estos símbolos, no es por culpa de la Verdad ni de los símbolos, sinó de nuestro propio error. La Verdad es siempre comprensible por sí misma, y no necesita prueba alguna. Ella es una luz, y la percibe aquel á quien ella alumbrá; mas aquel á quien no alumbrá, no la conocerá jamás, á pesar de todas las «pruebas».

El objeto de la Sabiduría es manifestarse, enseñar, educar y elevar al hombre y ayudarle á alcanzar la conciencia de la inmortalidad; ella le libra del error y de la ignorancia, y le enseña á conocer su propia naturaleza superior como una fuerza inteligente en el universo. La Sabiduría es la realización de la Voluntad divina, cuya realización consiste en el llegar á ser. «Hágase tu voluntad», significa en otros términos «Déjanos llegar al Conocimiento»; y esto, nadie nos lo impide, sinó nosotros mismos. El conocer exactamente las relaciones de las cosas en el mundo exterior, es ciencia; pero no es sabiduría. La ciencia exterior consiste en las apariencias transitorias; la Sabiduría es el conocimiento de la Verdad, la cual es eterna é inmutable. Sin este conocimiento, la ciencia es un fragmento; no es verdadera sinó cuando la base de su saber es el conocimiento de la Realidad una y eterna.

Por la revelación de la Verdad en nosotros, nace la Sabiduría. Ella es la fuerza por la cual el universo es lo que es en realidad. Si el universo no fuera real, no existiría de ningún modo. Muchos filósofos afirman que el universo existe tan sólo en su concepción; pero mi concepción no cambia nada en la existencia del universo. Por cierto, no conozco nada del univer-

so, sino lo que entra en mi concepción; pero la Realidad está allí, sea que yo me forme un concepto de Ella ó no. Lo que percibimos corporalmente, no es por supuesto nada, sino una apariencia; pero detrás de la apariencia está la Realidad, de otro modo no existiría la apariencia. La Verdad es la luz, y las formas las sombras. La Verdad es la Vida, y las formas el medio para su manifestación. Por el conocimiento de la Verdad, el cual es la Sabiduría, nace del hombre animal perecedero un Hombre divino inmaterial. Pero esto no se efectúa por la teoría, sino con el manifestarse en nosotros la Luz del Conocimiento por la acción. El universo es la «concepción» del Espíritu divino, y este Espíritu soy yo. Pero mientras no me reconocí como este Espíritu divino sino que tan sólo me imagino serlo, no es mi propio ser, mi «yo», nada sino una ilusión pasajera.

De la Sabiduría procede la Belleza, pues lo que es sabio es bueno, y lo que es bueno es bello. La posesión de la Sabiduría transfigura al alma y por medio del alma embellece al cuerpo, porque éste es la expresión exterior del alma. El amor a la Sabiduría se realiza por medio de la obediencia á lo que manda la Sabiduría. Esta obediencia descansa en la fe en el poder de la Sabiduría, y la fe depende del amor, pues una «fe» sin amor es como un árbol muerto, el cual no produce fruto. La más elevada sagacidad humana no puede producir sabiduría alguna, así como un pedazo de hierro no puede, por sí solo volverse candente; pero así como el hierro se vuelve candente por medio del calor, así también un entendimiento claro puede iluminarse por medio de la Luz de la Verdad, y llegar al Conocimiento cuando el alma se enciende en el fuego del Amor divino.

Las teorías varían, pero la Sabiduría es eterna. La Verdad es invariable, pero sus manifestaciones son diversas, según las proporciones bajo las cuales se manifiesta. Así también la luz del sol está siempre en el espacio, pero el que sea de día ó de noche entre nosotros, depende de que nos encontremos en la luz ó en la sombra. La Sabiduría es única, pero puede manifestarse en un grado más ó menos elevado, así como la luz del sol es tan sólo una, pero brilla con una intensidad que varía según las diferentes circunstancias.

Ningún hombre se procura sus fuerzas por sí mismo. Nadie es sabio, bueno, bello, etc., de otra manera que por la manifestación en él de la Sabiduría, la Bondad, la Belleza, etc. El principio es la esencia, la forma es tan sólo el fenómeno. Toda sabiduría, moral, pureza, virtud, etc., que una

El manantial de la sabiduría es inagotable; alimenta al alma y ésta crece en él. No por la creencia en autoridades, sino por la luz de la sabiduría, se desarrolla el Loto de la verdadera Conciencia de Sí, así como se abre en el sol el cáliz de la rosa. Los frutos del conocimiento de Sí maduran a la luz de la Verdad, pero la luz no disminuye por ello. El universo entero es un espejo de la Verdad; vemos en él las imágenes que la luz produce, pero no puede percibirse la verdad sino con la luz de la verdad que está en nosotros mismos. Esta percepción fortalece a la fe, cuya alma es la esperanza, y a la cual el amor penetra.

La esperanza, en el sentido espiritual, no es la expectativa de algún provecho personal, sino que así como la alondra saluda gozosa al sol-naciente sin por eso pensar en sí misma, de la misma manera se alegra el alma en la confianza de que saldrá el Sol de la Sabiduría, cuando despunte el día.

La vida de la Fe es la Voluntad. Es la base de toda existencia; la voluntad de todas las criaturas para la existencia, ya consciente, ya inconsciente, es la causa de que haya criaturas. De nada sirve cualquiera «negación» científica. Mientras la voluntad del hombre es más fuerte que su conocimiento, no se eleva por encima del círculo de la vida. Una voluntad a la cual la fantasía mueve, es una voluntad quimérica; en tanto que el hombre no domina a su voluntad por el poder del Conocimiento, esta voluntad obedece a los poderes naturales ciegos en él cuando se imagina ser dueño de su volición y de su acción. La voluntad no es un producto del hombre, sino que el hombre un producto de su voluntad. El hombre es el resultado de sus acciones en forma de existencias anteriores, y estas acciones son determinadas por su voluntad.

La volición del hombre ligado a la tierra, es una ilusión, una nada. Su cuerpo sigue las leyes de la naturaleza material y sus acciones son determinadas por sus deseos. La volición del hombre no viene a ser suya sino cuando el hombre ha venido a ser uno con la ley por el poder del conocimiento. Entonces domina en él la voluntad de la Ley, esta Ley no es otra que él mismo.

El espíritu (la conciencia) es el generador, la Voluntad, es la productora, la «substancia». La Voluntad es el terreno en el cual yacen las semillas de las sensaciones y de los deseos; por medio de la influencia del Espíritu se desarrollan en ideas; de éstas procede el pensamiento y del pensamiento

la acción. Por tanto, la voluntad del hombre ligado á la tierra, no es nada, porque el hombre sin conocimiento no es nada por sí mismo; él se imagina pensar, querer y obrar, y con todo, es tan solo la naturaleza la que en él percibe, quiere, obra y piensa. «El se imagina impulsar y es impulsado». Así como el viento juega entre las hojas secas y las arroja acá y allá, del mismo modo el querer y el pensar del hombre que no tiene verdadero conocimiento, son movidos por influencias que él no conoce ni puede dominar. Pero el sabio tiene su voluntad en su poder, y el espíritu que penetra á su libre voluntad, es la Fe que puede «mover montañas», cuando él mismo ha venido á ser «montaña». Mientras el hombre tiene una naturaleza pervertida á la cual él está ligado porque no conoce su propia esencia verdadera, se halla pervertida la voluntad que en él actúa; mas si él se despierta á su verdadera auto-conciencia, y se pone en armonía con la voluntad divina, entonces su voluntad es la Voluntad de Dios y libre. La razón por la cual no se efectúa esto, es la ignorancia de lo material en lo cual se halla preso el hombre. Empero, la ignorancia no tiene base alguna como Sankarachar ya lo demostró muchos siglos antes que Kant, lo cual, además es evidente, porque la ignorancia es la ausencia del saber, y algo que no existe no tiene tampoco razón alguna para existir.

Ya que la existencia por sí misma es única, no puede haber sino una base única para toda existencia; pero las formas de existencias son innumerables y, por lo tanto, tienen innumerables causas, todas las cuales, sin embargo, pueden reducirse á una causa original, única de la cual son modificaciones. Esta causa original es la Realidad; pero lo que es ella, es superior á todo concepto intelectual y no puede describirse, aunque se ha escrito mucho sobre ella, porque es infinitamente más grande que la concepción limitada del hombre. De que se pueda conocer espiritualmente, no hay prueba alguna que satisfaga al excéptico. Esto no lo puede saber si aquel que ha alcanzado al Conocimiento de sí espiritual. La ciencia no puede conocer nada superior á la acción de la Ley, mas no á la Ley misma. Solo Dios puede conocer á la Ley. El mismo es la Ley. La Ley de Dios es perfecta, pero su acción no es perfecta en todas partes porque donde no son armoniosas las condiciones bajo las cuales entra en actividad, no puede dominar la armonía. Lo que se llama «materia», está opuesto al Espíritu; por la voluntad contraria de lo «material», queda impedida y pervertida la manifestación del Espíritu. La Voluntad de Dios es su ley, pero esta Voluntad no está sujeta á ningún an-

tojo, capricho, deseo ó pasión; es divina precisamente porque es una con la Ley, invariable, y la Ley misma. Pero la acción de la Ley es diversa según las proporciones bajo las cuales domina. Lo que es conveniente y justo para el animal, no lo es siempre para el hombre, porque entre los animales impera el egoísmo al cual el hombre tiene que vencer. Si todas las criaturas hubiesen sido, desde el principio, hechas de tal manera que no tuviesen que vencer ningún egoísmo, no tendrían tampoco nada que aprender y no habría ninguna fuerza individual, ningún conocimiento individual.

La Ley de Dios es la Armonía. La ley del hombre es que el mismo tiene que vencer todo lo inarmónico en su naturaleza; y así ponerse conscientemente de acuerdo con la Armonía del Universo. La Armonía es el aliento de Dios en el Universo, y la Vida del alma del hombre. La «Ciencia del Aliento» no puede ser practicada por nadie que no conozca la Armonía del Espíritu, porque no se trata en ella del aliento animal, sino del espiritual; nadie ha llegado aun al Conocimiento divino con cerrar las ventanas de la nariz.

Por lo que hace á «Dios», no hay ninguna definición; no podemos atribuirle sino cualidades negativas, tales como la infinidad, la incomprendibilidad. Un Dios al cual yo pudiera concebir intelectualmente, sería más pequeño que mi inteligencia, y por tanto, no sería Dios. Lo limitado no puede abarcar á lo ilimitado, lo personal á lo impersonal. Por el contrario, podemos formarnos ciertos conceptos de la Esencia divina, según el modo en que se nos manifiesta su fuerza. Así es que cuando damos á Dios, lo Inefable, diversos nombres, no designamos sino tan solo las formas bajo las cuales nos aparece la Divinidad. Todas las demás especulaciones científicas, filosóficas y teológicas acerca de la esencia de la Divinidad, son tentativas necias para sondear lo insondable, y pruebas de la arrogancia del hombre, el que se imagina ser más grande que Dios.

Podemos representarnos á Dios como la Omniauto-conciencia en aquel estado en que no domina ya ninguna discordancia; como la Existencia absoluta, la que no tiene ninguna otra causa más que Ella misma; como el Manantial de todo sér y la Esencia de todas las cosas; como la única Realidad fuera de la cual no existe nada verdadero; pero todas estas expresiones son insuficientes, y distan mucho de darnos un concepto verdadero del Sér divino. Dios es todo, y por tanto nada de lo que pueda concebir el hombre. Decir que «Dios es el espacio» es una necedad, porque el

«espacio» no es auto-consciente, y un Dios inconsciente es muy inferior á una criatura que tiene conciencia aun cuando no fuere más que un gusano. Ya que Dios es Todo, es por supuesto el «espacio» también, pero es todavía mucho más. No es ni esto ni aquello. El es todas las cosas, y sin embargo, no es cosa alguna. Podemos representarnos su Aliento como la Vida en todo, su Voluntad como el amor infinito, su Justicia como el cumplimiento de la Ley, su Palabra como la entera Creación, su Espíritu como la Verdad. Cuando percibimos en El la fuente de todo lo Bueno, nos parece como un Padre amante, como la Fuente de Toda felicidad, como la Santidad misma; la cual no nos sirve de nada mientras no la poseemos. Cuando nos habla por medio de la naturaleza entera, nos parece como instructor divino y en nuestro corazón como el Redentor. Su Poder en el universo es su volición, su Acción en el interior del hombre, la manifestación de su Sabiduría, su Mansión es todo lo que ha producido, su Asiento en el hombre el Conocimiento de Sí. El es también la Paz eterna, y el camino que á ella conduce es la Paciencia. Su reino es la Sabiduría, su Palabra la Verdad, su vida la Luz.

Ya que Dios es todo, es también lo Absoluto, pero lo Absoluto no es Dios todavía. En su aspecto como lo Absoluto, no se puede atribuir cualidades positivas á Dios, porque todas las cualidades, aún la existencia misma, son de naturaleza relativa, y lo Absoluto no tiene relación con nada. Sí; en realidad, no hay nada sino Dios, no hay tampoco nada hacia lo cual pueda ser bueno ó malo. Por tanto, Dios no es ni ángel ni diablo, ni bueno ni malo, ni moral, ni inmoral, ni virtuoso ni vicioso. Todas estas cualidades proceden de las relaciones de las criaturas entre sí, pero Dios no es criatura. El «Bien» es malo, si aparece en un lugar inconveniente, y lo «malo» es bueno, cuando es necesario.

Por consiguiente, Dios no tiene ningún atributo divino para nosotros. Sus atributos divinos no llegan á existir para nosotros, sino cuando aprendemos á conocerlos y no podemos realmente aprender á conocerlos sino cuando se manifiestan en nosotros mismos. Pero llegamos á poseer estos atributos nosotros mismos y aprendemos á conocer los atributos de Dios como los nuestros propios, después de vencer la ilusión de la personalidad; y solo se puede responder á la pregunta: «¿Qué es Dios?» cuando sabemos lo que nosotros mismos somos según nuestra propia naturaleza. Pero el que ha encontrado á Dios en sí mismo, no puede describirlo á ningún otro, y

sería tan poco comprendido de los que no conocen á Dios, como Dios cuya acción entera no consiste en nada sino en su manifestación, cuya manifestación es el Universo entero, y que, á pesar de todo, no es comprendido precisamente porque el divino Conocimiento de Sí no pertenece al hombre mortal, sino que solo el «Hijo de Dios hecho carne» en el hombre, se reconoce como á sí mismo como la Divinidad.

DR. FRANZ HARTMANN.

---

## PRINCIPIOS SOSTENIDOS POR LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

---

Los principios en que se basa la actividad teosófica son, en pocas palabras, como sigue:

1. No enseñes dogma alguno (artículo de fé), en el cual haya de creerse ciegamente, es decir, no proclames una doctrina exterior ó la mera aceptación de la misma, como la única Verdad (Teosofía) que pueda procurar la salvación ó la santificación, pues no se puede ser santo sinó por medio del divino Conocimiento de Sí, ó sea por el Amor Omnipenetrante, y éste no se ha de hallar en exterioridades, en ritos ó en libros.

Se ha dicho, de muchas maneras, que la Sociedad Teosófica no tiene dogmas y que caben perfectamente en ella hombres y mujeres de todos los credos y de todas las opiniones; que sus miembros,—en cuanto son verdaderos Teosofistas (amantes de la Verdad),—piensan, hablan y obran de conformidad con el primer y principal objeto de dicha Sociedad, y que cooperan gustosos á las obras altruistas de todas las personas que persiguen el mismo fin, aunque no se hallen inscritas en los registros de la Sociedad, pues no pretenden tener el monopolio del gran Ideal de Amor y Tolerancia que han elegido como norma.

Esta afirmación, sencilla como parece, tiene que repetirse constantemente,

ya porque el vulgo, por más instrucción que tenga, cree que tal ideal es una utopía, ya porque los secuaces fanáticos de los sistemas filosóficos y religiosos limitados, persisten en considerar la Teosofía como un sistema en oposición al suyo y en llamar á la Sociedad Teosófica una «escuela». Empero, es muy natural que padezcan este error, pues suelen creer que su sistema particular contiene toda la verdad, ó, cuando menos, que dicho sistema es superior á todos los demás. Ellos también aspiran á la fraternidad universal, pero quieren modelarla según sus dogmas, y que su escuela sea el centro de gravitación de toda la humanidad. No hay, pues, que maravillarse de que no puedan comprender que la Sociedad Teosófica es por su naturaleza una plataforma universal positivamente antisectaria, en la cual caben todas las sectas, lo mismo que las individualidades aisladas. Los teosofistas que buscan con afán la verdad que hay en todas las religiones, filosofías y ciencias, no tienen un apego exclusivo á sistema alguno, ni pretenden que las «doctrinas teosóficas» (aún cuando las ven corroboradas en todos las Biblias de la humanidad) no sean susceptibles de alguna ampliación. Comprenden que la Verdad ha de ser una é invariable, pero que los conceptos de ella son necesariamente muchos y están sujetos al progreso, y que el conocimiento de alguna «verdad», ó aspecto de la Verdad Una, no se adquiere con la mera lectura de libros, sino por medio de lo propia experiencia y del desarrollo de su conciencia en todos los planos de la existencia.

2. No apeles á ninguna autoridad ya exterior ya interior, ni presentes, como tales, personas ó escritos. Tampoco presentes á las doctrinas teosóficas como enseñanzas de la razón; antes bien deja á cada cual que vea por sí mismo si esas doctrinas son una expresión de la razón ó nó. Un discípulo de la sabiduría no se hace á sí mismo autoridad con declarar que es discípulo del Maestro.

El saber lo que dice una «autoridad» tocante á tal ó cual «verdad» filosófica, religiosa ó científica, dista mucho del conocimiento de la misma. Un hombre científico, un filósofo ó un teólogo pueden ser reconocidos como «autoridad», en tal ó cual asunto, sólo por los que posean los mismos conocimientos que ellos,—conocimientos adquiridos por la experiencia propia. Para los demás, tales «autoridades» sirven tan sólo de guías en los estudios y observaciones que á su vez tienen que hacer á fin de alcanzar los mismos

conocimientos. El verdadero teosofista, —dispuesto á aprender de todos,— se alegra de ver á los hombres pensar por sí mismos, aún cuando tengan opiniones muy diferentes de las suyas, pues sabe que las opiniones, sean las suyas ó las ajenas, por erróneas que sean, tienen que progresar en proporción á la libertad de conciencia y al amor á la Verdad por ella misma, es decir, sin consideración egoísta, sin amor propio.

3. No trates de probar la verdad de las doctrinas teosóficas á nadie, porque esto es imposible, pues las doctrinas no prueban á la Verdad misma, sinó que señalan tan solo el camino que lleva al conocimiento propio de la Verdad. La Verdad divina no necesita de prueba exterior alguna; quien quiera conocerla, debe alejar de su alma los obstáculos que se oponen á la manifestación de aquella.

Es evidente que, así como no se puede describir la luz á un ciego de nacimiento, no es posible comunicar á otro el conocimiento que se ha adquirido respecto á algún aspecto de la Verdad. Una verdad cualquiera no se llega á conocer sinó por la percepción directa, y todo lo que se lea ú oíga tocante á ella, sirve tan sólo para ayudar á formarse un concepto de ella. Se comprende desde luego, pues, que una verdad física se comprueba por medio de los sentidos físicos, solos ó auxiliados de instrumentos, una verdad intelectual por medio de un intelecto suficientemente desarrollado, y una verdad espiritual por medio del grado de espiritualidad necesario, y que, por lo tanto, lo intelectual no se puede probar con lo físico, ni lo espiritual con lo intelectual ó con lo físico.

4. No te afanes por convertir á otros á una creencia exterior, pues cada uno ha de creer lo que sea capaz de creer. La explicación de la verdadera naturaleza del hombre no tiene nada que ver con el fanatismo religioso. La creencia ciega degrada á los pueblos, tanto como los instruye la experiencia.

El que pretende convertir á otros á su creencia particular, se parece á un hombre que se imaginára que en parte alguna se puede ver tan claro como en su casa. El verdadero teosofista no procura convertir á nadie, pues solo desea ayudar en cuanto pueda á los que piensan por sí mismos. Sabe que todas las creencias, por erróneas que sean, tienen un fondo de

verdad, y que este fondo no se puede alcanzar con solo cambiar de dogmas, sino por el desarrollo de la percepción espiritual.

En cuanto á la Sociedad Teosófica, sería ilógico considerar como conversión el ingresar en ella, puesto que, como se ha dicho ya, no tiene dogmas en que sea preciso creer, y que entre sus miembros hay muchos que pertenecen á diversas religiones, así como los hay que no pertenecen á ninguna. Tampoco sería lógico hablar de una conversión á la Teosofía (á lo menos en el sentido dogmático que suele atribuirse á esta palabra.) El descubrir verdades ó aspectos de la Verdad (Teosofía), no es un asunto de creencias, ni de ritos ó prácticas, el teosofista estudioso sabe que en todas las religiones, y aun fuera de ellas, ha habido «Teósofos.»

5. No enseñes de un modo negativo, es decir, no disputes ni critiques; no censures las demás enseñanzas, ni á las personas y sus ideas, opiniones y acciones; no rechaces nada, ni glorifiques cosa alguna, no procures persuadir á nadie; no condenes nada como malo, ni alabes nada como bueno, ya que toda existencia es la manifestación de la Unidad Divina; antes bien, enseña la inmutable ley de la conexión de causa y efecto (Karma). Deja, por tanto, á cada uno formarse una opinión, y obrar de conformidad.

Como se sabe, el plano intelectual es un plano de gran actividad y de lucha, en el cual no hay que esperar encontrar mucha armonía, á causa del amor propio y demás intereses egoístas. Vemos diariamente polémicas científicas, filosóficas y religiosas en las cuales los que pretenden discutir, no manifiestan ningún verdadero deseo de adquirir mayor conocimiento de la verdad, sino que, cegados por el amor propio, anhelan tan solo tener razón y procuran ridiculizarse los unos á los otros, de lo que resulta con frecuencia que no triunfa (para el público ignorante) el que tiene más razón, sino el que es más diestro y posee el más extenso «vocabulario». Los secuaces fanáticos de los sistemas limitados, estimulados por el deseo de defender sus dogmas y opiniones, creen naturalmente que la «verdad» no puede probarse sino por medio de polémicas y procurando derribar los demás sistemas, sin considerar que estos pueden también contener verdades que les sería muy provechoso asimilarse. Un verdadero teosofista, constantemente deseoso de vencer su presunción y vanidad, no desperdicia jamás su energía en contiendas sofísticas. No rehusa nunca discutir con moderación y de un modo

positivamente *impersonal*, pues considera la discusión como un auxilio que los hombres se prestan mutuamente en sus estudios intelectuales. Si descubre errores ó deficiencias en las opiniones contrarias, lo manifiesta con gran indulgencia y con todas las precauciones posibles para no lastimar la sensibilidad de las personas con quienes discuten sean teosofistas ó no, pues él no se regocija en descubrir errores, sinó en descubrir verdades, ni aspira á ver defectos en los otros, sinó á corregirse de los suyos; y si á su vez incurre en algún error, no lamenta el hecho, sinó que se alegra de haber tenido la oportunidad de hacer un progreso, pues, como se ha dicho, él está pronto á aprender de todos.

6. No prescribas ninguna acción, pero enseña los principios en los cuales descansa la existencia humana. Por consiguiente, no uses de violencia, antes bien deja á cada uno seguir su propio conocimiento, á fin de que nadie sea inducido á obrar como un autómeta.

7. No hagas ninguna propaganda para una persona, ni para un partido, ó cualquiera asociación exterior, ya en público, ya en secreto, antes bien, deja á cada uno seguir la persona ó sociedad que le convenga.

Todo descuido en el cumplimiento de cada uno de estos preceptos, perturba, como lo demuestra la experiencia diaria, la armonía entre los hombres, produce la intolerancia y el odio en los demás, y causa las luchas lo mismo que la persecución de los que creen de otra manera.

El objeto del Movimiento Teosófico es, por el contrario, el progreso de la Paz en la tierra, cuya Paz descansa en el Conocimiento divino.

---

por las serpientes y escorpiones, alcanzando á apoderarse de él, recién supo las virtudes de las yerbas y plantas, los encantamientos de las aguas y del cielo, los sortilegios que hacen sanar y los que hacen morir.

Después, en época más cercana, Apolonio llegó á las montañas, en donde los sábios de India guardaban su doctrina; encontró á todos aquellos viejos con bastante salud y fuerza, pues ellos conocían por su filosofía las artes de sanar y de vivir.

De la misma manera, Eliseo el Profeta volvió la vida al hijo de la viuda y Pablo neutralizó el veneno de la víbora.

Ni podía ser de otro modo. Estudiando los orígenes de la medicina, no sabemos cuál idea surgió primero en el hombre: si la de vivir ó la de utilizar á los remedios. Es muy difícil determinarlo: quién sabe! una y otra idea pudieron brotar juntas y en el mismo tiempo.

Spencer refiere de unos salvajes que comen el corazón y tal vez todo el cuerpo de los fallecidos, con el fin de alcanzar á las virtudes que éstos poseían en vida.

Esta es una idea de medicina primitiva, pero es también concepto de vida y de energías, que incluye la distinción de vida individual y vida universal, de virtualidad inherente á cierta forma ó materia y virtualidad universal.

Según las hipótesis que se hacen, acerca de la evolución de la especie y origen del hombre, se puede subir á la génesis del propio juicio y hacer la historia correspondiente; pero, indagar si la idea de «medicina» se junta á la de «vida», es muy dudable.

De veras, si seguimos la idea evolucionista, según la cual el hombre sale de su condición bestial y repite continuamente su evolución, pasando ya sea de embrión á individuo, ya sea de la barbárie á la civilización, tenemos que seguir el método de Spencer é indagar cuáles son las ideas primitivas de la medicina entre los bárbaros que han evolucionado ménos; estudiar analógicamente las modificaciones de las razas más adelantadas, y descubrir los primeros conocimientos médicos; pero este método es no solo infiel, sino que hoy se vá dejando á un lado.

Si al contrario, siguiendo las ciencias ocultas, consentimos en la evolución continua del individuo en la especie, con sus dos términos, principio y fin, en los diferentes campos de espíritu y materia, nos encontramos en contradicción como ésta: que concebimos igualmente la primera formación, pero estamos divididos en las ilaciones consecutivas.

Aquí es menester introducir un paréntesis.

Decir hoy «ocultismo» ó «ciencias ocultas», puede parecer á muchos como una blasfemia, y tal sería, si por suerte la palabra no tuviese significación del todo contraria á lo que aparentemente podemos entender.

No es ocultismo el complejo de los conocimientos que habitualmente se esconden al público, sinó «el conjunto de las ciencias sintéticas que por las observaciones de hechos particulares, deducen las leyes generales y la armonía única del universo» ó «la ciencia de todo lo que está habitualmente oculto, por culpa de los hombres, que no quieren estudiarla ó no tienen suficiente capacidad para hacerlo».

Es oculto lo que está demasiado claro, el axioma; el dos y dos son cuatro, la vida, el sér, el universo; y el ocultismo es la ciencia que estudia y explica esos axiomas. Semejante nombre de «ocultismo» es terriblemente lógico, por cuanto es lógica é irónica para nosotros la traslación del nombre «álgebra» para expresar cosa obscura, difícil de comprenderse, abstrusa: la álgebra, que es el espejo de las relaciones más conocidas y más comunes entre las cosas, es la representación más razonable de las matemáticas.

Las cosas más simples son también las más difíciles, los axiomas son las verdades que se pueden demostrar menos que otras, y el ocultismo es la ciencia de estas cosas simples y universales, de estas relaciones desconocidas á muchas inteligencias, de esa inmensa y armónica regla del universo, en donde no saben penetrar los que tienen orejas acostumbradas para sonidos particulares y temporáneos.

Todas las conclusiones de los libros de doctrina, son materia de ocultismo, porque ellas establecen siempre algo de universal y duradero, una ley permanente y constante.

Ocultismo, entonces, llamamos á esta ciencia, no porque quien la estudie, tenga que esconderla á los demás, sinó que, por su naturaleza, del todo sintética, queda oculta á muchos hombres.

Del mismo modo que un ignorante no puede comprender doctrinas elementales, todo el mundo tiene dificultad remarcada para abarcar las ideas universales: quien recuerda cuánto trabajo costó hacer comprender qué signos determinados expresaban las relaciones constantes de probabilidades infinitas, y cuántas penas nos dieron las primeras ecuaciones, puede compren-

der muy bien por qué el ocultismo, que es ciencia de lo universal y único, se llama y resulta verdaderamente ocultismo.

En la medicina, esta ciencia, desde su origen, ha entrado por necesidad. El concepto de vida es, por un lado, eminentemente universal, y por el otro, sintético.

Pongámonos al mismo nivel de un hombre de inteligencia no cultivada y vemos cuál idea él puede tener del universo y cuál de nosotros mismos.

Las plantas suben; el sol sale y se pone; las bestias comen y adelantan; la mar se incha, ondea y se aplana; los ríos corren; las lagunas se secan; él mismo que come, devuelve el producto de su comida, siente aumentar ó disminuir sus fuerzas, vé cada día hacerse mayor el volúmen de su cuerpo, cambiar sus energías; y saca de todo esto, la convicción natural de que es única la ley que regla todas las cosas, y que estas viven todas de la misma manera. ¿Pero si él coge las frutas, mata los animales y los come, el bienestar que prueba, no le acarrea la presunción de que su vida es muy diferente de la de aquellos, la cual tenía poder de aumentar la suya?

En esto funda principalmente su origen la medicina, la cual, en fin, no es el primero ocultismo, si estuviere permitido decir que hubiera existido un primero ocultismo.

En las civilizaciones más adelantadas, cuyos trabajos, sin la división moderna, todavía no habían diferenciado las ciencias entre sí, como en nuestros días, los conceptos fundamentales ó, mejor dicho, con términos modernos, las hipótesis más razonables sobre la vida y sus exterioridades, sobre los seres humanos y mundiales, componían toda base de doctrina.

Las religiones no se distinguían de las ciencias, como entre nosotros, por el hecho muy simple de que las ciencias, entre aquellos pueblos, eran religiones.

Y vemos la medicina deducir, por las observaciones de hechos, algunas verdades parciales y buscar una verdad única cual fundamento, la verdad en la concepción de la vida.

En Babilonia no había médicos; los Magos curaban, enseñaban y custodiaban el culto de los dioses.

Y Moisés fué grande higienista, según lo atestiguan todavía las leyes y costumbres de los Ebreos.

Las turbas del pueblo nunca iban á casa del médico para curarse, sinó al templo, siguiendo así un concepto erróneo en su aplicación parcial, pero

perfecto en su creación esquemática, porque es muy razonable sacar de la vida universal la que falta á nosotros, que somos partículas del universo.

Entre los Griegos y Romanos, ya empieza á distinguirse la ciencia de la religión: ciencia es el estudio de los hechos, religión es el culto divino, la doctrina instituida, la filosofía sintetizada; sin embargo, ellos divinizan á Esculapio y levantan aras y templos en su honor; ni los médicos fueron menos sacerdotes ó magos que los de Asiria, Egipto y Babilonia.

El Cristianismo no mudó la condición; popularizó cuantiosas teorías ocultísticas, pero dejando la medicina en su estado antiguo, muchos de los primeros cristianos eran sacerdotes y médicos, sanaban con parcialidad igual, recetando remedios ó aplicando las manos.

Después se vá cambiando el rumbo de la medicina con los alquimistas, que llevaron notable contribución de observaciones: estableciendo cual punto de salida, el concepto de la materia única, de la trasmutación y permanencia de energía, lograron constatar las cualidades aparentes de las varias formas de materia diferenciada y perdieron el uso y la noción de su idea primitiva.

Es verdad, que en esos mismos tiempos, los médicos se extremaban en las hipótesis más extrañas sobre el funcionamiento del cuerpo humano, origen y efectos de las enfermedades, cuyas causas no las encontraban más en las influencias astrales, sinó en las ideas materiales de movimiento y calor, y las nuevas doctrinas adelantaban desde que Galileo introdujo su método experimental y sus descubrimientos.

Después de él, podemos considerar que la ciencia permaneció casi en las mismas condiciones de hoy: la medicina, verdaderamente, trabajó mucho para sacar las trabas del Catolicismo y los perjuicios del pasado, para construir su mole científica, sobre la cual debía descansar la ciencia terapéutica moderna.

Hoy, después del siglo más productivo de la era humana, la ciencia médica no es ya doctrina filosófica ó aplicación obscura de conocimientos universales, sinó vasta síntesis de ciencias múltiples, de las cuales y por las cuales se establece el concepto razonable de la terapia.

De veras, la medicina no es el conocimiento de las enfermedades y funcionamiento del mecanismo humano, sinó el modo de aumentar la vida individual, disfrutando la vida más durable y más vasta del universo.

La física, la química, la botánica, la zoología contribuyen al desarrollo

dadera; debe con su doctrina explicar todos los fenómenos que constató y clasificó, estudiando al hombre: inteligencia y voluntad claramente demostradas.

El ocultismo, en toda serie evolutiva de la ciencia, quedó casi sin variación. ¿Y podía adelantar? No, ciertamente, en cuanto se refiere á sus fundamentos, pero podía cerciorarse de los hechos, y adaptarse á una mayor inteligencia de los hombres.

Las ideas de ente y de infinito nunca pueden adelantar, pero se hacen más claras y evidentes; lo absurdo, que puede parecer lo de afirmar que el ocultismo no muda sus fundamentos ni adelanta, desaparece ante la idea análoga, referente á la inmovilidad de algunos conceptos y desaparecerá todavía más, cuando nos acordemos que base de toda doctrina es el Universo, el cual queda siempre inmutado respecto al hombre, aunque un hombre ó algunos hombres, hubieran por intuición y con su mente, sorprendido y conocido íntimamente la armonía universal.

Un hombre, que á todas las generaciones pareció muy sábio, dijo que nada de lo dicho ó conocido es nuevo: todo lo que sucede ha sido siempre conocido en tiempos anteriores.

Semejante paradoja encierra una gran verdad: la Humanidad refleja al Universo y la imagen es á la vez perfecta sin dependencia de tiempo y de lugar: procede siempre en la constatación de los hechos y adelanta por dos caminos paralelos, que son la deducción y la inducción.

Teofrasto Paracelso introdujo el azogue en la curación de la sífilis, sin prueba anterior y sobre consideraciones generales suyas. Recién Marconi creó la radiotelegrafía, saliendo de la hipótesis especulativa de Becquerel.

La medicina, en este siglo XX, hará sus admirables descubrimientos, por consecuencia de las hipótesis, que muchos creían absurdas y que hoy vienen realizándose con hechos ya recolectados.

El siglo que ha muerto, apareció admirable al mundo, no por sus descubrimientos, sinó por la constatación, hecha por Carnot, del ciclo de energías, y por la consecuente ley de trasmutación de todas en la única energía, cuyo concepto es eminentemente ocultístico.

La medicina nos dará en este siglo las leyes de la vida; y lo afirmamos con todo convencimiento, porque seguimos con cariño el rumbo del arte salutar y vemos con satisfacción los estudios encararse con la observación más rígida y la deducción más serena.

Acabaron ya los tiempos en que la medicina juraba en *verba magistri* contrariamente á cuanto era pura y simplemente un hecho material; la ciencia ya tiene demostrado que las hipótesis son muy necesarias; que más allá del sensorio común hay otras verdades; que los hechos de inteligencia, y de vida traspordan del fenómeno limitado y parcial á la universalidad que es lo mismo infinito.

¡Qué camino maravilloso! Porque hasta hoy hemos curado la carne y la sangre del hombre casi con arte mecánico, y ahora tenemos que estudiar la *psiquia*; conocer la substancia y la evolución de ella; determinar, en fin, la ley única, simple y universal de la vida.

En una conferencia de un distinguido médico de esta ciudad, recuerdo que él se preguntaba: ¿Cuántas facultades encierra en sí el *hóvulo* por su potencia generativa? ¿Cuáles señales lleva para desarrollar luego todo lo característico de las herencias anteriores y seculares? ¿Es la filiación individual de todas células paternas, de manera que cada cual de ellas dejó impresas las huellas de su vida y de su historia ó la célula única repite todas sus fases antiguas en su nueva evolución en el interior del seno materno, ó fuera bajo la acción del sol?

Muchos son los problemas que agitan la embriología: el espermatozoides es un mundo, un universo potencial, una divinidad escondida; en ninguno de los campos de la vida de los mundos hay otra cosa parecida, una energía tan unitaria, individual, independiente, firme y regular.

¡Nada hay más maravilloso de la vida escondida por el útero materno, de esa creación continua, en medio de lo invisible, de las formas perdidas en las noches del tiempo como el sueño de una memoria infinita que nos presenta uno atrás de otro los períodos de su larga existencia y los corona con un sér vivo y admirable que entiende y recuerda todo, que conoce su origen y sabe prever su fin!

El nacimiento, la muerte, el pensamiento, la locura, la voluntad son un universo completo que la medicina tiene en sus manos y que debe explicar á sí misma con los esfuerzos de su labor asidua. En este conato, en esta lucha que armoniza las energías más distintas, están confundidos el ocultismo antiguo y la medicina moderna.

Los ocultistas también tuvieron este sueño orgulloso: escudriñadores supieron utilizar su espíritu dúctil para penetrar todas verdades; arrebataron al universo leyes innumerables y las conservaron con amor religioso.

En los más antiguos tiempos, los pastores Caldeos por sus observaciones del cielo, sacaron la convicción de la vida única universal, afirmaron leyes muy simples que todavía no están mutadas y reflejándolas sobre sí mismos, conocieron cuán mirable energía se encierra en nosotros. Conocieron el desarrollo del pensamiento, dónde vive y cómo vive, intuieron el secreto de la muerte, y por medio de la muerte, el secreto de la vida. Todas estas verdades á los coetáneos parecían quimeras, mientras hoy la ciencia las ha encontrado y demostrado por otras vías.

Si los sábios quisieran acudir á esos viejos manantiales, nuevas verdades se descubrirían y la visión armónica de todas las cosas por su unidad ayudaría á demostrarlas, á pesar de la diferencia aparente.

Cuando Hérmenes Trimegisto, filósofo, legislador y bienhechor de Egipto, dice en su *Pimandro*: « Cuanto está abajo es igual á lo de arriba y cuanto está arriba es igual á lo de abajo, para completar la cosa única y todas las cosas, porque están hechas por uno y por la mediación de uno, han nacido de esto mismo único, á quien se han adaptado. » Este laconico y metafórico lenguaje afirma una verdad que atravesó el tiempo y hoy alumina el mundo: la igualdad perfecta del pensamiento y del cuerpo, del espíritu y de la materia adelante á las leyes universales.

Cuando Plotino y los demás filósofos antiguos por su doctrina neoplatónica demuestran la individualidad del pensamiento personal ó colectivo y su permanencia en el ambiente cual fuerza distinta, expresan una verdad que recién en nuestros días empieza á conocerse y aplicarse.

¿Quién verdaderamente sabe traer de la divinación del pensamiento (fenómeno ya probado y muy comun entre las observaciones médicas) la conclusión de que el pensamiento sale realmente cual energía del centro pensativo, un que se haya manifestado con la acción ó con la palabra, y obra á su manera según leyes propias y con medios suyos cual una personalidad pequeña, impresionando á quien concuerda con él? El tal descubrimiento, que parece del día y el otro más importante, que será de mañana, de la ley inmutable del pensamiento, ya estaban conocidos por los ocultistas más antiguos, los cuales conocían también los modales de la materia informe é inerte, que los modernos tuvieron que admitir sin saberles aplicar definición ninguna; materia que llamaron éter, por qué su naturaleza peculiar no puede caer bajo los sentidos, mientras á su vez es el substratum de todas las formas de pensamientos y de cosas. Y todos esos modales que

los antiguos explicaron, aunque en nuestro tiempo muchos los conozcan, quedan todavía ocultos á la mayor parte de los hombres, como es oculto también todo lo que precisa de explicaciones superiores para ser comprendido.

Es un defecto característico de nuestra época que, en las ciencias como en las artes, todo puede ser penetrado por todos. No es verdad: hay alturas, á donde muy pocos saben llegar, no por los esfuerzos de su voluntad, sino por la naturaleza de su mente. Si así no fuese, los Astier-Behu, que abundan en estos tiempos, supieran disfrutar de todas las doctrinas y en el mundo, lleno de *homúnculos* no haría falta siquiera de un solo Faust.

Pero si el patrimonio individual del genio y de la intuición natural no puede pertenecer á la mayoría de los médicos, los demás pueden muy bien ser utilizados para la ventaja de todos.

Cuando Mesmer, popularizando una de las doctrinas ocultísticas, introdujo en la medicina la práctica de la hipnosis; cuando Galvani demostró la existencia del magnetismo animal, estalló una verdadera revolución; quien tuvo el atrevimiento de afirmar delante á nuestros contemporáneos que son irreprehensibles los criminales por naturaleza y los degenerados por herencia; quien habló primero de *medicina*; quien, como Crookes y De Rochas, renovó las experiencias de los magos é inició otra revolución.

Spencer, el filósofo admirable, que fué reaccionando en el sistema evolucionario y creó casi la sociología, cuando recién llegó al término de su obra colosal, confesó á sí mismo la necesidad de integrar lo invisible que nos rodea, de descubrir las leyes de lo único esencialmente vivo, de no limitar la inteligencia y la voluntad humana entre el nacimiento y la muerte.

Cualquiera, aunque se quede únicamente en el campo de los fenómenos, debe reconocer que la medicina espera, en su último término, de vencer la muerte: lo que constituye una verdad racional, por cuanto sea contraria á la armonía del mundo.

Según los ocultistas y los médicos que han profundizado sus estudios sobre las causas de la vida en combinación con las del universo, la muerte no es más que un episodio, una faz de la evolución individual, un acto de la vida universal.

¡La muerte! Nosotros que admitimos la indestructibilidad de la energías; que conocemos el camino de la luz, que sabemos como sonido y luz superan los límites de nuestra atmósfera y andan eternamente en los espacios infinitos del cielo; que sabemos como cada energía tiene que combinarse

los antiguos explicaron, aunque en nuestro tiempo muchos los conozcan, quedan todavía ocultos á la mayor parte de los hombres, como es oculto también todo lo que precisa de explicaciones superiores para ser comprendido.

Es un defecto característico de nuestra época que, en las ciencias como en las artes, todo puede ser penetrado por todos. No es verdad: hay alturas, á donde muy pocos saben llegar, no por los esfuerzos de su voluntad, sino por la naturaleza de su mente. Si así no fuese, los Astier-Behu, que abundan en estos tiempos, supieran disfrutar de todas las doctrinas y en el mundo, lleno de *homúnculos* no haría falta siquiera de un solo Faust.

Pero si el patrimonio individual del genio y de la intuición natural no puede pertenecer á la mayoría de los médicos, los demás pueden muy bien ser utilizados para la ventaja de todos.

Cuando Mesmer, popularizando una de las doctrinas ocultísticas, introdujo en la medicina la práctica de la hipnosis; cuando Galvani demostró la existencia del magnetismo animal, estalló una verdadera revolución; quien tuvo el atrevimiento de afirmar delante á nuestros contemporáneos que son irreprehensibles los criminales por naturaleza y los degenerados por herencia; quien habló primero de *medicina*; quien, como Crookes y De Rochas, renovó las experiencias de los magos é inició otra revolución.

Spencer, el filósofo admirable, que fué reaccionando en el sistema evolucionario y creó casi la sociología, cuando recién llegó al término de su obra colosal, confesó á sí mismo la necesidad de integrar lo invisible que nos rodea, de descubrir las leyes de lo único esencialmente vivo, de no limitar la inteligencia y la voluntad humana entre el nacimiento y la muerte.

Cualquiera, aunque se quede únicamente en el campo de los fenómenos, debe reconocer que la medicina espera, en su último término, de vencer la muerte: lo que constituye una verdad racional, por cuanto sea contraria á la armonía del mundo.

Según los ocultistas y los médicos que han profundizado sus estudios sobre las causas de la vida en combinación con las del universo, la muerte no es más que un episodio, una faz de la evolución individual, un acto de la vida universal.

¡La muerte! Nosotros que admitimos la indestructibilidad de la energías; que conocemos el camino de la luz, que sabemos como sonido y luz superan los límites de nuestra atmósfera y andan eternamente en los espacios infinitos del cielo; que sabemos como cada energía tiene que combinarse

con otra, sin alterarla nunca; que hemos hecho base de nuestra doctrina el principio de Lavoisier: «Nada se crea y nada se destruye», podemos admitir que una corriente viva de pensamiento y de energía, la norma de toda la individualidad humana, se pierda, en el rato, por causa de un golpe, de una herida ó de un veneno?

Cuántas veces delante de casos semejantes he quedado presa de la maravilla y me he preguntado á mí mismo: ¿En dónde se difundió toda esta energía, en dónde paró, en cuáles otras fuerzas se cambió, puesto que la medicina aquí se para y calla?

¿Entonces la energía íntima, individual, constante, capaz de aumentarse y de modificar, que la medicina dice permanecer en el *hóvulo*, se apagó de un golpe, sin que nada haya quedado mudado al rededor?

¡La duda! Muchos hombres afirman, otros niegan; ninguna ciencia ha sabido hablar, aunque los términos de la ecuación sean tan claros y perfectos.

Y en rededor de la causa de la muerte, otra serie infinita de preguntas: ¿dónde se originaron las enfermedades, los tumores, las infecciones, las caquejías? ¿Por cuál razón oculta los huesos se utilizan, la sangre empobrece, la vida falta?

El médico que está al lado de la cama del enfermo, tiene en su pensamiento una serie infinita de preguntas, más numerosas las que proceden del ocultismo que las que aconseja la razón natural de las cosas. Y cuando él, penetrado de su pensamiento, examina y busca modales de su conciencia, voluntad é ideas, un mundo más extraño se presta á sus indagaciones y una molestia más grave agita su mente.

Ideas que vienen de lejos, muy de lejos, voluntades que se paran improvisadamente, verdades que rasgan las sombras de la mente como el fulgor del relámpago, y todas estas cosas, comunes en todos los hombres, se mezclan en el trabajo general de vivir y de pensar.

El médico, que quiere estudiar algo más que la enfermedad del individuo, puede muy bien fijarse en este enorme enfermo que es la sociedad, esta gran neurasténica que trabaja, piensa, se mueve, sin nunca pararse y, entre miles de miles de muertos y de batallas, produce la riqueza cotidiana, encaminándose á un lejano y desconocido término de bien, de saber y de vida.

Todas estas consideraciones que lleva siempre con sí, en las casas de sus enfermos, como en su vida particular, se le aparecen adelante, siempre más graves, indagando lo oculto, eso único, universal que lo rodea y lo molesta.

¿Cuándo llegará á conocer la índole de las cosas, y, por la medicina, á conocer la última verdad?

Cada sér es un enigma: si él estudia el funcionamiento del cuerpo y el proceso con que la inteligencia y la voluntad salen de las células infinitas de los órganos, de los varios sistemas; y considera que este hecho, es análogo á lo del universo que, bajo las formas infinitas de la materia y de la fuerza, nos revela una voluntad única y personal, se encontrará con una verdad que le extravía la inteligencia.

Los antiguos ocultistas, con palabra profunda, llamaron al hombre «microcosmo» en comparación del universo que llamaban «macrocosmo.»

¡Qué analogía terrible! Como en el mundo hay una fuerza que mueve creando y destruyéndolo todo, así en el pequeño mundo, cual es el hombre, una energía indefinible, pero constante y continua, empuja unos hacia otros con insistencia de deseo inexplicable con el fin de crear séres nuevos y energías nuevas.

Este empuje es el generador continuo de la vida y la vida misma. ¿Porqué hay en el universo, único y neutro, esta división de la materia pensante, este impulso incomprensible é inmenso que mezcla y separa continuamente todas las razas de los hombres y de los brutos? ¿La ley, que los ocultistas llaman fundamental, de las dos fuerzas en que lo único se revela, se refleja por sí acaso en el microcosmo?

Y formularon la obscura y terrible ecuación del binomio humano y sus fuerzas, la negativa y la positiva: álgebra de la vida esta, que con la ley que de ella sale, puede tener grande importancia para los estudiosos.

Afirmar la unidad personal de la especie, dividir sus fuerzas, establecer la positividad del macho en la esfera de lo sensible, y su negatividad en la esfera de lo inteligible, y la omología de la hembra, por lo que en sentido contrario macho y hembra se completan y resultan neutros en el campo de la tísica que los funde en un solo, fué patrimonio de los ocultistas y desde hoy demostrarlo y deducir las consecuencias, por cuanto innumerables, será la tarea de los médicos, porque ellos, en el uso de la ciencia contemporánea y pasada, tienen que encontrar la última palabra que concluye y crea.

Pero, qué de dificultades ante de llegar, qué de dolores! Yo creo que el médico observador y razonador puede alcanzar muchas felicidades, y también muchas infelicidades: él debe muy de frecuente armarse de su mayor co-

raje, para adelantarse hacia el porvenir, porque en algunos días todo nuestro pensamiento queda quebrantado y las ideas se confunden y se pierden.

Mas, cuando ve á sus semejantes progresar, las ciencias adelantar de día en día y considera cuáles y cuántas verdades deberá el mundo á su trabajo paciente y pertinaz, á los esfuerzos de los estudiosos, la luz del porvenir chispea sobre de él, presa de insólita alegría.

Entonces larga sus brazos á la verdad y á la justicia, de cualquier parte se le presente, con tal que su mente inquieta y ávida vea desgarrado una pequeña parte del inmenso misterio.

Después del estudio del presente, vuelve al pasado y todos los asuntos, por cuanto aparecen más profundos y más vastos, reciben luz más humana y más exacta.

A este fin únicamente yo quise juntar las dos ideas de ocultismo y de medicina, indicando cómo ellas se contemplan y una necesita de otra.

No añado pruebas, ni refiero experiencias ajenas; sin embargo, yo digo lo que puede un hombre decir á su compañero: De estas ideas tan viejas nacen concepciones más amplias y más profundamente científicas; se prevén las deducciones que la ciencia hará con sus postulados en un cercano porvenir; se acostumbra el ojo para mirar al universo en su espléndida unidad y comprenderlo en su inmensa variedad, dejando al hombre una alegría íntima y variable.

Esto yo digo y nuestros contemporáneos, que estudiando y trabajando en tal sentido han publicado obras notables, dan fé y lo atestiguan con el movimiento popular para la renovación conceptuada de la medicina y sus aplicaciones. Todo nos hace creer que la nueva época, en que pasado y presente, oculto y no oculto se juntarán para empujar al hombre hacia las alturas de su pensamiento, ya vá desarrollándose.

La medicina entonces, renovada echa raíces más fuertes; libre del culto y de la lógica de sus viejos principios, fundada sobre cuanto la razón, la instrucción y la ciencia han concretado, en cumplimiento de los deseos y aspiraciones de todas las razas, con su verdadera misión de salud para el pensamiento y el cuerpo, del individuo y de la sociedad, cual nuevo Dios, en la juventud renovando al mundo, tendrá en sus manos, para la obra intelectual de sus cultores, toda la virtud que sana, todo al verbo que crea.

DOCTOR F. FERRARI

## DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN (1)

por H. P. BLAVATSKY

## PREFACIO DEL TRADUCTOR (2)

«Debeis tener presente—decía Mme. Blavatsky—que nunca fué mi intención hacer de esto un obra científica. Mis cartas al *Mensajero Ruso*, bajo el título general de «Desde las Cuevas y Selvas del Indostán» fueron escritas en ratos de ocio, más como entretenimiento, que como propósito serio».

«Generalmente hablando, los hechos é incidentes son verdad; pero he usado libremente del privilegio del autor para agruparlos, darles color y arte dramático, cuando lo he creído necesario para el efecto completo artístico, aunque, como ya he dicho, mucha parte del libro es exactamente verdad; ruego que se le juzgue con indulgencia, como una novela de viajes, y que no se la someta á los rigores de la crítica que amagan siempre á toda obra declarada seria».

A esta advertencia de la autora, el traductor tiene que añadir otra: estas cartas—como dice Mme. Blavatsky—fueron escritas en ratos de ocio, en 1879 y 1880, para las páginas del *Russki Vvestnik*, editado entonces por M. Katkoff. El manuscrito de Mme. Blavatsky era á menudo incorrecto, muchas veces oscuro. Los compositores rusos, aun cuando hacían todo lo posible para transcribir fielmente los nombres y lugares indios, construían con frecuencia, por razón de su ignorancia de las lenguas orientales, formas que resultan extrañas y á veces no reconocibles. Las pruebas de imprenta nunca fueron corregidas por la autora, que entonces se hallaba en la India, y por consecuencia ha sido imposible restablecer todos los nombres locales y personales en su verdadera forma.

Una dificultad semejante se ha presentado con respecto á citas y á autoridades que se nombran, todas las cuales ha pasado por un doble proceso de refracción: primero al ruso y después al inglés. El traductor, también ruso,

(1) Damos principio á la traducción y publicación de esta obra en nuestra Revista, accediendo á los ruegos de muchos de nuestros suscriptores que desean conocer esta interesantísima producción literaria de H. P. Blavatsky. (N. de J. M.)

(2) Del ruso al inglés.

y que está lejos de conocer el inglés con perfección, no pretende poseer la erudición necesaria para comprobar y restablecer las muchas citas en su exactitud verbal; todo lo que espera es que, gracias á una cuidadosa interpretación, el sentido exacto haya sido conservado.

El traductor solicita la indulgencia de los lectores ingleses por las imperfecciones del estilo y del lenguaje, según las palabras del proverbio sánscrito: «Quien puede ser censurado por no alcanzar el éxito después de emplear el esfuerzo debido».

El traductor da las gracias más expresivas á Mr. John C. Staples por su valiosa cooperación en los primeros capítulos.

Londres, Julio 1891.

#### EN BOMBAY

A la caída de la tarde del 16 de Febrero de 1879, después de un viaje penoso de treinta y dos días, oyéronse alegres exclamaciones por todas partes sobre cubierta: «Habeis visto el faro? Allí está, por fin el faro de Bombay!»

La baraja, la musica, los libros, todo fué olvidado. Todo el mundo se precipitó sobre cubierta. La luna no habia aún mostrado su faz, y á pesar del cielo tropical estrellado, reinaba una completa oscuridad. Las estrellas brillaban de tal modo, que en un principio parecia casi imposible distinguir, allá á lo lejos, entre ellas, un pequeño punto igneo encendido por manos terrestres. Las estrellas nos hacian guiños como otros tantos ojos enormes en el oscuro firmamento, en uno de cuyos lados brillaba la Cruz del Sur. Por fin distinguimos el faro en el distante horizonte. No era más que un distinto punto igneo, sumergiéndose en las fosforescentes olas. Los diligentes viajeros le saludaron con ardo. La alegría era general.

Qué glorioso amanecer siguió á esta oscura noche! El mar ya no hacia balancear nuestra nave. Bajo la hábil dirección del práctico que acababa de llegar, y cuya forma bronceada se destacaba vigorosamente en el pálido cielo, nuestro vapor, respirando ruidosamente con su entrenada máquina, se deslizó sobre las aguas tranquilas y transparentes del Océano Índico en dirección al puerto. Estábamos sólo á cuatro millas de Bombay, y para nosotros, que habíamos tirado de frío hacia solamente una pocas semanas en el golfo de Vizcaya, tan glorificado por muchos poetas y tan sinceramente maldiceído por todos los marinos, todo lo que nos rodeaba nos parecia un sueño mágico.

Después de las noches tropicales del Mar Rojo y los abrasadores días que nos habían torturado desde Adén, nosotros, gente del distante Norte, experimentábamos ahora algo extraño é insólito, como si el mismo aire suave y fresco nos hubiese hechizado. No había una sola nube en el cielo, densamente tachonado de mortecinas estrellas. Hasta la claridad de la luna, que hasta entonces había extendido sobre el firmamento su plateado manto, se desvanecía gradualmente; y mientras más acentuaba su brillo la rosada aurora sobre la pequeña isla que se extendía delante de nosotros al Oriente, tanto más palidecían al Occidente los desparramados rayos de la luna que salpicaban de brillantes chispas de luz la oscura estela que nuestro barco dejaba detrás de sí, como si la gloria de Occidente se estuviese despidiendo de nosotros, al paso que la luz del Oriente daba la bienvenida á los recién llegados de lejanas tierras. Más y más brillante y azulado se tornaba el cielo, absorbiendo velozmente una tras otra las restantes pálidas estrellas; sentimos algo conmovedor en la dulce dignidad con que la Reina de la Noche resignaba sus derechos en el poderoso usurpador. Finalmente, descendiendo más y más, desapareció por completo.

Y de súbito, casi sin intervalo entre la oscuridad y la luz, el ardiente y rojo globo, surgiendo en el lado opuesto como de debajo del cabo, apoyó su dorada barba en las rocas más bajas de la isla, pareciendo detenerse un momento como si nos examinase. Luego, con un esfuerzo potente, la antorcha del día se elevó sobre el mar y prosiguió gloriosamente su carrera, encerrando en un poderoso é igneo abrazo las azules aguas de la bahía, la orilla y las islas con sus rocas y bosques de cocoteros. Sus rayos de oro cayeron sobre una multitud de parsis, sus adoradores fieles, que se hallaban en la orilla levantando sus brazos hacia el poderoso «Ojo de Ormuzd». El espectáculo era tan imponente que todos sobre cubierta permanecimos silenciosos por un momento, y hasta un marinero de roja nariz, que estaba próximo á nosotros, ocupado con el cable, suspendió su tarea, y después de desahogar su garganta, saludó al sol.

Marchando lenta y cuidadosamente por la encantadora, pero traicionera bahía, tuvimos tiempo sobrado para admirar el paisaje que se desplegaba á nuestra vista. A la derecha había un grupo de islas y á su cabeza Ghari-puri ó Elefanta, con su antiguo templo. *Gharipuri*, traducido, quiere decir «la ciudad de las cuevas», según los orientalistas, y «la ciudad de la purificación», según los sabios sanskritistas indígenas. Este templo, abierto por

una mano desconocida en el corazón mismo de una roca que parece de pórfido, es una verdadera manzana de discordia para los arqueólogos, entre quienes no hay ninguno que haya podido hasta ahora fijar, ni siquiera aproximadamente, su antigüedad. Elefanta eleva en lo alto su frente rocosa, toda cubierta de cactus seculares, y justamente debajo, al pie de la roca, están excavados el templo principal y los dos laterales. Lo mismo que la serpiente de nuestros cuentos de hadas rusos, parece abrir su fiera y oscura boca para tragar al atrevido mortal que viene á tomar posesión del misterio secreto de Titán. Los dos dientes que le quedan, ennegrecidos por el tiempo, están formados por dos enormes columnas á la entrada, sosteniendo el paladar del monstruo.

¿Cuántas generaciones de indios, cuántas razas se han arrodillado en el polvo ante la Trimúrti, tu triple deidad, ¡oh Elefanta! ¿Cuántos siglos empleó el débil hombre en ahondar en tu seno de piedra esta ciudad de templos y en esculpir los gigantescos ídolos? ¿Quién puede decirlo? Muchos años han pasado desde que te ví la última vez, antiguo y misterioso templo, y todavía los mismos pensamientos inquietos, las mismas preguntas insistentes de entonces me atormentan ahora, permaneciendo siempre sin respuesta. Dentro de pocos días nos volveremos á ver. De nuevo volveré á mirar tu severa imagen, tus tres inmensas caras de granito, y me sentiré tan desesperanzada como siempre de poder penetrar el misterio de tu ser. Este secreto cayó en buenas manos tres siglos antes del nuestro. No en vano el viejo historiador portugués, D. Diego de Cuta, se alaba de que «la enorme piedra cuadrada, fija sobre el arco de la pagoda con una inscripción clara, habiendo sido arrancada y enviada como regalo al rey D. Juan III, desapareció *misteriosamente* en el transcurso del tiempo...» y añade más adelante: «cerca de esta gran pagoda había otra y más allá una tercera, la más maravillosa de todas en hermosura, increíble tamaño y riqueza de materiales. Todas estas pagodas y cuevas han sido construidas por los reyes de Kanada (?), el más importante de los cuales fué Bonazur, y nuestros soldados (portugueses) atacaron estas construcciones de Satanás con tal vehemencia, que en pocos años no quedó piedra sobre piedra...» Y, lo peor de todo, no dejaron inscripciones que pudieran proporcionar la clave del enigma. Gracias al fanatismo de los soldados portugueses, la cronología de las cuevas-templos indios, tienen que permanecer por siempre un misterio para el mundo arqueológico, principiando por los brahmanes que dicen que Elefanta

tiene trescientos setenta y cuatro mil años, y terminando por Fergusson que trata de probar que fueron excavadas solamente en el siglo XII de nuestra era. Siempre que volvemos los ojos á la historia, encontramos únicamente hipótesis y oscuridad. Y sin embargo, Charipuri está mencionado en el épico *Mahabhárata*, que fué escrito antes del reinado de Ciro. En otra antigua leyenda se dice que el templo de Trimurti fué construido en Elefanta por los hijos de Pandu que tomaron parte en la guerra entre las dinastías del Sol y de la Luna, y pertenecieron á la última, fueron expulsados al final de la guerra. Los Rajputs, que son los descendientes de los primeros, cantan todavía esta victoria, pero ni aun en sus cantos populares se encuentra nada de positivo. Han pasado y pasarán siglos y el antiguo secreto morirá, siempre desconocido, en el seno rocoso de la Cueva.

Al lado izquierdo de la bahía, exactamente opuesto á Elefanta, y como en contraste con toda su antigüedad y grandeza, se levanta el Cerro Malabar, residencia de los europeos modernos ó indígenas ricos. Sus bungalows, pintados de colores brillantes, se bañan en el verdor del banyan, de la higuera india y de varios otros árboles, y los troncos elevados y derechos de los cocoteros cubren con sus hojas toda la cumbre del montañoso cabo. Allí, en el extremo sudeste, se ve la casa del gobernador, casi transparente, á modo de un encaje, rodeada por tres lados por el Océano. Esta es la parte más fresca y comfortable de Bombay, bañada por tres distintas brisas del mar.

La isla de Bombay, designada por los naturales como «Mambai», recibió su nombre de la diosa Mamba en Mahrati, Mahima ó Amba, Mama y Amma, según el dialecto, palabra que significa literalmente la Gran Madre. Hace apenas cien años, en el sitio de la explanada moderna había un templo consagrado á Mamba-Deví. Con grandes dificultades y gastos lo llevaron más cerca de la orilla, próximo al fuerte, y lo erigieron en frente de Balleshwara, el «Señor de los Inocentes», uno de los nombres del Dios Shiva. Bombay forma parte de un grupo considerable de islas, de las cuales las más notables son Salsetta, unida á Bombay por su muelle, Elefanta, llamada así por los portugueses á causa de una enorme roca cortada en forma de elefante de treinta y cinco pies de largo, y Trombay, cuya hermosa roca se eleva novecientos pies sobre el nivel del mar. Bombay parece en el mapa un enorme cangrejo de río, y está á la cabeza de las demás islas. Extendiendo á lo lejos en el mar sus dos garras, la isla de Bombay está

y diosas. Cada uno de los trescientos treinta millones de deidades del Panteón Hindo tiene su representación en algo que le está consagrado: una piedra, una flor, un árbol, un pájaro. En el lado occidental del Cerro Malabar, asómase por entre los árboles Valakeshvara, el templo del «Señor de Arena.» Una larga corriente de indios se mueve hacia este célebre templo, hombres y mujeres resplandecientes de anillos en los dedos de las manos y pies, con brazaletes desde las muñecas hasta los hombros, adornados con vistosos turbantes y niveas muselinas, con las frentes acabadas de pintar de rojo, amarillo y blanco, señales santas de secta.

La leyenda dice que Râma pasó allí una noche en su camino desde Ayodhya (Oudh) á Lanka (Ceilán) para buscar á su esposa Sitâ que había sido robada por el perverso rey Ravâna. El hermano de Râma, Sakshman, cuyo deber era enviarle diariamente un nuevo lingam desde Benares, se retardó en hacerlo una tarde. Perdiendo la paciencia, Râma se erigió un lingam de arena. Cuando por fin llegó el símbolo de Benares fué puesto en el templo, y lingam erigido por Râma fué dejado en la orilla. Allí permaneció durante largos siglos, pero á la llegada de los portugueses, el «Señor de Arena» se sintió tan disgustado con los feringhi (extranjeros) que se lanzó al mar para nunca más volver. Un poco más lejos hay un estanque llamado Vanattistha ó la «punta de la flecha». Allí Râma, el muy adorado héroe de los hindus tuvo sed, y no encontrando agua alguna, disparó una flecha é inmediatamente fué creado un estanque. Sus aguas cristalinas estaban rodeadas por un alto muro; se construyeron escalones que conducían hasta ella, y un círculo de moradas de mármol blanco se llenó de brahmanes dwija (dos veces nacidos).

La India es la tierra de las leyendas y de los rincones misteriosos. No hay una ruina, ni un monumento, ni una espesura que no tenga su correspondiente historia. Sin embargo, por más enredadas que se hallen en la telaraña de la imaginación popular, que á cada generación se hace más densa, es difícil señalar una sola que no esté fundada en hechos. Con paciencia, y más aún, con el auxilio de los brahmanes instruidos, se puede llegar siempre á la verdad, una vez que uno se ha captado su confianza y amistad.

El mismo camino conduce al templo de los parsis adoradores del fuego. En su altar arde un fuego inextinguible que consume diariamente quintales de madera de sándalo y hierbas aromáticas. Encendido hace trescientos años, el sagrado fuego no se ha extinguido desde entonces, á pesar de muchos

desórdenes, discordias sectarias y hasta guerras. Los parsis están muy orgullosos de este templo de Zaratushta, como ellos llaman á Zoroastro. Comparados con él las pagodas hindas parecen huevos de pascuas brillantemente pintados. Generalmente están consagrados á Hanuman, el mono-dios y aliado fiel de Râma, ó al elefante titulado Ganesha, el dios de la sabiduría oculta, ó á uno de los Devis. Estos templos se encuentran en cada calle. Delante de cada uno de ellos hay una hilera de pipales (ficus religiosa) de siglos de edad, que ningún templo puede dejar de tener, porque estos árboles son la mansión de los elementales y de las almas pecadoras.

Todo esto está enredado, mezclado y esparcido, apareciendo á los ojos como el cuadro de un sueño. Treinta siglos han dejado aquí sus vestigios. La pereza innata y las tendencias acentuadamente conservadoras de los hindus aun antes de la invasión de los europeos, han preservado toda clase de monumentos de la venganza ruinosa de los fanáticos, donde tales recuerdos eran buddhista ó pertenecían á alguna otra secta impopular. Los hindus no son por naturaleza dados á un vandalismo sin sentido, y el frenólogo buscaría en vano la prominencia de la destructividad en sus cabezas. Si encontráis antigüedades que al ser respetadas por el tiempo, están, sin embargo, destruidas ó desfiguradas, no es de ellos la culpa, sino de los musulmanes, ó de los portugueses bajo la dirección de los jesuitas.

Por fin anclamos, y en un momento fuimos sitiados, tanto nosotros como nuestros equipajes, por multitud de desnudos hindus semejantes á esqueletos, parsis, mogoles y varias otras tribus. Toda esta muchedumbre surgió como del fondo del mar, y principió á gritar, á charlar y á aullar, como sólo pueden hacerlo las tribus de Asia. Para librarnos de esta confusión de lenguas de Babel lo antes posible, nos refugiamos en el bote más cercano y marchamos á tierra.

Una vez instalados en el bungalow que nos esperaba, la primera cosa que me chocó en Bombay fué los millones de cuervos y buitres. Los primeros son, por decirlo así, el Concejo Municipal de la ciudad, cuyo deber es limpiar las calles; y matar uno de ellos, no sólo está prohibido por la policía, sino que sería muy peligroso. Por matar uno se despertaría la venganza de cada hindu, que está pronto á ofrecer su propia vida en cambio de la de un cuervo. Las almas de los antepasados pecadores transmigran á cuervos, y el matar uno es intervenir en la ley de Karma y exponer al pobre antecesor á algo aún peor. Tal es la firme creencia, no sólo de los hindus

sino de los parsis, hasta de los más instruidos de entre ellos. La conducta extraña de los cuervos indios explica, hasta cierto punto, esa superstición. Los buitres son, en cierto modo, los sepultureros de los parsis, y están bajo la protección personal del Farvandania, el ángel de la muerte, que se cierne sobre la Torre del Silencio, vigilando las ocupaciones de los plumados obreros.

El granido ensordecedor de los cuervos choea á todo recién venido por lo raro, pero al cabo de un rato se lo explica muy sencillamente. Cada árbol de los numerosos bosques de cocoteros alrededor de Bombay, está provisto de un pumpkin hueco, la corteza de una fruta. La savia del árbol gotea en él, y después de fermentar, se convierte en el brebaje más embriagador, conocido en Bombay con el nombre de toddy. Los desnudos toddy wallahs, generalmente portugueses mestizos, modestamente adornados con solo un collar de corales, cogen este brebaje dos veces al día, trepando como ardillas por troncos de 150 pies de altura. Los cuervos, en su mayor parte, construyen sus nidos en lo más alto de los cocoteros y beben incesantemente en los abiertos pumpkins. El resultado de esto es la borrachera crónica de estos pájaros.

Así que salimos al jardín de nuestra nueva habitación, multitud de cuervos descendieron pesadamente de los árboles. El ruido que hacían al saltar por todas partes, era indescriptible. Parecía que había algo positivamente humano en las posturas astutas de las inclinadas cabezas de aquellas aves borrachas, y una diabólica luz brillaba en sus ojos mientras nos examinaban de pies á cabeza.



Ocupábamos tres pequeños bungalows, perdidos como nidos en el jardín; sus techos literalmente enterrados en rosas que florecían en arbustos de veinte pies de alto y sus ventanas cubiertas solo con muselina blanca en lugar de los comunes cristales. Los bungalows estaban situados en la parte indígena de la ciudad, de suerte que habíamos sido trasportados desde el primer momento á la verdadera India. Vivíamos en la India, al contrario de los ingleses, que solo están rodeados por la India á cierta distancia. Podíamos estudiar su carácter y costumbres, su religión, supersticiones y ritos, aprender sus leyendas, y en una palabra, vivir entre indios.

Todo en la India, en esta tierra del elefante y de la venenosa cobra, del

solo en lo que se refiere á las clases más pobres é inferiores. Estas realmente «andan» cubiertas solamente con un velo, que muchas veces es tan pobre, que en realidad no es más que un andrajo. Pero, no obstante, hasta la mujer más pobre se viste de un trozo de muselina, por lo menos, de diez varas de largo. Un extremo sirve como una especie de enaguas cortas y el otro cubre la cabeza y los hombros cuando están en la calle, bien que llevan siempre la cara descubierta. El pelo se lo arreglan en una especie de chignón griego. Las piernas hasta las rodillas, los brazos y el talle nunca están cubiertos. No hay ni una sola mujer decente que consintiere ponerse un par de zapatos. Los zapatos son el atributo y prerrogativa de las mujeres desacreditadas. Cuando hace algún tiempo la esposa de un gobernador de Madrás imaginó decretar una ley obligando á las mujeres del país á cubrirse el pecho, hubo un gran peligro de una revolución. Solo las muchachas bailarinas usan una especie de chaquetilla. El gobierno reconoció que no sería razonable irritar á las mujeres, que muchas veces son más peligrosas que sus maridos y hermanos, y la costumbre, basada en una ley de Manu, y santificada por una observancia de tres mil años, permaneció inmutable.

Durante más de dos años, antes que dejáramos la América, estuvimos en constante correspondencia con cierto sabio brahman, cuya gloria es muy grande actualmente (1879) en toda la India. Vinimos á la India á estudiar bajo su dirección, el antiguo país de los arias, los *Vedas* y su difícil lenguaje. Su nombre es Dayanand Saraswati Swami. Swami es el nombre de los sabios anacoretas iniciados en muchos misterios impenetrables para el común de los mortales. Son monjes que jamás se casan, sino que son muy diferentes de otras fraternidades mendicantes, las llamadas Saunyâri y Hossein. Este pandit es considerado el más grande de los sanskritistas de la India, y es un completo enigma para todo el mundo. Solo hace cinco años que apareció en la arena de las grandes reformas, pero hasta entonces había vivido completamente aislado en una selva, como los antiguos gimnosofistas mencionados por los autores griegos y latinos. En este tiempo estaba estudiando los principales sistemas filosóficos del «Aryavârtta», y el significado de los *Vedas* con la ayuda de místicos y anacoretas. Todos los hindus creen que en las montañas Bhadrinath (22.200 pies sobre el nivel del mar) existen cuevas espaciaosas, habitadas desde hace ya muchos miles de años por estos anacoretas. Bhadrinath está situado al norte del Indostán, en el

río Bishegunj, y es célebre por su templo de Vishnu, situado en el corazón de la ciudad. Dentro del templo hay manantiales minerales calientes, visitados anualmente por unos cincuenta mil peregrinos, que van á purificarse en ellos.

Desde el primer día de su aparición, Dayanand Saraswati produjo una impresión inmensa y adquirió el sobrenombre de «el Lutero de la India.» Vagando de una á otra ciudad, hoy en el Norte mañana en el Sur, y trasportándose desde un extremo á otro del país, con rapidez increíble, él ha visitado toda la India, y desde el Cabo Comerin á los Himalayas, y desde Calcuta á Bombay. Predica la Deidad Una, y «*Vedas* en mano,» prueba que en las antiguas escrituras no hay una sola palabra que pueda justificar el politeísmo. Lanzando rayos y truenos contra la idolatría, el gran orador lucha con todo su poder contra las castas, el casamiento de los niños y las supersticiones. Castigando todos los males incrustados en la India por siglos de casuística y falsa interpretación de los *Vedas*, culpa de todo ello á los brahmanes, que, como él, abiertamente dice ante masas de gente, son los únicos culpables de la humillación de su país, en un tiempo grande é independiente, y ahora caído y esclavizado. Y sin embargo, la Gran Bretaña, tiene en él, no un enemigo, sino más bien un aliado. El dice abiertamente: «Si expulsais á los ingleses, inmediatamente después, vosotros, yo y todo el que se levante contra el culto de los idolos, seremos degollados como simples carneros. Los musulmanes son más fuertes que los idólatras, pero éstos son más fuertes que nosotros».

El pandit ha sostenido muchas animadas disputas con los brahmanes, esos traidores enemigos del pueblo, y casi siempre ha salido victorioso. En Benares reclutaron asesinos secretos para matarle, pero la intentona fracasó. En una pequeña ciudad de Bengala donde trató al fetichismo con severidad extraordinaria, un fanático arrojó sobre sus desnudos pies una enorme cobra. Hay dos serpientes deificadas por la mitología brahmánica: la que rodea el culto de los idolos de Shiva, es llamada Vasuki; la otra, Amanta, forma el lecho de Vishnu. Así, el adorador de Shiva, completamente seguro de que su cobra, ejercitada á propósito para los misterios de una pagoda Shivaita, daría prontamente fin de la vida del culpable, exclamó triunfalmente: «¡Que el mismo dios Vasuki demuestra quién de nosotros tiene razón!»

Dayanand sacudió de sí la cobra que se enroscaba en su pierna, y con un solo movimiento vigoroso aplastó la cabeza del reptil.

«Que lo haga»—dijo tranquilamente.— «Vuestro dios ha sido demasiado lento. Yo soy quien ha decidido la disputa. Ahora marchaos — añadió dirigiéndose á la multitud,—y decid á todos cuán fácilmente perecen los falsos dioses».

Gracias á su gran conocimiento del sanskrito, el pandit hace un servicio muy grande no sólo á las masas, aclarando su ignorancia acerca del monoteísmo de los *Vedas*, sino también á la ciencia, demostrando con exactitud quiénes son los brahmanes, la única casta de la India que durante siglos ha tenido el derecho de estudiar la literatura sanskrita y comentar los *Vedas*, y que ha usado este derecho tan sólo para su propio engrandecimiento.

Mucho antes del tiempo de los orientalistas tales como Burnouf, Celebroocke y Max Müller, ha habido en la India muchos reformadores que han tratado de probar el monoteísmo puro de las doctrinas védicas. Ha habido fundadores de nuevas religiones que han negado las revelaciones de estas escrituras, por ejemplo, el Raja Ram Mohum Roy, y, después de él, Babu Keshub Chunder Sen, ambos bengalenses de Calcuta. Pero ninguno de ellos tuvo gran éxito. No hicieron nada más que añadir nuevas denominaciones á las innumerables sectas que existen en la India. Ram Mohum Roy murió en Inglaterra sin haber hecho casi nada, y Keshub Chunder Sen, después de fundar la comunidad de «Brahmo Samaj», la cual profesa una religión extralda de las profundidades de la propia imaginación de Babu, se hizo un místico del tipo más pronunciado, y actualmente es tan solo «una cereza del mismo huerto» como decimos en Rusia, lo mismo que los espiritistas, por quienes está considerado como un médium y como el Swedenberg de Calcuta. Pasa su tiempo en un estanque sucio, entonando alabanzas á Chaitanya, Koran, Buddha y á su propia persona, proclamándose él, profeta de aquellos: ejecuta una danza mística vestido de mujer, lo cual, de su parte, es una atención á la «mujer diosa», nombre que Babu aplica á «su madre, padre y hermano mayor».

En una palabra, todo cuanto se ha hecho para volver á establecer el monoteísmo primitivo puro de la India Aria ha sido un fracaso. Siempre ha naufragado sobre la doble roca del Brahmanismo y de antiguos, prejuicios de muchos siglos de existencia. Pero, he aquí que aparece inesperadamente el pandit Dayanan. Nadie, ni aún el más querido de sus discípulos, sabe quién es ni de dónde viene. El confiesa abiertamente ante las multitudes, que el nombre bajo el cual es conocido no es suyo, sino que le fué dado en la iniciación Yogui.

La escuela mística de Yogis, fué establecida por Patanjali, el fundador de uno de los seis sistemas filosóficos de la India antigua. Se supone que los neoplatónicos de la segunda y tercera Escuelas Alejandrinas, fueron secuaces de los Yogis indios, y en especial su teurgia fué llevada de la India por Pitágoras, según la tradición. Existen todavía en la India cientos de Yogis que siguen el sistema de Patanjali y que aseguran estar en comunión con Brahma. Sin embargo, la mayor parte de ellos son unos vagos, mendicantes de profesión y grandes embaucadores, merced al insaciable deseo de milagros de los indígenas. Los verdaderos Yogis evitan aparecer en público, y pasan su vida reclusos y en estudio, excepto cuando se presentan en las épocas en que son necesarios, como sucedió con Dayanand, para auxiliar á su país. En todo caso, es perfectamente cierto que la India no ha visto nunca un sabio sanskritista más instruido, un metafísico más profundo, un orador más maravilloso, ni un denunciador más osado de todos los males que Dayanand, desde los tiempos de Sankharacharya, el célebre fundador de la filosofía vedantina, que es el más metafísico de todos los sistemas indios: en una palabra, la corona de la enseñanza panteísta. Por otra parte, la apariencia personal de Dayanand es sorprendente. Es enormemente alto, de tez pálida, más bien europea que india, sus ojos grandes y brillantes, y largo su pelo canoso. Los Yogis y Dikshatas (iniciados) no se cortan nunca el pelo ni

dad, y que, cuando es necesario, puede presentarse en cualquier nación. . . »

Durante sus cinco años de labor, Swami Dayanand hizo unos dos millones de prosélitos, principalmente entre las castas elevadas. A juzgar por las apariencias, todos están prontos á sacrificar por él sus vidas y almas y hasta sus bienes terrenales, que muchas veces les son más preciosos que sus vidas. Pero Dayanand es un verdadero Yogi, nunca toca dinero y desprecia los asuntos pecuniarios. Se contenta con unos puñados de arroz al día. Uno se siente inclinado á creer que este hindu maravilloso lleva una vida encantada, en vista de su despreocupación ante las peores pasiones humanas que despierta y que tan peligrosos son en la India. Una estatua de mármol no permanecería menos insensible que él ante la furia de las muchedumbres. Una vez tuvimos ocasión de verle en ejercicio. Despidió á todos sus fieles partidarios, prohibiéndoles que velasen por él y que le defendiesen, y se encontró solo frente á la multitud furiosa, mirando tranquilo al mónstruo dispuesto á lanzarse sobre él y hacerle pedazos.

---

Sobre este punto es indispensable una breve explicación. Hace unos pocos años se formó en Nueva York una sociedad de personas instruídas y enérgicas. Cierta sabio, de agudo ingenio, la llamó *La Societé des Malcontents du Spiritisme*. Los fundadores de este club eran gentes, que creyendo en los fenómenos del espiritismo del mismo modo que creían en la posibilidad de todos los demás fenómenos de la Naturaleza, negaban, sin embargo, la teoría de los «espíritus». Consideraban que esa moderna filosofía era una ciencia que se hallaba aún en los primeros grados de desenvolvimiento, ignorando totalmente la naturaleza del hombre psíquico, y negando, como hacen otras muchas ciencias, todo lo que no puede ser explicado con arreglo á sus propias teorías particulares.

Desde los primeros días de la existencia de la Sociedad, la cual se dió á conocer como la Sociedad Teosófica, algunos de los más instruídos americanos se unieron á ella. Sus miembros diferían en muchos puntos, al modo que difieren los individuos de cualquier otra sociedad geográfica ó arqueológica, entablando luchas durante años por las fuentes del Nilo ó por los jeroglíficos de Egipto, aunque los primeros, por ejemplo, estén unánimemente de acuerdo en que mientras haya agua en el Nilo, sus fuentes deben existir en alguna parte. Lo mismo sucede con los fenómenos del espiritismo y mag-

Los miembros budhistas y brahmanes llegaron á ser más numerosos que los europeos. Formóse una liga y añadióse al nombre de la Sociedad el sub-título de «La Fraternidad Humana». Después de una correspondencia activa entre la Arya-Samaj, fundada por Swami Dayanand y la Sociedad Teosófica, se acordó la unión de ambas corporaciones. Entonces el Consejo Supremo de la rama de Nueva York decidió enviar una delegación especial á la India con objeto de estudiar sobre el terreno el antiguo lenguaje de los *Vedas* y los manuscritos y maravillas del Yogismo. El 17 de Diciembre de 1878, la delegación, compuesta de dos secretarios y dos miembros del Consejo de la Sociedad Teosófica, salió de Nueva York, deteniéndose un poco tiempo en Londres, y prosiguiendo después á Bombay, donde desembarcó en Febrero de 1879.

Puede fácilmente concebirse que en estas circunstancias los individuos de la delegación podían estudiar mejor el país y hacer investigaciones más provechosas que lo que hubiera podido esperarse en otro caso. Hoy son considerados como hermanos y ayudados por los indígenas de más influencia del país. Cuentan entre los miembros de su Sociedad á pandits de Benares y de Calcuta y á sacerdotes budhistas de los Vihâras de Ceilán — entre otros, al sabio Sumangala, mencionado por Minayeff en la descripción de su visita al Pico de Adán — y á Lamas del Tibet, de Burmah, de Travancore y de otras partes. Los individuos de la delegación son admitidos en santuarios en donde hasta el presente ningun europeo ha puesto el pie. Por consiguiente, pueden tener esperanzas de hacer muchos servicios á la Humanidad y á la Ciencia, á pesar de la mala voluntad que les tienen los representantes de la ciencia positiva.

Tan pronto como desembarcó la delegación, se envió un telegrama á Dayanand, porque todos estaban ansiosos de conocerlo personalmente. Contestó manifestando que se veía obligado á ir inmediatamente á Hardwar, en donde iban á reunirse cientos de miles de peregrinos; pero insistió en que no fuéramos, por cuanto era seguro que el cólera haría su aparición entre los devotos. Señaló cierto sitio al pie de los Himalayas, en el Punjab, en donde deberíamos encontrarnos dentro de un mes.

¡Ay! Todo esto se escribió hace algún tiempo. Desde entonces Swami Dayanand ha cambiado por completo de actitud hacia nosotros. Hoy es un enemigo de la Sociedad Teosófica y de sus dos fundadores, el coronel Olcott y la autora de estas cartas. Parece que al entrar en una alianza ofensiva

y defensiva con la Sociedad Teosófica, Dayanand tenía esperanzas de que todos sus individuos, cristianos, brahmanes y budhistas reconocieran su supremacía y se hiciesen individuos de la Arya Samaj. Inútil es decir que esto era imposible. La Sociedad Teosófica se funda en el principio de la no ingerencia en las creencias religiosas de sus individuos. La tolerancia es su base, y su objetivo es puramente filosófico. Esto no convenía á Dayanand. Quería que todos los miembros se convirtieran en sus discípulos, ó de lo contrario, fueran expulsados de la sociedad. Era bien claro que ni el Presidente ni el Consejo admitirían semejante pretensión.— Los ingleses y los americanos, tanto cristianos como libre-pensadores, los budhistas y especialmente los brahmanes se revelaron contra Dayanand, y unánimemente pidieron que se rompiese la alianza.

Sin embargo, todo esto sucedió después. En la época de que hablo éramos amigos y aliados de Swami, y supimos con gran interés que el «mela» de Hardwar que iba á visitar, se verifica cada doce años, y es una especie de feria religiosa que atrae representantes de todas las numerosas sectas de la India. Léense sabias disertaciones por los contrincantes en defensa de sus respectivas doctrinas, y los debates se verifican en público. Este año la reunión de Hardwar era excepcionalmente numerosa. Solo los sannyasis —los monjes mendicantes de la India— eran 35.000, y el cólera, previsto por el Swami, se declaró efectivamente.

Como aún no teníamos que acudir á la cita, disponíamos de mucho tiempo, y así procedimos á examinar á Bombay.

La Torre del Silencio, en las alturas del Malabar-Hill, es la última morada de los hijos de Zoroastro. Es, en una palabra, un cementerio parsi. Allí, sus muertos, ricos y pobres, hombres y mujeres, son puestos en fila; y en pocos minutos no queda de ellos más que los esqueletos. Estas torres, donde un silencio absoluto ha reinado durante siglos, causan en el extranjero, una impresión de las más deplorables. Esta clase de construcciones son muy comunes donde quiera que los parsis viven y mueren. En Bombay, de seis torres, la más grande fué construída hace 250 años y la más pequeña hace muy poco tiempo. Con raras excepciones, son de forma redonda ó cuadrada, de veinte á cuarenta pies de altura, sin techo ni puertas, con una sola entrada de hierro hacia el Este, tan pequeña, que se halla por completo cubierta por unos pocos matorrales. El primer cadáver que se lleva á una torre nueva —«dackhma»— debe ser el de un niño inocente de un mobed ó

sacerdote. No se permite á nadie, ni siquiera al vigilante principal, aproximarse á menos de una distancia de treinta pasos de estas torres. De entre los seres humanos vivos, solamente los *nassesalares*, *acarreadores de los muertos*, entran y salen en la Torre del Silencio. La vida que estos hombres llevan es del todo miserable. No hay verdugo europeo cuya situación sea peor. Viven por completo apartados del resto del mundo, á cuyos ojos son los seres más abyectos. Estándoles prohibido ir á los mercados, tienen que buscarse el alimento como mejor pueden. Nacen, se casan y mueren, perfectamente extraños al mundo, á excepción de los suyos; pasando por la calle solamente para recoger los muertos y llevarlos á la torre. Hasta el estar cerca de uno de ellos es una degradación. Al entrar en la torre con un cadáver, que se cubre, cualquiera que haya sido su rango y posición, con viejos harapos blancos, lo desnudan y lo colocan en silencio en una de las tres filas que vamos á describir. Después, siempre con el mismo silencio, salen, cierran la puerta y queman los harapos.

Entre los adoradores del fuego, la muerte se ve despojada de toda su majestad y es solo objeto de repugnancia. Así es que parece aproximarse la última hora de una persona, todos abandonan la cámara mortuoria, tanto para evitar obstáculos á la salida del alma del cuerpo, como para no correr el riesgo de que se manchen los vivos con el contacto del muerto. Solo el sacerdote permanece un rato con el moribundo, y después de murmurar en sus oídos los preceptos de Zend-Avesta, *sashem-vobu'* y *Yato-Abuvarie*, deja la habitación, quedando aun vivo el paciente. Luego traen un perro al que hacen mirar fijamente su cara. Esta ceremonia es llamada *sas-did* la mirada del perro. El perro es el único ser vivo que el *Druz massu* —el demonio— teme, y que puede impedir que tome posesión del cuerpo. Debe tenerse mucho cuidado de que la sombra de una persona no se interponga entre el moribundo y el perro, porque de lo contrario, toda la fuerza de la mirada del perro se perdería y el demonio se aprovecharía de la ocasión. El cuerpo permanece en el punto donde la vida le abandonó, hasta que los *nassesalares* aparecen con los brazos ocultos hasta los hombros dentro de sacos viejos para llevárselo. Después de depositado en un ataúd de hierro —el mismo para todos— lo llevan al *dakhma*. Si sucede que alguno de los que han sido llevados allí vuelve en sí, los *nassesalares* tienen la obligación de matarlo, pero semejante persona que ha sido manchada por el contacto de los cadáveres en el *dakhma*, ha perdido por ello todo

derecho de volver entre los vivos, porque al hacerlo, contaminaría á toda la comunidad. Como han ocurrido algunos de estos casos, los parsis están tratando de que se acepte una nueva ley, [que permita á los miserables excadáveres volver á vivir entre sus amigos, y que obligue á los nassesalares á dejar abierta la única puerta del dakhma, de suerte que puedan encontrar una salida. Es muy curioso lo que se dice de los buitres que devoran sin vacilación los cadáveres, pero que nunca tocan á los que aparentemente están muertos, sinó que huyen dando ruidosos graznidos. Después de la última oración á la puerta del dakhma, pronunciada desde lejos por el sacerdote y repetida en coro por los nassesalares, se verifica de nuevo la ceremonia del perro. En Bombay hay un perro á la entrada de la torre, educado con este objeto. Finalmente, se mete dentro el cadáver y se le coloca en una ú otra de las filas, según su sexo y edad.

Hemos presenciado por dos veces la ceremonia de los moribundos, y una vez las del entierro, si se me permite usar tan incongruente término. En este punto los parsis son mucho más tolerantes que los hindos, que se ofenden con la sola presencia de un europeo en sus ceremonias religiosas. N. Bayranjí, principal funcionario de la torre, nos invitó á presenciar el entierro de una mujer rica. De este modo pudimos ver, á la distancia de unos cuarenta pasos, todo lo que hicieron, sentados tranquilamente en la verandah de nuestro servicial huésped. Mientras que el perro miraba con fijeza la cara de la muerta, nosotros mirábamos con igual intensidad, pero con mucha más repugnancia, la enorme bandada de buitres sobre el dakhma, los cuales entraban en la torre y volvían á salir con trozos de carne humana en]los picos. Estas aves, que construyen por miles sus nidos alrededor de la Torre del Silencio, han sido importadas expresamente de Persia. Los buitres indios resultan ser demasiado débiles, y no bastante carniceros para ejecutar el proceso de desnudar los huesos con la rapidez prescrita por Zoroastro. Se nos dijo que toda la operación de dejar los huesos pelados no duraba arriba de unos pocos minutos. Así que se concluyó la ceremonia, fuimos conducidos á otro edificio, en donde se hallaba expuesto un modelo del dakhma. Pudimos entonces representarnos fácilmente lo que iba á pasar seguidamente dentro de la torre. En el centro hay un pozo profundo sin agua, cubierto con un enrejado como la boca de un desagadero. Alrededor de él hay tres anchos círculos con un declive gradual. En cada uno de éstos hay unos receptáculos de forma semejante á ataúdes para los cadáveres. Hay trescientos

tos sesenta y cinco de ellos. La primera, y más pequeña fila, es para los niños; la segunda, para las mujeres; y la tercera, para los hombres. Este triple círculo es simbólico de las tres virtudes cardinales zoroastrianas—pensamientos puros, buenas palabras y buenas obras. Gracias á los buitres, los huesos quedan mondados en menos de una hora, y en dos ó tres semanas el sol tropical tuesta los huesos, reduciéndolos á un punto tal de fragilidad que el menor soplo de viento es bastante para reducirlos á polvo y precipitarlos al pozo. No queda ningún olor, ni gérmen alguno de pestes y epidemias. No sé si este medio no será preferible á la cremación, que deja en el aire alrededor del Ghât un olor ligero, pero desagradable. El Ghât es un sitio al lado del mar ó á orillas de un río, donde los hindos queman á sus muertos. En lugar de alimentar á la antigua deidad eslava «Madre Húmeda Tierra», con podredumbre, los parsis dan á Armasti polvo puro. Armasti significa literalmente «vaca nutridora», y Zoroastro enseña que el cultivo de la tierra es la ocupación más noble de todas á los ojos de Dios. De aquí que el culto á la Tierra sea tan sagrado entre los parsis, que toman toda clase de precauciones para no manchar la «vaca nutridora» que les da «cien dorados granos por cada grano». En la época del Monsoon, cuando durante cuatro meses la lluvia cae incesantemente y lava y arrastra al pozo todo cuanto dejan los buitres, el agua absorbida por la tierra se filtra, pues el fondo del pozo, cuyas paredes son de granito, está cubierto á este fin de arena y carbón vegetal.

La vista del Pinjarapála es menos lúgubre y mucho más divertida. El Pinjarapála es el hospital de animales decrepitos de Bombay, semejante al cual existe uno en todas las ciudades donde moran los jainas. Es ésta una de las sectas más antiguas, así como también de las más interesantes de la India. Es mucho más antigua que el Buddhismo, que tuvo sus comienzos de 543 á 477 antes de nuestra Era. Los jainas se jactan de que el Buddhismo no es más que una mera heregía del Jainismo, habiendo sido Gautana, el fundador del Buddhismo, discípulo y sectario de un Guru jaina. Las costumbres, ritos y concepciones filosóficas de los jainas, los colocan á mitad del camino entre los brahmanes y los budhistas. Desde el punto de vista de su organización social, se parecen más á los primeros, pero en religión se inclinan hacia los últimos. Sus divisiones de casta, su total abstinencia de carne y su negativa á rendir culto á las reliquias de los santos, son tan estrictamente observados por ellos como por los brahmanes, pero al igual de los budhistas, niegan los dioses indios y la autoridad de los *Vedas*, y ado-

ran á los veinticuatro Tirthankaras ó Jinas, los cuales pertenecen á la hueste de los Bienaventurados, y constituyen un culto especial suyo. Sus sacerdotes, lo mismo que los budhistas, no se casan nunca; viven en vihâras aislados, y eligen sus sucesores entre los individuos de cualquier clase social. Según ellos, el único lenguaje sagrado es el pankrít, y se usa en su literatura sagrada, así como en Ceilán. Los jainas y los budhistas tienen la misma cronología tradicional. No comen después de puesto el sol, y quitan con todo cuidado el polvo del sitio que van á sentarse, á fin de no aplastar al insecto más minúsculo. Ambos sistemas, ó más bien, escuelas de filosofía, enseñan la teoría de átomos eternos indestructibles, siguiendo la escuela atómica de Kanada. Aseguran que el universo no tuvo principio ni tendrá fin. «El mundo y todo lo que hay en él es una ilusión, una Mâyâ», dicen los vedantinos, los budhistas y los jainas; pero al paso que los secuaces de Sankaracharya predicán sobre Parabrahm (una divinidad sin voluntad, entendimiento ni acción, porque «es entendimiento, mente y voluntad absolutas») é Ishwara emanando de El, los jainas y los budhistas no creen en ningún creador del mundo, sino que enseñan únicamente la existencia de Swbhawati un principio de la Naturaleza, plástico, infinito, de creación propia. Sin embargo, creen firmemente, como todas las sectas indias, en la transmigración de las almas. Su temor de que por matar un animal ó un insecto pudieran acaso destruir la vida de un antepasado, desarrolla su amor y cuidados por todas las criaturas vivientes hasta un punto increíble. No solamente hay un hospital para los animales enfermos en todas las ciudades y pueblos, sino que sus sacerdotes llevan siempre una especie de bozal de muselina (espero que me perdonen esta expresión poco respetuosa), á fin de no destruir inadvertidamente hasta el animal más minúsculo en el momento de respirar. El mismo temor les hace no beber más que agua filtrada. Hay unos cuantos millones de jainas en Gujerat, Bombay, Konkan y en algunos otros sitios.

El Pinjarapála de Bombay ocupa un barrio entero de la ciudad, y está dividido en patios, prados y jardines, con abrevaderos, jaulas para fieras y cercados para animales domesticados. Esta institución hubiera servido muy bien como modelo del Arca de Noé. En el primer patio, sin embargo, no vimos animales, pero en su lugar había centenares de espectros humanos; viejos, mujeres y niños. Eran los indígenas que quedaban de los llamados distritos del hambre, los cuales habian caído sobre Bombay para mendigar

su sustento. Así, al paso que á unas pocas yardas más allá, los «Vets» oficiales estaban ocupados en vendar las patas rotas de jacaes, en derramar aceite sobre los lomos de perros sarnosos, y en ajustar muletas á cigüeñas lisiadas, muchos seres humanos se morían de hambre á su mismo lado. Afortunadamente para los hambrientos, en aquel tiempo, había menos animales hambrientos que de ordinario, y así eran alimentados con los restos de las comidas de las bestias pensionistas. Sin duda alguna, muchos de estos desdichados hubieran consentido en transmigrar instantáneamente á los cuerpos de cualquiera de los animales que terminaban su carrera terrestre tan bien atendidos.

Pero aun las rosas de Pinjarapála no carecen de espinas. Los «sujetos» gramívoros, por supuesto, no podían desear nada mejor; pero dudo mucho que las fieras como los tigres, hienas y lobos, estén satisfechos con las reglas y el régimen alimenticio que forzosamente se les impone. Los jainas mismos rechazan con repugnancia hasta los huevos y el pescado, y por consiguiente, todos los animales que cuidan, tienen que hacerse vegetarianos. Estábamos presente cuando dieron de comer á un tigre herido por una bala inglesa. Habiendo olfateado una especie de sopa de arroz que le presentaban, sacudió la cola, gruñó, enseñando sus dientes amarillos, y con un débil rugido se apartó de la comida. ¡Que mirada oblícua lanzó sobre su guardián, que trabajaba con mucha dulzura de persuadirle á que probase su sabrosa comida! Sólo las fuertes barras de la jaula salvaron al jaina de una vigorosa protesta de parte de este veterano de las selvas. Una hiena, con la cabeza sangrando y una oreja medio desgarrada, principió por sentarse sobre la artesa llena de esta sarsa espartana, y después, sin más ceremonia la volcó, como para demostrar su desprecio absoluto por el plato. Los lobos y los perros lanzaban aullidos tan lastimeros, que atrajeron la atención de dos amigos inseparables, un viejo elefante con una pata de palo y un buey con un ojo malo, los verdaderos Castor y Polux de esta institución. Conforme á su noble naturaleza, el primer pensamiento del elefante fué para su amigo. Rodeó con su trompa el cuello del buey, como si le brindara protección, y ambos mugieron débilmente. Loros, cigüeñas, palomas, flamencos—toda la tribu alada—se alborozaban con su almuerzo. Los monos fueron los primeros en contestar á la invitación del guardián con gozo extraordinario. Más lejos nos enseñaron á un *santo* hombre que estaba alimentando insectos con su propia sangre. Yacía en tierra con los ojos cerrados, recibiendo de lleno sobre su cuerpo des-

nuda los abrasadores rayos del sol. Estaba literalmente cubierto de moscas, mosquitos, hormigas y chinches.

—Todos estos son nuestros hermanos—observó dulcemente el guardián, señalando á los innumerables animales é insectos.—¿Cómo podéis, vosotros, los europeos, matarlos y hasta devorarlos?

—¿Qué harías—le pregunté—si esta serpiente fuera á morderos? ¿Es posible que no la matárais, si os diese tiempo para ello?

—Por nada en el mundo. La cogería con cuidado y la llevaría á algún lugar desierto fuera de la ciudad, y allí la pondría en libertad.

—Sin embargo, supongamos que os mordiese.

—Entonces recitaría un *mantram*, y si esto no producía ningún buen resultado, lo consideraría como el dedo del Destino y dejaría tranquilamente este cuerpo por otro.

Estas fueron las palabras de un hombre, hasta cierto punto educado y bastante instruído. Cuando le indicamos que ningún don de la Naturaleza carecía de objeto, y que los dientes humanos eran de carnívoros, nos contestó citando capítulos enteros de la *Teoría de la Selección Natural* y del *Origen de las Especies*, de Darwin. «No es verdad—nos arguyó—que los primeros hombres naciesen con dientes caninos. Esto vino después con el transcurso del tiempo, con la degradación de la humanidad. Cuando el apetito carnívoro principió á desarrollarse, fué cuando las mandíbulas cambiaron su primera forma, bajo la influencia de nuevas necesidades.»

No pude menos de preguntarme: «¿*Ou la science va-t-elle se fourrer?*»

Aquella misma noche se dió en el Teatro de Elphinstone una función especial en honor de la «Misión Americana», como nos llaman aquí. Actores indígenas representaron en Gujateri el antiguo drama de hadas *Sítá-Ráma*, tomado del *Rámáyana*, el célebre poema épico de Valmiki. Este drama se compone de catorce actos y de innumerables cuadros, además de las transformaciones escénicas. Todos los papeles femeninos fueron ejecutados como de costumbre, por muchachos; y los actores, conforme á las costumbres históricas y nacionales, estaban descalzos y medios desnudos. Sin embargo, la riqueza de los vestidos, y los adornos y las transformaciones escénicas, eran verdaderamente maravillosas. Aun en los escenarios de los grandes teatros metropolitanos hubiera sido difícil presentar una representación mejor del ejército de los aliados de Rámá, que no son otra cosa que tropas de monos bajo el mando de Hanuman—el soldado, el hombre de estado, el dramaturgo:

dos á los tiempos en que los dioses descendían á la tierra y tomaban una parte activa en la vida diaria de los mortales. No hay en ello nada que nos recuerde el drama moderno, aun cuando el arreglo externo es el mismo. «De lo sublime á lo ridículo solo hay un paso» y viceversa. El macho cabrío, elegido para el sacrificio á Baco, presentó al mundo una tragedia (Τραγωδία) Los balidos y topetadas de agonía de las ofrendas cuadrúpedas de la antigüedad han sido pulidos por las manos del tiempo y de la civilización, y, como resultado de este proceso, tenemos el mortecino murmullo de Raquel en el papel de Adriana Lecouvreur, y el horroroso «pataleo» realista de la Croisette moderna en la escena de envenenamiento de *The Sphinx*. Pero al paso que los descendientes de Temístocles reciben de buena gana, ya estén cautivos ó libres, todos los cambios y mejoras consideradas como tales por el gusto moderno, pensando que son una edición corregida y ampliada del genio de Esquilo, los hindus, afortunadamente para los arqueólogos y amantes de la antigüedad, no han dado jamás un paso desde los tiempos de nuestro muy venerado predecesor Hanuman.

Esperábamos la ejecución de *Sitá Râma* con la más viva curiosidad. Excepción hecha de nosotros y de la construcción del teatro, todo era estrictamente indígena, y nada nos hacía recordar al Occidente. No había rastro de orquesta. La música sólo se podía oír del escenario ó detras del mismo. Por último levantóse el telón. El silencio, que había sido muy notable, teniendo en cuenta la gran multitud de espectadores, se hizo entonces absoluto. Râma es una de las encarnaciones de Vishnu; y como la mayor parte del auditorio se componía de adoradores de este Dios, el espectáculo era para ellos no una mera función teatral, sino un misterio religioso que representaba la vida y proezas de sus deidades más favoritas y venerandas.

El prólogo se desarrollaba en la época anterior á la creación (puede asegurarse sin temor que ningún autor dramático se hubiera atrevido á elegir otra más antigua), ó más bien antes de la última manifestación del universo. Todas las sectas filosóficas de la India, excepto los mulsumanes, están de acuerdo en que el universo ha existido siempre. Pero los hindus dividen las apariciones y desapariciones periódicas del universo en días y noches de Brahmâ. Las noches ó retiradas del universo objetivo son llamadas Pralayas, y los días ó las épocas del nuevo despertar á la vida y á la luz son llamadas Manvantaras, Yugas ó «centurias» de los dioses». Estos períodos son también, respectivamente, llamados las aspiraciones y expiraciones de

Brahmâ. Cuando el Pralaya llega á su fin, Brahmâ despierta, y con este despertar, el universo que reposaba en la deidad, en otras palabras, que estaba reabsorbido en su esencia subjetiva, vuelve á emanar del principio divino y se hace objetivo. Los dioses, que mueren al mismo tiempo que el universo, principian lentamente á volver á la vida. Sólo el «Invisible», el «Infinito», el «Sin Vida», el Uno que en sí mismo la «Vida» incondicionada original, se eleva rodeado por el caos sin límites. Su santa presencia no es visible. Sólo se muestra en la pulsación periódica del caos, representada por una oscura masa de aguas que llena todo el escenario. Estas aguas no han sido aún separadas de la tierra seca, porque Brahmâ, el espíritu creador de Nârâyana, no se ha separado todavía del «Siempre Inmutable». Luego viene un fuerte choque en toda la masa y las aguas principian á adquirir transparencia. Rayos, que parten de un huevo de oro en el fondo, cruzan á través de las aguas caóticas. El huevo recibe vida del espíritu de Nârâyana y se quiebra, y Brahmâ, despertando, se eleva á la superficie de las aguas en la forma de un enorme loto. Aparecen nubes ligeras, al principio transparentes y como telas de arañas. Gradualmente se condensan y se transforman en Prajapatis, los diez poderes creadores personificados de Brahmâ, el dios de todo lo que vive, y cantan un himno de alabanza al creador. Algo de sencillez poética para nuestros oídos no acostumbrados, respiran en esta melodía uniforme no acompañada de orquesta alguna.

La hora de la revivificación general ha sonado. El Pralaya toca á su fin. Todo vuelve gozoso á la vida. El firmamento es separado de las aguas y en él aparecen los Asuras y Grandharvas, los cantores y músicos celestes. Entonces Indra, Yama, Varuna y Kuvera, los espíritus que presiden á los cuatro puntos cardinales ó los cuatro elementos, agua, fuego, tierra y aire, derraman átomos de los cuales surge la serpiente «Ananta». El monstruo nada en la superficie de las olas, y doblando su cuello de cisne, forma un lecho en el cual se reclina Vishnu, que tiene á sus pies la Diosa de la Belleza, su esposa Laskhmi. «¡Swatha!, ¡Swatha!, ¡Swatha!», exclama el coro de músicos celestes, saludando á la deidad. En los oficios de la iglesia rusa esto se pronuncia: ¡Swiat!, ¡Swiat!, ¡Swiat! y significa: ¡Santo!, ¡Santo!, ¡Santo!.

En uno de sus Avataras futuros, Vishnu encarnará en Râma, el hijo de un gran rey, y Lakshmi se convertirá en Sîtâ. Todo el asunto del *Râmâ*.

yana es cantado en pocas palabras por los músicos celestes. Káma, el Dios del Amor, cobija á la pareja divina, y en aquel punto se enciende una llama en sus corazones y todo el mundo es creado.

Luego se presentan los catorce actos del drama, que es bien conocido de todos, y en el que toman parte algunos cientos de personajes. Al final del prólogo toda la asamblea de dioses se presenta, uno después de otro, y manifiesta al auditorio el argumento y epílogo de su representación, pidiendo al público que no sea demasiado exigente. Es como si todas estas familiares deidades, hechas de mármol y de granito pintados, dejaran sus templos y viniesen á recordar á los mortales sucesos tiempo ha pasados y olvidados.

La sala estaba llena de indígenas. Sólo nosotros cuatro éramos los representantes de Europa. A modo de enorme lecho de flores, las mujeres ostentaban los brillantes colores de sus vestidos. Aquí y allí, entre hermosas cabezas bronceadas, veíanse las lindas y melancólicas caras blancas de las mujeres parsis, cuya hermosura me hacía recordar las georgianas. Las primeras filas estaban ocupadas sólo por mujeres. En la India es muy fácil conocer la religión, secta y casta de sus individuos, y hasta si una mujer es casada ó soltera, por marcas pintadas con colores brillantes en las frentes.

Desde el tiempo en que Alejandro el Grande destruyó los libros sagrados de los Gebars, éstos han sido constantemente oprimidos por los idólatras. El rey Ardeshir-Babechan restauró el culto del fuego en los años 229-243 de nuestra Era. Desde entonces han vuelto á ser perseguidos durante el reinado de uno de los Shakpurs, ya se fuese por el II, el IX ó el XI de los Sasánidas, pero cuál de ellos no sabe. Se dice, sin embargo, que uno de ellos fué gran protector de las doctrinas de Zoroastro. Después de la caída de Yesdejird, los adoradores del fuego emigraron á la isla de Ormasd, y algún tiempo después, habiendo encontrado un libro de profecías de Zoroastro, en obediencia á una de ellas marcharon al Indostán. Después de mucho vagar, aparecieron hace mil ó mil doscientos años en el territorio de Máhârana-Jayadeva, vasallo del rey rajput, Champanir, que les permitió colonizar su país, pero con la condición de que dejaran sus armas, que abandonasen el lenguaje persa por el hindo y que sus mujeres dejaran su traje nacional y se vistiesen como las mujeres hindas, Sin embargo, les permitió llevar calzado, dado que esto está estrictamente prescrito por Zoroastro. Desde entonces se han verificado pocos cambios. De aquí

que las mujeres parsis sólo se distiguiesen de sus hermanas hindas por ligeras diferencias. Las caras casi blancas de las primeras estaban separadas por una tira de alisado pelo negro de una especie de gorro blanco, y el todo estaba cubierto con un brillante velo. Las últimas llevaban descubierta su rico y reluciente pelo, retorcido en una especie de chinón griego. Sus frentes estaban brillantemente pintadas y sus narices adornadas con anillos de oro. Unas y otras son aficionadas á los colores brillantes uniformes, y cubren sus brazos hasta el hombro con bangles y llevan saris.

Detrás de las mujeres ondulaba en el patio todo un mar de maravillosos turbantes. Había Rajouts de largos cabellos y luengas barbas, divididas por el medio, y con facciones regulares griegas; sus cabezas cubiertas con «pagris», que constaban, por lo menos, de veinte yardas de finísima muselina blanca, y adornadas sus personas con pendientes y brazaletes. Asistían también Brahmanes Mahratas que afeitan sus cabezas dejando tan sólo un mechón central, y que llevan turbantes de un rojo deslumbrador, adornados por delante con una especie de cuerno dorado de la abundancia; Bangas, que llevaban unos yelmos de tres picos con una especie de celosía en lo alto; Kaekhis, con yelmos romanos; Bhillis de las fronteras de Râjastan, cuyas mejillas están arropadas por tres vueltas de los extremos de sus turbantes piramidales, de suerte que el turista inocente cree siempre que padecen dolor de muelas; Bengalis y Babus de Calcuta, con la cabeza descubierta todo el año, con sus cabellos cortados á la moda de Atenas, y sus cuerpos cubiertos por los soberbios pliegues de una blanca *toga virilis* que en nada se diferencia de las que llevaban los senadores romanos; Parsis, con sus mitras negras de hule; Sikhs, los partidarios de Nanaka, monoteístas estrictos y místicos, cuyos turbantes tanto se parecen á los de los Bhillis, pero que llevan el cabello largo hasta la cintura, y cientos de otras tribus.

Habiéndonos propuesto contar los diferentes tocados que se ven sólo en Bombay, tuvimos que renunciar á la tarea por impracticable al cabo de quince días. Cada casta, cada oficio, cada gremio y secta, cada una de las mil subdivisiones de la gerarquía social, tiene su turbante propio, á menudo resplandeciente de adornos de oro y piedras preciosas, que sólo dejan en los casos de duelo. Pero como para compensar este lujo, hasta los miembros de la municipalidad, mercaderes ricos y Rai Bahadurs, que han sido creados baronets por el Gobierno, van siempre sin medias, ostentando sus piernas

desnudas hasta las rodillas. En cuanto á su vestido, consiste principalmente en una especie de camisa blanca sin forma.

En Baroda, algunos Caikwars (título de todos los príncipes de Baroda), tienen todavía en sus establos elefantes y girafas de las menos comunes, aún cuando los primeros están estrictamente prohibidos en las calles de Bombay. Tuvimos ocasión de ver á ministros y hasta á Rajas montados en estos nobles animales, con sus bocas llenas de pansupari (hojas de betel) y sus cabezas inclinadas bajo el peso de las piedras preciosas de sus turbantes, al paso que todos los dedos de las manos y pies estaban adornados de anillos de oro. Sin embargo, durante la noche que estoy describiendo, no vimos elefantes ni girafas, aunque gozamos de la compañía de Rajas y ministros. En nuestro palco teníamos al hermoso embajador y último tutor del Mahârâvana de Oodeypore. Era un raja y un pandit; su nombre, Mohunlal-Vihnulal Pandia. Llevaba un pequeño turbante rojizo resplandeciente de diamantes, unos calzones de bareje del mismo color y un manto de gasa blanca. Su negrísimo cabello cubría á medias su cuello color de ámbar, al cual rodeaba un collar que hubiera vuelto loca de envidia á cualquier hermosura parisién. El pobre Rajput se caía de sueño, pero se mantenía heroicamente en el cumplimiento de sus deberes, y tirándose pensativamente de la barba, nos llevó á través del interminable laberinto de los enredos metafísicos del *Ramâyâna*. Durante los entreactos, nos ofrecieron café, sorbetes y cigarrillos, que fumamos hasta durante la representación, sentados frente al escenario en primera fila. Estábamos cubiertos, como ídolos, con guirnaldas de flores, y el director, un hindu alto vestido de transparente muselina, nos roció varias veces con agua de rosas.

La función principió á las ocho de la noche, y á las dos y media no había llegado sino al acto noveno. A pesar de que cada uno de nosotros tenía á sus espaldas un punkah-wallah, el calor era insoportable. Habíamos llegado al límite de nuestra resistencia, y tratamos de excusarnos. Esto ocasionó una perturbación general, tanto en el escenario como en el auditorio. El carro aéreo en que el malvado rey Râvana arrebató á Sítá, se detuvo en el aire. El rey de las Nagas (serpientes) cesó de vomitar llamas, los monos soldados quedaron sin movimiento en los árboles, y el mismo Râma, vestido de azul claro y coronado con una diminuta pagoda, se adelantó al frente del escenario y pronunció en puro inglés un discurso en que nos daba las gracias por el honor de nuestra presencia. Entonces nos echaron nuevos ramos de flores,

y nos recibíen por última vez con agua de éscar; finalmente, llegamos á casa á las cuatro de la mañana. Al día siguiente supimos que la función había terminado á las seis y media.

#### EN EL CAMINO DE KARLI

Son las primeras horas de una mañana de fines de Marzo. Una ligera brisa acaricia con su mano atrevidamente las caras sonolientas de los peregrinos, y el perfume embriagador de las tuberizas se mezcla con los acres aromas del bazaar. Multitud de mujeres brahmanas, con los pies desnudos, majestuosas y bien formadas, dirigen sus pasos, como la Raquel bíblica, hacia el pozo, con cántaros de metal, brillantes como el oro, en sus cabezas. En nuestro camino encontramos numerosos estanques sagrados llenos de agua, en los cuales los indus de ambos sexos ejecutaban sus prescritas abluciones matinales. Bajo las tapias de un jardín un ganso domesticado devora la cabeza de una cobra. El cuerpo descabezado de la serpiente choca convulsiva pero inofensivamente con los costados del pequeño animal, que mira estos varios esfuerzos con evidente satisfacción. Al lado de este grupo de animales hállase una figura humana: un *mdli* (jardinero) desnuda, ofreciendo betel y sal á un monstruoso ídolo de piedra que representa á Shiva, con objeto de espacigar la cólera del «Destructor», excitada con la muerte de la cobra, que es uno de sus servidores favoritos. Unos pocos pasos antes de llegar á la estación del ferrocarril, encontramos una modesta procesión católica, compuesta de unos pocos parias recién convertidos, y de algunos portugueses indígenas. Bajo un dosel iba una litera, en la que se balanceaba de un lado á otro una obscura Madona vestida al modo de la diosa indígena con un anillo en la nariz. En sus brazos llevaba al santo niño, vestido de pyjamas amarillas y con un turbante brahman rojo. «¡Hari, hari, devaki!» (¡gloria á la Santa Virgen!) —exclamaban los conversos, inconscientes de ninguna diferencia entre Devaky, madre de Krishna y la Madona católica. Todo lo que saben es que excluidos de los templos brahmanes por no pertenecer á ninguna de las castas hindas, son á veces admitidos en las pagodas cristianas gracias á los «padres» nombre tomado del *pádre* portugués, y aplicado indistintamente á los misioneros de toda secta europea.

Por fin, nuestro gharis —vehículo indígenas de dos ruedas arrastrados por un par de fuertes bueyes —llegaron á la estación. Los empleados inglé-

ses abrieron desmesuradamente los ojos á la vista de caras blancas, viajando por la ciudad en dorados carros indios. Pero, nosotros somos verdaderos americanos, y hemos venido aquí á estudiar, no á Europa, sino á la India y sus productos sobre el terreno.

Si el turista lanza una mirada á la orilla opuesta al puerto de Bombay, verá una maza azul oscura que se eleva como un muro entre él y el horizonte. Esta es Parbul, una montaña de aplastada cresta de 2.250 pies de altura. Su vertiente derecha se apoya en dos escarpadas rocas cubiertas de bosques. La más alta de ellas, Mataran, es el objeto de nuestra excursión. Desde Bombay á Nazel, estación situada al pie de esta montaña, tenemos que viajar cuatro horas por ferrocarril, aunque, á vuelo de cuervo, la distancia no es más que de doce millas. El camino de hierro rodea las más encantadoras colinas, bordea centenares de bellísimos lagos y atraviesa con más de veinte túneles el corazón mismo de la roca.

Nos acompañaban tres amigos indus. Dos de ellos habían pertenecido á una casta elevada, pero habían sido expulsados de su pagoda por su asociación y amistad con nosotros, extranjeros indignos. En la estación se unieron á nosotros otros dos indígenas, con quienes habíamos sostenido correspondencia muchos años. Todos eran miembros de nuestra Sociedad, reformadores de la escuela de la Joven India, enemigos de los brahmanes, de las castas y prejuicios, é iban á ser nuestros compañeros de viaje y á visitar con nosotros la feria anual en las fiestas del templo de Karlí, deteniéndose de camino en Mataran y Khanduli. Uno era un brahman de Pooná; el segundo un mudeliar (propietario rural) de Madras; el tercero un singales de Kegalla, el cuarto un hemindar bengalés, y el quinto un rajput gigantesco, que hacía tiempo conocíamos por el nombre de Gulab-Lal-Sing, y á quien llamábamos simplemente Gulab-Sing. Me detendré en esta personalidad más que en otra alguna, porque circulaban historias más maravillosas y diversas acerca de este hombre extraño. Se aseguraba que pertenecía á la secta de los Raj-Yogis, y que era un iniciado en los misterios de la magia, alquimia y varias otras ciencias ocultas de la India. Era rico é independiente, y la voz pública no se atrevía á sospechar engaño alguno de su parte, tanto más cuanto que, conociendo bien tales ciencias, jamás decía una palabra de ellas en público, y ocultaba cuidadosamente sus conocimientos á todos, excepto á unos pocos amigos.

Era un takur independiente de Rajistan, una provincia cuyo nombre

significa el país de los reyes. Los takures son, casi sin excepción, descendientes del Surya (sol), y por tanto son llamados Surya-vansa. Son más orgullosos que ninguna otra nación del mundo. Tienen un proverbio: «El lodo de la tierra no puede pegarse á los rayos del sol.» No desprecian á ninguna secta, excepto los brahmanes, y sólo honran á los bardos que cantan sus proezas militares. De estos últimos el Coronel Tod escribe lo que sigue (1): «La magnificencia y lujo de las cortes de Rajput en los primeros tiempos de la historia, eran verdaderamente maravillosos, aun tenida en cuenta la exageración poética de los bardos. Desde los tiempos primitivos, la India del Norte ha sido un país rico, y en ella, precisamente estaba la satrapía más rica de Dario.

Como quiera que sea, en este país abundaron esos sucesos más sorprendentes que proporcionan á la historia sus más notables asuntos. En Rajistan, cada pequeño reino tiene sus Termópilas, y cada pequeña ciudad ha producido sus Leonidas. Pero el velo de los siglos oculta á la posteridad sucesos que la pluma del historiador hubiera podido legar á la admiración de las naciones. Somnath pudo haber aparecido como un rival de Delfos, los tesoros de Hind hubieran podido sobrepujar las riquezas del Rey de Lidia, al paso que el ejército de Jerges, comparado con el de los hermanos Pandu, hubiera parecido un mero puñado de hombres sólo digno de figurar en segunda línea.

Inglaterra no desarmó á los Rajputs como hizo con el resto de las naciones indias, por lo que Gulab-Sing vino acompañado de vasallos y escuderos.

Poseedor de un conocimiento inextinguible de leyendas, y evidentemente muy al tanto de las antigüedades de su país, Gulab-Sing resultó el más interesante de nuestros compañeros.

«Allí, en el horizonte—dijo Gulab-Sing—se percibe el majestuoso Baho Mallín. Ese sitio solitario fué un tiempo la mansión de un santo ermitaño; ahora es visitado anualmente por multitud de peregrinos. Según la creencia popular, allí suceden las cosas más sorprendentes—milagros.—En la cresta de la montaña, á dos mil pies sobre el nivel del mar, está la plataforma de una fortaleza. Detrás se eleva otra roca de doscientos setenta pies de altura, y en el extremo mismo de ese pico se encuentran las ruinas de una

(1) En casi todos los casos, los pasajes citados de varias autoridades han vuelto á ser traducidos del ruso. Como se hubiera necesitado demasiado tiempo y trabajo para una comprobación, sólo se da aquí el sentido de tales pasajes que no tienen la pretensión de ser textuales.—El Traductor (del ruso).

fortaleza aún más antigua la cual sirvió de albergue durante setenta y cinco años á este ermitaño. De dónde obtenía su alimento, es lo que permanecerá por siempre un misterio. Algunos creen que comía raíces de plantas silvestres, pero sobre esta roca desnuda no existe vejetación alguna. El único modo de subir á esta montaña perpendicular, consiste en una cuerda y en agujeros abiertos en la roca, apenas lo suficientemente grandes para apoyar los dedos del pie. Se creería que semejante camino sólo es accesible á los acróbatas y á los monos, pero seguramente que el fanatismo debe proporcionar alas á los hindus, porque jamás ha sucedido accidente alguno á ninguno de ellos. Desgraciadamente, hace unos cuarenta años que una partida de ingleses tuvo la desdichada idea de explorar las ruinas, pero levantóse una fuerte racha de viento que los lanzó al precipicio. Después de esto, el General Dickinson dió la orden de destruir todos los medios de comunicación con la fortaleza superior; y la inferior, causa en un tiempo de tantas pérdidas y tanto derramamiento de sangre, está ahora por completo desierta, y sólo sirve de albergue á águilas y tigres.»

Oyendo sus relatos de los tiempos antiguos, no pude menos de comparar el pasado con el presente. ¡Qué diferencia!

«¡Kali - Yugi!»—gritan los hindus viejos con sombría desesperación.  
«¿Quién puede luchar contra la Edad de Tinieblas?»

Este fatalismo, la certeza de que nada bueno puede esperarse ahora, la convicción de que ni el mismo poderoso dios Shiva puede aparecer ni auxiliarles, está profundamente arraigada en la mente de la generación antigua. En cuanto á los hombres más jóvenes, reciben su educación en los colegios y universidades, aprenden de memoria á Herbert Spencer, á John Stuart Mill, á Darwin y á los filósofos alemanes, y pierden completamente todo respeto, no solo á su propia religión, sino á todas las demás del mundo. Los jóvenes «educados» hindus son materialistas casi sin excepción, y muchas veces llegan á los últimos límites del ateísmo. Rara vez aspiran á una cosa mejor que á la situación de «principal compañero del oficial mayor», según decimos en Rusia, y ó bien se convierten en parásitos, aduladores repugnantes de sus actuales señores, ó lo que es aún peor, ó en todo caso más desagradable, principian á editar un periódico lleno de liberalismo de baratillo, que gradualmente se convierte en un órgano revolucionario.

Pero todo esto es sólo de paso. Comparado con el misterioso y grandioso pasado de la India, el antiguo Aryavarta, su presente es un fondo negro

natural indio, la negra sombra de una pintura brillante, el mal inevitable en el cielo de cada nación. La India se ha vuelto decrepita, y ha caído como una enorme memoria de la antigüedad, postrada y hecha pedazos. Pero el más insignificante de estos fragmentos será siempre un tesoro para el arqueólogo y el artista, y en el curso del tiempo hasta podrá proporcionar una clave al filósofo y al psicólogo. «Los antiguos hindus construían como gigantes, y acababan sus obras como joyeros» —dice el arzobispo Heber describiendo sus viajes en la India.—En su descripción del Taj-Mahal de Agra, esa verdadera octava maravilla del mundo, lo llama «un poema en mármol». Pudo haber añadido que es difícil encontrar en la India una ruina, en el menor estado de conservación, que no pueda hablar más elocuentemente que volúmenes enteros del pasado de la India, sus aspiraciones religiosas, sus creencias y esperanzas.

No hay país alguno de la antigüedad, ni aun el Egipto de los Faraones, donde el desarrollo del ideal subjetivo, en su demostración por un símbolo objetivo, haya sido expresado más gráfica, hábil y artísticamente que en la India. Todo el panteísmo de la Vedanta está contenido en el símbolo de la deidad bisexual Ardhanári. Está rodeado por el doble triángulo conocido en la India bajo el nombre de signo de Vishnu. A su lado yacen un león, un toro y un águila. En sus manos reposa una luna llena que se refleja en las aguas á sus pies. La Vedanta ha enseñado, durante miles de años, lo que algunos filósofos alemanes principiaron á predicar al fin del siglo pasado y principios del presente, á saber: que todas las cosas objetivas del mundo, así como el mundo mismo, no son más que una ilusión, una Mâyâ, un fantasma creado por nuestra imaginación, con tan poca realidad como la reflexión de la luna sobre la superficie de las aguas. El mundo fenomenal, así como lo subjetivo de nuestros conceptos respecto de nuestros Egos, no son nada más que una reflexión. El verdadero sabio jamás se somete á las tentaciones de la ilusión. El sabe bien que el hombre no llegará al verdadero conocimiento, y no se convertirá en el verdadero Ego, sino después de la unión completa del fragmento personal con el Todo, convirtiéndose así en un Brahma inmutable, infinito, universal. Por consecuencia, considera todo el ciclo de nacimiento, vida, vejez y muerte, sólo como un producto de la imaginación.

Generalmente hablando, la filosofía india, dividida como lo está en numerosas enseñanzas metafísicas, posee, cuando está unida á las doctrinas onto-

lógicas indias, una lógica tan bien desarrollada, una psicología tan maravillosamente refinada, que pudiera muy bien ponerse en primera línea al ser comparada con las escuelas antiguas y modernas idealistas y positivistas y eclipsarlas á todas. Ese positivismo expuesto por Lewis, que hace poner de punta á cada pelo de las cabezas de los teólogos de Oxford, es un juego de niños ridículo comparado con la escuela atomística de Vaisheshika, con su mundo dividido, como un tablero de Ajedrez, en seis categorías de átomos eternos, nueve substancias, veinticuatro cualidades y cinco movimientos. Y por más difícil y hasta imposible que puedan parecer todas estas ideas abstractas, ideslistas, panteístas, y á veces, puramente materiales en la forma condensada de los símbolos alegóricos, la India, sin embargo, ha sabido expresar todas estas enseñanzas con más ó menos eficacia. Ella las ha inmortalizado en sus feos ídolos de cuádruple cabeza, en la forma geométrica complicada de sus templos, y hasta en las enredadas líneas y manchas de las frentes de sus sectarios.

Estábamos discutiendo ésta y otras cosas con nuestros compañeros de viaje hindus, cuando un *padre* católico, uno de los maestros del colegio jesuíta de San Javier, en Bombay, entró en nuestro coche en una de las estaciones. Pronto fué incapaz de contenerse, y tomó parte en nuestra conversación. Sonriendo y restregándose las manos, dijo que tenía curiosidad de saber con qué sofisticos argumentos podrian nuestros compañeros encontrar algo que se pareciese á una explicación filosófica «de la idea fundamental de las cuatro caras del feo Shiva, coronado de serpientes», señalando con el dedo al ídolo á la entrada de una pagoda.

—Es muy sencillo—contestó el Babu bengalés.—Véis que sus cuatro caras miran á los cuatro puntos cardinales: Sur, Norte, Este y Oeste, pero todas esas caras no son sino un cuerpo, y pertenecen á un dios.

—¿No tendríais inconveniente en explicar primero la idea filosófica de las cuatro caras y ocho manos de vuestro Shiva?—interrumpió el *padre*.

—Con mucho gusto. Creyendo que nuestro gran Rudra (el nombre védico de este dios) es omnipresente, lo representamos con la cara vuelta simultáneamente en todas direcciones. Las ocho manos indican su omnipotencia, y su único cuerpo nos manifiesta que es Uno aunque está en todas partes, y que nadie puede escapar á su mirada que todo lo ve, ni á su mano justiciera.

El *padre* iba á decir algo, cuando el tren se detuvo; habíamos llegado á Narel.

Hace apenas veinticinco años que, por primera vez, un hombre blanco subió al Mataran enorme masa de varias clases de rocas, en su mayor parte de forma cristalina. Aunque muy cerca de Bombay, y sólo á pocas millas de Kandala, la residencia de verano de los europeos, las amenazadoras alturas de este gigante fueron durante mucho tiempo consideradas inaccesibles. Por el Norte, su superficie lisa y casi vertical se eleva 2450 pies sobre el valle del río Pen, y más adelante innumerables rocas y colinas separadas, cubiertas de espesa vegetación y divididas por valles y precipicios, se elevan hasta las nubes. En 1854. el ferrocarril atravesó uno de los costados del Mataran y ahora ha llegado al pie de la última montaña, deteniéndose en Narel, donde, hasta hace poco, no había más que un precipicio. Desde Narel, á la planicie superior solo hay ocho millas, que se pueden pasar en un pony ó en palanquín abierto ó cerrado, como se quiera.

Como llegamos á Narel á las seis de la tarde, esta expedición no era muy tentadora. La civilización ha hecho mucho con la naturaleza inanimada; pero, á pesar de todo, su despotismo no ha podido aun conquistar los tigres y las serpientes. Los tigres, sin duda, han sido desterrados á selvas más remotas, mas las serpientes de todas clases, especialmente cobras y coralillos, las cuales habitan con preferencia los árboles, abundan todavía como en tiempos anteriores en los bosques del Mataran y sostienen combates regulares de guerrillas contra los invasores. ¡Desgraciado del pedestre y hasta del jinete que acierte á pasar por debajo de un árbol que constituya la emboscada de una serpiente coralillo! Las cobras y otros reptiles atacan rara vez al hombre, y generalmente tratan de evitarlo, á menos que accidentalmente se les pise; pero los guerrilleros del bosque, las serpientes de los árboles, acechan á su víctima. Tan pronto como la cabeza de un hombre se coloca debajo de la rama que alberga al coralillo, lánzase en el espacio todo lo largo de su cuerpo y clava sus colmillos en la frente del hombre. Este hecho curioso fué durante mucho tiempo considerado una fabula; pero ha sido ahora comprobado y pertenece á la historia natural de la India. En estos casos, los naturales ven en la serpiente al enviado de la Muerte, el ejecutor de la voluntad de la sanguinaria Káli, la esposa de Shiva.

La tarde, después de aquel día abrazador, era tan tentadora y nos invitaba desde lejos con una frescura tan deliciosa, que nos decidimos á arriesgar nuestro destino. En el corazón de esta naturaleza maravillosa se anhela



topee. Además—añadió—, el verles aquí prueba que no hay un solo tigre en diez millas á la redonda.»

Más y más alto ascendíamos por la empinada y tortuosa senda, y el bosque se tornaba perceptiblemente más denso, más obscuro é impenetrable. Algunas espesuras eran tenebrosas como tumbas. Pasando por debajo de banyans de cien años de edad, era imposible distinguir los propios dedos de la mano á dos pulgadas de distancia. Me parecía que en ciertos sitios no sería posible avanzar sin tantear el camino, pero nuestros coolíes no dieron nunca un paso en falso, sino que se apresuraban hacia adelante. Ninguno de nosotros decía una palabra, como si hubiésemos acordado permanecer silenciosos en aquellos momentos. Nos sentíamos como envueltos en el pesado velo de las tinieblas, y no se oía sonido alguno excepto la respiración irregular y corta de los portadores y la cadencia de sus rápidas y nerviosas pisadas sobre el suelo pedregoso del camino. Sentía uno disgusto y vergüenza de pertenecer á la especie humana, una parte de la cual hace de la otra meras bestias de carga. Estos pobres desdichados reciben de paga por su trabajo cuatro annas diarios todo el año. ¡Cuatro annas por ir ocho millas cuesta arriba y otras tantas cuesta abajo, nada menos que dos veces al día; en junto, treinta y dos millas subiendo y bajando una montaña de 1.500 pies de altura con un peso de doscientas libras! Como quiera que sea, la India es un país en donde todo se ajusta á costumbres que jamás cambian, y cuatro annas al día es la paga para toda clase de labor inhábil.

Gradualmente hiciéronse más y más frecuentes los espacios abiertos y las cañadas, y la luz era tan intensa como de día. Miriadas de cigarrones chirriaban en el bosque, llenando el aire con un sonido metálico y bandadas de asustados papagayos se precipitaban de unos árboles á otros. Algunas veces los atronadores y prolongados rugidos de los tigres se elevaban del fondo de los precipicios densamente cubiertos con toda clase de vegetación. Los shikari nos aseguran que en una noche tranquila los rugidos de estas bestias pueden oírse á muchas millas á la redonda. El panorama, alumbrado como por fuegos de bengala, cambiaba á cada revuelta. Ríos, campos, bosques y rocas se extendían á nuestros pies en una enorme distancia, se movían y temblaban iridescentes bajo la plateada luz de la luna, como la superficie de un espejo. El carácter fantástico del cuadro nos hizo contener el aliento. Nuestras cabezas vacilaban si por acaso mirábamos á las profundidades á la temblorosa luz de la luna. Sentimos que el precipicio de

2,000 pies de hondura nos fascinaba. Un americano, compañero nuestro de viaje, que había hecho la jornada á caballo, tuvo que desmontar, temeroso de no resistir á la tentación de lanzarse en el abismo.

Algunas veces encontrábamos á pedestres solitarios, hombres y mujeres jóvenes, bajando del Mataran en dirección á su casa, después de un día de trabajo. Sucede con frecuencia que algunos de ellos no llegan nunca á ella. La policía anuncia con indiferencia que la persona que falta ha sido arrebatada por un tigre ó muerta por una serpiente. Todo queda dicho con esto, y pronto se le olvida por completo. ¡Una persona más ó menos, entre los doscientos cuarenta millones que habitan la India, no importa gran cosa! Pero existe una superstición muy extraña en el Deccan acerca de esta misteriosa y sólo parcialmente explorada montaña. Los indígenas aseguran que, á pesar del número considerable de víctimas, jamás se ha encontrado un solo esqueleto. El cadáver, ya sea intacto ó destrozado por los tigres, es llevado inmediatamente por los monos, los cuales, en el último caso, reúnen los huesos esparcidos y los entierran tan hábilmente en hoyos profundos, que no queda vestigio alguno. Los ingleses se ríen de esta superstición, pero la policía no niega el hecho de la completa desaparición de los cuerpos. Cuando las laderas de la montaña fueron horadadas en el curso de la construcción del ferrocarril, se encontraron huesos separados con las señales de los dientes de los tigres, así como brazaletes rotos y otros adornos, á profundidades increíbles. El hecho de estar rotas estas cosas demostraba que no habían sido enterradas por los hombres, por que ni la religión de los hindus ni su avaricia les hubiera permitido romperlos ni enterrar plata y oro. ¿Será, pues, posible, que así como entre los hombres una mano lava la otra, haya en el reino animal una especie que oculta los crímenes de la otra?

Habiendo pasado la noche en una posada portuguesa, hecha de bambús como nido de águila y adosada al costado casi vertical de la roca, nos levantamos al amanecer, y después de visitar todos los puntos de vista famosos por su belleza, hicimos nuestros preparativos para regresar á Narel. A la luz del día el panorama era aún más espléndido que por la noche; no bastarían volúmenes para describirlo. Si no hubiese sido que por tres lados el horizonte estaba cerrado por las sinuosas cumbres de las montañas, toda la planicie del Deccan hubiera aparecido ante nuestros ojos. Bombay estaba tan claro, que parecía muy cerca de nosotros, y el canal que separa la ciudad de Salsetta brillaba como una cinta de plata. Da vueltas como

una serpiente en su curso hacia el puerto, rodeando á Kanari y otros islotes que se asemejan extraordinariamente á guisantes verdes, esparcidos en la blanca tela de sus aguas brillantes, y, finalmente, se junta con la deslumbrante línea del Océano Indico allá á lo lejos. Al otro lado está el Konkan del Norte, terminado por el Tal-Ghats; las cimas, á modo de agujas, de las rocas Jano Maóli, y, por último, la almenada cumbre de Funell, cuya silueta atrevida se presenta fuertemente de relieve en el distante azul del opaco cielo como un castillo de gigantes en un cuento de hadas. Más lejos asoma Parbul, cuya achatada cumbre era en los antiguos tiempos el asiento de los dioses, desde donde, según las leyendas, Vishnu habló á los mortales. Y allá abajo, donde el desfiladero se ensancha en un valle, todo cubierto de enormes rocas esparcidas, sobre cada una de las cuales se amontonan multitud de leyendas mitológicas, puede percibirse la cumbre azul oscura de montañas, aún más elevadas y de forma aún más extraña. Esto es Khandala, sobre la que sobresale un enorme bloque de piedra, conocido con el nombre de la Nariz del Duque. Al lado opuesto, en la misma cima de la montaña, está situado Karli, el cual, según la opinión unánime de los arqueólogos, es el más antiguo y mejor conservado de los templos-cuevas indios.

El que haya atravesado los pasos del Cáucaso una y otra vez; el que desde la cima de la Montaña Cruz haya contemplado bajo sus pies las tempestades y los relámpagos; el que haya visitado los Alpes y el Rigi; el que conozca bien los Andes y las Cordilleras, así como todos los rincones de los Catskills en América, puede permitirse expresar una humilde opinión. Las Montañas Caucásicas, no lo niego, son más majestuosas que los Ghats de la India, y su esplendor no puede ser obscurecido comparándolas con éstos; pero su belleza es de un tipo clásico, si se me permite la expresión. A su vista se experimenta un placer verdadero, pero al mismo tiempo una sensación de admiración temerosa. Uno se siente como un pigmeo ante estos Titanes de la Naturaleza. Pero en la India, exceptuando los Himalayas, las montañas producen una impresión muy diferente. Las cimas más altas del Deccan, así como las de la cumbre triangular que bordea el Indostán septentrional, y las de los Ghats Orientales, no exceden de 3.000 pies. Solamente en los Ghats Occidentales, de la costa de Malabar, desde el Cabo Comorin al río Surat, hay alturas de 7.000 pies sobre el nivel del mar. De suerte que no puede haber comparación entre éstas y los

parecidas de blanquecina caliza, Elbruz ó Kasbek, que exceden de 18,000 pies. El encanto original y principal de las montañas indias consiste en sus maravillosamente caprichosas formas. Algunas veces estas montañas, ó más bien picos volcánicos separados, presentándose en fila, forman cadenas; pero es más común encontrárselas esparcidas, con gran perpendicularidad de los gallegos, en todas partes, en sitios donde su formación parece por completo ignorada. Valles espaciosos rodeados por altas muras de roca, sobre cuya cumbre misma para el ferrocarril, son comunes. Mirad hacia abajo y os parecerá estar contemplando el estudio de algún escultor titán, lleno de grupos ó medio concluidos, estatuas y monumentos. Aquí un pico de una forma de ensueño posado sobre la cabeza de un monstruo de las pieles de altura, extendiendo las alas y abriendo desmesuradamente su boca de dragón; ó en lado el busto de un hombre, con un yelmo por montura, almejan como murto de un castillo feudal; allí también nuevos monstruos se arrojan uno; estatuas con miembros rotos; montones desordenados de ruinas; dadas, fortalezas solitarias con torres, torres y puertas en ruinas. Todo esto esparcido y mezclado con formas que cambian constantemente como las nubes del cielo. Y la atracción principal es que aquí no hay nada que sea resultado del arte; todo es debido al puro capricho de la naturaleza, la cual, sin embargo, ha sido algunas veces aprovechada por los antiguos constructores. El arte del hombre en la India hoy que florece en el interior de la tierra, no en su superficie. Los antiguos indios rara vez construían sus templos fuera del seno de la tierra, como si quisieran ocultarlos de sus esfuerzos, ó no se acordaban á rivalizar con la estatura de la naturaleza. Habiendo escogido, por ejemplo, una roca prominente ó una colina de forma de ciprés como Defanta ó Kerti, escaraban en ella durante siglos, según los Puranas, planeando en un gradual estilo que ninguna arquitectura moderna ha podido concebir más que se le iguala. Las filadas azules de los Ganges parecen más verdades en la India que en Egipto.

El maravilloso ferrocarril desde Norel á Kumbhá recorre uno de los más hermosos desde Génova á las Apenninas. Puede decirse que se vió en el aire, no por tierra. El ferrocarril atraviesa una región de 1,400 pies sobre Kumbhá, y en algunas sitios, mientras que un tal se apoya en el suelo tan de la roca, el otro está sostenido sobre bóvedas y arcos. El viaducto de Malí Kumbhá tiene 105 pies de altura. Durante dos horas corrimos

entre cielo y tierra, con el abismo á ambos lados espesamente cubierto de árboles mangos y bananas. Á la verdad, los ingenieros ingleses son constructores maravillosos.

El paso de Bhor-Ghat se salvó con fortuna y estamos en Khandala. Nuestro bungalow aquí está construído en la orilla misma del precipicio que la naturaleza ha ocultado bajo una cubierta de la más exuberante vegetación. Todo está en flor y en estos insondables retiros un botánico encontraría material suficiente para ocuparle durante toda su vida. Las palmas han desaparecido, pues su mayor parte crecen cerca del mar. Aquí están reemplazados por banyans, mangos pipales (*ficus religiosa*), higueras y millares de otros árboles y arbustos desconocidos de los forasteros como yo. La flora india es con demasiada frecuencia calumniada y desnaturalizada, suponiéndola abundante en flores hermosísimas, pero desprovista de aroma. En algunas épocas esto no dejará de ser verdad, pero mientras los jazmines, las variadas y balsámicas tuberosas y doradas champas (*champaka* ó *frangipani*) están en flor, esta afirmación está lejos de ser verdad. El aroma sólo del champa es tan poderoso que casi mareá. En cuanto al tamaño es el rey de los árboles floridos y cientos de ellos estaban en plena florecencia, precisamente en esta época del año, en Maratan y Khandala.

Estuvimos sentados en la verandah, hablando y gozando de la perspectiva que nos rodeaba, hasta de muy cerca de media noche. Todo dormía en torno nuestro.

Khandala no es más que una aldea grande situada en la aplanada cresta de una de las montañas de la cordillera Sahiadra, elevada unos 2.000 pies sobre el nivel del mar. Está rodeada de picos aislados, tan extraños de forma como los que ya hablamos visto. Uno de ellos, enhiesto ante nosotros en el lado opuesto del abismo, se parecía exactamente á un edificio grande de un piso, con techo plano y parapeto almenado. Los hindus aseguran que en alguna parte de esta colina existe una entrada secreta que conduce á vastísimas salas interiores: en una palabra, á todo un palacio subterráneo, y que existe todavía gente que posee el secreto de esta mansión. Un santo ermitaño, Jogi y Mago, que había habitado estas cuevas durante «muchos siglos», comunicó este secreto á Sivaji, el célebre jefe de los ejércitos de Maharatta. Como Tanhauser en la ópera de Wagner, el invencible Sivaji pasó siete años de su juventud en esta misteriosa mansión, y allí adquirió su extraordinaria fuerza y valor.

Aswini Nakshatra (la primera de las veintisiete constelaciones del curso lunar), cuando el sol entre en el signo de Capricornio y la hora del día esté cerca de la constelación de Piscis, esto es, exactamente una hora y treinta y seis minutos después de amanecer, la hora del fin de Kali-Jug sonará, comenzando el muy deseado Satya-Jug, (esto es, el final del Maha-Jug, el gran ciclo que encierra los cuatro Jugas menores). Esta vez Satya-Jug durará 1100 años. Durante todo este tiempo la duración de la vida del hombre será de 128 años. Los días serán más largos y constarán de veinte horas y cuarenta y ocho minutos, y la noche de trece horas y doce minutos, esto es, en lugar de veinticuatro horas, tendremos exactamente treinta y cuatro horas y un minuto. El primer día de Satya-Jug será muy importante para nosotros, pues será el día en que se nos presentará nuestro nuevo rey de cara blanca y dorados cabellos, que vendrá del lejano Norte. Será el Señor Autónomo de la India. La Mâyâ de la incredulidad humana con todas las herejías sobre las cuales preside, serán arrojadas á Patâla (significa á la vez el infierno y los antípodas) y la Mâyâ de los justos piadosos permanecerá con ellos y los ayudará á gozar la vida en Mretinloka (nuestra tierra).

«Sébase también por todos que para la difusión de este documento divino, cada copia del mismo será recompensada con el perdón de tantos pecados como se perdona generalmente cuando un hombre piadoso sacrifica á un brahman cien vacas. En cuando á los incrédulos y los indiferentes, serán enviados á Naraka (el infierno). Transcrito y dado por el esclavo de Vishnu Madlau Shriman el sábado día 7.º de la primera mitad de Shravan (el quinto mes del año hindu) 1801 de la Era de Shalivahan (esto es, 26 de Julio de 1879)».

Lo que después ocurrió con esta ignorante y astuta epístola no lo sé. Probablemente la policía interrumpió su distribución; sin embargo, esto solo concierne á los administradores prudentes. Pero magníficamente pone de manifiesto de un lado la credulidad de la plebe sumida en la superstición, y de otra la ninguna escrupulosidad de los brahmanes.

Respecto á la palabra Patâla, que significa literalmente el lado opuesto, es interesante un reciente descubrimiento de Swami Dayanand Saraswati, á quien he mencionado en mis cartas anteriores, especialmente si este descubrimiento es aceptado por los filólogos como lo prometen los hechos. Dayanand trata de demostrar que los antiguos arios conocían y aun visitaron la América llamada Patâla en un manuscrito, y de la cual la imagi-

pendicular de 300 pies de altura. Hablamos agotado los recursos de nuestro ingenio y con toda mansedumbre contemplábamos aquella masa histórica que teníamos delante, sin saber qué partido tomar. Casi en la cumbre de la montaña, bajo las suspendidas rocas, se veían una docena de negras aberturas. Centenares de peregrinos trepaban hacia ellas, pareciéndose, con sus vestidos de fiesta, á otras tantas hormigas rojizas y azules. En este punto, sin embargo, nuestros fieles amigos hindus vinieron en nuestra ayuda. Uno de ellos, poniendo en su boca la palma de la mano, produjo un sonido estridente, algo entre un grito y un silbido. Esta señal fué contestada desde arriba por un eco, y casi inmediatamente varios brahmanes medio desnudos, vigilantes hereditarios del templo, principiaron á descender por las rocas con la velocidad y destreza de gatos salvajes. Cinco minutos después estaban con nosotros, y atando á nuestros cuerpos fuertes correas, nos arrastraron, que no otra cosa fué el conducirnos hacia arriba. A la media hora, exhaustos, pero perfectamente sanos, nos encontramos ante el pórtico del templo principal, que hasta entonces habían ocultado á nuestra vista los árboles y cactus gigantescos.

Esta entrada majestuosa, apoyándose en cuatro pilares macizos, que forman un rectángulo, tiene cincuenta y dos pies de ancho y está abierta de musgo y grabados antiguos. Ante ella está la «columna del león», llamada así á causa de los cuatro leones de tamaño natural, esculpidos y sentados espalda con espalda en su base. Sobre la entrada principal hay un enorme arco, con sus lados cubiertos de figuras colosales de hombres y mujeres, en frente del cual aparecen en relieve tres elefantes gigantescos con cabezas y trompas que sobresalen del muro. La forma del templo es oval. Tiene 128 pies de largo por cuarenta y seis de ancho. El espacio central está separado por ambos lados de las naves por cuarenta y dos pilares que soportan el techo en forma de cúpula. Más lejos hay un altar que divide la primera cúpula de una segunda, sobre la cual se levanta una pequeña cámara, destinada en otros tiempos por los antiguos sacerdotes arios á altar interno secreto. Dos pasillos laterales que al mismo conducen terminan bruscamente, circunstancia que induce á suponer que alguna vez hubo allí puertas ó paredes que ya no existían. Los cuarenta y dos pilares tienen su pedestal, su fuste octógono y su capitel descrito por Fergusson, como «de la más exquisita factura, representando dos elefantes arrodillados con un dios y una diosa encima.» Fergusson dice, además, que este templo ó *chaitya*, es más antiguo y

está mejor conservado que los demás de la India, y puede atribuirse á una época de unos 200 años antes de nuestra Era, porque Priasep, que ha leído la inscripción del pilar de Silastamba, asegura que el pilar del león fué donado por Ajmitra Ukasa, hijo de Saha Ravisobhoti, y otra inscripción demuestra que el templo fué visitado por Dathama Hara, por otro nombre Dathahamini, rey de Ceilán en el vigésimo año de su reinado, esto es, 163 años antes de nuestra Era. Por una razón ú otra, el Dr. Stevenson señala setenta años antes de Cristo como la fecha, asegurando que Karlen ó Karli fué construido por el emperador Devobhuti, bajo la inspección de Dhanu-Kákata. Pero, ¿cómo puede esto sostenerse en vista de las ya mencionadas inscripciones, perfectamente auténticas? El mismo Fergusson, el célebre defensor de las antigüedades egipcias y crítico hostil de las de la India, insiste en que Karli pertenece á las construcciones del siglo tercero anterior al Cristianismo, añadiendo que «la disposición de las diversas partes de su arquitectura es idéntica á la arquitectura de los coros de la época gótica y de los ábsides polígonos de las catedrales».

Sobre la entrada principal hay una galería, que recuerda uno de los coros donde se coloca el órgano en las iglesias católicas. Además de la entrada principal hay dos laterales que conducen á las naves del templo, y sobre la galería hay una sola y espaciosa ventana en forma de herradura, de suerte que la luz cae sobre el *daghopa* (altar) completamente desde arriba, dejando las naves sombreadas por las columnas, en una oscuridad que va en aumento á medida que se avanza hacia el extremo opuesto del edificio. A los ojos del espectador que se encuentra en la entrada, todo el *daghopa* resplandece de luz, y detrás de él no se distingue sinó tinieblas impenetrables, donde no se permitían las pisadas profanas. Una figura del *daghopa*, desde cuya cima los «sacerdotes Raja» acostumbraban á pronunciar sentencias ó fallos á las gentes, se llama *Dharma-Raja*, de *Dharma*, el *Minos* hindu. Sobre el templo hay dos pisos de cuevas, en cada una de las cuales existen anchas galerías abiertas formadas por grandes columnas esculpidas, y desde estas galerías una abertura conduce á celdas espaciosas y á corredores, á veces muy largos, pero por completo inútiles, por cuanto invariablemente terminan bruscamente en una pared sólida, sin rastro alguno de salida de ninguna clase. Los guardianes del templo, ó bien han perdido el secreto de otras cuevas, ó las ocultan celosamente á los europeos.

Además de los *Viháras* ya descritos, hay muchos otros esparcidos en la

pendiente de la montaña. Estos templos-monasterios son todos más pequeños que el primero; pero según la opinión de algunos arqueólogos, son mucho más antiguos. A qué siglo ó época pertenecen nadie lo sabe, excepto algunos brahmanes que guardan silencio. Generalmente hablando, la situación de los arqueólogos europeos en la India es muy triste. Las masas, sumidas en la superstición, son del todo incapaces de prestarles ayuda, y los brahmanes instruidos, iniciados en los misterios de las bibliotecas secretas de las pagodas, hacen todo lo posible para impedir las investigaciones arqueológicas. Sin embargo, después de todo lo que ha pasado, sería injusto censurar la conducta de los brahmanes en este punto. La amarga experiencia de muchos siglos les ha enseñado que sus únicas armas son la desconfianza y la circunspección; sin éstas, su historia nacional y sus tesoros más sagrados estarían irrevocablemente perdidos. Los *coups d'état* políticos, que han sacudido el país hasta sus cimientos; las invasiones musulmanas que tan fatales han sido á su bienestar; el fanatismo destructor de los vándalos mahometanos y de los *padres* católicos, que están dispuestos á todo con tal de conseguir manuscritos y destruirlos: todo esto constituye una buena disculpa de la conducta de los brahmanes. Sin embargo, de estas múltiples tendencias destructoras, existen en muchos lugares de la India vastas bibliotecas capaces de esparcir una brillante y nueva luz, no solo sobre la historia de la India misma, sino también sobre los más oscuros problemas de la historia universal. Algunas de estas bibliotecas, llenas de los más preciosos manuscritos, están en poder de príncipes del país y de pagodas dependientes de sus territorios; pero la mayor parte está en manos de los jainas (la más antigua de las sectas hindas) y de los Takurs Rajputana, cuyos antiguos castillos hereditarios se hallan esparcidos por todo el Rajistán, como otros tantos nidos de águilas en las altas rocas. La existencia de las célebres colecciones de Jassulmer y de Patana, no es desconocida para el Gobierno, pero continúan por completo fuera del alcance de éste. Los manuscritos están redactados en un lenguaje antiguo, hoy totalmente olvidado, inteligible solo para los altos sacerdotes y para sus bibliotecarios iniciados. Un grueso folio es tan sagrado é inviolable que se halla pendiente de una pesada cadena de oro en el centro del templo de Chintamani en Jassulmer, y solo se le baja para quitarle el polvo y volverlo á encuadernar al advenimiento de cada nuevo pontífice. Esta es la obra de Somaditya Suru Acharya, un gran sacerdote del tiempo pre-musulmán, bien conocido en

das, y así sucesivamente. La misma falta de uniformidad se encuentra en los pedestales de las columnas, cuya terminación y estilo varía constantemente.

¿Por qué, pues, no hemos de prestar alguna atención á las explicaciones de los brahmanes? Dicen que este templo fué principiado por los hijos de Pandu, despues de la «gran guerra» Mahabharata, y que después de su muerte á todo verdadero creyente se le ordenó que continuara la obra con arreglo á sus propias ideas. De este modo se construyó el templo gradualmente durante tres siglos. Todo el que deseaba redimir sus pecados traía su cincel y se ponía á trabajar. Muchos fueron los individuos de familias reales y hasta reyes que personalmente tomaron parte en esta labor.

Al lado derecho del templo hay una piedra angular, un lingam de Shiva en su carácter de Fuerza Fructificadora, el cual está cobijado por una pequeña capilla cuadrada con cuatro puertas. Alrededor de esta capilla hay muchas figuras humanas colosales. Según los brahmanes, estas son estatuas que representan á los mismos escultores reales, que son los guardianes de las puertas del Suantario de los Santuarios, hindus de la casta más elevada. Cada una de las figuras mayores se apoya sobre un enano, representante de las castas inferiores, los cuales han sido promovidos por la fantasía popular al rango de demonios (Pisachas). Por otra parte, el templo está lleno de trabajos nada hábiles. Los brahmanes sostienen que este sitio sagrado no estaría abandonado si los hombres de las generaciones anteriores y presentes no fueran indignos de visitarlo. En cuanto á Kanari ó Kanhari y algunos otros templos cuevas, no hay la menor duda de que fueron construídos por budhistas. En algunos de ellos se encontraron inscripciones en perfecto estado de conservación, y su estilo no hace recordar absolutamente nada las construcciones simbólicas de los brahmanes. El Arzobispo Heber cree que las cuevas de Kanari fueron construídas en los siglos primero y segundo del Cristianismo. Pero Elefanta es mucho más antiguo y debe ser clasificado entre los monumentos prehistóricos, esto es, su fecha debe asignarse á la época que siguió inmediatamente á la «gran guerra» Mahabharata. Por desgracia, la fecha de esta guerra es un punto de desacuerdo entre los hombres científicos europeos; el célebre é instruído Dr. Martin Hang cree que es casi antdiluviano, al paso que el no menos célebre y sabio profesor Max Muller lo coloca lo más cerca posible del primer siglo de nuestra Era.

cépticos de que los bunis cortan esta glándula no es fundada. El término «silbar» no es tampoco exacto aplicado á las cobras. No silban. El ruido que producen es exactamente parecido al estertor de un muribundo. Todo el cuerpo de la cobra es sacudido por este fuerte y pesado gruñido.

Aquí tuvimos ocasión de presenciar un hecho que relato exactamente cómo ocurrió, sin meterme en explicaciones ó hipótesis de ningún género. Dejo á los naturalistas la solución del enigma.

Esperando ser bien pagado, el buni del turbante de cobras nos envió á decir con un muchacho que deseaba mucho mostrarnos sus poderes de encantador de serpientes. Por supuesto, aceptamos de muy buena gana pero con la condición de que entre nosotros y sus discípulos habría lo que monsieur Disraeli hubiese llamado una «frontera científica». Escogimos un sitio á unos quince pasos del círculo mágico. No me detendré á describir minuciosamente las tretas y maravillas que vimos, y procederé desde luego al hecho principal. Con ayuda de una vaguda, especie de flauta de bambú, el buni hizo que las cobras cayesen en una especie de sueño cataléptico. La melodía que tocaba, monótona, baja y original por todo extremo, por poco nos hace dormir á nosotros mismos. Como quiera que sea, á todos nos acometió un grandísimo sueño sin causa ninguna aparente. Fuimos sacados de este semiletargo por nuestro amigo Gulab-Sing que cogió un puñado de yerba, que nos era por completo desconocida, y nos aconsejó que nos frotásemos las sienes con ella. Entonces el buni sacó de un saco sucio una especie de piedra redonda, una cosa parecida al ojo de un pescado ó á un ónice con una mancha blanca en el centro. Declaró que todo aquel que comprase aquella piedra podría encantar á cualquier cobra (no produciendo efecto alguno en las serpientes de otra clase), paralizando al animal y haciéndola dormir. Por otra parte, según decía, esta piedra es el único remedio para la mordedura de la cobra. Basta con aplicar este talisman á la herida, en donde se adherirá tan firmemente, que no podrá arrancársela hasta que no haya absorbido todo el veneno, desprendiéndose entonces por sí misma, pasando así todo peligro.

Sabiendo nosotros que el Gobierno daría con mucho gusto un buen premio por la invención de un remedio para la mordedura de la cobra, no mostramos gran interés ante la aparición de la piedra. Mientras tanto, el buni principió á irritar á sus cobras. Escogió una de ocho pies de largo y literalmente la hizo enfurecer. La cobra rodeó con su cola un árbol, le-

vantió la cabeza y silbó. El buni la dejó tranquilamente morderle un dedo, en el cual vimos todas gotas de sangre. Un grito unánime de horror salió de entre la multitud; pero el buni pegó la piedra á su dedo y continuó la función.

«La glándula del veneno de la serpiente ha sido extraída» —observó nuestro coronel de Nueva York —. «Esto es una mera farsa».

Como contestando á esta observación, el buni cogió la cobra por el cuello, y después de una corta lucha le fijó dentro de la boca una pajuela de suerte que permanecía abierta, y acercándose á nosotros con la serpiente, nos la mostró á uno por uno separadamente, de suerte que todos vimos la glándula mortal en su boca. Pero nuestro coronel no daba su brazo á torcer tan fácilmente. «La glándula está en su sitio, no hay duda» —dijo, «pero, ¿cómo podemos saber que realmente contiene veneno?»

Entonces el buni hizo traer un gallo vivo, y atándole las patas, lo puso cerca de la serpiente. Ésta, en un principio, no quiso hacer caso de su nueva víctima y continuó silbando al buni, que la atormentaba é irritaba, hasta que al fin se lanzó sobre la desdichada ave. El gallo intentó un débil cacareo, se estremeció una ó dos veces y quedó inmóvil. La muerte había sido instantánea. Los hechos son hechos, á pesar de los más exigentes críticos é incrédulos, y este pensamiento me anima á describir lo que pasó después. Poco á poco la cobra se enfureció de tal modo que conforme pudimos cerciorarnos con toda evidencia, ni el mismo jadugar se atrevía á acercarse á ella. Como si estuviese pegada por su cola al tronco del árbol, la serpiente no cesaba de hender el aire con la parte superior de su cuerpo, tratando de morderlo todo. A algunos pasos de nosotros había un perro. Éste pareció atraer la atención del buni durante algún tiempo. Sentado en el suelo, lo más lejos posible de su furioso discípulo, empezó á mirar fijamente al perro con ojos inmóviles y vidriosos y luego empezó á cantar con voz apenas perceptible. El perro se tornó inquieto. Poniendo el rabo entre las piernas trató de huir, pero permaneció como clavado en el suelo. Después de algunos segundos empezó á arrastrarse aproximándose más y más al buni, exhalando quejidos, pero sin poder apartar su mirada del encantador. Comprendí su intención y sentí grandísima compasión por el animal. Pero con horror sentí que no podía mover la lengua. No podía absolutamente levantarse ni mover un solo dedo. Por fortuna esta escena demoniaca no se prolongó. Tan pronto como el perro se acercó lo

suficiente, la cobra lo mordió. El pobre animal cayó de espaldas, hizo algunos movimientos convulsivos con las patas y murió en seguida. No podía dudarse que no hubiese veneno en la glándula. Mientras tanto la piedra se había desprendido del dedo del buni y se aproximó á nosotros para enseñarnos el miembro curado. Todos vimos la señal de la picadura, un punto rojo no mayor que la cabeza de un alfiler ordinario.

Luego hizo que sus serpientes se levantasen sobre sus colas, y sosteniendo la piedra entre sus dedos, procedió á demostrar su influencia sobre las cobras. Mientras más acercaba su mano á la cabeza de una serpiente, tanto más retrocedía el cuerpo de la misma. Mirando fijamente la piedra se estremecían, y una tras otra cayeron como paralizadas. El buni, entonces, se dirigió á nuestro escéptico coronel y le invitó á que hiciese la experiencia por sí mismo. Todos protestamos con vigor, pero él no hizo caso y cogió una cobra de considerable tamaño. Armado con la piedra el coronel se aproximó valerosamente á la serpiente. Por un momento me sentí positivamente petrificada de terror. Inflando su caperuza, la cobra intentó lanzarse sobre él, pero detúvose repentinamente y, después de una pausa, principió á seguir con su cuerpo los movimientos circulares de la mano del coronel. Cuando puso la piedra del todo cerca de la cabeza del reptil, la serpiente se tambaleó como borracha, su silbido se debilitó, su caperuza cayó impotente á ambos lados de su cuello y sus ojos se cerraron, é inclinándose cada vez más, la serpiente cayó por último al suelo como un palo y se durmió.

Sólo entonces respiramos libremente. Llamando á un lado al hechicero, le expusimos nuestro deseo de comprarle la piedra, al cual accedió sin dificultad, y con asombro nuestro solo pidió por ella dos rupias. El talismán pasó á ser propiedad mía y aún lo conservo. El buni asegura, y nuestros amigos hindus lo confirman, que no es una piedra sino una excrescencia. Se la encuentra en la boca de una cobra entre ciento, entre el hueso de la quijada superior y la piel del paladar. Esta «piedra» no está pegada al hueso, sino que cuelga del paladar envuelta en piel, de suerte que es muy fácil cortarla; pero después de esta operación se dice que la cobra muere. Si debemos creer á Bishu Nath, pues tal era el nombre de nuestro hechicero, esta excrescencia confiere á la cobra que la posee el rango de rey sobre el resto de su especie.

«Semejante cobra—dijo el buni—se parece á un brahman, á un brahman dwija entre Shudras: todos le obedecen. Existe, además un sapo venenoso

que también posee algunas veces esta piedra, pero sus efectos son mucho más débiles. Para destruir el efecto del veneno de una cobra tendré que aplicar la piedra del sapo, no más tarde de dos minutos después de la mordedura, pero la piedra de una cobra es eficaz hasta el último momento. Su poder curativo es seguro mientras el corazón del hombre mordido no haya cesado de latir.

Al decirnos adiós, el buni nos aconsejó que guardásemos la piedra en un sitio seco y queuviésemos cuidado de no dejarla nunca cerca de un cadáver, así como también de esconderla durante los eclipses de sol y de luna, porque de otro modo—dijo—, perdería su poder. En caso de mordedura de un perro rabioso, debíamos poner la piedra en un vaso de agua y dejarla en él durante la noche; á la mañana siguiente el enfermo debía beber el agua y olvidar todo peligro.

«Es un verdadero demonio y no un hombre!»—esclamó nuestro coronel, así que el buni hubo desaparecido en su camino hacia el templo de Shiva, donde, dicho sea de paso, no fuimos admitidos.

«Tan simple mortal como vos ó como yo»—observó el rajput con una sonrisa— «y lo que es más, es muy ignorante. La verdad es que ha sido educado en una pagoda shívaita, como todos los verdaderos encantadores de serpientes. Shiva es el dios patrono de las serpientes, y los brahmanes enseñan á los bunis á hacer toda clase de triquiñuelas magnéticas por métodos empíricos, sin explicarles nunca los principios teóricos, sino asegurándoles que Shiva se halla tras de cada fenómeno, de suerte que los bunis atribuyen sinceramente á su dios el honor de sus milagros».

«El gobierno de la India ofrece una recompensa por un antídoto del veneno de la cobra. ¿Por qué no lo reclaman los bunis en lugar de dejar que perezcan miles de personas miserablemente?»

«Los brahmanes jamás lo permitirían. Si el gobierno se tomase el trabajo de examinar cuidadosamente la estadística de las muertes causadas por las serpientes, se vería que ningún hindú de la secta shívaita ha muerto jamás de la mordedura de una cobra. Ellos dejan que mueran la gente de otras sectas, pero salvan á los individuos de la suya propia».

«Pero ¿no hemos visto cuán fácilmente se desprendió de su secreto, á pesar de ser nosotros extranjeros? ¿Por qué no habían de comprarlo los ingleses con la misma facilidad?»

«Porque este secreto es completamente inútil en manos de los europeos».

Los hindus no tratan de ocultarlo, porque están perfectamente seguros de que sin su ayuda nadie puede emplearlo. La piedra solo puede tener sus asombrosos poderes cuando ha sido cojida de una cobra viva. Para poder coger la serpiente sin matarla, tiene que ser aletargada, ó si preferís el término, *encantada*. ¿Quién de entre los extranjeros puede hacer esto? Aun entre los hindus, no encontraréis un solo individuo en toda la India que posea este antiguo secreto, á menos que sea un discípulo de los brahmanes shivaitas. Solamente los brahmanes de esta secta poseen el monopolio del secreto, y esto ni siquiera todos ellos, sino—para decirlo de una vez—solamente aquellos que pertenecen á la escuela pseudo-Patanjâli, llamados ordinariamente ascetas Bhuta. Ahora bien, existen esparcidas en toda la India una media docena de sus escuelas pagodas, y sus moradores se desprenderian antes de sus vidas que de su secreto».

«Hemos pagado solo dos rupias por un secreto que resultó tan potente en las manos del coronel como en las del buni. ¿Es, pues, tan difícil procurarse una partida de estas piedras?

Nuestro amigo se echó á reir.

«Dentro de pocos días—dijo—el talismán perderá todo su poder curativo en vuestras inexpertas manos. Esta es la razón por qué lo cedió á tan bajo precio, con el cual estará ahora, probablemente, haciendo algún sacrificio ante el altar de su deidad. Garantizo una semana de actividad á vuestra compra, pero después de este tiempo sólo servirá para tirarla por la ventana».

Pronto experimentamos cuánta verdad había en estas palabras. Al siguiente día encontramos una niña mordida por un escorpión verde. Parecía estar en las últimas convulsiones. Tan pronto le aplicamos la piedra, la niña pareció aliviarse, y una hora después estaba jugando alegremente; mientras que en el caso de la picadura de un escorpión común negro, el paciente sufre durante dos semanas. Pero cuando diez días después experimentamos de nuevo la piedra en un pobre culie, que acababa de ser mordido por una cobra, ni tan siquiera se pegó á la herida, y el pobre diablo murió al poco rato. No me encargo de hacer una defensa ni de dar una explicación de las virtudes de la «piedra». Espongo sencillamente los hechos y dejo la suerte futura de este relato á su propia ventura. Los escépticos pueden pensar lo que quieran. Sin embargo, podría fácilmente encontrar gente en la India que atestiguase de mi exactitud.

Relacionado con esto me contaron una historia cómica: Cuando el doctor (ahora Sir J.) Fayrer publicó recientemente su *Thanatophidia*, un libro sobre las serpientes venenosas de la India, obra muy conocida en toda Europa, declaró categóricamente en ella su incredulidad sobre los maravillosos encantadores de serpientes de la India. Sin embargo, unos quince días después de la aparición de su libro entre los anglo-indios, una cobra mordió á su propio cocinero. Un buni, que por allí pasaba, se ofreció gustoso á salvar la vida á este hombre. Dicho se está que el célebre naturalista no podía aceptar semejante oferta. No obstante, el mayor Kelly y otros oficiales le instaron para que permitiese el experimento. Declarando que, á pesar de todo, su cocinero no viviría una hora más, prestó su consentimiento. Pero sucedió que antes que transcurriese la hora, el cocinero estaba tranquilamente preparando la comida en la cocina, y se añade que el Dr. Fayrer pensó seriamente en arrojar su libro al fuego.

El día se hizo terriblemente caluroso. Sentíamos el calor de las rocas á pesar de nuestros zapatos de gruesas suelas. De otra parte, la curiosidad general que nuestra presencia despertaba, y la persecución nada ceremoniosa de la multitud, se hacían insoportables. Resolvimos volver «á casa», esto es, á la cueva fresca, á seiscientos pasos del templo, donde debíamos pasar la velada y dormir. No queríamos esperar más tiempo por nuestros compañeros hindus, que habían ido á ver la feria, y nos fuimos solos.

---

Al aproximarnos á la entrada del templo, nos llamó la atención la presencia de un joven de una belleza ideal, que se hallaba apartado de la multitud. Era un individuo de la secta sadhu, un «candidato á la santidad», usando la expresión de uno de nuestra partida.

Los sadhus difieren mucho de toda otra secta. Nunca se presentan sin vestidos, no se cubren de ceniza húmeda, no se pintan signos en sus caras ni frentes y no adoran ídolos. Pertenecen á la sección adwaita de la escuela vedantina y creen solamente en Parabram (el gran espíritu). El joven parecía muy decente en su ligero vestido amarillo, una especie de bata de noche sin mangas; sus cabellos eran largos y tenía la cabeza descubierta. Su codo se apoyaba en el lomo de una vaca, la cual era de las que llamaban la atención, pues además de sus cuatro patas perfectamente formadas, tenía una quinta que salía de su giba. Esta sorprendente fantasía de la naturaleza usaba su

quinta pata como si fuera una mano ó un brazo, cazando y matando las atormentadoras moscas y rascándose la cabeza con la pezuña. Al principio creímos que se trataba de una treta para llamar la atención, y hasta nos sentimos ofendidos, tanto con el animal como con su hermoso dueño; pero al aproximarnos, vimos que no se trataba de treta alguna, sino de una jugarreta real de la traviesa naturaleza. Por el joven supimos que la vaca le había sido regalada por el Maharaja Holkar, y que su leche había sido su único alimento desde hacía dos años.

Los sadhus son aspirantes al Raj-Yoga, y como he dicho antes, pertenecen generalmente á la escuela de la Vedanta, esto es, son discípulos de iniciados, que han avandonado por completo la vida del mundo, y que llevan una vida de castidad monástica. Entre los sadhus y los bunis shivaítas existe una enemistad mortal, que se manifiesta por un desprecio silencioso por parte de los sadhus, y por parte de los bunis, por constantes tentativas de barrer á sus rivales de la superficie de la tierra. Esta antipatía es tan marcada como entre la luz y las tinieblas, y hace recordar el dualismo del Ahura-Mazda y el Ahriman de los zoroastrianos. Masas de gente consideran á los primeros como á Magos, hijos del sol y del Principio Divino, al paso que los últimos son temidos como brujos peligrosos. Como habíamos oído relatos maravillosos acerca de los primeros, ardíamos en deseos de ver algunos de los «milagros» que se le atribuía aún por algunos ingleses. Invitamos con anhelo al sadhu á que visitara nuestro vihâra aquella tarde. Pero el hermoso asceta rehusó severamente, á causa de que nos hallábamos dentro del templo de los adoradores del ídolo, cuyo solo ambiente le resultaría antagónico. Le ofrecimos dinero, pero no quiso tocarlo, y así nos separamos.

Un sendero, ó más bien un borde cortado en la fase perpendicular de una masa rocosa de doscientos pies de altura, conducía del templo principal á nuestro vihâra. Se necesitan buenos ojos, pie seguro y una cabeza muy firme para evitar deslizarse por el precipicio al primer paso en falso. No había que pensar en ayudas, porque como el borde no tiene sino dos pies de ancho, nadie podía andar al lado de otro. Teníamos que marchar uno á uno, llamando en nuestra ayuda tan sólo á todo el valor de que somos capaces. Pero el valor de muchos de nosotros se había marchado con licencia ilimitada. La posición de nuestro coronel americano era lo peor, pues era grueso y corto de vista, defectos que unidos, le eran causa de frecuentes vértigos. Para sostener nuestro buen humor, nos pusimos á cantar en coro el dueto de

*Norma*, «Moriám in sieme», cogiéndonos á la vez de las manos para asegurar el librarnos de la muerte, ó morir todos cuatro juntos. Pero el coronel no dejó de causarnos un susto mortal. Estábamos ya á la mitad del camino de la cueva, cuando dió un paso en falso, vaciló, soltó mi mano y rodó sobre el borde. Nosotros tres, teniendo que agarrarnos á las matas y piedras, estábamos por completo incapacitados para socorrerle. Un grito unánime de horror salió de nosotros, pero se extinguió al ver que había conseguido asirse al tronco de un pequeño árbol que crecía en la pendiente, á pocos pasos debajo de nosotros. Afortunadamente sabíamos que el coronel era un buen gimnasta y de gran sangre fría ante el peligro. Sin embargo, el momento era crítico. El débil tallo del árbol podía ceder en un momento. Nuestros gritos de socorro fueron contestados por la repentina aparición del misterioso sadhu con su vaca.

Marchaban tranquilamente á unos veinte pasos por debajo de nosotros, en una proyección tan invisible de la roca, que el pie de un niño hubiera encontrado con dificultad sitio en que apoyarse, y ambos caminaban tan tranquila y hasta descuidadamente, como si bajo sus pies hubiese una cómoda carretera en lugar de una roca vertical. El sadhu gritó al coronel que se tuviese firme, y á nosotros que nos estuviéramos quietos. Dió unas ligeras palmadas en el cuello de su vaca-fenómeno, y desató la cuerda con que la conducía. Luego con ambas manos le volvió la cabeza, en nuestra dirección y restallando la lengua le gritó «chal» (anda). Con unos cuantos saltos de cabra montés el animal llegó á nuestro camino y se quedó inmóvil ante nosotros. En cuanto al sadhu, sus movimientos eran igualmente veloces y semejantes al del venado. En un momento llegó al árbol, ató la cuerda al rededor del cuerpo del coronel, y lo volvió á poner sobre sus pies; luego, subiendo más, lo levantó con un esfuerzo de su potente brazo hasta el camino. Nuestro coronel, pálido, volvió á encontrarse entre nosotros, habiendo perdido sus quevedos, pero no la presencia de ánimo.

La aventura, que había amenazado convertirse en tragedia, terminó en sainete.

¿Qué vamos á hacer ahora?—fué nuestra unánime pregunta.--«No podemos dejaros ir solo otra vez».

«Dentro de un momento vendrá la obscuridad y estaremos perdidos»—dijo Mr. Y, el secretario del coronel.

Y verdaderamente, el sol se hundía tras el horizonte, y cada momento

era precioso. Mientras tanto, el sadhu había vuelto á sus *la cuerda el cuello* de la vaca, y de pie ante nosotros en el sendero, *no moviendo, evidentemente*, una palabra de nuestra conversación. Su alta y delgada figura parecía como suspendida en el aire sobre el precipicio. Su negro y ligero *es bello*, flotando en la brisa, era lo único que mostraba que en él contemplábamos un ser vivo y no una magnífica estatua de bronce. Olvidando nuestro reciente peligro y nuestra presente embarazosa situación, Miss X—que era una artista de nacimiento, exclamó—*¡Mirad la majestad de ese perfil puro, observad la postura de ese hombre; cuán hermosos son sus contornos sobre el firmamento dorado y azul. Se diría que era un Adonis griego y no un hindu!*

Pero el «Adonis» en cuestión puso un repentino fin á su éxtasis. Miró á Miss X. con ojos medio compasivos, medio sonrientes, y dijo con su resonante voz en hindu:

«Bara-Sahib no puede ir más lejos sin la ayuda de ojos ajenos. Los ojos de Sahib son sus enemigos. Monte el Sahib en mi vaca; ella no puede tropezar».

«¿Montar yo en una vaca, y con cinco patas además? ¡Nunca!»—exclamó el pobre coronel con un aire tan desconsolado, que todos soltamos la carcajada.

«Es mejor para el Sahib sentarse sobre una vaca que acostarse en una chitta», (la pira en que se quemaban los cadáveres)—observó el sadhu con modesta seriedad.—«¿Por qué llamar la hora que todavía no ha sonado?»

El coronel vió que el argumentar era por completo inútil, y conseguimos persuadirle á que siguiese el consejo del sadhu, quien cuidadosamente lo colocó sobre el lomo de la vaca, y luego recomendándole que se asegurase á la quinta pata, marchó de guía. Todos nosotros seguimos detrás como mejor pudimos.

Unos cuantos minutos después nos hallábamos en la verandah de nuestro vihára, donde encontramos á nuestros amigos hindus, que habían llegado por otro camino. Nos apresuramos á contarles todas nuestras aventuras, y luego buscamos al sadhu; pero en el interin había desaparecido juntamente con su vaca.

«No lo busquéis, se ha marchado por un camino sólo de él conocido—observó descuidadamente Gulab-Sing.—«El sabe que sois sincero en vues-

tra-gratitud, pero no hubiera tomado vuestro dinero. Es un sadhu y no un buni» —añadió con orgullo.

Nos acordamos que se decía que este orgulloso amigo nuestro pertenecía también á la secta sadhu. «¿Quién sabe» — murmuró el coronel en mi oído — «si lo que nos han dicho es mera charlatanería ó la verdad?».

Sadhu Nánaka no debe ser confundido con Guru Nánaka, un jefe de los Sikhs. Los primeros son adwaitas y los últimos monoteistas. Los adwaitas sólo creen en una divinidad impersonal llamada Parabrahm.

En la sala principal del vihára había una estatua de tamaño natural de Bhavaní, el aspecto femenino de Shiva. Del seno de esta *devaki* surge el agua fresca y pura de un manantial de la montaña, la cual cae en un recipiente á sus pies. Alrededor había montones de ofrendas de flores, arroz, hojas de betel é incienso. Esta sala era, por consiguiente, tan húmeda que preferimos pasar la noche en la verandah, al aire libre, colgados, por decirlo así, entre la tierra y el cielo, y alumbrados desde arriba por la claridad de la luna llena. Arreglóse una cena á la moda oriental, sobre manteles extendidos en el suelo y con hojas de banana sirviendo de platos y de fuentes. Los pasos silenciosos de los criados, más silenciosos que fantasmas, sus turbantes de muselina blanca y roja, la profundidad sin límites del espacio, perdido en las ondas de luz de la luna ante nosotros; detrás las oscuras bóvedas de cuevas antiguas, excavadas por razas ignotas en tiempos ignorados, en honor de una religión prehistórica desconocida: todo esto que nos rodeaba nos trasportaba á un mundo extraño y á épocas lejanas muy diferentes de la nuestra.

Teníamos á la vista representantes de cinco pueblos distintos, cinco diferentes tipos de indumentaria, sin semejanza alguna entre sí. Todos cinco nos eran conocidos en etnografía bajo el nombre genérico de hindus. Del mismo modo las águilas, cóndores,alcones, buitres y cuervos son conocidos en ornitología como «aves de rapiña», pero análogas diferencias son del mismo modo grandes. Cada uno de estos cinco compañeros, un rajput, un bengali, un madrasi, un sinhalese y un maharatti, es descendiente de una raza cuyo origen han discutido los sabios europeos por más de medio siglo sin llegar á un acuerdo.

Los rajputs son llamados indus y se dice que pertenecen á la raza aria; pero ellos se dán el nombre de Surya-vansa, esto es, descendientes de Surya ó el sol.

tra gratitud, pero no hubiera tomado vuestro dinero. Es un sadhu y no un buni» —añadió con orgullo.

Nos acordamos que se decía que este orgulloso amigo nuestro pertenecía también a la secta sadhu. «¿Quién sabe» —murmuró el coronel en mi oído —«si lo que nos han dicho es mera charlatanería ó la verdad?».

Sadhu Nánaka no debe ser confundido con Guru Nánaka, un jefe de los Sikhs. Los primeros son adwaitas y los últimos monoteistas. Los adwaitas sólo creen en una divinidad impersonal llamada Parabrahm.

En la sala principal del vihára había una estatua de tamaño natural de Bhavani, el aspecto femenino de Shiva. Del seno de esta *devaki* surge el agua fresca y pura de un manantial de la montaña, la cual cae en un recipiente á sus pies. Alrededor había montones de ofrendas de flores, arroz, hojas de betel é incienso. Esta sala era, por consiguiente, tan húmeda que preferimos pasar la noche en la verandah, al aire libre, colgados, por decirlo así, entre la tierra y el cielo, y alumbrados desde arriba por la claridad de la luna llena. Arreglóse una cena á la moda oriental, sobre manteles extendidos en el suelo y con hojas de banana sirviendo de platos y de fuentes. Los pasos silenciosos de los criados, más silenciosos que fantasmas, sus turbantes de muselina blanca y roja, la profundidad sin límites del espacio, perdido en las ondas de luz de la luna ante nosotros; detrás las oscuras bóvedas de cuevas antiguas, excavadas por razas ignotas en tiempos ignorados, en honor de una religión prehistórica desconocida: todo esto que nos rodeaba nos trasportaba á un mundo extraño y á épocas lejanas muy diferentes de la nuestra.

Teníamos á la vista representantes de cinco pueblos distintos, cinco diferentes tipos de indumentaria, sin semejanza alguna entre sí. Todos cinco nos eran conocidos en etnografía bajo el nombre genérico de hindus. Del mismo modo las águilas, cóndores, alcones, buitres y cuervos son conocidos en ornitología como «aves de rapina», pero análogas diferencias son del mismo modo grandes. Cada uno de estos cinco compañeros, un rajput, un bengali, un madrasi, un sinhalese y un maharatti, es descendiente de una raza cuyo origen han discutido los sabios europeos por más de medio siglo sin llegar á un acuerdo.

Los rajputs son llamados indus y se dice que pertenecen á la raza aria; pero ellos se dán el nombre de Surya-vansa, esto es, descendientes de Surya ó el sol.

Los brahmanes descienden su origen de Jada, la luna, y son llamados Iadavans; Jada, Soma o Chanda significan la luna en sanscrito. Si los primeros arios que aparecieron en el pedestal de la historia universal son brahmanes, esto es, la gente que, según Max Müller, cruzaron los Himalayas y conquistaron el país de los cinco ríos; entonces los rajputs no son arios, y si son arios no son brahmanes, por cuanto todas sus genealogías y libros sagrados (*Puranas*) demuestran que son mucho más antiguos que los brahmanes; y en este caso, además, las tribus arias existieron realmente en otras partes de nuestra globo tierra del muy renombrado distrito de Oxus, cuna de la raza germánica, antecesora de los arios e indus, según lo imagina el hombre científico que hemos nombrado y su escuela alemana.

El linaje de la luna principia con Pururavas (véase el árbol genealógico sacado por el señor Tod de los manuscritos *Puranas* en los archivos de Odeypore), esto es, 800 años antes de Cristo, y mucho más tarde que Itshvaku, el patriarca de Suryavansa. El cuarto hijo de Pururavas, Rech, se halla á la cabeza de la línea de la raza de la luna, y solo después de la generación décima quinta después de él, aparece Harita, que fundó el Kaushtikagotta, la tribu brahman.

Los rajputs pertenecen á estos últimos. Dicen que los hijos del Sol y de Rama no tienen nada de común con los hijos de la luna y de Krishna. En cuanto á los bengalis, según su tradición e historia, son aborígenes. Los madrasís y los sinesaleses son dravidianos. A su vez se ha dicho que pertenecen á los acitas, á los hamitas, á los arios, y últimamente han sido abandonados á la voluntad de Dios, con la conclusión de que los sinesaleses, en todo caso, deben ser mongoles de origen turano. Los maharavattis son aborígenes de la India Occidental, y los bengalis lo son de la Oriental; pero á qué grupo de tribus pertenecen estas dos nacionalidades: ningún etnógrafo puede determinar, excepto, quizá, un alemán. Las tradiciones de la gente misma son generalmente negadas, porque no están en armonía con conclusiones precedentes. El significado de los manuscritos antiguos es desfigurado, y, en una palabra, sacrificado á la ficción, si ésta procede de la boca de algún ardiente favorito.

Las masas ignorantes son á menudo censuradas y culpadas de superstición, por crear ídolos en el mundo espiritual. ¿No es, pues, el hombre educado, el hombre que ansa conocimiento, ilustrado, aún más incongruente que estas masas, cuando trata de sus autoridades favoritas? ¿No permite que media

nológicas á su gusto, y Europa, tomando sus palabras como un oráculo, sanciona sus decisiones. *Y así se escribe la historia.*

Considerando la cronología del venerable sanskritista alemán, no puedo resistir al deseo de demostrar, aunque sólo sea á Rusia, en qué frágiles bases están fundadas sus disquisiciones científicas, y cuán poco debe confiarse en él cuando se pronuncia acerca de la antigüedad de éste ó aquél manuscrito. Estas páginas son de índole superficial y descriptiva, y, como tales, no tienen pretensiones de gran saber, de suerte que lo que sigue puede parecer incongruente. Pero no hay que olvidar que en Rusia, lo mismo que en otras partes de Europa, la gente estima el valor de esta luz filológica por los puntos de exclamación que le prodigan sus admiradores, y que nadie lee el *Veda Bharhya*, de Swami Dayanand. Puede suceder también que no me halle muy lejos de la verdad al decir que la existencia misma de esta obra se ignora, lo cual pudiera ser un hecho afortunado para la reputación del profesor Max Müller. Seré lo más breve posible. Cuando el profesor Max Müller declara, en su *Sabita-Grantha*, que la tribu aria de la India adquirió la noción de Dios paso á paso y muy lentamente, es evidente que desea probar que los *Vedas* están lejos de ser tan antiguos como lo suponen algunos de sus colegas. Habiendo presentado oportunamente algunas pruebas, más ó menos valiosas, para demostrar la verdad de esta nueva teoría, termina con un hecho que, en su opinión, es indiscutible. Señala la palabra *hiranya-garbhá* en los mantrams, que él traduce por la palabra «oro», y añade que como la parte de los *Vedas* llamada *chanda* apareció hace 3100 años, la parte llamada *mantrams* no pudo haber sido escrita en época anterior á la de hace 2900 años. Hanté presente al lector que los *Vedas* están divididos en dos partes: *chandas* ó *slokas*, versos, etc., y *mantrams* ó oraciones é himnos rítmicos, que al mismo tiempo son encantamientos empleados en la magia blanca. El profesor Max Müller divide el mantram («*Agnihí Poor-vebhíhí*, etc.») filológicamente y cronológicamente y encontrado en él la palabra *hiranya-garbhá*, la denuncia como un anacronismo. Los antiguos—dice—no conocían el oro, y por tanto, si el oro es mencionado en este mantram, significa que fué compuesto en una época relativamente moderna, y así sucesivamente.

Pero en este punto el ilustre sanskritista comete un gran error. Swami Dayanand y otros pandits, que algunas veces están lejos de ser aliados de Dayanand, sostienen que el profesor Max Müller ha interpretado erróneamente el significado del término *hiranya*. Originalmente no significaba oro,

nológicas á su gusto, y Europa, tomando sus palabras como un oráculo, sanciona sus decisiones. *Y así se escribe la historia.*

Considerando la cronología del venerable sanskritista alemán, no puedo resistir al deseo de demostrar, aunque sólo sea á Rusia, en qué frágiles bases están fundadas sus disquisiciones científicas, y cuán poco debe confiarse en él cuando se pronuncia acerca de la antigüedad de éste ó aquél manuscrito. Estas páginas son de índole superficial y descriptiva, y, como tales, no tienen pretensiones de gran saber, de suerte que lo que sigue puede parecer incongruente. Pero no hay que olvidar que en Rusia, lo mismo que en otras partes de Europa, la gente estima el valor de esta luz filológica por los puntos de exclamación que le prodigan sus admiradores, y que nadie lee el *Veda Bhashya*, de Swami Dayanand. Puede suceder también que no me halle muy lejos de la verdad al decir que la existencia misma de esta obra se ignora, lo cual pudiera ser un hecho afortunado para la reputación del profesor Max Müller. Seré lo más breve posible. Cuando el profesor Max Müller declara, en su *Sahitya-Grantha*, que la tribu aria de la India adquirió la noción de Dios paso á paso y muy lentamente, es evidente que desea probar que los *Vedas* están lejos de ser tan antiguos como lo suponen algunos de sus colegas. Habiendo presentado oportunamente algunas pruebas, más ó menos valiosas, para demostrar la verdad de esta nueva teoría, termina con un hecho que, en su opinión, es indiscutible. Señala la palabra *hiranya-garbha* en los mantrams, que él traduce por la palabra «oro», y añade que como la parte de los *Vedas* llamada chanda apareció hace 3100 años, la parte llamada mantrams no pudo haber sido escrita en época anterior á la de hace 2900 años. Haré presente al lector que los *Vedas* están divididos en dos partes: chandas ó slokas, versos, etc., y mantrams ú oraciones é himnos rítmicos, que al mismo tiempo son encantamientos empleados en la magia blanca. El profesor Max Müller divide el mantram («Agnihi Poorwebhihi, etc.») filosófica y cronológicamente y encontrando en él la palabra *hiranya-garbha*, la denuncia como un anacronismo. Los antiguos—dice—no conocían el oro, y por tanto, si el oro es mencionado en este mantram, significa que fué compuesto en una época relativamente moderna, y así sucesivamente.

Pero en este punto el ilustre sanskritista comete un gran error. Swami Dayanand y otros pandits, que algunas veces están lejos de ser aliados de Dayanand, sostienen que el profesor Max Müller ha interpretado erróneamente el significado del término *hiranya*. Originalmente no significaba oro,

docena de laureadas cabezas hagan lo que les dé la gana con los hechos, á fin de sacar sus propias conclusiones con arreglo á sus gustos, y no lapida, tratándolo como un necio ignorante, á todo el que ose levantarse contra las decisiones de estos casi infalibles especialistas?

Tengamos presente el caso de este género de Luis Jacolliot, que pasó veinte años en la India, que conocía realmente la lengua y el país con perfección, y que, sin embargo, fué pisoteado por Max Müller, cuyo pie jamás holló el suelo indio.

Los pueblos más antiguos de Europa son meros niños de pecho comparados con las tribus de Asia y especialmente de la India. Y ¡oh! cuán pobres é insignificantes son las genealogías de las familias europeas más antiguas comparadas con las de los rajputs. En opinión del coronel Tod, quien por más de veinte años estudió estas genealogías en el país, son los anales más completos y más dignos de fe de los pueblos de la antigüedad. Datan desde 1000 á 1200 años antes de Cristo, y su autenticidad puede muchas veces comprobarse por referencias á autores griegos. Después de una larga y cuidadosa investigación y comparación con el texto de los *Puránas* y varias inscripciones monumentales, el coronel Tod llegó á la conclusión de que en los archivos de Oodeypore (ahora ocultos á la inspección pública) y sin mencionar otras fuentes, puede encontrarse una clave de la historia de la India en particular y de la historia universal antigua en general. El coronel Tod aconseja al investigador serio de esta clave, no creer, como algunos locuaces arqueólogos, que no conocen suficientemente la India, que la historia de Rama, el Mahabharata, Krishna y los cinco hermanos Pandu, son meras alegorías. Afirma que todo el que considere seriamente estas leyendas, se convencerá pronto por completo de que todas estas llamadas «fábulas» están fundadas en hechos históricos, por la existencia real de los descendientes de los héroes, por tribus, ciudades antiguas y monedas que aún existen; que para adquirir el derecho de emitir una opinión final, hay que leer primeramente las inscripciones de las columnas de la Inda Prestha de Purag y Mevat, sobre las rocas de Junagar, en Bijoli, en Aravull y en todos los templos jainas antiguos, esparcidos por toda la India, en donde se encuentran numerosas inscripciones en una lengua por completo desconocida, en comparación de las cuales, los jeroglíficos parecen meros juguetes.

A pesar de esto, sin embargo, el profesor Max Müller, que como ya se ha dicho, no ha estado nunca en la India, hace de juez y corrige las tablas cro-

nológicas á su gusto, y Europa, tomando sus palabras como un oráculo, sanciona sus decisiones. *Y así se escribe la historia.*

Considerando la cronología del venerable sanskritista alemán, no puedo resistir al deseo de demostrar, aunque sólo sea á Rusia, en qué frágiles bases están fundadas sus disquisiciones científicas, y cuán poco debe confiarse en él cuando se pronuncia acerca de la antigüedad de éste ó aquél manuscrito. Estas páginas son de índole superficial y descriptiva, y, como tales, no tienen pretensiones de gran saber, de suerte que lo que sigue puede parecer incongruente. Pero no hay que olvidar que en Rusia, lo mismo que en otras partes de Europa, la gente estima el valor de esta luz filológica por los puntos de exclamación que le prodigan sus admiradores, y que nadie lee el *Veda Bhashya*, de Swami Dayanand. Puede suceder también que no me halle muy lejos de la verdad al decir que la existencia misma de esta obra se ignora, lo cual pudiera ser un hecho afortunado para la reputación del profesor Max Müller. Seré lo más breve posible. Cuando el profesor Max Müller declara, en su *Sahitya-Grantha*, que la tribu aria de la India adquirió la noción de Dios paso á paso y muy lentamente, es evidente que desea probar que los *Vedas* están lejos de ser tan antiguos como lo suponen algunos de sus colegas. Habiendo presentado oportunamente algunas pruebas, más ó menos valiosas, para demostrar la verdad de esta nueva teoría, termina con un hecho que, en su opinión, es indiscutible. Señala la palabra *hiranya-garbha* en los mantrams, que él traduce por la palabra «oro», y añade que como la parte de los *Vedas* llamada chanda apareció hace 1100 años, la parte llamada mantrams no pudo haber sido escrita en época anterior á la de hace 2000 años. Haré presente al lector que los *Vedas* están divididos en dos partes: chandas ó slokas, versos, etc., y mantrams ú oraciones é himnos rítmicos, que al mismo tiempo son encantamientos empleados en la magia blanca. El profesor Max Müller divide el mantram («Agnihí Poorwebhíhí, etc.») filosófica y cronológicamente y encontrando en él la palabra *hiranya-garbha*, la denuncia como un anacronismo. Los antiguos—dice—no conocían el oro, y por tanto, si el oro es mencionado en este mantram, significa que fué compuesto en una época relativamente moderna, y así sucesivamente.

Pero en este punto el ilustre sanskritista comete un gran error. Swami Dayanand y otros pandits, que algunas veces están lejos de ser aliados de Dayanand, sostienen que el profesor Max Müller ha interpretado erróneamente el significado del término *hiranya*. Originalmente no significaba oro,

y ni aún ahora tampoco, cuando está unida la palabra *garbha*. Así, todas las brillantes demostraciones del profesor han sido trabajo vano. La palabra *hiranya* en este mantram, debe traducirse «luz divina», místicamente un símbolo de conocimiento; de un modo análogo usaban los alquimistas el término «oro sublimado» por «luz», y esperaban componer el metal objetivo con sus rayos. Las dos palabras *hiranya-garbha*, tomadas juntas, significan literalmente el «seno radiante», y cuando se usan en los *Vedas* designan el primer principio<sup>1</sup> en cuyo seno, como el oro en el seno de la tierra, permanece la luz del conocimiento divino y de la verdad, la esencia del alma libertada de los pecados del mundo. En los mantrams, así como en los chandas, hay siempre que mirar un doble sentido: 1.º el metafísico, puramente abstracto; y 2.º, el puramente físico; pues todo lo que existe en la tierra está estrechamente relacionado con el mundo espiritual, del cual procede y por el cual es reabsorbido. Por ejemplo, Indra, el dios del trueno, Surya, el dios sol, Vayu, dios del viento y Agni dios del fuego, dependen todos cuatro de este primer principio divino, y parten, según el mantram, de *hiranya-garbha*, el seno radiante. En este caso los dioses son personificaciones de las fuerzas de la Naturaleza. Pero los Adeptos iniciados de la India comprenden muy claramente que el dios Indra, por ejemplo, no es más que un mero sonido, nacido del choque de las fuerzas eléctricas, ó simplemente la electricidad misma. Surya no es el dios del sol, sino sencillamente el centro del fuego en nuestro sistema, la esencia de donde procede el fuego, el calor, la luz, etc.: la cosa misma, especialmente, que ningún hombre científico europeo, desde Tyndall á Söhröpfer, ha definido todavía. Este significado oculto escapó por completo á la atención del profesor Max Müller, y esta es la razón porque, apegado á la letra muerta, nunca vacila antes de cortar un nudo gordiano. ¿Cómo ha de permitirsele, pues, que dicte su fallo sobre la antigüedad de los *Vedas*, cuando está tan lejos de la verdadera comprensión de la lengua de estos antiguos escritos?

Lo anterior es un resumen del argumento de Dayanand, y á él deben dirigirse los sanskritistas para más particulares; los cuales encontrarán, seguramente, en su *Rigvedadī Bhashya Bhoomika*.

En la cueva todos dormían profundamente alrededor del fuego, excepto yo. Ninguno de mis compañeros parecía cuidarse en lo más mínimo ni del ruido de las miles de voces de la fèria, ni del prolongado y lejano rugir de los tigres que se elevaba del valle, ni aún siquiera de las oraciones, en alta

voz recitadas por los peregrinos que durante toda la noche iban y venían, cruzando sin temor alguno el escarpado sendero que á nosotros, aún de día, tales zozobras nos causara. Venían en partidas de dos y de tres, y á veces aparecía alguna mujer solitaria sin algún acompañante. No podían llegar al vihâra grande, porque nosotros ocupábamos su entrada en la verandah, y así, después de refunfuñar un poco, entraban en una pequeña cueva lateral, algún tanto semejante á una capilla, donde figuraba una estatua de Devaki-Mata sobre un estanque lleno de agua. Cada peregrino se postraba un momento, luego colocaba su ofrenda á los pies de la diosa y se bañaba en las «aguas santas de purificación», ó cuando menos, humedecía su frente, mejillas y pecho con un poco de agua; finalmente, se retiraba de espaldas, se arrodillaba de nuevo en la puerta y desaparecía en la obscuridad, balbuceando la última plegaria: «¡Mata, maha, mata!» «¡Madre, gran madre!»

Dos de los servidores de Gulab Sing que habían recibido la orden de defendernos de las fieras, se hallaban sentados en las gradas de la verandah, con sus lanzas tradicionales y sus escudos de piel de rinoceronte. Yo no podía dormir, y así observaba con curiosidad creciente todo lo que sucedía. Tampoco dormía el Takur. Cada vez que levantaba mis ojos, abrumados por el cansancio, percibía en primer término la gigantesca figura de nuestro misterioso amigo.

El rajput se hallaba sentado á la moda oriental—los pies levantados y los brazos rodeando sus rodillas—en un banco cortado en la roca á un extremo de la verandah, fija la mirada en la atmósfera argentina. Estaba tan cerca del abismo, que cualquier movimiento descuidado le ponía en gran peligro. Pero ni la misma diosa de granito, Bhavani, estaba más inmóvil. La luz de la luna era tan fuerte, que la negra sombra debajo de la roca que le cobijaba, se hacía doblemente impenetrable, y velaba su casa con tinieblas absolutas. De vez en cuando la llama de los fuegos mortecinos, reavivándose momentáneamente, lanzaba su caliente reflejo sobre su bronceada forma, permitiéndome distinguir sus líneas de esfinge y sus ojos resplandecientes, tan inmóviles como el resto de las facciones.

«¿Qué debo pensar? ¿Duerme simplemente, ó se encuentra en ese estado extraño, en ese anonadamiento temporal de la vida del cuerpo? Precisamente aquella mañana nos refería cómo los Raj-yogis iniciados podían sumirse á voluntad en ese estado . . . ¡Oh, sí al menos pudiera yo dormir!»

De repente un silbido agudo y prolongado, á mi lado mismo, me hizo dar

taita, que creíamos haber perdido en el camino. Acompañado de media docena de daknis (habitantes de la meseta del Dekhan), avanzaba lentamente sentado casi en las orejas de su caballo, que relinchaba y parecía con pocas ganas de andar. Cuando llegó á la verandah y echó pie á tierra, comprendimos la causa de su desaparición. De través en la silla llevaba atado un enorme tigre, cuya cola arrastraba por el polvo. Quedaban señales de sangre negra en su boca entreabierta. Bajáronlo del caballo y lo colocaron al pie de los escalones de la entrada.

¿Era acaso nuestro visitante de la noche anterior? Miré á Gulab-Sing. Yacia éste sobre una manta en un rincón, la cabeza apoyada en una mano y leyendo. Frunció ligeramente el entrecejo, pero no dijo una palabra. El brahman que habla traído el tigre, permanecía también silencioso, inspeccionando ciertos preparativos, como para alguna solemnidad. Pronto supimos que, á los ojos de la gente supersticiosa, lo que iba á verificarse era, verdaderamente, una solemnidad.

Un poco de pelo cortado de la piel de un tigre que no ha sido muerto por bala ni cuchillo, sino por una «palabra», es considerado el mejor de todos los talismanes contra su raza.

«Esta es una oportunidad rarísima»—explicó al mahrattí.—Muy rara vez se encuentra un hombre que posea la *palabra*. Los Yogis y Sadhus no matan generalmente á las fieras, creyendo pecaminosa la destrucción de cualquier sér viviente, aunque sea cobra ó tigre, de suerte, que únicamente cuidan de apartarse de los animales dañinos. Sólo existe en la India una fraternidad, cuyos individuos poseen todos los secretos, y para quienes no hay nada oculto en la naturaleza. Aquí está el cuerpo de un tigre que atestigüa que el animal no fué muerto con ninguna clase de armas, sino sencillamente por medio de la *palabra* de Gulab-Lal-Sing. Lo encontré fácilmente entre los matorrales, exactamente debajo de nuestro vihâra, al pie de la roca desde de la cual el tigre habla rodado ya muerto. Los tigres jamás dan pasos en falso. «¡Gulab-Lal-Sing, sois un Raj-Yogi, y yo os saludo!»—añadió el orgulloso brahman hincando la rodilla ante el Takur.

«No empleés palabras vanas, Krishna Raol»—interrumpió Gulab-Sing.—«Levantaos; no hagáis el papel de un Shudra.»

«Os obedezco Sahib, pero perdonadme; confío en mi propio juicio. Ningún Raj Yogi ha declarado jamás sus relaciones con la Fraternidad, desde el tiempo en que el Monte Abu vino á la existencia.»

Y empezó á distribuir porciones de pelo tomadas del animal muerto. Nadie habló. Miré con curiosidad al grupo de mis compañeros de viaje. El coronel, Presidente de nuestra Sociedad, estaba sentado con la mirada baja y muy pálido. Su secretario Mr. Y., echado de espaldas, fumaba un cigarro y miraba el espacio sin expresión alguna en sus ojos; aceptó silenciosamente el pelo y lo puso en su bolsa. Los indios rodeaban al tigre y el Símbalese trazaba signos misteriosos sobre la frente del animal. Gulab-Sing continuaba leyendo tranquilamente en su libro.

---

La cueva de Birza, á unas seis millas de Vargaon, está construida bajo el mismo plan que Karli. El techo abovedado del templo se apoya sobre veintiséis columnas de dieciocho pies de altura, y el pórtico sobre cuatro de veinticuatro pies; sobre el pórtico están esculpidos grupos de caballos, bueyes y elefantes de la más exquisita belleza. La «Cámara de la Iniciación» es una habitación ovalada espaciosa, con columnas y once celdas muy profundas cortadas en la roca. Las cuevas de Bajah son más antiguas y hermosas. Se ven todavía inscripciones que demuestran que todos estos templos fueron construidos por budhistas, ó más bien por jainas. Los budhistas modernos sólo creen en un Buddha, Gautama, príncipe de Kapilavastu (seis siglos antes de la Era Cristiana), al paso que los jainas reconocen un Buddha en cada uno de sus veinticuatro instructores divinos (Tirthankaras), el último de los cuales fué el Guru (maestro) de Gautama. Esta disparidad es muy embarazosa cuando se trata de conjurar la antigüedad de éste ó aquel vihâra ó chaitya. El origen de la secta jaina se pierde en la más remota é insondable antigüedad, y así, el nombre de Buddha, mencionado en las inscripciones, puede atribuirse al último de los Buddhas lo mismo que al primero que vivió mucho tiempo antes: 2200 años antes de Cristo (véase la genealogía de Tod).

Una de las inscripciones de la cueva de Baira, por ejemplo, en caracteres cuneiformes, dice: «De un asceta de Nassik al que es digno, al santo Buddha, purificado de pecados, celeste y grande».

Esto tiende á convencer á los hombres de ciencia de que la cueva fué excavada por budhistas.

Otra inscripción de la misma cueva, pero sobre otra celda, contiene lo siguiente: «Una ofrenda agradable de un pequeño presente á la fuerza mo-

vible (la vida), al principio mental (el alma), el bien amado cuerpo material, fruto de Manu, tesoro inapreciable, al más elevado y aquí presente, el Celestial».

Por supuesto, se saca la conclusión de que el edificio no pertenece á los budhistas, sino á los brahmanes, que creen en Manu.

He aquí dos inscripciones más de las cuevas de Bajah.

«Un don agradable del símbolo y vehículo del purificado Saka-Saka».

«Don del vehículo de Radha (esposa de Krishna, símbolo de perfección) á Sugata que ha marchado para siempre».

Sugata es también uno de los nombres de Buddha. ¡Una nueva contradicción!

En estos lugares, en los alrededores de Vargaon, fué donde los Anahrattis cogieron al capitán Vaughan, á su esposa y su hermano, que fueron aborrecidos después de la batalla de Khirki.

A la mañana siguiente marchamos á Chinchor, ó como aquí se le llama, á Chinchud. Este sitio es célebre en los anales del Dekkan. Aquí se encuentra una repetición en miniatura de lo que existe en mayor escala en L'hasa, en el Tibet. Así como Buddha encarna en cada nuevo Dalai-Lama, asimismo aquí, á Gunpati (Ganesha, el dios de la sabiduría con la cabeza de elefante), se le permite por su padre Shiva encarnar en el hijo mayor de cierta familia brahman. Hay un templo espléndido erigido en su honor, donde los avatares (encarnaciones) de Gumpati han vivido y han sido adorados por más de doscientos años.

He aquí cómo sucedió:

Hace unos doscientos cincuenta años que á un pobre matrimonio brahman le prometió en sueños el dios de sabiduría encarnar en su hijo primogénito. El muchacho fué llamado Maroba (uno de los títulos del dios) en honor de la deidad. Maroba creció, se casó y tuvo varios hijos, después de lo cual le ordenó el dios que abandonase el mundo y acabase sus días en el desierto. Allí, durante veintidos años, según la leyenda, Maroba hizo milagros y su fama creció de día en día. Vivía en una selva impenetrable, en un rincón del espeso bosque que cubría á Chinchud en aquellos tiempos. Gunpati se le apareció otra vez y le prometió encarnar en sus descendientes du-

rante siete generaciones. Después de esto ya no tuvieron límites sus milagros, de suerte que la gente principió á rendirle culto, concluyendo por construir un templo espléndido para él.

Por último Maroba ordenó á su pueblo que lo enterrase vivo, sentado y con un libro en la mano, y que no volviesen á abrir su sepultura, so pena de su ira y maldición. Después del entierro de Maroba, Gunpati encarnó en su primogénito, quien á su vez principió una vida de conjuros. De suerte que Naroba-Deo I fué reemplazado por Chintaman Deo I. Este último dios, tuvo ocho esposas y ocho hijos. Las tretas del mayor de estos hijos, Narayan-Deo I, se hicieron tan célebres, que su fama llegó á oídos del emperador Alangir. A fin de probar la extensión de su «deificación», Alangir le mandó un pedazo de la cola de una vaca envuelta en riquísimas telas y cubiertas. Ahora bien, el tocar la cola de una vaca muerta es la mayor de las degradaciones para un hindhu. Al recibirla Narayan roció el paquete con agua, y cuando lo desenvolvieron encontraron un ramillete de syringas blancas en lugar de la impía cola. Esta transformación satisfizo tanto al emperador, que regaló al dios ocho aldeas para atender á sus gastos particulares. La posición social y la propiedad de Narayan fueron heredadas por Chintaman-Deo II, cuyo heredero fué Dharmadhar, y finalmente subió al poder Narayan II. Este atrajo la maldición de Gunpati, violando la tumba de Maroba. Esta es la razón por qué su hijo, el último de los dioses, ha de morir sin sucesión.

Cuando nosotros le vimos era un anciano de unos noventa años. Estaba sentado en una especie de plataforma. Su cabeza temblaba y sus ojos, de estúpida mirada, no nos veían, resultado del constante empleo del opio. En su cuello, orejas y en los dedos de los pies, brillaban piedras preciosas, y á su alrededor había numerosas ofrendas. Nos vimos obligados á descalzarnos para que nos permitiesen acercarnos á esta reliquia medio arruinada.

---

En la tarde del mismo día volvimos á Bombay. Dos días después debíamos salir para nuestro largo viaje á las provincias del Noroeste. Teníamos que ver á Nassik, una de las pocas ciudades mencionadas por los historiadores griegos, sus cuevas y la torre de Rama; visitar á Allahabad, el antiguo Prayága, la metrópoli de la dinastía de la luna, construida en la confluencia del Ganges y del Jumna; á Benares, la ciudad de los cinco mil templos y otros tantos monos; á Cawnpur, notable por la sangrienta venganza de

Nana Sahib; teníamos que ver los restos de la ciudad del sol, destruida, según el cómputo de Colebrooke, hace seis mil años; á Agra y á Delhi; y luego, después de explorar el Rajistan con sus mil castillos tajures, fortalezas, ruinas y leyendas, debíamos ir á Lahore, la metrópoli del Punjab, y finalmente, detenernos un poco de tiempo en Amritsar. Allí, en el templo de Oro, construido en el centro del «Lago de la Inmortalidad», habría de verificarse la primera reunión de los miembros de nuestra Sociedad: brahmanes, budhistas, sikhs, etc., en una palabra, los representantes de las mil y una sectas de la India, simpatizadores todos, en mayor ó menor grado, con la idea de la Fraternidad Humana de nuestra Sociedad Teosófica.

Benares Prayâga (ahora Allahabad), Nassik, Hurdwar, Bhadrinath, Matura: estos eran los lugares sagrados de la India prehistórica que íbamos á visitar uno después de otro, pero á visitarlos no al modo usual de los turistas, á vista de pájaro, con una guía barata en las manos y un cicerone que fatigue nuestros cerebros y cante nuestras piernas. Sabíamos muy bien que todos estos antiguos lugares rebosan de tradiciones y se hallan cubiertos por la mala yerba de la fantasía popular, como las ruinas de un antiguo castillo cubiertas de hiedra; que la forma original del edificio está destruida por el frío abrazo de estas plantas parásitas, y que es tan difícil para el arqueólogo formar una idea de la arquitectura del edificio, en un tiempo perfecto, juzgando solamente por los montones de escombros desfigurados que cubren el país, como para nosotros el sacar en la confusa masa de leyendas el buen trigo de entre la mala yerba. Ni guía ni cicerones podían sernos útiles. Lo único que podían hacer era señalar los sitios donde en otro tiempo hubiese existido una fortaleza, un castillo, un templo, una arboleda sagrada ó una ciudad célebre, y luego repetir las leyendas creadas en las últimas épocas bajo la dominación musulmana. En cuanto á la verdad sin desnaturalizar, en cuanto á la historia original de cada lugar interesante, teníamos que buscarla por nosotros mismos, ayudados tan sólo por nuestras propias conjeturas.

La India moderna no presenta una pálida sombra de lo que fué en la época precristiana, ni siquiera del Indostán de los días de Akbar, Shah-Jehan y Aurunzeb. Los alrededores de las ciudades destruidas por las guerras, y de las arruinadas aldeas, están cubiertos de guijarros redondos rojizos, como otras tantas lágrimas de sangre petrificadas. Pero al aproximarse á la puerta de hierro de alguna antigua fortaleza, no se tiene que pasar

aun sombra de desprecio en su actitud. Escribió antes que la etnología hubiese llegado á su presente estado de desarrollo, pero su libro es todavía una autoridad sobre todo lo que se refiere al Rajistan. Aunque la opinión que el autor tenía de su obra no era muy elevada, aunque declaró que «no era más que una colección concienzuda de materiales para el futuro historiador», sin embargo, en este libro se encuentran muchas cosas que ni aun siquiera soñó funcionario alguno civil de Inglaterra.

Dejemos que nuestros amigos se sonrían con incredulidad. Dejemos que nuestros enemigos se rían de nuestras pretensiones «de penetrar los misterios del mundo de Aryavasta», como cierto crítico expresó recientemente. Por pesimista que sea la opinión de nuestros críticos, sin embargo, aun en el caso que nuestras conclusiones no resultasen más dignas de confianza que las de Fergusson, Wilson, Wheheler y demás arqueólogos y sanskritistas que han escrito acerca de la India, espero que no sean menos susceptibles de prueba. Diariamente se nos dice que, como chicos poco razonables, hemos emprendido una tarea ante la cual los arqueólogos é historiadores, ayudados de toda la influencia y dinero del Gobierno, han retrocedido desanimados; que nos hemos empeñado en una labor que ha resultado estar por encima de las facultades de la Sociedad Real Asiática.

Bien está. Recuerden todos, como nosotros recordamos, que no hace mucho tiempo un pobre húngaro, que no solo carecía de todo género de medios, sino que era casi un mendigo, se dirigió á pie al Tibet á través de países desconocidos y peligrosos, llevado únicamente por su gran deseo de aprender y derramar luz sobre el origen histórico de su nación. El resultado fué que se descubrieron minas inagotables de tesoros literarios. La filología, que hasta entonces había vagado en las tinieblas egipcias de laberintos etimológicos, y que estaba á punto de pedir la sanción del mundo científico para una teoría de las más extrañas, tropezó repentinamente con la clave de Adriana. La filología descubrió por fin que el lenguaje sanscrito es, si no el antepasado, á lo menos —usando el lenguaje de Max Müller— «el hermano mayor» de todas las lenguas clásicas. Gracias al celo extraordinario de Alejandro Csoma de Körös, el Tibet entregó una lengua cuya literatura era totalmente desconocida. Él la tradujo en parte y en parte la analizó y explicó. Sus traducciones han demostrado al mundo científico: 1.º, que los origina-

les del *Zend-Avesta*, las escrituras sagradas de los adoradores del sol, de *Tripitaka*, la de los budhistas, y de *Aytareya Brahmanam*, la de los brahmanes, estaban escritas en la misma lengua sanskrita; 2.º, que las tres lenguas—el Zend, el nepalés y el sanskrito brahman moderno—son, más ó menos, los dialectos de la primera; 3.º, que el sanskrito antiguo es el origen de todos los lenguajes indo europeos menos antiguos, así como de las lenguas y dialectos europeos modernos; 4.º, que las tres principales religiones del paganismo—Zoroastrianismo, Budhismo y Brahmanismo—son meras herejías de las enseñanzas monoteístas de los *Vedas*, lo cual no les impide ser realmente religiones antiguas y no falsificaciones modernas.

La moral de todo esto es evidente. Un pobre viajero, sin dinero ni protección, consiguió que le admitiesen en las Lamaxerías del Tibet y le dieran á conocer la literatura sagrada de la tribu aislada que allí habita, probablemente porque trató á los mongoles y tibetanos como hermanos suyos y no como á una raza inferior, proeza que está por llevarse á cabo por los hombres científicos. No se puede menos que sentirse avergonzado de la humanidad y de la ciencia cuando se piensa que aquel cuyos trabajos fueron los primeros en proporcionar á la última la siembra de cosecha tan abundante, continuó siendo, casi hasta el día de su muerte, un trabajador pobre y obscurecido. A su regreso del Tibet fué á Calcuta sin un penique en el bolsillo. Por fin, Csoma de Körös fué conocido, y su nombre principió á pronunciarse con honor y alabanza, cuando se hallaba moribundo en uno de los lugares más pobres de Calcuta. Estando ya muy enfermo quiso volver al Tibet, y salió de nuevo á pie á través de Sikkhim. Pero sucumbió de su enfermedad en el camino y fué enterrado en Darhjeeling.

Es inútil decir que sabemos muy bien que lo que hemos emprendido es sencillamente imposible dentro de los límites de artículos ordinarios de periódico. Todo lo que esperamos conseguir es poner la piedra fundamental de un edificio, cuya sucesiva construcción debe ser confiada á generaciones futuras. A fin de combatir con éxito las teorías acumuladas por dos generacionos de orientalistas, se necesitaría medio siglo de asídua labor. Y á fin de reemplazar esas teorías por otras nuevas, tenemos que obtener hechos nuevos, hechos fundados no en la cronología y falso testimonio de brahmanes embusteros, cuyo interés está en alimentar la ignorancia de los sanskritistas europeos (como por desgracia sucedió con el teniente Wilford y Luis Jacolliot), sinó en pruebas indubitables que han de encontrarse en inscrip-

ciones no descifradas aún. La clave de estas inscripciones no la poseen los europeos, porque como antes he manifestado, está guardada en manuscritos tan viejos como las inscripciones y que se hallan fuera de todo alcance. Aún en el caso de que se realicen nuestras esperanzas y obtuviéramos esta clave, una nueva dificultad se levantaría ante nosotros. Tendríamos que emprender una refutación sistemática, página por página, de muchos volúmenes de *hipótesis* publicados por la Sociedad Real Asiática. Semejante trabajo pudiera verificarse por una docena de sanskritistas incansables en constante trabajo, clase de gente que hasta en la India es tan rara como los elefantes blancos.

Gracias á donativos privados y al celo de algunos patriotas hindus educados, dos clases libres de sanscrito y pali habían sido ya abiertas, una en Bombay por la Sociedad Teosófica, y la otra en Benares, bajo la presidencia del sabio Rama-Misra-Shastri. En el presente año, 1882, la Sociedad Teosófica reúne, en junto, catorce escuelas en Ceylan y en la India.

Con nuestras cabezas llenas de este género de pensamientos, nosotros, esto es, un americano, tres europeos y tres indígenas, ocupábamos todo un coche del Gran ferrocarril peninsular Indio, en nuestro camino hacia Nassik, una de las ciudades más antiguas de la India, como ya he dicho, y la más sagrada de todas á los ojos de los habitantes de la Presidencia Occidental. Nassik tomó su nombre de la palabra sanskrita «Nasika», que significa *nariz*. Una leyenda épica asegura que en este mismo sitio, Lakshman, el hermano mayor del deificado Rey Rama, cortó la nariz á la gigante Sarpnaka, hermana de Ravana, que robó á Sita, la «Elena de Troya» de los hindus.

El tren se detiene á seis millas de la ciudad, de suerte que tuvimos que terminar nuestro viaje en seis dorados carros de dos ruedas, llamados *ekkas*, y arrastrados por novillos. Era la una de la mañana, pero á pesar de la obscuridad de la hora, los dorados cuernos de los animales estaban adornados de flores, y en sus patas sonaban campanillas de metal. Nuestro camino pasaba á través de barrancos llenos de árboles, donde, según nuestros conductores se apresuraron á decirnos, los tigres y otros misántropos cuadrúpedos de la selva, jugaban al escondite. Sin embargo, no tuvimos ocasión de trabar conocimiento con los tigres, pero en su lugar gozamos del concierto de una comunidad entera de jacaes. Nos seguían paso á paso, atormentando nuestros oídos con chillidos, risas salvajes y ladridos. Estos animales son enfadosos, pero tan cobardes, que aunque suficientes en núme-

ser contempladas desde la montaña, como si realmente hubiesen sido arrojadas á puñados desde el cielo. No solamente las orillas del río y los terrenos próximos, sino cada pequeña isla, cada roca que asoma fuera del agua, está cubierta de templos. Y ni una siquiera de ellos carece de leyenda propia, de las cuales se refieren diversas versiones por cada individuo de la Comunidad brahmánica con arreglo á su gusto por supuesto con la esperanza de la correspondiente recompensa.

Aquí, lo mismo que en toda la India, los brahmanes se dividen en dos sectas—los adoradores de Shiva y los de Vishnu—y entre ambas existe rivalidad y guerra desde hace siglos. Aunque las cercanías del Godovari resplandecen por su noble celebridad de ser el lugar del nacimiento de Hanuman y el teatro de los primeros grandes hechos de Rama, encarnación de Vishnu, posee tantos templos dedicados á Shiva como á Vishnu. El material de que están construídas las pagodas consagradas á Shiva es basalto negro. Y precisamente el color del material es lo que constituye la manzana de la discordia en este caso. El material negro es reclamado como propiedad por los vaishnavas, por ser del mismo color que la cola quemada del aliado de Rama. Tratan de probar que los shivaites no tienen derecho á él. Desde los primeros días de su dominación, los ingleses heredaron innumerables pleitos entre las sectas rivales; los casos se sentenciaban en un tribunal sólo para ser apelados en otro, teniendo siempre por origen esta cola de mal agüero y sus pretensiones. Esta cola es un misterioso *deus ex machina* que dirige todos los pensamientos de los brahmanes de Nassik en pro y en contra.

Sobre la cuestión de esta cola se escribieron más resmas de papel y peticiones que en la querrela acerca del ganso entre Ivan Ivanitch é Ivan Niki-phoritch; y se derramó más tinta y bilis que lodo ha habido en Mirgorod desde la creación del universo. El puerco que tan afortunadamente decidió la famosa querrela de Gogol, sería una bendición inapreciable para Nassik y la lucha por la cola. Pero desgraciadamente ni aun el «puerco», si proviniera de «Rusia», serviría para nada, porque los ingleses sospecharían en seguida, y lo arrestarían como espía ruso.

En Nassik se enseña el sitio donde se bañaba Rama. Las cenizas de los brahmanes piadosos son traídas aquí de lugares distantes, para ser arrojadas en el Godovari, á fin que se mezclen por siempre con las aguas sagradas del Ganges. En un antiguo manuscrito hay una declaración de uno de los generales de Rama, que por una ú otra causa no se mencionan en el *Rama*.

yana. Esta declaración señala al río Godovari como la frontera entre los reinos de Rama, Rey de Ayodya (Oude) y de Ravana, Rey de Lanka (Ceilán). Las leyendas y el poema de *Ramayana* declaran que éste era el sitio donde Rama, mientras cazaba, vió un bermoso antlope, y al tratar de hacer con su piel un regalo á su amada Sita, penetró en las regiones de su desconocido vecino. Sin duda alguna, Rama, Ravana y hasta Hanuman, promovido por alguna razón no explicada al rango de mono, son personajes históricos que en un tiempo tuvieron existencia real. Hace unos cincuenta años se sospechó vagamente que los brahmanes poseían inapreciables manuscritos. Se dijo que uno de éstos trata de la época prehistórica en que los Arios invadieron por primera vez el país, y principiaron una guerra interminable con los oscuros aborígenes de la India del Sur. Pero el fanatismo religioso de los hindus nunca permitió al Gobierno inglés comprobar tales noticias.

Las vistas más interesantes de Nassik son unos templos-cuevas, á unas cinco millas de la ciudad. El día antes de nuestra marcha á dicho punto, no soñaba yo, ciertamente, en que una «cola» iba á representar tan importante papel en nuestra visita á Nassik, y que en este caso me salvaría á mí, si no de la muerte, por lo menos de muy desagradables y quizá peligrosas contusiones. He aquí cómo sucedió:

«Al presentarse ante nosotros la dificultosa tarea de subir una empinada montaña, decidimos alquilar elefantes. Nos trajeron la mejor pareja del país. Su dueño nos aseguró que «el Príncipe de Gales había montado en ellos y había quedado muy contento». El ir y volver y disponer de ellos durante todo el día — en una palabra, la expedición entera — nos costaría dos rupias por cada elefante. Nuestros amigos indígenas, acostumbrados desde la infancia á esta clase de cabalgadura, no tardaron en hallarse en el lomo de su elefante. Lo cubrieron como moscas, sin predilección alguna por este ó aquel sitio de su enorme espalda. Se sostenían por medio de toda clase de cuerdas, más con los dedos de los pies que con sus manos, y en conjunto presentaban un cuadro de contento y confort. Nosotros, los europeos, temíamos que usar de la señora elefanta, por ser más mansa. Sobre su lomo estaban dos bancos pequeños con asientos en declive á ambos lados. Los miserables y raquíticos jovencuelos que se exhiben en los circos europeos, no dan idea alguna del verdadero tamaño de esta noble bestia. El mahout ó conductor, se colocó entre las orejas del enorme animal, mientras nosotros contemplábamos los «perfectos» asientos dispuestos para nosotros, con un

desagradable sentimiento de desconfianza. El mahout ordenó á su elefanta arrodillarse, y tengo que confesar que, al trepar á su lomo con ayuda de una pequeña escala, sentí lo que los franceses llaman *chair de poule*. Nuestra elefanta contestaba al poético nombre de «Chanchuli Peri», la Ada Activa, y en realidad era el más obediente y el más alegre de todos los representantes de su tribu que he visto nunca. Agarrándonos unos á otros dimos, por último, la señal de marcha, y el mahout aguijoneó la oreja derecha del animal con una varilla de hierro. Primeramente, la elefanta se levantó sobre sus patas delanteras, cuyo movimiento nos echó hacia atrás, después se levantó pesadamente sobre las traseras, y rodamos hacia adelante, amenazando arrollar al mahout. Pero esto no fué el fin de nuestras desventuras. A los primeros pasos que dió Peri rodamos en todas direcciones, como fragmentos palpitantes de jalea.

El viaje quedó repentinamente interrumpido. Fuimos recogidos con precipitación, vueltos á colocar en nuestros respectivos asientos, durante las cuales operaciones la trompa de Peri demostró su actividad, y el viaje continuó. El solo pensamiento de las cinco millas que teníamos ante nosotros nos llenó de espanto; pero no quisimos renunciar á la excursión, é indignados rechazamos que se nos atase á nuestros asientos, como indicaron nuestros compañeros hindus, que no podían contener sus alegres carcajadas... Sin embargo, me arrepentí amargamente de este alarde de vanidad. Nuestro anormal modo de locomoción era, al mismo tiempo, algo fantástico y ridículo. Un caballo, cargado con nuestro equipaje, trotaba al lado de Peri, y mirándole desde nuestra elevación, no parecía mayor que un burro. A cada potente paso de Peri teníamos que prepararnos para ejecutar inesperadas proezas acrobáticas, al ser zangoloteados de un lado á otro por el balanceo de su marcha. Este ejercicio, bajo un sol abrasador, nos ponía, sin poderlo remediar, en un estado de cuerpo y de ánimo, algo así como entre el mareo y una pesadilla hija del delirio. Como remate de nuestros goces, comenzando á subir un pequeño y tortuoso sendero, abierto en declive sobre las rocas de un profundo barranco, nuestra Peri tropezó. El repentino sacudimiento me hizo perder por completo el equilibrio. Yo iba sentada en la parte posterior, en el sitio de honor, que así se le considera, y al ser sacudida de tal modo, caí á tierra como un perro. Sin duda alguna, en el momento siguiente me hubiera encontrado en el fondo del barranco, con algún daño mayor ó menor de mi cuerpo, á no ser por la maravillosa destreza é instinto del hábil

animal. Sintiendo que había sucedido algo indebido, me enlazó con su cola, se detuvo instantáneamente y comenzó á arrodillarse con cuidado. Pero mi peso natural era demasiado para la delgada cola de la bondadosa bestia. No me saltó Peri, y habiéndose por fin arrodillado, gimió de un modo lastimero, aunque indiscreto, pensando acaso que había poco menos que perdido su cola por haber sido tan generosa. El mahout se apresuró á ayudarme, examinando luego la perjudicada cola de su animal.

Entonces presenciarnos una escena que nos demostró la grosera astucia, la avaricia y la cobardía de un hindu de baja estofa, de un *proscripto*, como aquí los llaman.

El mahout, indiferente y reposado, examinó la cola de Peri, y hasta tiró de ella varias veces, y cuando se disponía á subir tranquilamente á su sitio acostumbrado, tuve el desgraciado pensamiento de murmurar algo que expresaba mi sentimiento y compasión. Mis palabras obraron una milagrosa transformación en la conducta del mahout. Arrojóse al suelo y se echó á rodar como un endemoniado, lanzando gemidos salvajes y horribles. Llorando y sollozando, repetía constantemente que el Mam Sahib había arrancado la cola de su querida Peri, que Peri estaba estropeada para siempre en la estimación de todo el mundo, que el esposo de Peri, el orgulloso Airavati, descendiente directo del propio elefante favorito de Indra, habiendo presenciado su vergüenza, renunciaria á ella, á lo cual era preferible que muriese . . . Sólo con aullidos y lágrimas amargas respondia á las observaciones de nuestros compañeros. En vano tratamos de persuadirle que el «orgulloso Airavati» no mostraba la más ligera indignación á tan grande crueldad; en vano nos esforzábamos en hacerle ver que, durante todo este tiempo, los dos elefantes permanecian tranquilamente juntos, y que el mismo Airavati, en este crítico momento, frotaba afectuosamente con su trompa el cuello de Peri, y que Peri no parecia en modo alguno desolada por el accidente sufrido por su cola. Nada fué de provecho. Finalmente, nuestro amigo Narayan perdió la paciencia. Hombre de extraordinaria fuerza muscular, acudió á un recurso extremo muy original. Con una mano tiró una rupia de plata, y con la otra agarró por el vestido de muselina al mahout y lo arrojó trás la moneda. Sin dedicar un pensamiento siquiera á su nariz, que sangraba, el mahout se abalanzó sobre la rupia con la voracidad de una bestia salvaje que se lanza sobre su presa. Postróse en el polvo ante nosotros repetidas veces con interminables «salaams», cambiando instantáneamente su profundo pesar por una

loca alegría. Dió otro tirón á la infortunada cola, y declaró alegremente que, gracias á las oraciones del «sahib», estaba realmente sana; para demostrar lo cual se colgó de ella, hasta que lo echaron de allí y volvió á su sitio.

—¿Es posible que una sola miserable rupia haya sido causa de todo esto? — nos preguntamos llenos del mayor asombro.

—Vuestra sorpresa es natural—contestaron los indus.—No necesitamos declararos la vergüenza que experimentamos y el asco que sentimos ante esta voluntaria muestra de humillación y avaricia. Pero no olvideis que este miserable, que ciertamente tiene mujer é hijos, sirve á su amo por doce rupias al año, en lugar de las cuales, á menudo, sólo recibe una paliza. Tened también en cuenta los largos siglos de tratamientos tiránicos de brahmanes y de musulmanes fanáticos, quienes consideran á un hindu no mejor que á un inmundo reptil, y que aun en nuestros días la generalidad de los ingleses los miran asimismo, y quizá con esto sintáis compasión por esta desdichada caricatura de la humanidad.

Pero la «caricatura» en cuestión se sentía evidentemente muy feliz, y sin la menor conciencia de humillación de ninguna clase. Sentado en la espaciosa frente de su Peri, le contaba su inesperada riqueza, recordándole su origen «divino» y ordenándole que saludase á los «sahibs» con su trompa. Peri, que estaba de muy buen humor, gracias al regalo que le hice de toda una caña de azúcar, elevó su trompa hacia atrás, y jugueteando, sopló en nuestras caras.

A la entrada de las cuevas de Nassik dijimos adiós á la India pigmea moderna, á las minucias de su vida diaria y á sus humillaciones. Volvimos á entrar en el mundo desconocido de la India, la grande y la misteriosa.

Las principales cuevas de Nassik fueron excavadas en una montaña que tiene por nombre Pandu-Sena, que también señala á la tradición primordial, persistentes y siempre viva, que asigna toda esta clase de construcciones á los cinco hermanos míticos (?) de los tiempos prehistóricos. La opinión unánime de los arqueólogos estima que estas cuevas son más interesantes é importantes que todas las de Karli y de Elefanta juntas. Y, sin embargo—¿no es esto extraño?—á excepción del sabio Dr. Wilson, que quizá era demasiado aficionado á formar opiniones precipitadas, ningún arqueólogo se ha atrevido á hasta ahora decidir á qué época pertenecen, por quién fueron construidas

y cuál de las tres religiones principales de la antigüedad era la profesada por sus misteriosos constructores.

Es evidente, sin embargo, que los que aquí trabajaron no pertenecieron todos ni á la misma generación ni á la misma secta. Lo primero que llama la atención es la tosquedad de la obra primitiva, sus enormes dimensiones y la decadencia de la escultura en los sólidos muros, al paso que la escultura y grabados de los seis colosos que sostienen la cueva principal en el segundo piso, están magníficamente conservadas y muy elegantes. Esta circunstancia induce á creer que la obra fué principiada muchos siglos antes de su terminación. ¿Pero cuándo? Una de las inscripciones sanskritas de época relativamente reciente (en el pedestal de uno de los colosos) señala á todas luces á 453 antes de nuestra Era, como el año de la edificación. En todo caso Barth, Stevenson, Gibson, Reeves y algunos otros hombres de ciencia, que, siendo occidentales, no tienen ninguno de los prejuicios propios de los pundits indígenas han hecho esta conjetura fundándose en alguna data astronómica. Además, la conjunción de los planetas expresada en la inscripción no deja duda acerca de las fechas, debe ser ó bien 453 antes de nuestra Era ó 1734 de la misma, ó 2640 antes de Cristo, siendo esta última imposible porque Buddha y los monasterios budhistas están mencionados en la inscripción. Traduzco como sigue las sentencias más importantes.

«¡Al más Perfecto y más Elevado! ¡Que pueda serle esto agradable! El hijo del Rey Kshaparota, Señor de la tribu Kshatriya y protector de la gente, el Gobernante de Dinik, brillante como el alba, sacrifica cien mil vacas que pastan á orillas del río Banasa juntamente con el río, y también el presente de oro del constructor de esta santa mansión de los dioses, el sitio de la sujeción de las pasiones de los brahmanes. No hay sitio más deseable que este sitio, ni tampoco en Prabhâsa, donde se reúnen cientos de miles de brahmanes repitiendo el verso sagrado, ni en la Ciudad sagrada de Gaya, ni en la empinada montaña cerca de Dashatura, ni en el Campo de la Serpiente en Govardhana, ni en la Ciudad Pratisraya, donde se haya el monasterio de los budhistas, ni aún en el edificio construído por Depanakara en las orillas de las frescas aguas (?) del mar. Este sitio, que concede favores incomparables, es agradable y útil bajo todos conceptos á la deteriorada piel de venado de un asceta. Una segura barca fué también dada por el que fundó los transportes diarios gratuitos á las bien guardadas orillas. También por el que construyó la casa de viajeros y la fuente pública, fué erigido un dorado león en la

siempre asaltada puerta de este Govardhana, también otro (león) en el paso del río y otro en Ramartirtha. Varias clases de alimento encuentra siempre aquí el escaso rebaño; para este rebaño se ha almacenado por este generoso donante más de cien clases de hierbas y miles de raíces de las montañas. En el mismo Govardhana, en la montaña luminosa, esta segunda cueva fué excavada por orden de la misma benéfica persona, *durante el año mismo, cuando el Sol, Shukra y Rahu, muy respetados por los hombres, estaban en la plena gloria de su elevación*; en este año fué cuando se hicieron las presentes. Lakshmi, Yndra y Yama después de bendecirles volvieron, con gritos de triunfo, á su carro guardado en el camino libre de obstáculos (el firmamento) por la fuerza de los mantrams. Cuando ellos (los dioses) se fueron todos cayó un fuerte aguacero... y así sucesivamente.

Rahu y Kehetti son las estrellas fijas que forman la cabeza y la cola de la constelación del Dragón. Shukra es Venus, y Sakshmi, Yndra y Yama representan aquí las constelaciones de Virgo, Acuario y Toro, que están sometidas y consagradas á estas tres deidades de entre las doce superiores.

Las primeras cuevas están excavadas en una colina cónica á unos doscientos ochenta pies de su base. En la principal de ellas hay tres estatuas de Buddha; en las laterales un lingam y dos ídolos jaina. En la cueva superior hay una estatua de Dhasma Raja ó Yudhstira, el mayor de los Pandus que es adorado en un templo erigido en su honor entre Pent y Nassik. Más adelante hay todo un laberinto de celdas donde vivieron, probablemente, ermitaños, budhistas, una enorme estatua de Budha en postura reclinada y otra del mismo tamaño pero rodeada de columnas adornadas con figuras de varios animales. Los estilos, las épocas y las sectas están aquí tan mezclados y enmarañados como los árboles de distintas clases en un espeso bosque.

Es muy notable que casi todas las cuevas-templos de la India se encuentren dentro de rocas y montañas cónicas. Es como si los antiguos constructores buscaran á propósito tales pirámides naturales. Observé esta peculiaridad en Katli, y sólo se encuentra en la India. ¿Es una mera coincidencia ó es una de las reglas de la arquitectura religiosa del remoto pasado? ¿Y quiénes son los imitadores: los constructores de las pirámides de Egipto ó los desconocidos arquitectos de las cuevas subterráneas de la India? Tanto en las pirámides como en las cuevas, todo parece estar calculado con exactitud geométrica. En ambos casos las entradas están siempre en la base,

pero siempre también á cierta distancia del suelo. Es bien sabido que la naturaleza no imita al arte y que, como regla general, el arte trata de copiar ciertas formas de la naturaleza. Y si hasta en estas semejanzas de los símbolos de la India y de Egipto no existe otra cosa que una mera coincidencia, hay que confesar que las coincidencias son algunas veces muy extraordinarias. Egipto ha tomado muchas cosas de la India. No debemos olvidar que no se sabe nada acerca del origen de los Faraones, y que los pocos hechos que la ciencia ha conseguido descubrir, lejos de contradecir nuestra teoría, sugiere que la India es la cuna de la raza egipcia. En días de remota antigüedad Kalluka Bhatta escribió: «Durante el reinado de Visvamitra, primer rey de la dinastía Soma-Vansha, después de cinco días de batalla, Manu-Vena, el heredero de antiguos reyes, fué abandonado por los brahmanes y emigró con su ejército, atravesando Arya y Barria, y llegando por último á las orillas de Masra....»

Arya es Iran ó Persia; Barria es un antiguo nombre de Arabia; Masr ó Masra es un nombre del Cairo, desfigurado por los musulmanes en Misro y Musr.

Kalluka-Bhatta es un escritor antiguo. Los sanskritistas disputan todavía acerca de su época, fluctuando entre 2000 antes de nuestra Era y el reino del Emperador Akbar (el tiempo de Juan el Terrible é Isabel de Inglaterra). Por razón de esta incertidumbre, el testimonio de Kalluka Bhatta pudiera combatirse. En este caso, existen las palabras de un historiador moderno que ha estudiado en Egipto toda su vida, no en Berlín ni en Londres, como algunos otros historiadores, sino en Egipto, descifrando las inscripciones de los sarcófagos y papiri más antiguos, esto es, las palabras de Henri Brugsch Bey:

«... Lo repito, mi firme convicción es que los egipcios vinieron del Asia mucho antes del período histórico, después de atravesar el promontorio de Suez, ese puente de todas las naciones, encontrando una nueva patria en las orillas del Nilo».

Una inscripción en una roca de Hammamat dice que Sankara, el último Faraón de la oncená dinastía, envió un noble á Punt: «Fué enviado á Punt en uu barco para traer alguna goma aromática, cogida por los príncipes del País Rojo».

Comentando esta inscripción, Brugsch-Bey explica que «bajo el nombre de Punt, los antiguos habitantes de Chemi significaban un país distante, ro-

deado de un gran océano, lleno de montañas y valles y rico en ébano y otras costosas maderas, en perfumes, piedras y metales preciosos, en fieras, girafas, leopardos y grandes monos.» El nombre del mono en Egipto era kaff ó kafi; en hebreo koff y en sanscrito kapi.

A los ojos de los antiguos egipcios este Punt era una tierra sagrada, porque Punt ó Pa-nuter era «la tierra original de los dioses, que la dejaron bajo la jefatura de A-Mon (¿Manu-Vena de Kalluka-Bhatta?) Hor y Haier y llegaron oportunamente á Chemi.

Hanuman tiene un parecido de familia decidido con los cinocéfalos egipcios, y el emblema de Asiris y de Shiva es el mismo: *¡Qui vivra verra!*

Nuestro viaje de vuelta fué muy agradable. Nos habíamos adaptado á los movimientos de Peri y nos sentíamos unos jockeys de primera fuerza. Pero durante toda una semana después apenas pudimos andar.

#### UNA CIUDAD DE LOS MUERTOS

¿Qué elegiríais si tuviérais que escoger entre ser ciego ó sordo? De diez personas, nueve contestarían á esta pregunta prefiriendo positivamente la sordera á la ceguera. Y el que haya tenido la fortuna de contemplar, aunque sólo haya sido por un momento, algún rincón fantástico, propio de hadas, de la India, ese país de palacios de mármol y jardines encantadores, añadiría gustoso á la sordera la parálisis de ambas piernas, más bien que perder vistas semejantes.

Se nos refiere que Saadi, el gran poeta, se quejaba amargamente porque sus amigos parecían fatigados ó indiferentes mientras que él alababa la hermosura de su amada. «Si tuviérais la dicha de contemplar como yo su maravillosa hermosura» —protestaba él— «comprenderíais entonces mis versos, que, desgraciadamente, describen en términos tan mezquinos y poco adecuados, los sentimientos arrobadores que experimenta todo el que la ve, aunque sea de lejos».

Simpatizo por completo con el enamorado poeta; pero no puedo condenar á sus amigos, que jamás vieron á la señora de sus pensamientos, y he aquí por qué yo tiemblo, temiendo que mis constantes rapsodias sobre la India lleguen á fastidiar á mis lectores tanto como Saadi fastidiaba á sus amigos. Pero ¿qué puede hacer, os ruego me digáis, el pobre narrador, cuando descubre diariamente nuevos y no soñados encantos en la mujer

amada de que se trata? Sus aspectos más sombríos, abyectos é inmorales como son, algunas veces de tal naturaleza que excitan el horror; hasta esos aspectos están llenos de una poesía salvaje y de una originalidad que no se encuentran en ningún otro país. No es raro que un europeo novicio se estremezca de disgusto ante algunos rasgos locales de la vida diaria; pero al mismo tiempo estas mismas escenas atraen y fascinan la atención como una pesadilla horrible. Sufrimos muchas de estas experiencias mientras duró nuestra *écôle buissonnière*. Pasamos estos días lejos de ferrocarriles y de todo otro vestigio de civilización; y esto afortunadamente, porque la civilización europea sienta á la India como un sombrero á la moda á una peruana medio desnuda, verdadera «hija del Sol» del tiempo de Cortés.

Durante todo el día vagábamos á través de ríos y selvas, pasando por aldeas y ruínas de antiguas fortalezas, por caminos vecinales entre Nassik y Jubblepore, viajando con ayuda de carros de bueyes, elefantes, caballos y muy á menudo llevados en *palks*. Al obscurecer armábamos nuestras tiendas y dormíamos en cualquier parte. Estos días nos presentó la oportunidad de ver que el hombre puede decididamente soportar condiciones de clima muy duras y hasta peligrosas, aunque quizá de un modo pasivo, por la mera fuerza de la costumbre. En medio del día, cuando nosotros, gente blanca estábamos próximos á desmayarnos á causa del calor abrasador, á pesar de los *topis* de grueso corcho y otras defensas que podíamos procurarnos, y cuando hasta nuestros compañeros indígenas tenían que emplear un aumento de muselina alrededor de sus cabezas, el Babu bengalo viajaba á caballo millas y millas bajo los rayos verticales del sol, con la cabeza desnuda, protegida solamente por su espesa cabellera. El sol no tiene influencia alguna en los cráneos bengalos. Sólo se los cubren en las ocasiones solemnes, en las bodas y grandes festividades. Sus turbantes son adornos inútiles, como las flores en los cabellos de una dama europea.

Los babus bengalos nacen amanuenses; invaden todas las estaciones de ferrocarril, oficinas de correos y telégrafos y los juzgados. Envueltos en su *toga virilis* de muselina blanca, con las piernas desnudas hasta la rodilla y la cabeza descubierta se pavonean orgullosamente en los andenes de las estaciones ó á la entrada de sus oficinas, lanzando miradas despreciativas á los mahrattis, á quienes gusta extraordinariamente llevar numerosas sortijas y bonitos pendientes en la parte superior de la oreja derecha. Los bengalos, al contrario de los demás hindus, no se pintan señales de secta en la

frente. La única joya que no desprecian del todo es un costoso collar; pero aun esto no es común. Contra lo que es de suponer, los mahrattis, con todas sus costumbres afeminadas, constituyen la tribu más valiente de la India, soldados bravos y experimentados: hecho que ha sido demostrado por siglos de lucha; pero Bengala no ha producido todavía un solo soldado de entre sus sesenta y cinco millones de habitantes. Ni un solo bengalo se encuentra en los regimientos indígenas del ejército británico. Esto es un hecho extraño que en un principio no quise creer, pero que ha sido confirmado por muchos oficiales ingleses y por los bengalos mismos. Pero con todo esto, están lejos de ser cobardes. Sus clases pudientes, llevan en verdad, una vida afeminada; pero sus zemindras ó aldeanos son, sin duda, valientes. Desarmados por su presente gobierno, los aldeanos bengalos salen á afrontar al tigre, armados tan solo de una maza, y esto tan tranquilamente como cuando llevaban escopetas y espadas.

Muchos senderos y arboledas extraviadas, que probablemente no habían sido jamás pisados antes por ningún pié europeo, fueron visitados por nosotros durante estos pocos días. Gulab Lal Sing estaba ausente, pero nos acompañaba uno de sus fieles servidores, y el buen recibimiento que en casi todas partes encontrábamos, era debido, seguramente á la influencia mágica de su nombre. Si los míseros y desnudos aldeanos retrocedían ante nosotros y cerraban sus puertas al aproximarnos, en cambio los brahmanes eran tan obsequiosos como pudiera desearse.

Las vistas en los alrededores de Kandesh, en el camino á Talhner y Mahu son muy pintorescas. Pero el efecto no se debe por completo á la hermosura de la Naturaleza. El arte tiene mucha parte en ello, especialmente en los cementerios musulmanes. En la actualidad todos están más ó menos destruídos y abandonados, debido al aumento de habitantes hindus que los rodean, y á haber sido expulsados los príncipes musulmanes, en un tiempo señores de la India. Los musulmanes hoy en día están bastante mal y tienen que soportar más humillaciones que los mismos hindus. Pero, sin embargo, han dejado muchos recuerdos detrás de sí, y entre otros sus cementerios. La fidelidad de los musulmanes á sus muertos es un rasgo conmovedor de su carácter. Su afecto por los que han partido, es siempre más demostrativo que el que sienten por los individuos vivos de sus familias, y se concentra casi por completo en sus últimas mansiones. Así como sus nociones del paraíso son groseras y materiales, así es de poética la apariencia de

sus cementerios, especialmente en la India. Se puede pasar deliciosamente horas enteras en esos sombríos y encantadores jardines, en medio de sus blancos monumentos coronados de turbantes, cubiertos de rosas y jazmines y guarecidos por filas de cipreses. A menudo nos deteníamos en estos lugares para dormir y para comer. Cerca de Thalner hay un cementerio especialmente atractivo. Entre varios mausuleos en buen estado de conservación, el más magnífico es el monumento de la familia de Kiladar, que fué ahorcado en la torre de la ciudad por orden del general Hislop en 1818. Otros cuatro mausuleos atrajeron nuestra atención, y supimos que uno de ellos es célebre en toda la India. Es un octógono de mármol blanco cubierto de arriba á abajo con esculturas como no se encontrarían iguales ni aun en el Pére La Chaise. Una inscripción persa en su base dá noticia de que costó cien mil rupias. Por el día, bañado por los ardientes rayos del sol, su alto contorno á modo de minarete, se asemeja á un bloque de hielo, destacándose en el azul firmamento. De noche, con la ayuda de la intensa y fosforescente claridad de la luna, propia de la India, es aun más deslumbrante y poético. Su cumbre parece como si estuviera cubierta de cristales de nieve acabada de caer. Elevando su esbelto perfil sobre el fondo obscuro de la enramada, parece una aparición nocturna, remontándose sobre esta silenciosa mansión de la muerte, y lamentando lo que no volverá jamás. Al lado de estos cementerios están los ghâts hindus, generalmente á orillas del río. Hay realmente algo grande en el ritual de quemar los muertos. Al presenciar esta ceremonia el espectador es impresionado por la profunda filosofía que existe en la idea fundamental de esta costumbre. Después de una hora no queda del cuerpo más que un puñado de ceniza. Un brahman profesional, como sacerdote de la muerte, esparce estas cenizas á los vientos sobre un río. Las cenizas de lo que una vez vivió y sintió, amó y odió, gozó y sufrió, son así devueltas otra vez á los cuatro elementos: á la *Tierra* que lo alimentó durante tanto tiempo y por medio de la cual creció y se desarrolló; al *Fuego*, emblema de la pureza, que acaba de devorar al cuerpo á fin de que el espíritu pueda limpiarse de toda impureza, y pueda libremente gravitar hacia la nueva esfera de existencia póstuma, donde cada pecado es un impedimento en el camino hacia «Moksha» ó dicha infinita; al *Aire* que aspiraba y por medio del cual vivía; y al *Agua*, que lo purificaba física y espiritualmente, y que recibe ahora sus cenizas en su propio seno.

El adjetivo «puro» debe entenderse en el sentido figurado del mantram. Generalmente hablando, los ríos de la India, principiando por el tres veces sagrado Ganges, son terriblemente sucios, especialmente cerca de las aldeas y ciudades. En estos ríos unos doscientos millones de personas se limpian diariamente la transpiración tropical y la porquería. Los cadáveres de los que no valen para ser quemados, son arrojados en los mismos ríos, y su número es grande porque comprende todos los shudras, patias y otros varios proscriptos, como también los niños brahmanes de menos de tres años de edad.

Solamente las personas ricas y de elevada alcurnia son enterradas pomposamente. Para ellos es para quienes se encienden los fuegos con madera de sándalo después de puesto al sol; para ellos se cantan mantrams y se invoca á los dioses. Pero los shudras no deben en modo alguno oír las palabras divinas dictadas en el principio del mundo por los cuatro Rishis á Veda-Vyasa, el gran teólogo de Aryavasta. Para ellos no hay fuegos ni oraciones. Así como durante su vida un shudra no se aproxima á un templo á menos de siete pasos, así, aun después de la muerte, no puede ser puesto al mismo nivel que los «dos veces nacidos.»

Vivamente arden los fuegos, extendiéndose como ígnea serpiente á lo largo del río. Los contornos oscuros de extrañas figuras se mueven silenciosamente entre las llamas. Algunas veces levantan los brazos hacia el cielo como en oración; otras veces añaden combustible á los fuegos y los hurgan con grandes horquillas de hierro. Las llamas moribundas elévanse en alto, serpeando y danzando, saturadas de grasa humana derretida y lanzando al cielo una lluvia de chispas que se pierden instantáneamente en nubes de humo negro.

Esto en la orilla derecha del río. Veamos ahora lo que pasa en la izquierda. En las primeras horas de la mañana, cuando los rojos fuegos, las nubes negras de miasmas y las flacas figuras de los fakires se hacen confusas y se desvanecen poco á poco, cuando el olor de carne quemada es arrastrado por el viento fresco que se levanta al aproximarse el alba; en una palabra, cuando la orilla derecha del río se sumerje en la quietud y el silencio para volver á despertar á la venida de la noche, procesiones de muy distinta especie aparecen en la orilla izquierda. Véanse grupos de hombres y mujeres hindus, en comitivas tristes silenciosas. Se aproximan al río sosegadamente. No lloran ni tienen ritos que ejecutar. Se ven dos

hombres llevando algo largo y delgado envuelto en un viejo harapo encarnado. Cogiéndolo por la cabeza y los pies, lo lanzan á las sucias y amarillentas ondas del río. El choque es tan violento, que el rojo harapo se despliega y se percibe la cara de una joven pintada de verde obscuro que desaparece prontamente en el río. Más adelante otro grupo, un anciano y dos mujeres jóvenes. Una de ellas, una muchachita de diez años, pequeña, delgada, no desarrollada por completo, solloza amargamente. Es la madre de un niño mudo de nacimiento, cuyo cuerpo va á ser arrojado al río. Su débil voz resuena monótonamente en la orilla, y sus manos temblorosas no tienen la fuerza suficiente para levantar el pobre pequeño cadáver, que es más bien un oscuro gatito que un sér humano. El viejo trata de consolarla y cogiendo el cuerpo, entra en el agua y lo lanza al medio del río. Trás él entran ambas mujeres en el río y después de haberse sumerjido siete veces para purificarse del contacto del cadáver, vuelven á sus casas con los vestidos chorreando agua. Mientras tanto, buitres, cuervos y otras aves de rapiña, se reúnen formando densas nubes y retardan considerablemente el avance de los cadáveres río abajo, algunas veces un esqueleto á medio despojar tropieza entre las cañas y allí permanecer encallado durante semanas, hasta que un proscrito, cuya triste tarea es ocuparse durante toda su vida en tan inmundo trabajo, se apercibe de ello, y cogiéndolo por los riñones con su largo garabato, lo devuelve á la corriente hacia el Océano.

Pero abandonemos la orilla del río, donde el calor es insoportable á pesar de lo temprano de la hora. Digamos adios al acuoso cementerio de los pobres. ¡Repugnantes y desgarradores son tales espectáculos para los ojos del europeo! E inconscientemente dejamos que las ligeras alas de la imaginación nos transporte al lejano Norte, á los apacibles cementerios de las aldeas, donde no hay monumentos de mármol coronado de turbanes; ni fuegos de madera de sándalo, ningún río sucio para servir de último lugar de reposo, pero donde humildes cruces de madera se hallan en filas guarecidas por abedules. ¡Cuán apaciblemente reposan nuestros muertos bajo la verde yerba! Ninguno de ellos vió jamás estas palmas gigantescas, estos palacios y pagodas suntuosas cubiertas de oro. Pero en sus pobres tumbas crecen violetas y lirios del valle, y en las noches de primavera los ruisseñores les cantan en los viejos abedules.

Ningún ruisseñor canta para mí, ni en las arboledas vecinas, ni en mi propio corazón. Aquí menos que en ninguna parte.

Vaguemos á lo largo de esta pared de piedras rojas. Nos conducirá á una fortaleza en un tiempo célebre y empapada en sangre, ahora inofensiva y medio arrimada como muchas otras fortalezas indias. Multitud de verdes papagayos, asustados por nuestra llegada, vuelan saliendo de todas las cavidades de la vieja pared, sus alas, resplandecientes al sol, como otras tantas esmeraldas voladoras. Este territorio es maldecido por los ingleses. Es Chandvad, donde durante la rebelión Lepoy los bñhls salieron de sus emboscadas como un poderoso torrente de la montaña, y degollaron muchos ingleses.

*Tana*, antiguo libro indio, tratando de la geografía de los tiempos del rey Asoka (250-300 antes de Nuestra Era) nos dice que el territorio Mahratti se extiende hasta los muros de Chandvad ó Chandor, y que el país de Kandesh principia al otro lado del río. Pero los ingleses no creen en *Tana*, ni en ninguna otra autoridad, y quieren que sepamos que Kandesh principia precisamente al pie de las colinas de Chandor.

---

Doce millas al S. E. de Chandvad hay toda una ciudad de templos subterráneos, conocidos bajo el nombre de Enkay-Tenkay. Aquí también la entrada está cien piés de la base y la colina es piramidal. No debo intentar una descripción completa de estos templos, porque es asunto que hay que exponer de un modo nada compatible con artículos de periódicos; y así sólo observaré que aquí todas las estatuas, ídolos y esculturas, son atribuidas á ascetas budhistas de los primeros siglos después de la muerte de Buddha. Bien quisiera yo poder contentarme con esta declaración. Pero desgraciadamente, *messieurs les archeologues* se encuentran aquí con una inesperada dificultad, y más seria que todas las dificultades que les han acarreado las incongruencias de todos los demás templos juntos.

En estos templos hay más ídolos designados como Buddhas que en ninguna otra parte. Cubren la entrada principal, se sientan en densas filas á lo largo de los balcones, ocupan los muros interiores de las celdas, vigilan las entradas de todas las puertas como gigantes monstruosos, y dos de ellos se sientan en el estanque principal, donde el agua de los ruidores los lava siglo tras siglo sin daño alguno de sus cuerpos de granito. Algunos de estos Buddhas están decentemente vestidos, con pagodas piramidales en la cabeza por adorno, otros están desnudos; algunos sentados, otros de pie; algu-

nos son verdaderos colosos, otros pequeños y otros de mediana estatura. Sin embargo, nada de esto importaría; más aún, podemos pasar por alto el hecho de que la reforma de Gautama ó de Siddhartha-Buddha consistió precisamente en su vehemente deseo de arrancar de raíz la idolatría brahmánica. Por más que, por supuesto, no podamos menos de recordar que su religión permaneció pura de idolatría de toda clase durante siglos, hasta que los Lamas del Tibet, los chinos, los birmanios y los siameses la desfiguraron y adulteraron con herejías. No podemos olvidar que, perseguida por los brahmanes vencedores y expulsada de la India, encontró finalmente una morada en Ceilan, donde aún florece como el legendario áloe, que se dice que florece una vez en su vida y luego muere, por ser muerta la raíz por la exuberancia de la flor, y que las semillas no pueden producir más que yerbas nocivas. Todo esto pudiera pasarse por alto, como he dicho antes; pero la dificultad de los arqueólogos persiste siempre, si no en el hecho de atribuir ídolo á los budhistas primitivos, por lo menos en las fisonomías, en el tipo de todos estos Buddhas de Enkay-Tenkay. Todos ellos, desde los más pequeños á los más grandes, son *negros*, con narices chatas, labios gruesos, ángulo facial de 45° y pelo crespo.

No hay la menor semejanza entre estas caras negras y los Buddhas siameses ó tibetanos, los cuales tienen todos puramente facciones mongoles y pelo perfectamente liso. Este tipo africano inesperado, del todo desconocido en la India, trastorna por completo á los anticuarios. Esta es la razón por que los arqueólogos aluden mencionar estas cuevas. Enkay-Tenkay es para ellos una dificultad aún peor que Nassik; la encuentran tan difícil de vencer, como los persas las Termópilas.

---

Pasamos por Maleganva y Chikalval donde examinamos un antiguo templo de los jainas, excesivamente curioso. En la construcción de sus muros exteriores no se había empleado cemento alguno; consisten totalmente de piedras cuadradas, tan perfectamente labradas y ajustadas, que la hoja del más delgado cuchillo no puede penetrar entre las juntas; el interior del templo está decorado con riqueza.

A nuestro regreso no nos detuvimos en Thalner, sino que continuamos directamente á Ghara. Allí tuvimos otra vez que alquilar elefantes para vi-

sitar las espléndidas ruinas de Mandu, que en un tiempo fué una ciudad fuertemente fortificada, á veinte millas al noroeste de este sitio. De esta vez llegamos allí rápidamente y sin contratiempos. Menciono este lugar porque algún tiempo después presencié en sus alrededores una escena muy curiosa que nos proporcionó una rama de los numerosos ritos indios, llamada generalmente «culto del diablo».

Mandu está situado en la cumbre de las Montañas Vindhya, á dos mil pies sobre el nivel del mar. Según se expresa Malcolm, esta ciudad fué construída en 313 de nuestra Era, y durante mucho tiempo fué la capital de los Rajas hindus de Dhara. El historiador Ferishtad señala á Mandu como la residencia de Dilivan-Khan Ghuri, el primer rey de Malva, que floreció en 1387-1405. En 1526 la ciudad fué tomada por Bahadur-Shah, rey de Gujerat, pero en 1570 Akbar recuperó esta ciudad, y una losa de mármol sobre la puerta de la misma lleva todavía su nombre y la fecha de su visita.

Al penetrar en esta vasta ciudad en su estado presente de soledad (los indígenas la llaman la «ciudad muerta») todos experimentamos un sentimiento peculiar, parecido á la sensación que experimenta una persona que entra en Pompeya por primera vez. Todo tiende á demostrar que Mandu fué en un tiempo una de las ciudades más opulentas de la India. La muralla de la ciudad tiene treinta y siete millas de largo. Hay calles de millas enteras; á sus lados hay ruinas de palacios, y por el suelo yacen columnas de mármol. Obscuras escavaciones de los recintos subterráneos, en cuya frescura ricas damas pasaban las horas más calurosas del día, asomaban entre las ruinosas paredes de granito. Más allá eucuéntranse escaleras fragmentarias, estanques secos, fuentes sin agua, innumerables patios vacíos, plataformas de mármol y arcos desfigurados de pórticos majestuosos. Todo esto está cubierto de trepadoras y malezas que ocultan cavernas de fieras. Aquí y allí elevanse en alto sobre la ruína general, alguna que otra pared bien conservada, con sus ventanas vacías, guarnecidas de plantas parásitas, que parecían mirarnos fijamente á modo de ojos sin vista, protestando de importunos molestos. Y todavía más allá, en el centro mismo de las ruinas, en el corazón de la muerta ciudad, álzanse multitud de quebrados cipreses, una arboleda desguarnecida en el sitio donde en un tiempo se levantaban tantos pechos y clamaban tantas pasiones.

En 1570 esta ciudad era llamada *Shadiabad*, la mansión de la dicha. Los

## MOVIMIENTO TEOSÓFICO

---

En el próximo Otoño, Mr. Leadbeater, visitará las ramas de Chicago aprovechando esa oportunidad para dar algunas conferencias sobre Teosofía.

---

«The Theosophic Messenger», de San Francisco de California, propuso en su número de Abril ppdo., organizar un curso de estudios teosóficos por correspondencia:—sistema, que por otra parte, está muy vulgarizado en los Estados Unidos para toda clase de estudios—Esa idea no se perdió en el vacío. Mr. Henry Devoe, de Syracuse, New York, se ha puesto en campaña bajo el patrocinio del «National Committee de Chicago» y, si como se espera, la inscripción de alumnos es satisfactoria, se piensa darle mayores proyecciones.

---

Según informes que tenemos, las esperanzas que se fundaban sobre el éxito de la 26ª Convención anual de la Sociedad Teosófica, fueron superadas con creces. Congregados allí todos los representantes de las Secciones, dice un cronista, se respiraba una vitalidad y entusiasmo en la obra verdaderamente consolador. Las conferencias de A. Besant, atrajeron numeroso público á punto de que hubo de rechazarse más de seiscientos pedidos de admisión al local en que éstas tenían lugar por falta absoluta de espacio. Estas versaron sobre el Mahometanismo, Jansenismo, Sikhismo y Teosofía. Alguien, competente en estos asuntos y cuya opinión no puede ser tachada de parcial, afirmaba después: «Las tres primeras fueron poderosas; la última fué sublime». Nunca A. Besant, ha estado más inspirada. El informe anual arrojó un aumento de 49 ramas durante el año de 1901, y la formación de la Sección Italiana. En la India, es adonde ha habido mayor cantidad de fundaciones. Tres nuevos colegios han sido estableci-

dos; y la medalla Subba Row, fué acordada á Babu Bhagavan Das por su libro «The Sciece of the emotions».

---

La última fiesta del Lotus, en conmemoración de H. P. B. ha sido celebrada con todo éxito por las ramas de los Estados Unidos, tanto por los trabajos importantes á que ha dado lugar por parte de algunos miembros como por la afluencia de concurrencia y el decorado artístico de los recintos, según fotografías que tenemos á la vista.

---

Mr. Thomas Prime, M. S. T. se encuentra actualmente en Honolulu, dando una serie de conferencias para principiantes. Es una acertada medida que fuera de desear se pusiera en práctica entre nosotros.

---

Mr. Sinnett, el autor del Buddismo Esotérico, Karma, etc., acaba de publicar un libro titulado «Nature, Mysteries»—Mr. Mead, «The Gospel of Gospels»—Mr. Scott Elliott, «Man's Relation to Universe» y Mr. A. Besant las cuatro conferencias que dió en Adyar sobre el problema religioso de la India.

---

En la «Revista Jurídica y de Ciencias Sociales», su distinguido subdirector, el Dr. C. O. Bunge, ha dado comienzo á la publicación de un trabajo notable y de aliento bajo el título de «Principio de Psycología Trascendental» en el que, su autor principia por manifestar que todos los fenómenos psíquicos pueden reducirse á un pequeño número de fórmulas que, á su vez, pueden concretarse en algunas leyes generales y además, que, la enseñanza psicológica de la antigüedad era verdadera y las diferencias actuales en su estudio son más cuestión de palabras que de ideas.

Estas declaraciones, á las que, el mismo autor, llama «audaces», lo hacen simpático, por su despreocupación de la ortodoxia científica, aunque no sean nuevas y en cuanto á la última, haga mucho tiempo que la sostengamos, no solo en el campo de la psicología sino que también en las otras ramas del conocimiento. Esta emancipación es natural en nosotros, en él, es estraña, y marca un espíritu fuerte al que la sujestión nada hace ó por lo menos muy poco.